

Martín Sivak

El salto de papá



El salto de papá

El salto de papá

Martín Sivak

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Primera parte](#)

[Uno. Final](#)

[Dos. Semifinal](#)

[Tres. Cuartos de final](#)

[Cuatro. Punta del Este](#)

[Cinco. \(Una\) Europa](#)

[Seis. Vicente López](#)

[Siete. Tío Osvaldo](#)

[Ocho. La escalera de Marta](#)

[Nueve. Rojos y verdes](#)

[Diez. Verdes](#)

[Once. Rojos](#)

[Doce. Y otros rojos \(los de Avellaneda\)](#)

[Trece. El mundo de Zach](#)

[Catorce. Final \(replay\)](#)

[Segunda parte](#)

[Quince. Exhumación I](#)

[Dieciséis. Jardín de Paz](#)

[Diecisiete. Abuelo desclasificado en
Washington DC y Villaguay](#)

[Dieciocho. Exhumación II](#)

[Diecinueve. Boxeador en Moscú](#)

[Veinte. Todo sobre aquel](#)

[Veintiuno. Jardín de Paz II](#)

[Agradecimientos](#)

Sivak, Martín
El salto de papá / Martín Sivak. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Seix Barral, 2017.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-731-930-3

1. Investigación Periodística. I. Título.
CDD 070.44

© 2017, Martín Sivak

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo de Editorial Planeta S.A.I.C.
Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats
Fotografía de la tapa: Gentileza del autor

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Seix Barral®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: agosto de 2017
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-731-930-3

Al tío Osvaldo. En su memoria.

PRIMERA PARTE

UNO. FINAL

Antes de tirarse de palito de un piso dieciséis, papá se despidió de la clase obrera argentina.

Un grupo de albañiles que levantaba el hotel Hyatt a treinta metros no le retribuyó el saludo. Intentó detenerlo con gritos cuando puso el pie derecho sobre el alféizar de la ventana. El diario *Crónica* los consignó en su edición de la tarde:

«¡Cuidado, loco, te vas a matar!»

«No, no, no.»

«¡Entrá para adentro!»

«¿Qué hacés, flaco? No te tirés.»

Les mostró la palma derecha y una media sonrisa. Soltó un berrido y se dejó caer.

Había llegado al departamento de su padre Samuel para la hora del almuerzo del miércoles 5 de diciembre de 1990. En Posadas, como lo llamábamos por el nombre de la calle donde quedaba, siempre me

incomodaron el olor a desodorante de ambientes y los muebles excesivos que atesoraban parte de la memoria familiar.

Según consta en el expediente judicial, se sirvió un vaso de Coca-Cola y fumó uno de sus sesenta cigarrillos diarios.

En cambio, en actas no quedó asentado que llamó a nuestra casa y pidió hablar con mi hermano Gabriel, al que siempre llamamos «Gabito», y conmigo. Pero no estábamos. A Lily, la empleada doméstica, le deseó buen viaje a Santiago del Estero.

Se encerró con llave en la habitación que había sido de su hermano menor, Horacio. Después de cinco o diez minutos, ya sin el saco, se asomó a la ventana.

Algunos vecinos del edificio de Posadas al 1120 escucharon los gritos de los obreros. Un fotógrafo de la revista *Gente* llegó antes que la ambulancia del servicio público SAME. Captó su cara enrojecida y las pupilas fijas, pero no el flamante cráter en el césped.

El cafetero de la esquina hizo las primeras declaraciones a los periodistas: «Era el presidente del banco, salía en la tele seguido y era hermano del empresario que mataron. Me parece que lo hicieron boleta».

Los forenses sólo encontraron el hueso occipital sano. Consignaron que había muerto por un paro cardíaco. El juez Roberto Marquevich caratuló la causa «muerte sospechosa de criminalidad», pero dio a entender a la prensa que se había tratado de un suicidio.

Clarín interpretó el tema en un recuadro de su tapa del 7 de diciembre:

Liquidan el banco de Sivak

Creen que el empresario se suicidó por eso

En la nota interior del miércoles 6, el gran diario argentino incluyó una foto del edificio de Posadas con una flecha punteada con el recorrido del cuerpo, mismo recurso que usaba en la década de 1950 para mostrar el recorrido de la pelota en las páginas de fútbol. *La Nación* publicó el perfil titulado «Notorio, a partir de un lamentable hecho»: aludía al secuestro y asesinato de su hermano mayor Osvaldo. El semanario *Noticias* apostó por la ficción: especuló con un tumor maligno jamás detectado y ligó su suicidio

con el levantamiento militar que había fracasado esa semana.

Papá se mató el día en que el Banco Central formalizó la quiebra de su banco, último sobreviviente de un conjunto de empresas de la familia que medio siglo atrás había fundado Samuel, el dueño de Posadas, gracias a unos fondos del Partido Comunista local y a su habilidad para los negocios. Por esas horas el presidente George Bush (padre) empezaba su visita a la Argentina, mientras caía el Eurocomunismo. Papá moría —murió— marxista-leninista, como se había reivindicado siempre.

No dejó una carta, ni un borrador o notas sueltas. Nada, ni una sola palabra.

Su estado depresivo —tres meses entonces— le aplastó el tramo final de su vida con psicofármacos, acompañantes terapéuticos, psiquiatra, psicoanalista y psicólogo de familia. Nunca antes se había deprimido de esa manera. Ni siquiera se había dejado ver abatido.

En esos meses finales a veces vestía jogging con zapatos de traje. A sus hijos nos pedía abrazos; compartíamos sesiones cortas de abrazos. Empecé, ahí, a pensar en su muerte. La imaginé producto de un paro cardíaco inducido por los tres paquetes diarios de cigarrillos. O de un secuestro y asesinato, como el de su hermano. O de una distracción al cruzar la calle.

Un par de años antes, cuando todavía lo creía inmortal, le había preguntado qué música le gustaría que sonara en su velatorio.

No quiso contestar. Insistí.

Resignado, entregó su único guion *post mortem*: una canción tristísima cantada por un comunista como él, Alfredo Zitarrosa.

Adagio en mi país.

DOS. SEMIFINAL

Al comienzo —durante los primeros años, diría— quise saber por qué se había suicidado. Como quien resuelve una ecuación o las palabras cruzadas.

Conseguí hipótesis prestadas. Mi mamá responsabilizaba a la familia Sivak por haberlo abandonado. Horacio, su hermano científico, sostenía que hubo mala praxis de los psiquiatras y psicoanalistas. Su amigo Daniel Viglietti, en una carta, escribió que el sistema capitalista se va comiendo a las buenas personas.

Sumé otras hipótesis. Papá temía quedar detenido por la quiebra de su banco. Hubiese sido la peor deshonra: sentía cierto orgullo por haber sido preso político de gobiernos militares veinte años atrás y le resultaba intolerable la idea de la cárcel por un delito económico. Además, lo perseguía la culpa por el secuestro y el asesinato de su hermano mayor y la desaparición, apenas empezó la dictadura de 1976, de su mejor amigo y compañero de militancia.

Me resigné, sin embargo, a no encontrar una respuesta definitiva.

Durante esos años usé todos sus sacos. El gris de empleado junior, el negro de Dior y sus tres gabanes oscuros. Nadie me recuerda de otra manera: vestido de negro o vestido de papá. Empecé a usar su reloj soviético de cuero

y números romanos sobre fondo blanco. Me dejé crecer la barba.

Imaginé una fundación con su nombre o una revista bianual. Pensé en construir un monolito. Pedí que el palco 13 de la cancha de Independiente, que alquilamos durante muchos años, llevara su nombre. Nada de eso resultó.

Debí sentarme con una docena de abogados para conocer los detalles del colapso de la empresa familiar. Aprendí mucho de bancos, empresas y particulares; de quiebras, cobranzas, multas, amparos y deudas. También a presionar, negociar y ceder. Asistí a muchas de esas reuniones con el corbatín bordó y azul del uniforme de la escuela secundaria.

Visitaba a papá en el cementerio para contarle esas historias. También las novedades de mi vida, de la Argentina y del mundo.

Recuerdo dos momentos difíciles.

El primero, cuando la Unión Soviética dejó de existir.

—Pa, tengo una mala noticia.

El segundo, relatar lo que vimos con mamá y Gabito en La Habana, en 1992, en los inicios del Periodo Especial provocado, precisamente, por el colapso de Moscú. Con ojos de televidente él había visto la caída del Muro de Berlín.

En diciembre de 2001 escribí una despedida tardía.

Habían pasado once años de su muerte, yo ya había cumplido veintiséis. El día del aniversario mandé por correo electrónico el documento de Word a mi hermano y unos pocos amigos. Creí que nunca más escribiría sobre él.

Asunto: Mi viejo

Mi viejo murió el 5 de diciembre de 1990. Los aniversarios, los días del padre y sus cumpleaños son ceremonias crueles y, a la vez, excusas para poner avisos fúnebres o transportar flores. Aunque cada tanto recurro a ellas, se me dan por estas líneas, atragantadas desde aquella tarde gris y sofocante. Es tiempo, ya, de dejarlas salir.

La presentación formal es así: Jorge Néstor Sivak, argentino, clase 1942, abogado. Su infancia transcurrió en Caballito durante el año lectivo y en Mar del Plata durante el verano. Su padre, un empresario asociado al Partido Comunista, dueño de empresas mineras, financieras, inmobiliarias y

periodísticas, fomentaba el ascetismo y la discreción.

Papá debió dar dos años libre para compartir la escolaridad con Osvaldo, su hermano dos años mayor. Cuando jugaban al ping-pong o al ajedrez ninguno podía imponerse al otro: el partido o la partida concluía cuando asomaba un ganador.

En 1961 viajaron a La Habana. Ernesto Guevara le regaló a papá un habano que se perdería en una mudanza. Él, como muchos militantes, esperó la convocatoria para ir a pelear a Ñancahuazú en la Bolivia gobernada por René Barrientos Ortuño. Lloró con el discurso de Fidel Castro en el que anunciaba la muerte del Che. Eligió Ernesto como mi segundo nombre. Se lo he agradecido y se lo he reprochado.

Ecléctico, votó en 1973 por Héctor Cámpora, y mantenía recuerdos gratos de los 49 días de gobierno. Sobre todo el estribillo «se va acabar, se va acabar / esa costumbre de pagar», que se cantaba en algunos restaurantes después de los postres.

Fue presidente del centro de estudiantes de Derecho en 1963. Abandonó el Partido Comunista (PC) cuando nació el Partido Comunista Revolucionario, pero no emigró hacia el maoísmo: se sumó a las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL). Muy rara vez hablaba de eso —nunca delante de sus hijos— y tal vez sea una infidencia contarlos. A diferencia de algunos amigos de su generación, no hacía ostentación de las acciones armadas ni de los fierros.

Eligió el discreto dolor de los derrotados.

Le causaba gracia que le hablaran de sus contradicciones.

En 1989 una revista soviética quiso entrevistarlos porque, aunque no era el primero, les parecía curioso que un banquero fuese marxista y se pronunciara a favor de nacionalizar la banca. A fines de la década de 1960 había estudiado a Marx con León Rozitchner; ya como presidente del banco Buenos Aires Building retomó los cursos de marxismo con Raúl Sciarretta. Cada tanto el banquero se reunía con sus viejos amigos de la militancia para discutir las Tesis de Feuerbach.

Entre 1972 y 1973 fue preso político del gobierno del general Alejandro Lanusse. Y durante muchos sábados de 1984 aquel ex presidente de facto vino a nuestra casa para, supuestamente, contestar preguntas para un libro que papá preparaba con el historiador León Pomer.

Su mejor amigo y compañero de militancia, el Colorado Jorge Teste,

está desaparecido. En un campo de concentración, roto por la tortura, le dijo a un amigo en común que sobrevivió y pudo llevar el mensaje: «Si salís, decile al Gordo que se raje». El 19 de diciembre de 1976, Papá, el Gordo, se escapó en auto, por los puentes, al Uruguay. Mi moisés viajó en el techo. Cuando secuestraron a su hermano en 1985 debió tratar con los verdugos del Colorado y de varios de sus amigos. También se sentó con ministros, el jefe de la Policía, generales, políticos, embajadores, periodistas y empresarios. Cuando todos coincidían el mismo día, cada grupo —según ocupación o afinidad— charlaba en una habitación distinta de nuestra casa.

Allí se alojaba, cada vez que venía a Buenos Aires, Daniel Viglietti, uno de sus amigos más queridos. Chico Buarque hizo malabares con la pelota en el jardín y Mario Benedetti nos habló de su primera novia. Una tarde esperamos a Atahualpa Yupanqui, pero nunca llegó.

Papá se movía en su Fiat 148, no siempre llevaba dinero en la billetera y la panza le abría el botón inferior de la camisa. No anhelaba una casa de country, ni abrir una cuenta bancaria en Suiza, ni contratar un tiempo compartido para sus veraneos. No era la postura de la impostura. Simplemente era así.

Manténía las canas y no usaba champú por considerarlo un producto pequeñoburgués. Pero administraba con celo dos gestos de coquetería: teñirse la barba y salpicarse el cuello con dos gotas de colonia Pibes. Fumaba 60 cigarrillos diarios, tragaba dos trapax que no impedían el insomnio, casi no tomaba alcohol y nunca probó una droga.

El secuestro del tío Osvaldo le cambió la vida; nos la cambió a todos. Poco tiempo antes, se había anotado en la carrera de Historia, había empezado un programa en Radio Belgrano y pensaba volver a la política. El 29 de julio de 1985, el día que se llevaron a su hermano, planeaba asistir a una audiencia del juicio a las juntas militares donde se trataría la desaparición del Colorado.

Una pregunta nunca dejó de atormentarlo: «¿Por qué él y no yo?».

Primero, con el Colorado. Después, y sobre todo, con su hermano.

Tras el secuestro de Osvaldo pasaron años de vértigo e incertidumbre. La búsqueda, el yudo con dirigentes políticos, policías y militares que pidieron dinero por hacer o no hacer, la tensión previa cuando asistía al programa de Bernardo Neustadt y Mariano Grondona, los custodios las veinticuatro horas.

Todos esos años en la adversidad lo vi reírse mucho, tomar y tomarse el pelo. Y pelear: era peleador. En una interpelación en la Cámara de Diputados por la ineficiencia del gobierno en la investigación del caso, se asomó al palco donde escuchaba y le gritó al ministro del Interior, Antonio Tróccoli:

—¡No mienta, no mienta!

La sesión se suspendió y al poco tiempo renunciaron los encargados de Defensa e Interior. Al amanecer, cuando lo despedí para ir al colegio y él todavía no había dormido, me dijo que había hecho una travesura.

Como empresario puso en marcha negocios disparatados con el declinante bloque socialista, como exportar Pumper Nic a Polonia, durmientes a Hungría, naranjas a Checoslovaquia; importar la tecnología soviética para operar el astigmatismo y la tela denim para fabricar jeans socialistas en la Argentina. Se animó a proyectos locales poco viables, como recuperar sanatorios o fábricas de aceites quebrados o explotar una mina de carbón en Río Turbio. Su banco prestaba mal y cobraba peor.

Empleaba amigos, parientes y conocidos. Se fijaba poco en el desempeño y mucho menos en los horarios o en las formalidades. Bernardo Grinspun, el último ministro de Economía argentino que se plantó frente a los acreedores externos, trabajó como asesor del banco familiar, e íbamos a ver a Independiente con él.

En los últimos cuatro años de su vida se transformó en banquero y hombre de negocios. No sé si quiso serlo, pero en los hechos no consiguió evitarlo.

Le hubiese gustado ser pianista. Estudió de chico y cada tanto se sentaba para tocar «La polonesa» o «Taquito militar». O periodista. O historiador: lo obsesionaban la Segunda Guerra Mundial, la revolución bolchevique y el peronismo.

Hubo varias despedidas después de su muerte. El último partido del futbolista Ricardo Bochini, el primer muñeco que me regaló. «Ganale a mi papá al cabeza-cabeza», le pedí al Bochini de carne y hueso cuando papá me lo presentó en noviembre de 1984, en el asado de despedida a los jugadores que viajaban a Tokio a jugar la final de la Intercontinental con el Liverpool. Su retiro del fútbol, a fines de 1991, me alejó de las campañas de Independiente por dos décadas.

Toda su familia murió. En 1980 su madre, una odontóloga comunista.

En 1987 apareció el cuerpo de Osvaldo. En 1990, él. En diciembre de 1993, su padre. En diciembre de 2000, Horacio, que se había exiliado en Francia en 1976 y luego doctorado en astrofísica. Nunca más volvió a vivir en la Argentina. Fui a visitarlo cuando supe que estaba enfermo, después de muchos años de distanciamiento, y vi a mi padre en esos ojos.

Lo he guardado en abrazos, fotos y varias imágenes y frases que todavía retengo. Pero perdí algo irrecuperable: el olor. Se evaporó en una mudanza, cuando metimos su ropa en una valija de cuerina marrón. La noche anterior había abrazado el perfume concentrado y espeso de sus sacos.

Hace años que no voy al cementerio. Más de cincuenta veces habré soñado que revivía. O que nunca murió.

No sabría qué regalarle para un Día del Padre, ni para el 18 de octubre, su cumpleaños. Quizá inutilidades: un libro de autoayuda de cómo ser un buen empresario; unas calzas que jamás usaría para hacer gimnasia. O algo así. Extraño esa risa de «cómo les gusta mofarse de mí».

El día de su funeral no encontré en casa el casete de Adagio en mi país. Salí a buscarlo y lo conseguí en una mesa de saldos de Puente Saavedra. Lo escuchamos en la sala de velatorio.

Recuerdo dos estrofas:

*Dice mi padre que ya llegará
Desde el fondo del tiempo otro tiempo.*

Martín Sivak, 5 de diciembre de 2001

TRES. CUARTOS DE FINAL

15 de enero de 2009. Ben representaba la diversificación del microempresario de la industria turística en el pueblo de Negril, Jamaica. Esa mañana ofrecía jet-ski y otros deportes náuticos, ananás en trozos, marihuana, hotel, cocaína, hostel, restaurante con langosta fresca, cursos de buceo, bronceadores, novia y novio.

A sus espaldas, el *resort* Sandals latía. Una pareja de pelirrojos regordetes de Minnesota jugaba a que fornicaba vestida y mediada por una pelota inflable de goma. Los estimulaba un animador con bigote negro fino y bermudas blancas: «Tanto tiempo casados... ¡tienen que saber muy bien cómo hacerlo!». El público alentaba con los *uuuuuu* de los Estados Unidos.

A la izquierda de Ben, el mar; a la derecha, una ruta de dos manos y en ella, una cabra que la caminaba distraída. Delante de Ben, más ofertas, más vendedores y más microempresarios.

En ese instante, en el ocio de Negril y con un hijo en camino, miré el cielo y detecté la nubecita de papá. Ha estado estacionada casi siempre en el mismo lugar. Se hubiese sentido muy incómodo en Negril: el calor, los juegos con los turistas, la insistencia de los vendedores. Empecé ahí mismo, en la última página de la edición de tapa dura de *The Brief Wondrous Life of*

Oscar Wao, de Junot Díaz, a escribir este libro.

Anoté los títulos o temas de diez capítulos:

- *El salto*
- *Policías*
- *Acompañantes terapéuticos*
- *Periodistas, políticos y militares*
- *La Internacional*
- *Punta del Este*
- *11 años*
- *Mi 5 de diciembre*
- *Mamá*
- *Monólogo final.*

En los años siguientes conversé con muchas personas que conocieron a papá (ex guerrilleros, banqueros, empleados, amigos, amigas, parientes lejanos y cercanos, su psicoanalista, su peluquero), abrí baúles con fotos, documentos y expedientes judiciales, caminé por algunos lugares en los que había caminado con él o pensando en él y leí memorias, tantas memorias sobre padres que las convertí en un subgénero de mi biblioteca. Y me tropecé con su vida, con su estela, muchas veces a pesar de mi voluntad.

No escribiría una biografía ni la exaltación de una obra: papá no fue ni presidente, ni gobernador, ni general, ni revolucionario triunfante, ni intelectual, ni escritor, ni empresario influyente, ni deportista destacado, ni mártir. Lo que sigue son una suma de esos restos y la dificultad para reunirlos.

«¿Se morirá en paz esta vez?», me pregunté aquella tarde en Negril mientras le compraba ananás a Ben.

CUATRO. PUNTA DEL ESTE

Como los militares gobernaban el Uruguay, Punta del Este faltaba en el mapa del exilio argentino. En la lista de países que recibieron a los que escapaban de la dictadura aparecían primero España y México y después Venezuela, Brasil, Suecia, Francia, Italia, Israel, Bélgica, Suiza, Holanda, Estados Unidos, Canadá y Australia. Sólo cuarenta y cinco minutos separaban el Aeroparque de Buenos Aires del aeropuerto de Punta del Este. Su avenida principal no contaba con una oficina de las Naciones Unidas para refugiados.

Cuando papá llegó con mamá y conmigo a fines de 1976 (mi hermano nació dos años y medio más tarde), Punta del Este parecía un pueblo fuera de temporada que entre las fiestas de diciembre y la primera quincena de febrero se ampliaba con el despliegue de los argentinos.

No encontré ese Punta del Este en los libros enciclopédicos sobre la historia del balneario, ni en el ensayo *Punta del Este, la política excluyente* de Américo Cristófalo. Pero sí en los artículos de Enrique Raab publicados en *La Opinión* en el verano de 1975 y rescatados en los dos libros que recopilan parte de su obra. En los dos títulos aparece la tensión entre los dos caminos posibles para el balneario: «Un turismo heterogéneo desvaneció los sueños de

Punta del Este de convertirse en el Biarritz de la América Latina» y «La disyuntiva de Punta del Este: ser el reducto de quinientas familias o convertirse en un balneario popular».

Para ilustrar el pavor a la invasión de las clases medias acomodadas de la Argentina le dio voz a la franco uruguaya Marie-Françoise Escoromel:

«Punta del Este era una cosa en 1940 y otra ahora. Entonces venía un sector selecto de la sociedad porteña que no quería salir en las sociales de La Nación. Un sector aristocrático de verdad que amaba el recato y la vida privada. Yo era una niña entonces —dice— y cabalgábamos salvajemente por estas playas, nos bañábamos sin preocupaciones, teníamos amigos de nuestros mismos intereses, sin mezcla, sin —vacila— promiscuidad.»

Puedo imaginar que papá se veía como parte de esa mezcla. Habrá creído que no llegaba para integrarse al mundo de *Madame* Escoromel, sino para desafiarlo. Ricos plebeyos comunistas contra ricos aristocráticos conservadores.

Papá creyó que viviríamos en Punta del Este unos pocos meses como escala hacia Madrid, donde mamá quería instalarse para poder ejercer su profesión de psicóloga, o París. O un breve interregno hasta la vuelta a Buenos Aires. Pero el lugar de exilio provisorio se transformó en nuestra casa durante seis años y medio.

Nos mudamos —sólo por un tiempo— a un chalet rodeado por pinos y eucaliptos sobre una calle de tierra y fondo sin parrilla. Se llamaba *El Tero* por los teros que lo visitaban. Uno de mis primeros recuerdos visuales es papá entre los eucaliptos con las manos detrás de su cuerpo, como la llevan los esposados. No sabía que caminaba su contrariedad ante aquel exilio, la incomodidad del fugado.

Papá sabía que los hábeas corpus por el Colorado no tenían respuesta y su amigo seguía sin aparecer. Había hecho toda su vida adulta (y política) con él. Juntos militaron en el comunismo, ganaron el Centro de Estudiantes de Derecho, dejaron el PC, fundaron un estudio de abogados para defender presos políticos —lo llamaban La Ciencia Jurídica, no obstante lo cual allí casi no se hablaba de leyes— y participaron en la Asociación Gremial de Abogados. Después entraron en las FAL, estuvieron presos, abandonaron las FAL. El mundo que compartía con el Colorado —también el de las partidas de ajedrez y las discusiones sobre la *performance* del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial— no existía en Punta del Este.

Papá fundó la inmobiliaria Buenos Aires Building en una cuadra céntrica de Gorlero, la avenida principal del balneario. Le puso el nombre de la empresa de su padre menos como una política de expansión corporativa que como una forma de extender la resonancia familiar. Los Sivak, en una nueva diáspora, se expandían comercialmente hacia el resto de América del Sur. Empezaban por una playa.

Quiso colocar el escudo de bronce de Buenos Aires Building en la vidriera del local. Hicieron falta dos adultos para mover ese ancla del colonizador que no colonizaba ni creaba comunidades, ni generaba gran cantidad de puestos de trabajo. Los tres empleados —Matías, Joselo y un tercero cuyo nombre olvidé— de Building Punta del Este volvían a sus casas a almorzar. Ni papá ni ellos trabajan en la oficina: *se daban una vuelta por la oficina*. Eso decían. Lo llamaban Jorge. Ni doctor ni don. De su despacho recuerdo, con nitidez sospechosa, una mesa larga de madera a la que se le pasaba la enceradora.

Punta del Este ofrecía grandes lotes vírgenes, zonas sin urbanización y muchas panorámicas. Una plaza inmejorable para la compra y venta de propiedades como aventura rentista. Papá manejaba su Volvo en busca de tierras y casas. Conocía el arte del regateo, la base de las transacciones inmobiliarias. No se impacientaba. Dejaba una oferta de 30.000 dólares por un terreno cotizado en 120.000. Lo vi hacerlo seguro y sin menoscabar al vendedor. Decía «*macanudo*». Y esperaba días para ir a cerrar por 50.000 o 60.000.

La relación de papá con el balneario tenía un límite curioso: la playa misma. No le gustaba meterse en el agua —creo que nunca lo hizo— ni pasar más de diez minutos en la arena, ni, mucho menos, exponerse al sol.

Cursé primer grado en el Colegio Integral Punta del Este, el CIPE, con sólo siete compañeros en el aula. Uno de ellos, Yabsy, tenía un plan de estudios «diferencial», como se decía entonces. La maestra Galita lo retaba todo el tiempo. Una tarde lo fulminó en clase: «¿Yabsy, eres retrasado?».

Galita fue severa en la primera prueba. La última tarea consistía en atarle los cordones de su zapato derecho. Valía cuatro puntos y me calificó con dos. Papá me dio entonces una primera lección: el nudo simple y el doble.

La segunda se sostuvo en el tiempo: cómo tirar paredes en el fútbol. Le asignaba más importancia a esa maniobra de toque y devolución que a la

pegada, la marca, el cabezazo y, por supuesto, la gambeta. El culto a la pared representaba la defensa del juego asociado. En otras palabras, las paredes estaban políticamente a la izquierda de las gambetas. Con el tiempo descubrí que, por su gordura y su estado, era lo único que podía hacer.

Cuando nos enojábamos después de perder al fútbol usaba una de sus frases más lindas. «A llorar, a la llorería». Se integró a su repertorio por diez años. Incumbía a sus hijos y a los amigos de sus hijos.

Para intentar integrarnos nos inscribieron en clubes de natación y de fútbol. Aprendimos a bracear en una pileta municipal de Maldonado y jugamos en el Club Ituzaingó, donde a los más chicos nos tocaba practicar en la cancha auxiliar. Desarrollamos un amor sin medida por un color que recuerdo verde y, por momentos, violeta. La cantina del club vendía panes tortuga con mortadela.

Papá, Gabito y yo compartíamos ritos solitarios. Frente a la segunda casa donde vivimos —La Costa, en la parada 14 de La Brava— había un bosque donde buscábamos leña. Papá nos llevaba muchas noches: «*Escuchen la música del bosque y del mar*». Allí nos contaba las historias del capitán Nemo, del purasangre Rompevientos y del futbolista Comeuñas, el personaje de la película *Pelota de trapo*, de Leopoldo Torres Ríos. Papá se detenía en el final heroico: durante una final entre Argentina y Brasil, Comeuñas (Armando Bó) debía retirarse de la cancha. Le habían detectado un problema cardíaco y no lo autorizaban a jugar. Bó miraba la bandera e insistía: «Hay muchas formas de dar la vida por la patria. Y esta es una de ellas». Entraba, hacía los goles definitorios, sentía más dolores de pecho. Pero sobrevivía.

En los días soleados de invierno alquilábamos caballos con mis primas que vivían en Montevideo. Su padre, el tío Osvaldo, quien sabía montar, estaba a cargo de esa salida. Una tarde lluviosa quisimos ver un dibujo animado en el cine, pero la película no podía empezar hasta que se vendieran diez entradas. Como no había otros espectadores más que nosotros, cuatro niños y dos adultos, papá y el tío compraron cuatro entradas más: así tuvimos nuestra función privada en el Lido.

Con mamá compartíamos las rutinas domésticas: las compras en el Superuno, las fruterías y la carnicería El Novillo Alegre. En su papel tradicional, menos destacado pero de presencia constante, también se encargaba de nuestra ropa y los útiles escolares. Pasábamos mucho tiempo los cuatro juntos. El plan de los domingos nunca variaba: cruzábamos en auto

el puente ondulado de La Barra, al que llamábamos de las cosquillitas, sin saber que su constructor, Leonel Viera, nunca había terminado los estudios de ingeniería. Papá aceleraba en la bajada.

La televisión carecía de grandes ofertas. Los dos canales empezaban su transmisión a las 5 de la tarde y terminaban antes de la medianoche. Veía *El llanero solitario*, el primer programa de la tarde, y papá y mamá, *Subrayado*, el noticiero de las 7 de la tarde.

La vida social de papá parecía acotada. Con mamá se hicieron amigos de dos matrimonios: los Balaciano, una pareja de jóvenes porteños que vivía en un departamento donde solíamos comer fideos con queso de crema, y los Mori, una brasileña y un suizo.

Jean-Pierre Mori sobresalió rápidamente como personaje de esa época.

Compraba y vendía pieles del Amazonas brasileño y exhibía en su casa restos de cocodrilos y pumas que él mismo cazaba. Era hijo de turco y su familia tenía un negocio de alfombras en Basilea. En 1974 se instaló en Punta del Este con su esposa Celia y sus hijos, pero pasaba la mitad del año de viaje en busca de antigüedades —frecuentaba los remates de Sotheby's— para su local frente al Hotel Alvear, en Buenos Aires.

En Punta del Este, papá y Jean-Pierre invertían juntos en tierras. Las registraban a nombre de uno u otro sin desconfiar. Nunca tuvieron un conflicto. Papá se burlaba de Jean-Pierre porque cuando construía casas usaba los materiales más baratos. También compartían visitas al casino, el *sinoca*, como lo llamaba Jean-Pierre y sonaba aporteñado. Tenía prohibida la entrada a uno en Niza: estaba en una lista de interdictos porque, a cambio de un departamento que le regaló su padre, aceptó el compromiso de jamás volver a pisarlo.

En el casino de Gorlero, Jean-Pierre atraía a los prestamistas que esperaban, afuera o caminando entre las mesas, el momento en que les pidiera auxilio en aquella era sin cajeros automáticos. Uno de los más célebres portaba un apellido a su medida: Pantano. En uno de sus intentos por dejar el juego le hizo jurar a Pantano que nunca más le prestaría. Una noche de grandes pérdidas cambió de opinión: al lado de papá, se arrodilló frente al prestamista: «Pantanito, Pantanito, no me hagas caso».

Papá prefería el blackjack y la ruleta. Apostaba por los números de la segunda docena, sobre todo el 17, el 21 y el 14. Los canonizó. Cuando años más tarde me vio jugar en una ruleta con tablero plastificado y contraindicó la

apuesta al cero. Ese es el número del casino. Mamá, para que no lo viéramos como un compulsivo, decía que arriesgaba hasta 200 o 300 dólares por noche. Papá no hablaba de eso, pero le gustaba detallar el desempeño, en dinero, de alguno de sus amigos: «Pepe está 40.000 dólares abajo».

En el invierno de Punta del Este, sin muchas más actividades nocturnas, el casino parecía el lugar de socialización de papá. Cuando iba con mamá, los Mori y los Balaciano, la cocinera de casa, Silvita, les dejaba una bandeja preparada con un termo de agua caliente para café, té o mate y una opción dulce: pastafrola de dulce de leche, profiteroles, o escones. Cuando volvían comentaban las bolas más inesperadas de la noche y alguna frase o reacción de Jean-Pierre.

Una de esas noches, en su español mechado con palabras en portugués, francés e inglés, Jean-Pierre leyó ante papá, mamá y Celia una carta de amor que le había enviado la esposa de un hombre al que todos conocían. «Sos un *fofoquero*», le dijo papá. Le divertía que fuera un alborotador; acaso porque nunca se metía con él.

Jean-Pierre organizaba fiestas de disfraces en las que papá no se disfrazaba y otras en las que sus animales monopolizaban la atención. «*Anoche el puma se paseó por el borde de la pileta* —contó papá una mañana de verano— *y Jean-Pierre le tiró alcohol*». El puma murió ahorcado con su propia soga en un paseo diurno. Lo sobrevivieron los otros animales que daban vueltas por El Charrúa, la casa de los Mori: carpinchos, llamas, focas y flamencos.

Papá nunca me contó que Jean-Pierre fumaba marihuana: creía que la revelación opacaría la imagen de su amigo. De algún modo *O Gozador*, como le decía, evitó la condena de la mirada moralizante del desarrollador inmobiliario comunista. Un millonario playboy, excéntrico, jugador y marihuanero encajaba en ese periodo de papá, que se hallaba perdido tan lejos de los amigos politizados con los que había convivido en Buenos Aires. Para una foto papá se permitió un gesto afectuoso: abrazó a Jean-Pierre.

La foto fue tomada en Posto 5, un parador de la Playa Mansa donde luego se construiría una de las referencias actuales de Punta del Este: el *Vegas-Style* Hotel y Casino Conrad. Jean-Pierre solía pasearse por Posto 5 en zunga, mientras gritaba y jugaba con sus prótesis dentales. Comía almejas y mejillones y a los niños nos convidaba las frutas impregnadas de vino blanco de su clericó: ayudaba al crecimiento, decía.

Me bautizó «Napo», apócope de Napoleón, por mi buena memoria para responder sobre las capitales del mundo. Los ping-pongs de preguntas y respuestas sucedían en El Charrúa, donde había canilla libre de guaraná y se comía una feijoada riquísima. Desde el comedor veíamos a los carpinchos que se zambullían en la laguna artificial y a los flamingos que entraban con sus trancos largos y lentos a sus casas de madera. Esperaba muy confiado la pregunta de Jean-Pierre sobre Angola: la respuesta era el nombre de su hija, Luanda. Su otro hijo, Dorián, fue mi primer amigo y nos hemos acompañado sin interrupciones los siguientes treinta y siete años.

En febrero de 1979, papá, mamá y yo nos mudamos un par de meses a Montevideo por el nacimiento de Gabito. Alquilamos una casa cerca del sanatorio y nos vimos mucho más con mis primas que vivían en Carrasco. Mientras nosotros nos entreteníamos dando vueltas en triciclo por el jardín, en el living los adultos jugaban al programa de actualidad: con una cámara VHS se grababan en un estudio de televisión imaginario, y hablaban sobre la situación en la Argentina y la transición a la democracia.

Osvaldo mantuvo su cargo en la empresa familiar en Buenos Aires. En agosto de 1979, durante uno de los viajes semanales, fue secuestrado y liberado a los pocos días. Tiempo después también papá comenzó a viajar a Buenos Aires; resuenan en mi memoria las palabras *salvoconducto* y *coronel*. De martes a viernes trabajaba en el país que debió dejar como exiliado y los fines de semana regresaba al asilo político en el balneario elegante.

Cada tanto viajábamos con él a Buenos Aires y nos alojábamos en el departamento de la calle Posadas. Allí vimos el Mundial de 1982, sin saber que en el anterior —el que se hizo en la Argentina de la dictadura a pleno, en 1978— papá había hinchado por Holanda en la final. Sólo se lo había dicho a mamá.

Todavía vivíamos en Punta del Este cuando murió la madre de papá. Había enfermado de leucemia y tuvo pocos meses de sobrevida. Cuando él se enteró, se tiró al suelo en el bosque frente a casa, nos contarían sin precisar más detalles. Victoria Papermiester fue una comunista convencida y una de

las primeras egresadas de la carrera de Odontología.

Meses antes de su muerte, la abuela me había regalado un sobretodo muy parecido al de *El Principito*, el libro de Antoine de Saint-Exupéry, muy citado por papá y que dio origen a mi apodo de infancia. Mientras me lo probaba, recuerdo a la abuela estrujándome con sus abrazos en la confitería King Sao de Gorlero. Comíamos una torta rogel y nos reíamos.

Treinta y cinco años más tarde leí una entrevista que le habían hecho a Victoria como una de las pocas estudiantes de Odontología, casi una proclama feminista. Se publicó en la revista *Cultura Sexual y Física* en algún momento de la década de 1930; no se consigna la fecha pero se la llama «señorita», lo cual hace suponer que fue antes del nacimiento de su primer hijo, en 1940:

—*Creo en la mujer nueva que surge ahora, corolario de experiencias femeninas de generaciones anteriores que quisieron evadirse del yugo en que vivían, originando así un movimiento de reivindicación de sus derechos. Las primeras experiencias son las más difíciles. De ahí que, en contraposición a la mujer dulce, mansa, resignada, apareciera el tipo de la antítesis. Era otra en que suponer a la mujer fuera de las actividades del hogar significaba crear una imagen femenina adusta, varonil, llevando como divisa un cuello rígido, un rodete enhiesto y unas infaltables antiparras. Hoy concebimos perfectamente la energía unida a la sinceridad. La ternura acompañada a la inteligencia y la cultura a la acción...*

El primer día de 1988, cinco años después de que terminara el peculiar exilio de mis padres, nos llegó por teléfono la tragedia de Jean-Pierre en Punta del Este. Se había asomado a una calle de tierra con su Toyota Celica y un camión lo había pasado por encima. Con los Balaciano, papá se encargó desde Buenos Aires de su traslado en un avión ambulancia. Jean-Pierre pasó tres meses en coma en el Hospital Alemán. Tuvo una sobrevida de hospitales y clínicas porque apenas podía hablar y caminar.

Antes del accidente le había escuchado comentar que en sus funerales debería sonar «Passarinho», de Beth Carvalho:

*Quero viver como um passarinho
Cantar, voar sem direção
Quando quiser construir meu ninho
Hei de encontrar um coração
Por enquanto eu quero viver
Com toda liberdade
Cantando aqui, pousando ali
Esta é a minha vontade
Quero viver. (1)*

Acaso de aquel recuerdo saqué la idea de preguntarle a papá por la canción que se debía pasar en su funeral.

Cuando Jean-Pierre murió, en 1999, les recordé a Dorián y a su mamá aquella indicación, pero ninguno de los dos tenía idea de esa supuesta voluntad póstuma.

Quizá la imaginé.

Sus cenizas se esparcieron en Punta Ballena, cerca de un terreno que había comprado con papá y donde construyó la casa que llevaba el nombre de su hija. Años más tarde la demolieron.

1- Quiero vivir como un pajarito / Cantar, volar sin dirección / Cuando quiera construir un nido / Encontraré un corazón. // Por ahora quiero vivir / Con toda libertad / Cantando aquí, posando allá / Esa es mi voluntad. Quiero vivir.

CINCO. (UNA) EUROPA

Ménerbes, agosto de 2009. En las residencias artísticas el internado del pabellón de escritura debe componer varias cuartillas diarias. Llegué con apenas diez páginas de este libro y de un día para el otro me encontré encerrado sin otra responsabilidad que escribir sobre papá de la mañana a la tarde. De noche soñé dos veces con bolsas de palabras que se perdían en los viñedos vecinos.

La casa de los residentes debe su nombre a la artista y fotógrafa surrealista Dora Maar. Tras romper su relación amorosa con Pablo Picasso se encerró en la propiedad —una pequeña fortaleza de persianas verdes y jardín con desniveles— durante treinta años. Dijo que después de él sólo quedaba Dios. Dora Maar murió en 1997 y una millonaria texana con inquietudes artísticas la convirtió en una mansión artística.

Ménerbes nació hace nueve siglos. Forma parte de la región de Luberon, popularizada por el Marqués de Sade y las prácticas experimentales en su *chateau*. Ahora los *lords* ingleses y los actores son las celebridades. En 2009 su alcalde, Yves Rousset-Rouard, llevaba catorce años en el módico poder municipal. Gracias a las donaciones de los millonarios extranjeros sus 1.200 habitantes pagan los mismos impuestos que en la década de 1960. Cada

agosto, cuando el sol amaina, el alcalde baja a la única tabaquería a contar la historia de la película que produjo: *Emmanuelle*. Habla de la filmación, del éxito y del legado del film de Just Jaeckin. Entusiasma a señores mayores y a los forasteros. Chocan sus copas de pastis con hielo y brindan por muchas *remakes* de *Emmanuelle*.

Conocí el Luberón con papá, mamá y Gabito, que era un bebé, en 1980 o 1981. Cuando regresé para escribir en la residencia no recordaba casi nada, sólo las murallas de Oppede, un pueblo vecino a Ménerbes. Fue apenas una parada breve durante dos viajes largos (uno de casi seis meses y otro de tres) por lo que genéricamente llamábamos Europa.

En el primer viaje alquilamos un departamento en París con la idea de que pudiera convertirse en una escala hacia una mudanza definitiva. Parecía un exilio más convencional: mamá prefería Madrid; papá quería París. Supongo que por la cercanía con su hermano menor. No estaba claro, en ninguno de los dos destinos, a qué se dedicaría.

Papá hablaba un francés básico: no sé dónde lo había aprendido y practicado. Al menos una vez por día decía «*Assiette de camembert*», camembert al plato. En un restaurante de la Puerta de Versailles, papá quiso comerlo como entrada. Horacio, su hermano, lo reprendió:

—No, Chogos —así lo llamaba—, acá eso no es así. Tenés que pedirlo como postre.

La discusión creció en intensidad hasta que el mozo, hijo de españoles, la saldó:

—Señor, le puedo traer su camembert como entrada.

En ese viaje, papá compró un auto gris, muy probablemente un Peugeot. Le encantaba fijar promedios de velocidad para exaltar la falta de límites máximos en las autopistas: se proponía, por ejemplo, unir ciudades a 130 kilómetros por hora. Cuando salía a la ruta se mordía el pulgar, que quedaría marcado por los incisivos y coloreado por la nicotina. Parecía un bebé gordo hipnotizado por la ruta.

Repetía hasta gastar la cinta del casete la versión de Yves Montand de «El canto de los partisanos», de la Resistencia Francesa, compuesto contra la ocupación nazi.

Montez de la mine, descendez des collines, camarades,

*Sortez de la paille les fusils, la mitraille, les grenades;
Ohé, les tueurs, à la balle et au couteau tuez vite!
Ohé, saboteur, attention à ton fardeau, dynamite...
C'est nous qui brisons les barreaux des prisons pour
nos frères. (2)*

Con insistencia idéntica sonaba «*O bella ciao*», el canto antifascista italiano, y «*Bandiera Rossa*», según la canonizó el Partido Comunista Italiano:

*Bandiera rossa la trionferà.
Bandiera rossa la trionferà
bandiera rossa la trionferà
bandiera rossa la trionferà
nel socialismo solo è pace e libertà. (3)*

También se repetía Paco Ibáñez, el libertario español. Pocas canciones escuché tanto en ese viaje (y en mi vida) como «*A galopar*»:

*¡A galopar, a galopar
hasta enterrarlos en el mar!*

Papá cantaba. Cantábamos los cuatro. No recuerdo qué hacían las niñeras que viajaban con nosotros. Eran uruguayas y trabajaban en nuestra casa de Punta del Este. Malena estuvo en el primer viaje largo y Silvita en el segundo.

Cuando buscábamos un hotel donde quedarnos después de horas en las rutas con los *hits* de la izquierda mediterránea, papá regateaba los precios de las habitaciones. Creo que le importaba menos el ahorro que darse el gusto de conseguir descuentos en cadenas poco proclives a la negociación informal de tarifas. Si el conserje se ponía inflexible, exigía que incluyera el desayuno en el precio. Si el conserje mantenía su postura, reclamaba que la salida de la habitación fuera una hora más de lo estipulado. Si el conserje no cedía nada, le decía que lo pensaríamos.

Papá y mamá tenían una disposición notable, un interés infatigable por los museos y sus accesorios como diapositivas, *posters* y libros de arte. Cada

ciudad albergaba una cantidad significativa de museos que debíamos recorrer. Mis padres visitaban Europa por primera vez, estaban cerca de cumplir cuarenta años y combinaban la energía con el deslumbramiento. Muchas veces no lo compartí. Exploté en la sala china del British Museum: «¡Ni un museo más!!!», amenacé, tirado en el suelo, pataleando.

En 1983, cuando volvimos a vivir en la Argentina, sus kilos de materiales de los museos se destinaron a unas clases particulares de historia del arte que les dictaba una profesora cuyo nombre olvidé: siempre la llamaban por su gentilicio, «la húngara». Cada martes a la noche comía en casa y luego pasaban al escritorio de papá. La profesora hablaba durante al menos tres horas frente a una pantalla donde se proyectaban las diapositivas.

Yo me repartía entre el programa televisivo de imitaciones *Las mil y una de Sapag* y la clase. Al oído de papá le contaba las mejores: el Menotti más fumador que entrenador, el afrancesado canciller Caputo, los periodistas Grondona y Neustadt como chips. Iba y venía en los cortes publicitarios. A veces papá me pedía que me quedara, que escuchase a «la húngara». Pero no me gustaba: se movía sin ritmo en la mecedora thonet y disertaba en un tono monocorde, sin emoción.

Papá sólo discutía cuando la profesora se desviaba de los asuntos artísticos y atacaba con furia el eurocomunismo. Los intercambios solían terminar del mismo modo: ella lo invitaba amablemente a que conociera los países detrás de la Cortina de Hierro y viera todo con sus propios ojos. Pero en sus primeros viajes a Europa papá había evitado los países socialistas.

Prefirió abrazar el consumismo cultural de la Europa Occidental. Se obsesionó con los equipos de música: compró los primeros aparatos de compact disc, de cinta abierta, la radio con la que escuchó a la estaciones inglesas durante la Guerra de Malvinas, los tocadiscos y los pasacasetes Sony. En la sección de discos y en la de libros de la Fnac —aquel Amazon físico— cumplía horario de oficina. Se desparramaba en el piso con su panza de embarazado y los cordones desatados. Revisaba los long-plays con la lengua afuera, como cuando manejaba. A veces conseguía que los empleados lo dejaran entrar a la sección de clásicos con una Orangina. «Tengo la garganta muy seca por la calefacción», usaba como excusa.

Mientras él se entretenía así, mamá le compraba la ropa que fue la base de su vestuario durante los diez años siguientes. Él agradecía sin comentarios las camisas Cardin o Dior, los sacos Burberry's o los sobretodos. Sólo le

importaba que sus gabanes fueran azules o negros y que los zapatos tuvieran un cierto aire a borceguíes. Pero sobre el resto de la ropa o los equipos deportivos nunca tuvo una opinión formada.

Entre ambos acumularon tantas, pero tantas compras —desde pistas de autos para que jugásemos mi hermano y yo hasta vestidos, desde *coffee table books* hasta electrodomésticos alemanes— que hubo que hacer un sacrificio al preparar las valijas para el regreso. En París se quedaron unos quinientos libros sobre la Segunda Guerra Mundial.

Pasaron más de veinticinco años y no sé si están en una baulera, si los donaron o los incineraron.

Lo último que hice en Ménerbes fue ordenar los escasos datos que tenía de los orígenes familiares. Los Sivak venían de Polonia o Rusia o Bielorrusia, sabía vagamente. Pero la sombra enorme del padre de papá había quitado interés a cualquier otro relato histórico que no comenzara con la epopeya del pobre hijo de inmigrantes nacido en la provincia argentina de Entre Ríos, que desde muy joven se interesó por los negocios y se hizo rico.

A principios de la década de 1940 Samuel encontró la manera de asociarse secretamente con el PC en Minera Luminé, sobre la cual construyó un conglomerado de firmas. Pero eso no se decía: era un secreto, el secreto. El relato apto para niños lo presentaba como el empresario que hizo todo bien. Supo fundar una compañía petroquímica, armar una alianza con socios importantes como Acindar para explotar la mayor reserva de hierro del país, en Sierra Grande, Río Negro; comprar la Editorial Haynes, que publicó el diario *El Mundo*; fundar la financiera e inmobiliaria Buenos Aires Building.

Esa doble vida se reprodujo en su intimidad: se había enamorado de Lita, su primera novia, pero como no era judía se casó con mi abuela Victoria. Pudo haberse rebelado, pudo haberse casado con Lita luego de la muerte de Victoria en 1980. Pero prefirió seguir perpetuamente secreto.

Su hijo mayor, Osvaldo, había estudiado Ingeniería y parecía el elegido, por su seriedad y disciplina, para continuar con la administración de la empresa familiar. El menor, Horacio, decidió cortar parcialmente amarras comerciales con la familia y se instaló en París en 1976. Hasta su muerte veinticinco años más tarde se dedicó a la investigación científica.

Papá quedó en el medio.

No fue el sucesor perfecto ni se independizó lejos. En 1983 volvió a vivir a Buenos Aires para reincorporarse al monstruo que se lo terminaría

devorando: Buenos Aires Building.

2- Suban de la mina, desciendan las colinas, camaradas, / Saquen del pajar los fusiles, la metralla, las granadas, / ¡Eh, los que maten, con armas y cuchillos maten rápido! / ¡Eh!, saboteador, cuidado con tu carga, dinamita...
// Nosotros rompemos los barrotes de las prisiones para nuestros hermanos.

3- La bandera roja triunfará / La bandera roja triunfará / La bandera roja triunfará / La bandera roja triunfará / Sólo en el socialismo hay paz y libertad.

SEIS. VICENTE LÓPEZ

Mamá solía contar que habían llorado en la cubierta del barco que los devolvió al país, después de seis años y medio fuera de la Argentina.

La casa que compraron en los suburbios de Buenos Aires pretendía albergar bastante más que la vida de dos adultos, dos niños y ninguna mascota. Los cuatro pisos en la muy empinada calle Alsina de Vicente López en un terreno de 1.600 metros cuadrados con quincho, pileta y vestuario suponían un cambio de escala. Aparte del casco central tenía tres chimeneas y doble circulación, como le gustaba decir a mamá. Garaje para dos autos. Salón de juegos con metegol. Una caldera que debía quedar intacta por cierto espíritu conservacionista de la familia. Un comedor diario y otro para visitas. Un living para piano de cuarto de cola y varios juegos de sillones. Algunas habitaciones con vista al río. Tres cuartos de servicio.

Acaso por una especie de vértigo derivado de esa abundancia, mamá se imaginaba que iban a construir más lugares en esa casa. Compraba revistas de arquitectura y decoración y pedía presupuestos a estudios de profesionales. Marcaban su agenda las quimeras de un quincho mejor, la renovación de la pileta y una ventana más en mi cuarto.

Papá delegaba en mamá.

El frente de la casa ostentaba piedra en exceso, y el asunto se convirtió en materia de debate: los arquitectos que pasaban por la casa disertaban sobre la piedra y la identidad de la construcción. Para los proclives a buscar el matiz en los análisis, la piedra afeaba la casa pero la barranca la prestigiaba.

Mamá quería retomar su profesión de psicóloga —postergada por el exilio, la maternidad— y abrir su consultorio. El primer año de nuestro regreso cursó un seminario sobre Lacan. Tenía que hacer un trabajo final sobre la relación entre Salvador Dalí y Jacques Lacan. Nos mostró algunas acuarelas de Dalí; Gabito y yo nos esforzamos por entender algo. No intentó presentarnos a Lacan. Durante el verano de 1984 una compañera del curso vino a estudiar con ella: recuerdo el bikini negro con que pasaba un rato con mamá en la pileta, mientras nosotros jugábamos con su hija. En algún momento se encerraban juntas a estudiar en el escritorio.

Papá se reincorporó a las oficinas centrales de Buenos Aires Building, en la calle Lavalle al 300 en la *City* porteña. Dirigía una de las dependencias de la empresa: alquiler, compra y venta de propiedades. Sus oficinas quedaban en un espacio castigado por la falta de luz natural y ventanas y el exceso de moquete, como se llamaba allá y entonces a una clase de alfombra. En el edificio anexo y desde un primer piso menos oscuro y mejor moquetado, Osvaldo se ocupaba de la parte financiera, créditos para compra y venta de viviendas.

Samuel pasaba a la tarde para supervisar, en su carácter de patriarca. Controlaba y retaba: nunca palmeaba la espalda de papá. Alejandro Horowicz, un amigo de él, recuerda que, recién llegado de Punta del Este, papá compró un triplex a 200.000 dólares y antes de escriturarlo ya lo había vendido a 300.000, pero Samuel lo regañó por la penalidad de un par de cuentas de electricidad impagas.

Por varias razones —entre ellas, esa presencia incómoda de mi abuelo— papá seguía buscando una vida fuera de Building.

Primero lo hizo con su participación en un programa nocturno que se emitía por Belgrano, la radio estatal que captó cierto espíritu de lo que se llamó la primavera alfonsinista. Sus detractores la denominaban *Radio Belgrado*, por la preeminencia de izquierdistas entre conductores, columnistas y oyentes.

Papá salía al aire con un seudónimo, César Soto, un tributo al español anarquista de *Los vengadores de la Patagonia trágica*, de Osvaldo Bayer. No

recuerdo el título ni el nombre de ninguno de sus compañeros; nada se dice sobre el programa o sus voces en el único libro dedicado a la historia de Belgrano.

Su única experiencia breve como periodista había sido a los diecisiete o dieciocho años picando cables (como se dice cuando se compone un artículo rápidamente a partir de distintos envíos de agencia) para el diario *El Mundo* cuando su padre entró como accionista. En cambio a los cuarenta, en esos años de enamoramiento con la democracia, hacer radio cumplía el papel de participar de la conversación pública posdictadura. Muchos, incluido papá, habían sucumbido a esa ilusión de influir. Pocos lo lograban; papá seguro que no.

Escuché el programa por primera vez una noche de verano; había llegado despierto hasta la medianoche por la excitación que me provocaba el invitado: Herminio Iglesias, el ex candidato peronista a gobernar la provincia de Buenos Aires a quien se le achacaba la derrota de su partido a nivel nacional por haber quemado un ataúd con el escudo de la Unión Cívica Radical. Pusimos la pesadísima radio Grundig en la galería; sobre los zumbidos de los ventiladores blancos, la voz de papá, más aguda que grave, con buena dicción y modificada por el cigarrillo, prevalecía. Mamá miraba el suelo y fumaba. Pero no recuerdo ninguna pregunta de papá ni ninguna respuesta de Herminio: sólo la extrañeza de escuchar que ese sonido familiar salía de la radio y a quien lo producía lo llamaban César, Gallego o Soto. Papá siguió clandestino en el éter el resto de 1984.

El segundo escape, imaginó papá, podría ser la carrera de Historia como paso para forjar una voz de intelectual público. Pero a sus cuarenta y con un cargo gerencial en una empresa familiar un título universitario parecía un plan remoto. U otra respuesta tardía a su padre: cuando había querido estudiar Sociología, Samuel lo había mandado a Derecho —eso daba a entender, nunca se quejó explícitamente— porque sus beneficios eran más concretos.

Buenos Aires Building sostenía la vida de las cuatro plantas de Vicente López, las futuras reformas y una cuadrilla de empleados: una pareja de caseros, una empleada doméstica, el piletero, el jardinero y el entrenador de los perros policía (primero Indio y después Iván). Ni los perros ni las mascotas en general nos gustaban, pero la propiedad necesitaba guardianes. El entrenador nos enseñó cómo darles órdenes:

«*Sitz, Iván!*» («¡Sentate, Iván!»)

«*Gib, Iván!*» («¡Dame, Iván!»)

«*Lauf!*» («¡Corré!»)

Un día papá comenzó a hacer gimnasia. Los martes y los jueves por la mañana recibía a su profesor particular, el *personal trainer* que se puso de moda en la década de 1980. Se ejercitaba en el jardín, vestido con su jogging Adidas celeste y las Nike Feraldys que le había comprado mamá. El preparador físico, Omar Carminatti, trabajaba también con Gabriela Sabatini: al mismo tiempo que la llevaba al podio de las mejores tenistas del mundo, se esforzaba por limar el abdomen de papá.

Por recomendación de Carminatti, papá nos mandó al Belgrano Chico Tennis para que aprendiéramos voleas y reveses. Hasta entonces, papá había promovido otros deportes: fútbol, ping-pong, ajedrez. Y el boxeo. Había jugado a todos menos al boxeo, que practicaba con las palabras: usaba mucho la expresión «Tiene la piña prohibida». Tanto la usaba que durante muchos años me convencí de que por ley los boxeadores profesionales no podían golpear a nadie fuera del cuadrilátero: el mito se cayó durante la verificación de datos cuando escribía estas páginas. Su boxeador favorito fue una leyenda en vida: Nicolino Locche. Brillaba tanto por eludir los golpes que lo llamaban «el Intocable».

Papá empujaba mi acercamiento al tenis, pero nunca intentó practicarlo por miedo al ridículo. Su deporte de paleta era, sin vacilaciones, el ping-pong. Lo jugaba exclusivamente con el revés —sólo utilizaba el *drive* para sacar— y, como cuando manejaba o se extasiaba en la Fnac, con la lengua fuera. Era su manera de estudiar al contrincante y contener la ansiedad; un juego de paciencia, consistente en meter la pelota en el campo rival sin rematar ni arriesgar demasiado, aunque a veces apuntaba a los ángulos. Pretendía desgastar al otro. Lo conseguía con los jóvenes que se exaltaban porque el señor panzón se dedicaba a atajarles todo y a esperar errores no forzados. O a que remataran ansiosos.

Al mismo tiempo que se desplegaban estas pasiones deportivas aparecieron las lingüísticas: el inglés se convirtió en otro imperativo en la casa de Vicente López. Debíamos hablarlo con fluidez. Eso definió que a mi hermano y a mí nos inscribieran en el Florida Day School ese mismo 1983: fue el primer colegio al que asistimos a nuestro regreso de Punta del Este. El Florida había sido fundado en 1925 para «ser una organización de aprendizaje continuo», para que cada alumno desarrollara sus maneras de

hacerlo. Adhería a valores precisos: respeto, consideración por el otro, honestidad, fuerza interior para aprender y enseñar, constante superación e innovación. El Florida quedaba a un mundo y medio de distancia de la escuela pública del barrio de clase media de Caballito donde había estudiado papá.

El primer día nos sorprendió la cantidad de estudiantes. En mi clase, segundo A, 32, misma cantidad que el total, de primero a séptimo, en el colegio de Punta del Este. Gabito, de cuatro años recién cumplidos, debía vestir uniforme y corbatín para asistir a clase.

Una tarde el profesor de gimnasia y ajedrez —un hombre bigotudo y rígido, siempre vestido con las tres tiras, cuyo nombre no retuve— me preguntó si teníamos algo que ver con el ajedrecista Sergio Slipak. Papá percibió un comentario discriminatorio en esa especie de presunción de que todas las familias cuyo apellido terminaba en *ak* pertenecían a la misma gran familia judía. Incómodo porque ese hombre me enseñara en la escuela, papá quiso intervenir y me preparó para el campeonato de ajedrez en dos sesiones de entrenamiento muy breves.

En la primera partida perdí con un infantil mate pastor, pero el profesor lo invalidó porque no había tocado el silbato de inicio. Volví a perder a los pocos minutos. Papá, en su propia partida imaginaria contra el profesor, me dijo que contrataríamos un maestro para que me enseñara mejor en la casa. Otra clase más, otro especialista para nuestros perfeccionamientos.

Además, el ajedrez le encantaba. Solía recrear las partidas que se publicaban en *Clarín*, jugar con su sobrino Alejandro —con el que solía perder— y contar vidas épicas de ajedrecistas. Su clásico eran las simultáneas de Miguel Najdorf. En octubre de 1943 estableció el récord mundial al jugar 40 tableros a la vez en Rosario, y cuatro años después subió a 45 en San Pablo. Según papá, el maestro pretendía notoriedad para que su nombre circulara en la gran prensa y lo ayudara a encontrar parientes suyos que hubiesen sobrevivido al nazismo. Papá también contaba la vida del cubano José Raúl Capablanca. En épocas de Anatoly Karpov y Garry Kasparov, se alineaba con el primero por razones políticas: defendía al socialismo de la Perestroika.

La segunda intervención de papá en mi escuela fue por mi relación conflictiva con Noelia, una compañera de grado pelirroja, gordita y malhumorada. Papá opinó interminablemente sobre Noelia —cómo me

trataba, cuán engreída era, qué feo su egoísmo de no prestarme los marcadores— y pretendió poner racionalidad en la relación entre dos niños. Una noche, mientras comíamos en la galería, insistió tanto que me avergoncé como no sabía que uno se podía avergonzar: me gustaba alguien que no debía gustarme. Cuando papá la conoció en los Sports, un evento anual en el que los estudiantes divididos en *red and white* competían en muchas disciplinas, la fulminó: «*Al fin que vi quién era Noelia*».

El caso N. dividió aguas. Desde entonces nunca pude compartir mi intimidad amorosa con él. Nunca pude hablarle sobre novias, iniciación sexual, autosatisfacción. Como si en nuestra relación padre-hijo hubiese un tema vedado. Años después me incomodó estar a su lado en el cine cuando una alusión erótica —un movimiento de las piernas de Susú Pecoraro— ocupó la pantalla en *Sur*, la película de Pino Solanas.

En nuestra presencia papá podía hacer un comentario pudoroso, casi infantil sobre otras mujeres, pero nada más. Le gustaba mostrarse galante y educado en general. En una ocasión creí que cortejaba a la madre de un compañero de la primaria porque había elogiado cómo cebaba mates en el ventoso mar de La Brava de Punta del Este.

Una tarde agregamos una foto de papá en un libro sobre estrellas de cine masculinas titulado *Les Grands Séducteurs*: «*Georges Sivak: Le Plus Grand Séducteur de l'Amérique du Sud, né à l'Argentine le 18 Octobre 1950*» (le quitamos ocho años). En la imagen, pegada con cinta adhesiva, se lo veía en bermudas y camisa negra comiendo mejillones. En la página contigua, tres retratos y un breve texto sobre Rodolfo Valentino.

Tampoco él me habló nunca de su vida amorosa antes de mamá. La historia parecía comenzar cuando ellos se hicieron novios, a los dieciocho o diecinueve años. Evitó cualquier arqueología amorosa frente a sus hijos.

Supe que conoció a mamá en una salida al teatro. Novieron seis años —todavía se estilaban los cortejos así de largos— y tuvieron tiempo de besarse en cada una de las plazas de la Capital Federal, contaba mamá.

Después del casamiento ella se convirtió en el sostén del hogar. Papá defendía presos políticos y no quería vivir el destino que le venía marcado por pertenecer a la familia Sivak. Ella tenía unos cuantos pacientes y también horas de clínica en el hospital Ramos Mejía. Aunque había sido una muy buena estudiante, tardó en recibirse: los exámenes finales le causaban pánico.

Se había criado con una madre bibliotecaria y católica, María Barbiero,

y un padre imprentero, andaluz y anarquista, Sabino Araujo. Vivían en una casa a pocas cuadras del Congreso y tenían una pequeña imprenta y un comercio. Sabino nunca regresó a España por la dictadura de Francisco Franco; murió unos pocos años antes que el Generalísimo. Papá decía que mamá tenía la piel trigueña porque en la imprenta del abuelo le había caído un frasco de tinta. A ella le causaba gracia; compartían muchas complicidades, inclusive las inocentes como esa.

Y eso es todo lo que supe de la relación de ellos.

Las conversaciones con papá se repartían en dos espacios: su escritorio y la ducha. Para los temas serios nos citaba en su escritorio, donde sus miles de libros y discos le conferían autoridad. Convocaba a la ducha para discutir las cuestiones más distendidas, y entonces suspendía sus tarareos bastante entonados. Tarareaba cualquier cosa que hubiese escuchado, hasta el estribillo de la canción de una telenovela en la que la actriz Nora Cárpena, peinada con trenzas, se jactaba de sus habilidades de empleada doméstica: «Cocinera como yo no hay dos / mi cocina es internacional».

Le importaba mucho nuestra educación musical y se empeñó en establecer el canon. De los clásicos, W. A. Mozart y J. S. Bach. De los populares, Atahualpa Yupanqui. De los tangueros, Osvaldo Pugliese y Carlos Gardel. De los populares de izquierda, Daniel Viglietti y Alfredo Zitarrosa. De los populares procapitalistas, Los Panchos, Sinatra y Roberto Carlos. La música no podía ser un azar ni un sonido de fondo. Merecía la ceremonia pautada de sentarse y escuchar con atención.

Nos concedió dos licencias: Los Beatles y Bob Marley. También aceptó con un poco más de resignación a Los Fabulosos Cadillacs: el padre del tecladista trabajaba como abogado de Building. De Marley ponderaba su condición de contestatario y valoraba la calidad del vinilo importado que comprábamos. Pero no entendía —o no quería entender— la llamada cultura cannabis: papá militaba contra las drogas. Hablaba con desdén de los que se drogaban o emborrachaban con frecuencia: El Vaticano y Moscú podían coincidir en una esquina.

Sólo reconocía una borrachera en su vida, e incluso ese único desliz tenía una justificación política. En una visita a Santiago de Chile, durante la presidencia de Salvador Allende, el vino con frutillas lo embriagó. Pero las licencias de la vía chilena al socialismo no alcanzaban a la marihuana. Mamá recordaba que él se había enojado cuando ella le había contado que había

dado unas pitadas de porro en una cena.

Gabito y yo nunca recibimos discursos aleccionadores sobre las drogas y el alcohol. A papá le preocupaba más exponernos a la política. Que nos gustaran los cantitos y los eslóganes del año electoral, que aprendiéramos a interesarnos por los debates en la televisión. En la campaña electoral de 1983 asistimos a nuestro primer acto político: el cierre de campaña del Partido Intransigente en Puente Saavedra. Habló Oscar Alende.

Mis papás salieron a festejar la noche en que Raúl Alfonsín ganó la presidencia. El 10 de diciembre de 1983, el día de su asunción, nos llevaron a Gabito y a mí a la Plaza de Mayo. Esa mañana vimos a Ernesto Sabato abrirse paso entre la multitud. Lloraba y decía: «Nunca más, nunca más». Papá se abrazó con el actor y militante del radicalismo Beto Brandoni en la puerta de una disquería. Esa tarde entramos a la Casa Rosada porque Rodolfo Pandolfi —casado con Pitty, la hermana de mamá— asumiría como subsecretario de Información Pública.

Gracias a Rolo —así lo llamábamos— envié una carta a Alfonsín en el verano de 1984, una de las cientos de miles que recibiría durante su mandato. Entre cuestiones generales, le sugería que los desocupados trabajaran en las provincias más afectadas por las inundaciones. Una segunda propuesta fue impugnada por papá: que todos los argentinos pagáramos una mensualidad hasta cancelar la deuda externa. Ni el ministro de Economía más notorio de la dictadura, José Alfredo Martínez de Hoz, hubiese alentado semejante cosa.

—Hoy va a venir a comer a casa un señor que fue presidente de la Argentina —anunció papá una mañana de otoño de 1984.

—¿Fue bueno o malo? —le pregunté.

—Más o menos... En realidad, malo.

—¿Y por qué lo invitás?

—Con León [Pomer], mi amigo historiador, queremos escribir un libro sobre la historia del ejército argentino.

Ese señor alto, más alto que mi abuelo, apareció en los jardines de la casa un sábado al mediodía del invierno de 1984. Tenía pantalones azules, un pañuelo al cuello, chaleco Fred Perry y mocasines. Parecía recién bañado, recién afeitado, recién salido de una máquina para emprolizar personas. Hasta el resfrío y sus estornudos parecían pulcros y libres de bacterias.

—¿Fuiste buen presidente? —le pregunté después de que papá me lo presentara como el general Alejandro Agustín Lanusse.

—No sé, m'hijo, eso lo juzgarán otros.

—¿Y por qué no me lo podés decir? Vos sabés qué cosas hiciste en tu presidencia.

—Doctor —dijo, mirando a papá—, quiero que cuando sea más grande su hijo lea mis memorias y tengamos un debate a fondo.

No se rieron para que creyera que hablaba en serio. Se trataban de general y doctor.

Durante unos cuantos meses de 1984 Lanusse almorzó sábado por medio en casa. Primero con el futuro general Ricardo Flouret; después solo. Antes de que se encerraran en el escritorio de papá compartíamos con ellos la picada con whisky y el asado.

No sabía si contarles a mis compañeros del colegio que el general Lanusse venía a casa, pero al escuchar una charla de mis padres decidí que no lo haría.

El sábado siguiente, mientras el casero Omar Peralta servía morcillas, mamá quiso romper esa armonía entre el invitado y los anfitriones.

—General, usted no sabe pero mi marido estuvo un año preso a disposición del Poder Ejecutivo Nacional durante su gobierno.

—Señora, me sorprende realmente...

Papá, supe después, acarició a mamá por debajo de la mesa para que no le tirara a los fusilados de Trelew sobre las morcillas. (4)

—Doctor, nunca me contó. ¿Dónde estuvo preso?

—Primero en Devoto y después en Trelew.

—¿Antes o después? —para todos los adultos era obvio que se refería a la masacre de los guerrilleros.

—Un par de meses después.

Papá encuadraba su militancia en la Fede, como se apodaba a la rama juvenil del PC: Federación Juvenil Comunista; también en la Facultad de Derecho y en la Asociación Gremial de Abogados. A los más chicos nos decía que él había defendido a presos políticos y por eso lo habían detenido durante la dictadura de Lanusse. Muchos años después supe por mamá que él había participado en acciones armadas de las FAL como volante; la palabra sonaba mejor que chofer.

Papá no buscaba saldar una cuestión personal con Lanusse ni que se sintiera culpable. Supongo que había dos razones más importantes.

La primera, su lectura sobre la política, la transición y la relación entre

civiles y militares. Pensaba que en las Fuerzas Armadas existían fracciones, personas con las que había que convivir, relacionarse e incluso comer asados. Ese había sido el mundo de su padre en la década de 1960 e incluso había contratado a altos oficiales en su empresa minera.

Además, papá matizaba la actuación pública de Lanusse. Lo comparaba con los comandantes de la última dictadura militar, recordaba algunas declaraciones suyas durante esos años y, más tarde, valoraría su testimonio en el Juicio a las Juntas y su papel en la denuncia de los secuestros extorsivos durante la primavera democrática.

La segunda razón era más incómoda de admitir para él: deseaba frecuentar a los que representaban —o alguna vez representaron— los poderes reales del país aun en su condición de marginal. No tenía un partido, una empresa poderosa o una organización patronal.

Un día de semana le pedí al casero que me bajara de la estantería un libro de historia argentina porque había leído en el lomo que en su título tenía el nombre de Lanusse. Nunca había leído un libro entero, pero quería intentarlo. Como hace la mayoría de los estudiantes de doctorado, a partir de una lectura rápida de la introducción creí tener una idea sesuda sobre toda la obra.

El sábado siguiente le dije al invitado que había leído partes de un libro sobre su presidencia. Me trepé a una silla, le leí un fragmento en voz alta y le hice una pregunta básica:

—¿Por qué quisiste ser presidente?

Papá se hinchó de orgullo. Recuerdo su expresión, pero no la respuesta.

Después de despedir a Lanusse, me dijo:

—Muy bien, Principito.

En 1988, Lanusse le mandó la segunda memoria de las tres que publicaría. «Al Doctor Jorge Sivak, cordialmente y deseando escuchar oportunamente sus propias reflexiones. Con un expresivo abrazo». Junto a la firma, la fecha de la dedicatoria: 8 de abril de 1989.

En 1984 Gabito y yo cambiamos el Florida Day School —de donde nos

fuimos sin grandes enseñanzas y sin amigos— por el Highlands. El nuevo colegio quedaba en una barranca paralela a la de la casa, sobre la calle Gaspar Campos, a ocho cuadras de la que había sido la residencia de Juan Domingo Perón.

Papá idealizaba al Highlands: lo llamaba «el Castillo» por su arquitectura. Entre sus ex alumnos estaban los hermanos Sergio y Pablo Schocklender, quienes habían matado a sus padres en un caso resonante como pocos en la historia del crimen nacional. En una de las aulas del Highlands se filmó una escena de la película que contó el parricidio, *Pasajeros de una pesadilla*. El colegio estaba asociado al cine argentino por otra razón: la familia del director Leopoldo Torre Nilsson poseía una parte de sus acciones. Mi primer amigo del colegio fue Agustín, el nieto de Leopoldo. El segundo día de clase me invitó a ver un clásico en su casa: *Superman III*.

Papá no preguntaba si yo hacía los deberes o si me preparaba para las clases; tampoco averiguaba sobre mis calificaciones. Alguna vez me explicó algo para un examen de historia. En cambio, intervino en mis batallas cuerpo a cuerpo de la escuela.

La primera, en el fútbol: en un desafío —nunca los llamábamos partidos— con los que tenían un año más, participó como director técnico comedido. Uno de los rivales, Santiago Rodríguez, le pegó una patada de atrás a mi amigo Macario Ferrari, un delantero rápido al que yo asistía. El golpeado todavía yacía sobre el cemento frío cuando papá entró en la cancha y pateó a Rodríguez en el trasero. «*Eso no se hace*», le dijo, haciendo a su vez lo que no se hacía. Nos quedamos paralizados por la sorpresa y la incomodidad, sobre todo yo. «*Santiago nunca va a volver a patear a nadie de atrás*», me dijo cuando volvíamos a casa.

La segunda vez —yo ya tenía catorce años— marcó la última intervención significativa de papá en mi educación. Un compañero, Ramiro Atucha, simpatizante de la derecha y en especial de la familia Alsogaray y su Unión del Centro Democrático, solía burlarse de lo que llamaba «los zurdos con plata» y preguntar: «¿Por qué no te vas a Cuba?». Un día en el patio me hizo un comentario burlón sobre Fidel Castro; empezamos a empujarnos y logró pegarme antes de que nos separasen.

A la noche, cuando le conté a papá, presenté el golpe como desleal, porque no habíamos comenzado una pelea de verdad. Papá me dijo que debía hacer algo sin aclarar exactamente qué.

Al día siguiente, durante la clase de biología le toqué el hombro a Atucha, lo llamé por su nombre y sin que mediara otra palabra le di una trompada en la nariz. Se le partió el tabique; comenzó a sangrar.

Papá se enteró y llegó a casa a las 4 de la tarde —quizá la única vez que llegó de día— con un paquete de masitas de Celsi, la mejor confitería del barrio. Brindamos con té para celebrarme. Me pusieron amonestaciones, sufrí el escarnio de mis amigos, pero recibí el abrazo de papá.

Para saldar el conflicto con tolerancia y buenos modales, la vicerrectora, la profesora Macchi, propuso un debate entre Atucha y yo sobre los indultos del presidente Carlos Menem que liberaron a los militares condenados por violaciones a los derechos humanos y algunos guerrilleros. Papá volvió a intervenir, pero como *ghostwriter* y *coach* de debates. Me indicó que el punto débil de Atucha consistiría en igualar guerrilla y Estado. Anotó esas palabras. El terrorismo de Estado no es comparable con la violencia de los grupos armados. Esa era la manera, me dijo, de dejarlo sin argumentos. En el debate repetí su guion como un loro.

El fracturador de tabique y el fracturado habíamos quedado en un mismo plano.

La vicerrectora pidió un aplauso para cerrar el intercambio de ideas supuestamente edificante.

Veinte años después Facebook me reunió con Ramiro. Algunas cosas no habían cambiado tanto:

Te juro... que te imaginaba viviendo en cualquier lado...! menos en NY!!! ☺ Lindo encontrarte de nuevo...! Cómo estás? qué es de tu vida?

Espero que andes muy bien.

Yo bien... casado... dos niños... en este momento de viaje en Copenhague por laburo... se me dio por hacer stand up comedy en buenos aires... no soy un valor, pero tampoco un desastre...

bueno che, un abrazo grande!

ramiro.

[4](#)- El 22 de agosto de 1972 un grupo de guerrilleros de distintas organizaciones intentó escapar del penal de Rawson, cerca de la ciudad de Trelew, en la Patagonia. El primer grupo —los dirigentes— logró escapar en un avión secuestrado, hacia Chile, donde los acogió el gobierno de Salvador Allende. Después de haber retenido en el aeropuerto a los diecinueve de la segunda tanda, un grupo de marinos dirigidos por el capitán de corbeta Luis Emilio Sosa fusiló a dieciséis de ellos e hirió a los otros tres. Sólo en 2012 el Tribunal Federal de Comodoro Rivadavia condenó a tres de los responsables —incluido el propio Sosa— como autores de los homicidios tipificados como de «lesa humanidad».

SIETE. TÍO OSVALDO

El martes 30 de julio de 1985 *Clarín* no estaba sobre la mesa de desayuno. Cuando le pregunté a mamá qué había pasado, me dijo que el diariero se había olvidado de mandarlo. El miércoles *Clarín* también faltó. No sospeché que hubiese una noticia que no debía leer.

A media mañana —yo había faltado a la escuela por un partido de la selección juvenil argentina— papá me llamó a su escritorio. Todavía no se había bañado. Llevaba una bata celeste, negra y blanca; recuerdo las medias azules de traje que sonaban contra el piso porque arrastraba los pies. Fumaba un Benson & Hedges. Dudaba qué decir o cómo decirlo. Ese inusual estado de vacilación me desconcertó.

—Secuestraron a una persona de Building.

Infiero que pretendía evitar que preguntara a quién.

—¿A quién?

—Al tío Osvaldo.

Olvidé qué sucedió después de su respuesta; de algún modo terminamos sentados, él en su silla y yo sobre una de sus piernas.

Me pidió que esa tarde no faltara a clases de inglés y que repitiera a mis compañeros y a las maestras que no sabía nada del secuestro. Apenas pisé el

patio me preguntaron qué pasaba con mi tío porque los noticieros del mediodía se refirieron al rumor. Una de las maestras me llevó a la dirección para terminar el asedio. Desde los ventanales distinguí entre las rejas del patio a un señor que miraba la escena apoyado sobre el auto de mamá: se trataba de uno de los custodios que nos acompañarían cada día los siguientes cinco años.

Esa tarde pude ver los diarios incautados del martes y del miércoles. Uno de los títulos de tapa de *Clarín* informaba:

Secuestraron y pidieron rescate por un empresario

Es Osvaldo Sivak, presidente de una inmobiliaria. Exigen U\$S 5.000.000.

Por esos diarios me enteré de otra novedad: no era la primera vez que secuestraban al tío. Nunca me lo habían contado.

Después del golpe de 1976, instalado en Montevideo pero al mando de la empresa familiar, Osvaldo había sufrido el primer episodio en uno de sus viajes a Buenos Aires. El 8 de agosto de 1979 dos hombres armados se metieron en su Dodge Polara en el cruce de la Avenida del Libertador con Cerrito, a pocos metros del departamento de su padre en la calle Posadas. Uno le advirtió:

—Esto es mitad trabajo y mitad negocio. Si aprobás el interrogatorio, vamos a hacer un negocio.

Al llegar al lugar de su cautiverio, lo esposaron a una cama. Liberaron sus manos para que comiera unos huevos duros. Uno de los secuestradores le hizo notar lo que consideraba el buen trato que le dispensaban, según consta en la posterior declaración judicial del tío: «A otros los colgamos de los pies o los ahogamos en agua antes de preguntarles el nombre».

Las preguntas —es decir, el trabajo— se referían a la empresa. Querían saber sobre la situación financiera de Buenos Aires Building y sus aportantes y si había allí dinero de las organizaciones armadas como Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo. «Muchos zurdos tienen puesta la guita ahí», le dijeron. La Jefatura II de Inteligencia del Ejército había preparado un *dossier*, que circulaba entonces entre los jefes militares, según el cual esos grupos habían invertido en Building.

Osvaldo contestó que ignoraba la filiación política de los depositantes, pero sí sabía que había funcionarios del Estado y personalidades de la vida social y cultural de la Argentina. Muchos años más tarde mamá me contó que

había algo de cierto sobre el dinero de la insurgencia confiado a la empresa familiar.

Después de informarle que se había salvado de la «boleta», el eufemismo por asesinato, anunciaron que pasarían a la etapa de los negocios. Ya discutían con Samuel los términos de la liberación. Llamaron a su departamento y pidieron cinco millones de dólares de rescate. Samuel contraofertó uno y cerró en dos millones (unos cinco millones a valores actuales). Canjeó pesos por dólares en dos casas de cambio y los acomodó en un bolso de tela escocesa. Acompañado por un gerente de la empresa, Julio Goyret, pasó una serie de postas que lo llevarían hasta el auto de Osvaldo: ahí debía dejar el rescate.

En la última escuchó tiros, gritos y corridas.

Miembros de Defraudaciones y Estafas detuvieron a dos subcomisarios —José Ahmed y Alfredo Vidal— que se aprestaban a cobrar el rescate.

Se trataba de una pelea entre policías.

Samuel y Goyret, los detenidos y los dos millones fueron a la Comisaría 9ª. Hasta allí llegó el grupo de los secuestradores, integrado por miembros de Seguridad Federal y liderado por el coronel Alejandro Arias Duval. Pretendían *desaparecer* a Samuel y a Goyret y quedarse con los dos millones. Argumentaban con la moral política de los represores: la familia manejaba dinero de la subversión. Los miembros de Defraudaciones y Estafas opinaron lo contrario: debían liberar a Osvaldo y devolver el dinero a la familia. Prevalció la segunda opción.

Horas después, Osvaldo apareció en Remedios de Escalada, un suburbio al sur de Buenos Aires. Le advirtieron que, si el lunes 14 de agosto no preparaba una valija con un millón de dólares, él y toda la familia lo lamentarían. Osvaldo regresó a Montevideo y no volvió a pisar la Argentina hasta el fin de la dictadura.

Días después del secuestro, el jefe de la Policía Federal, general Juan Bautista Sasiaiñ, se reunió con Samuel. Le mostró fotos de su hermana ametrallada por la guerrilla. Le explicó que, para combatir a los insurgentes, había tenido que armar una maquinaria que le resultaba difícil de parar, contó Samuel en una declaración judicial. Le prometió que darían de baja a los policías y militares que participaron en el secuestro, pero no le dijo que muchos de ellos serían reubicados en el Batallón 601 de Inteligencia. Le quiso armar una historia en la cual los policías buenos se habían impuesto

sobre los policías malos.

El segundo secuestro sucedió seis años más tarde.

El lunes 29 de julio de 1985 dejó a sus hijas en el colegio y trabajó en su oficina hasta poco antes del mediodía. Tenía una sesión de terapia que nunca empezó. Una vecina vio cómo dos hombres armados lo inmovilizaban a metros del consultorio.

Los secuestradores pidieron tres millones de dólares como rescate. Como prueba de vida, mandaron una carta escrita por Osvaldo dirigida Goyret.

Querido Julio:

Estoy bien, acabo de leer el diario Clarín y en su primera página, abajo, y a la derecha, dice 2-0 Ferró venció a Vasco da Gama.

Te pido que hables a Marta [Oyhanarte, su esposa] para darle noticias mías, decile que se quede tranquila, que me alegró el hecho de saber que las nenas están llendo [sic] a la escuela, que ellas y las nenas realicen la vida lo más normal posible, que la extraño muchísimo y espero que todo esto se resuelva pronto que la tengo presente permanentemente.

A mi papá que se quede tranquilo, que no tome frío, a Dido que coma, a Jorge que fume menos y si Horacio no se enteró no le digan nada.

Yo, dentro de lo que se puede, la estoy pasando bastante bien. Ahora voy al fondo de la cuestión.

1) La gente tiene buena predisposición negociadora, hay que negociar.

2) Para resolver bien esta situación debes entregarles la cantidad de dinero acordada entre Uds. y ellos.

3) Acá va lo más difícil en lo que te toca jugar a voz [sic]: SACARTE A LA POLICÍA de encima.

Creo que te van a dar algunas directivas, pero lo básico es que no me traiciones, ya que el demorarse mucho para mí significa eso, tené presente que te van a controlar.

Actuá con inteligencia y espero que todo se resuelva pronto y bien.

Saludos a Queta y a los chicos.

Chau

ADVERTENCIA: El dinero no lo manden marcado porque hasta tanto no lo verifiquen no me van a liberar.

La carta tenía dos errores de ortografía inusuales en Osvaldo, pero no había dudas de su autenticidad.

Durante las primeras dos semanas prácticamente no vi a papá. Vivió entre la oficina, la casa del tío y un lugar en la calle Segurola, de Vicente López, desde donde negociaban con los secuestradores. Acordaron la cifra del rescate: 1.100.000 dólares.

Un domingo papá reapareció nervioso, algo eufórico y muy bien vestido —pantalón, zapatos y suéter azul— para sus fines de semana de jogging y zapatillas. Se interesó por el compilado de la fecha del programa de televisión —por entonces debutante— *Fútbol de primera* que yo estaba mirando, en especial el partido de Independiente con Argentinos Juniors. Dijo que tenía una reunión con Julio y una persona. En realidad, se aprestaba a pagar el rescate.

Siguieron las postas en partes de la ciudad ajenas a él, como un restaurante de La Boca, muy visitado por taxistas y colectiveros. Los llamaron al teléfono público y les dijeron que un Ford Falcon los seguía. Les ordenaron que se dirigieran al 762 de la calle Palaá, muy cerca de la cancha de Racing, en Avellaneda. Los secuestradores indicaron que siguieran hasta encontrar un mensaje en un tacho del Puente Agüero. Ahí estaba la instrucción final: debían estacionar en la puerta 1 de la cancha de Independiente, sobre el callejón de la calle Cordero, también en Avellaneda. Goyret esperó las señales de una linterna, dejó el dinero y se fue. Creyó, como papá, que se resolvería pronto.

Horas después del pago Osvaldo fue asesinado de un tiro en la cabeza en el sótano de un local alquilado en Monte Chingolo, también al sur de Buenos Aires.

Como si eso no hubiera ocurrido, los secuestradores llamaron a Goyret y le dijeron que para reencontrarse con Osvaldo debía viajar. «Al país que usted ya sabe». El vuelo a Montevideo se demoró por una amenaza de bomba en el aeropuerto.

Roberto Ignacio Buletti dio la orden de asesinar a Osvaldo. Era uno de los policías que había ayudado a la familia durante el secuestro de 1979. Había protegido a Samuel y lo había acompañado hasta su casa para cuidar el dinero del rescate. Samuel lo recompensó en efectivo —con esos fondos compró su primera casa— y con un empleo en la empresa, como custodio.

Desde esa posición cercana a mi tío pudo planificar el secuestro de 1985. Años más tarde, ya detenido por el asesinato, declaró algo que todavía me resulta atronadoramente perturbador: «Osvaldo Sivak era un gran tipo».

Quise al tío Osvaldo como se quiere a un segundo padre.

El tiempo que pasé con él y su familia fueron de los más felices de mi infancia. Me decía «Coco», aunque nunca supe bien por qué. A mi hermano también le puso un apodo: «Sabandija».

Como lo llamaban «ingeniero Sivak», le pregunté muchas veces:

—¿Qué hacen los ingenieros?

—Puentes —me respondió cada una.

Pero él no: el tío no hacía puentes.

En mi recuerdo vestía pantalones de corderoy y llevaba el suéter atado al cuello, como un veraneante. Sabía atajar: lo vi volar para desviarme un penal. Era más flaco, más pelado, más serio y más prolijo que papá. Cuando cambiaba los pañales de sus hijas se concentraba como en una operación a corazón abierto. Usaba barba y a veces anteojos. Me hizo escuchar al cantante de tangos Julio Sosa.

Pocos meses antes de su secuestro nos llevó a mis primas y a mi al campo de la familia que administraba en San José, Uruguay. Le gustaba enseñarnos sobre los animales. Cabalgábamos, ordeñábamos vacas con nuestras manos y comíamos huevos frescos que recogíamos en el gallinero. Nos estimulaba a hablar con el capataz —también apodado Coco— y con los peones. Les preguntamos cuánto les costaba levantarse al alba, cómo se curaban si se lastimaban con el alambre de púa y cuánto tardaban sus hijos en llegar a la escuela.

En el viaje de vuelta a Buenos Aires, el tío contó que Camila, su hija

mayor, se encaprichaba en los restaurantes y pedía platos que no comía. Una noche, insistió por unos ñoquis y como casi no los tocó, Osvaldo cumplió con su amenaza: le pidió al mozo un embudo que permaneció ominosamente al lado de ella el resto de la comida.

Escribí sobre Osvaldo durante las primeras semanas de vida de mi hijo, Camilo.

Su nombre no rinde tributo al mártir de la Revolución Cubana Camilo Cienfuegos; tampoco al baladista español Camilo Sesto. Camila, el nombre, me remitía a los recuerdos de aquel tiempo precioso que habíamos compartido. A Maxine, mi mujer, le gustó. Le descubrió un valor adicional: podía pronunciarse en español y en inglés.

El nacimiento me tiró por la cabeza la ausencia de mi tío y de papá. El recuerdo de papá llegó como una visita vehemente mientras yo recorría de ida y de vuelta el piso 12 del St. Luke's-Roosevelt Hospital de la ciudad de Nueva York. Hubiera sido un señor de casi setenta años, achacado por la vejez. Y no hubiera sido papá esa noche: se hubiera transformado en un abuelo, sabio pero distante, sin saberes técnicos sobre la epidural o el parto.

De pronto recordé que minutos después de haberme enterado que papá había muerto dije: «No va a conocer a mi hijo». La frase siempre había sonado absurda: a los quince años no pensaba en ser padre, pero sí en ofrendar un hijo a papá.

Traté de calmarme.

Diez días más tarde me senté a escribir. Llevaba a mi hijo contra mi cuerpo, en su cama-mochila. Lo miraba chuparse los dedos. El aire del ventilador le daba en la cara.

Pronto tuvimos una rutina: Camilo se despertaba al alba, se montaba al portabebés que le permitía mirar hacia delante y se preparaba para, como dicen literalmente los norteamericanos, golpear la calle. Caminábamos seis cuadras por Fort Greene, en Brooklyn. Mientras eludíamos la tiranía de los cochecitos que ocupaban el centro de las veredas veíamos ofertas de yoga para recién nacidos, anuncios de conciertos de música clásica para menores de dos, *flyers* de dulas (las mujeres que asisten a las madres que van a dar a luz). Camilo nació en ese mundo postransgénico y de sobreprotección aparente en el que las plazas tienen pisos de goma para amortiguar las caídas de los niños.

Nos instalábamos en Tillie's, un café con ventanales y desniveles, en la calle Dekalb. Los clientes, en su mayoría *hipsters*, tomaban cafés fríos con sus computadoras personales abiertas. Los veteranos predigitales se sentaban en las mesas del medio: leían y comentaban los diarios de papel.

En ese café revisé todos los materiales preparatorios —algunos libros, recortes de prensa y expedientes judiciales del Caso Sivak—, busqué referencias nuevas en Google y en YouTube y recordé.

Entre el asesinato y el hallazgo del cuerpo de mi tío pasaron dos años y tres meses.

Esa incertidumbre prolongada fue uno de los factores que dio origen al Caso Sivak, que ocupó un lugar de importancia en la agenda pública durante los primeros años de transición a la democracia. Creo que nunca más, luego de decir mi apellido a un desconocido, dejé de recibir la misma pregunta: «¿Algo que ver con...?». Casi siempre contestaba «mi tío», pero cuando cumplí la mayoría de edad me tomé algunas licencias: un par de veces dije «nada que ver», otras «un primo» y una vez, no sé.

Salieron tres libros sobre el caso, dos de ellos escritos por el periodista y por entonces subdirector del diario *La Razón*, Carlos Juvenal. En la primera página de *El Caso Sivak*, Juvenal definió a Osvaldo como «el primer desaparecido de la democracia». Ese equívoco o, mejor dicho, la extensión desmedida del significado de la palabra tuvo un correlato judicial. El fiscal Ricardo Molinas, uno de los funcionarios del Poder Judicial que investigó el caso, escribió en su dictamen: «Mientras tanto, como no hace tanto tiempo en la Argentina todos podíamos ser un detenido desaparecido, prolongándose hasta la desaparición tal situación, hoy, por los mismos motivos, o por otras razones, todos podemos ser Osvaldo Sivak».

Presentarlo como desaparecido suponía una continuidad: el clima de la época contribuía a ver esas persistencias. Al leer los diarios, los libros y los expedientes a veces entiendo, y a veces no, por qué el Caso Sivak tuvo tanta repercusión. O para ponerlo en las palabras de Juvenal, de *Buenos muchachos. La industria del secuestro en la Argentina*: «El de Osvaldo Fabio

Sivak fue, sin duda, el secuestro que más escándalo generó en la sociedad argentina en los últimos años».

El de Osvaldo formó parte de la serie de secuestros extorsivos que realizó la llamada mano de obra desocupada: policías y militares que habían formado parte de la estructura represiva y que con el fin de la dictadura se habían reciclado de este modo, o habían añadido una fuente de ingresos extra. A veces participaban como oficiales activos; otras, como retirados.

Las enormes dificultades del gobierno de Raúl Alfonsín para depurar las fuerzas de seguridad y sostener una política coherente hacia ellas hizo que el problema de los secuestros extorsivos se extendiera en el tiempo. En el caso de Osvaldo, el propio presidente lo leyó, en un primer momento, como parte de un plan de desestabilización contra su gobierno.

El 3 de octubre de 1985 Alfonsín recibió a papá y a Marta Oyhanarte, la esposa de Osvaldo, en la residencia presidencial, la Quinta de Olivos. Papá le reclamó que el gobierno no mostraba energía para resolver el caso. Marta y él enumeraron las dificultades principales: la falta de medios de la policía, la predisposición nula a revisar el secuestro de 1979, las hipótesis de jefes policiales que ponían como sospechosos a grupos guerrilleros, a Franja Morada (la agrupación estudiantil del partido de gobierno) e incluso al Mossad.

Alfonsín tomó nota en un cuaderno.

Marta le informó que uno de los secuestradores de 1979 trabajaba en el Ministerio de Defensa. «En el sexto piso, para ser más exactos». El presidente se asombró y también lo registró.

Al despedirse, Marta le contó a Alfonsín que sus hijas le habían preguntado, cuando regresaron al país, por qué lo hacían. La desazón le hizo también a ella preguntarse por qué habían vuelto. «El presidente bajó la vista», apuntó Marta en su diario íntimo.

Ante la falta de resultados de la investigación policial, la familia publicó avisos para pedir información a cambio de recompensa económica.

«Por 100.000 australes lo devuelvo», dijo una voz.

El grupo Cóndor llamó para decir que tenía a Osvaldo.

Un tal Rodríguez se comunicó con papá varias veces. Llevó un casete con una grabación. Ofreció datos a cambio de un departamento de tres ambientes. Se encontró con papá en un auto estacionado enfrente de la confitería París de Vicente López. Papá avisó a la policía y a Marta. Cuando

papá negociaba con Rodríguez llegó Marta. Era la 1 de la mañana. Le ofreció 100.000 dólares. Rodríguez, nervioso, se contradijo y perdió el habla. Se dio cuenta de que la Policía había llegado. «Me mandaste a la cana», le gritó a papá. Luis Mutti se presentó y le hizo una oferta. «La policía te va a dar 100.000 dólares si hablás». No torció el orgullo de Rodríguez: «No voy a ser confidente de la cana». Se lo llevaron.

Otro anónimo, que se presentó como integrante del grupo de secuestradores, citó a papá en el cabaret Karim a las 2.30 de la mañana. Papá pagó la entrada, pidió una gaseosa diez veces más cara que en un bar estándar y esperó. Sólo se acercaron un par de bailarinas. Al volver al departamento, recibió un reproche por teléfono. «Judío, te fuiste con la policía». Papá le había avisado a Mutti.

Luego se encontró con un hombre al que llamaban «Panqueque». Le dijo que se había infiltrado en la banda. Como prueba, en la reunión, mostró un pan de trotyl que guardaba en el bolsillo interno del saco. Papá entró en pánico: temió que volaran.

Otro estafador se presentó como «el Plomero». A cambio de información, le exigió que dejara un paquete con dinero en un tacho de basura a pocos metros de la sucursal Belgrano del Banco Building. Papá le hizo caso, pero no colocó billetes en el paquete y avisó a la policía. El Plomero se dio cuenta y, por teléfono, le anunció que esa tarde explotarían bombas en la casa central y en la sucursal Belgrano.

Religiosos, pero sobre todo videntes, arrimaron nuevas versiones.

Un grupo de monjas dijo que una secta lo tenía secuestrado.

Una figura de la Secretaría de Inteligencia, el comisario Oscar Rodríguez, habló como una monja: «Lo mejor en estos casos es rezar... Hay que rezar».

Una vidente afirmó que el entregador trabajaba en la empresa.

Otra le contó a una empleada de Building que Osvaldo estaba muy nervioso y que el caso se resolvería con una intervención policial en el lugar del secuestro o por una fuga.

Una tercera advirtió sobre la falta de experiencia entre los secuestradores: estudiaban cómo hacer para liberarlo.

Una cuarta aventuró que Osvaldo estaba «caído anímicamente» e hizo unos cálculos a partir de su fecha y hora de nacimiento para dictaminar el día en que se resolvería el caso.

Marta consultó con frecuencia a videntes, grafólogos, astrólogos, parapsicólogos. Tiempo después recordaría esos episodios como la incapacidad de resguardar la cordura, abrumada por la angustia y los rumores.

Papá la acompañó a una sesión con una mae del culto umbanda. Vestida con una túnica blanca, les tiró los buzios (unos caracoles) para saber el paradero de Osvaldo. Afirmó que aún vivía, pero desnutrido y enfermo en un lugar lejano y frío. «La gente que lo tiene es muy mala y quiere dinero». Cuando se le pidió una descripción de Osvaldo, dio una más bien general, que podría haber leído o visto en cualquier diario o revista. Les aclaró que todo lo que ella veía provenía de la inspiración divina porque no tenía contacto con el mundo exterior: no salía de su casa ni leía diarios o revistas. Su secretaria le contaría a papá y a Marta que la mae, para distraerse, miraba televisión.

También visitaron a una vidente con oficinas en La Lucila que había descripto el lugar de cautiverio de otro secuestrado, el empresario Ricardo Lanusse, un sobrino del ex presidente. Hizo oscilar el péndulo —su especialidad— sobre una hoja en blanco cerca de una foto de Osvaldo y de mapas de Buenos Aires y de la Argentina. Aventuró que se encontraba en óptimas condiciones y que no se pagaría un segundo rescate. El péndulo se detuvo en el partido Tres de Febrero, el Palomar. Habría que peinar El Palomar.

Otra médium anunció que Osvaldo se salvaría por la divina providencia.

El 13 de enero de 1987 una vidente se presentó con su socio, Néstor Barral, en el noticiero más popular de la época, *Nuevediarario*. «Experiencia parapsicológica en la búsqueda de Osvaldo Sivak», se leyó en la pantalla. «Todo esto comienza el día 5 de este mes —contó Barral— haciendo un trabajo de transmisión de energía con la licenciada María Angélica hacia una persona que estaba en el exterior. Al segundo día aproximadamente de iniciado el trabajo recibimos una interferencia telepática. Esa interferencia era una señal de socorro, un SOS. No podíamos en ese momento imaginar de quién se trataba y fue la curiosidad lo que más nos abocó a la búsqueda y a la investigación. En este momento podemos decir a casi total certeza que la persona que está enviando ese SOS mental, espiritual, con una fuerza, con una angustia y con una gran carga energética, es Osvaldo Sivak».

—Barral, ¿dónde está Osvaldo Sivak? —le preguntó la conductora

Betty Aráoz.

—*Seguro en Paraguay, no tenemos ninguna duda de eso. En este momento lo [...], nuestro pedido a Nuevediarario es sin ningún tipo de interés mediante, que la familia del señor Sivak, si es gustosa, nos acerque un objeto de su propiedad y con él nosotros podremos determinar exactamente el lugar donde él se encuentra, mas es seguro que está en Paraguay.*

Nos acostumbramos a vivir con la incertidumbre.

«¿Alguna novedad?» se impuso como la pregunta diaria.

Media cuadra antes de llegar a casa, papá tocaba la bocina para que le abriésemos el portón del garaje. Mientras nos abrazaba le preguntábamos:

—¿Alguna novedad?

No era mucho lo que nos podía decir. Pero siempre daba señales optimistas.

Me molestaba la línea que dividía a los adultos de los niños. Los adultos de confianza sabían con quiénes se reunía o hablaba papá, incluidos los estafadores, los investigadores y los parapsicólogos; mi hermano y yo, en cambio, recibíamos un parte escueto. Un día me cansé y le hice prometer que, cuando Osvaldo apareciera, me iba a contar en detalle todas las citas que había tenido, como un cuento largo.

Papá sólo me permitía acceder a un fragmento de ese mundo de los grandes: me presentaba a todas las celebridades que pasaban por casa. Desde el jefe de la Policía Federal, Ángel Pirker, pasando por diputados, senadores, ministros, jefes de la oposición, periodistas de la radio y la televisión.

Un sábado del otoño de 1986 me llamó a su escritorio. Debía ser un tema serio, no era la ducha. Me asignó una tarea: «Vamos a publicar una solicitada en los diarios, a página entera. Se va a llamar “Todos podemos ser Sivak”. Tenés que escribir». Tomé un cuaderno escolar marca Gloria y anoté cuatro o cinco párrafos.

Todo estaba mal. No todos podíamos ser Sivak. Había que tener una financiera, ser judío y contar con fondos para publicar la solicitada y una red para convocar a los firmantes, como César Luis Menotti. Después se podía ser Sivak.

Papá leyó el borrador de la solicitada que escribí. «Muy bien, Principito. Vamos a usarlo».

Un cuarto de siglo más tarde encontré la solicitada en una baulera. Espero no haber tenido que ver con este párrafo:

«Durante días nos ha herido el sadismo sin límites de los secuestradores. Hoy ha llegado el momento de hablar. De hablar claro. De terminar con nuestras complicidades y complacencias. Hoy todos somos los Sivak. Todos tenemos hijos por los que tememos cuando concurren a sus escuelas, drogas que circulan entre nuestros jóvenes, patotas que agreden sin razón en estadios de fútbol o fuera de ellos. ¿Seguiremos callando? Todos podemos ser los Sivak. Los robos, los secuestros, el Gran Buenos Aires convertido en tierra de nadie. ¿Nos seguiremos mintiendo?»

Mi primo Alejandro Goldín, aquel que solía ganarle al ajedrez, vino a casa con varios de sus compañeros en la Fede y el militante intransigente Nicolás Dujovne para organizar la pintada callejera «Todos podemos ser Sivak» que firmarían con el nombre de Juventud Radical. Aunque para Ale fue un gesto que dedicó a la familia, papá le dio una explicación política: él y los demás jóvenes tenían que comprender que el secuestro de su hermano se debía aclarar para contribuir con la depuración de las fuerzas de seguridad.

Podía, de hecho, arengar a comunistas, policías, militares, dirigentes de los partidos tradicionales, directores técnicos, estafadores y videntes. Juntaba esas partes en apariencia irreconciliables con cierta elegancia y casi siempre en habitaciones separadas. Recuerdo muchos sábados de encuentros paralelos: en el living se reunía con los dirigentes políticos; en el escritorio, con los investigadores policiales; en el quincho, con sus amigos de confianza; en la cocina, con los videntes; en el garaje, con dos agentes de inteligencia que le pasaban datos (y de paso se quedaban para saber quiénes se reunían en la casa). Él se imaginaba, supongo, en una simultánea de ajedrez.

Al lado del garaje, en nuestro cuarto de juegos, se acomodaban los nuevos habitantes de la casa: los custodios. Tenían un televisor de veinte pulgadas, el Coleco (una versión mejorada del Atari), y un sillón grande para dormir la siesta; en un cuarto más chico había un metegol y nuestros juguetes en desuso, con excepción de las pistolitas de agua con las que nos disparábamos durante el verano. Se dividían en tres grupos, aunque siempre trabajaban solos: algunos cuidaban a papá; otros a mamá, a Gabito y a mí; y otros vigilaban la casa de noche.

Como primera consecuencia del merodeo dejé de andar en bicicleta: los custodios no podían alejarse más de cinco metros. Me incomodaba, también, que me siguieran desde el auto.

Los que sabían de fútbol me daban buenas sugerencias sobre cómo

mejorar la pegada. Jorge Blanco, en cambio, me dio clases aceleradas de educación sexual: «¿Cuándo pensás ponerla?», me preguntaba con frecuencia. «Si para los trece todavía no la pusiste, yo te llevo a ponerla». Blanco tenía una debilidad por el verbo *poner*.

El turco Jorge Alan, uno de los dos custodios de la noche, era el más cariñoso y entrador. Nuestro amigo. Le tocaba vigilar de madrugada, pero dormía: mamá escuchaba sus ronquidos desde el primer piso. Papá nos llevó a su casamiento —quiso aleccionarnos sobre la vida en los sectores populares— en un salón del segundo cordón bonaerense. Vimos una familia feliz por el encuentro de Sandra y Jorge; en cambio no vimos a Noemí Alan, la prima del novio, una vedette reconocida, que no asistió. «Gracias, doctor, por venir», le dijo Alan —como lo llamaba papá— con su voz aflautada; los otros custodios, que no fueron, se burlaron de él por haber invitado al patrón.

El sargento Garrido, al que todos llamábamos «Petete» y cuyo nombre no recuerdo, se alternaba con Alan en la protección nocturna de la casa. Cinturón negro de karate, era un fisicoculturista petiso y de andar trabado. Se pasaba la noche despierto. Daba vueltas por el jardín con una linterna y a veces visitaba a la cocinera, a quien le ofreció trabajo en su restaurante. Petete se empezó a cansar de los sacrificios del doble turno. Manejaba rebajando los cambios de velocidad y se jactaba de haber usado el freno contadas veces en su vida. Me enseñó a manejar con su traza.

Durante las lecciones, Petete compartió conmigo sus diferencias con mamá. «Tu mamá no es fácil». En general, los custodios trataban a papá con excesivo respeto y a mamá no la llamaban licenciada, sino señora. Y papá, cuando les hablaba de su esposa, les decía «*mi señora*», un intento fallido de aparentar ser socialmente bilingüe. Mamá incluyó entre las funciones de Petete las compras en Carrefour: le hacía cambiar productos de limpieza, le controlaba las facturas, le criticaba el punto de madurez de las frutas. Petete se creía listo para recuperar las islas Malvinas o para anticiparse en los '80 a Jack Bauer. Pero lo mandaban al súper o a buscar al piletero cuando se quedaba dormido.

Con los custodios aprendí muchas expresiones. Roberto Gaitaniades decía que Alan era «*más boludo que el agua de los fideos*». Cuando algo le gustaba, decía «*Está un kilo y dos pancitos*». Casi siempre tenía una erección cuando se levantaba de su siesta para llevarnos al colegio. Con Peralta —otro nombre de pila que olvidé— descubrí que un policía podía ser afeminado y

amplié mi vocabulario con una palabra que él usaba mucho: «*benévolo*». Gómez, en cambio, carecía de muletillas: manejaba mal y agachado, con mi hermano nos tentábamos de risa al verlo como un conductor dominguero. Hugo de la Calle era gordo, sufría gota y decía «*me ne frega*» todo el tiempo.

—¿Vos conocés a los secuestradores del tío? —le preguntó Gabito.

—No, la policía es muy grande.

César Fitor, el responsable de la seguridad de papá, nos acompañó a Punta del Este en unas vacaciones. Iba a la playa con una zunga marrón; nos llevaba a pescar con él en La Barra y me entrenó para un torneo de tenis, en el que caí en la primera ronda. Su verano siguiente fue muy distinto: se intentó suicidar. Según la primera versión que recibí, se había pegado un tiro sin querer mientras buscaba la llave de su casa. No lo volvimos a ver hasta que me contactó en una red social muchos años más tarde:

«Te saludo, Martín, soy César el que estaba con tu padre Jorge, en los momentos difíciles de esa época y todos los días estaba en tu casa en Vte. López, también te he llevado al colegio junto con Gabriel y en Pta. del Este en las vacaciones estaba con ustedes y con Nora (tu madre). Siempre los recuerdo bien y los llevo en mi corazón. Vos te parecés a tu viejo pero sin barba. Un beso enorme para vos y tu flia, y otro muy fuerte para tu hijo (del abuelo César)».

Casi todos los custodios fumaban. Tenían la instrucción de no mostrar el arma y actuar con discreción. Nunca hubo un incidente con ellos. Ni siquiera cuando recibieron una advertencia del Ministerio de Defensa, en noviembre de 1985: debían hacer contraseguimientos y extremar las medidas de seguridad porque se temía un atentado. Durante pocos días la custodia se duplicó, y hasta Alan pasó las noches despierto, tomando mate.

El 11 de abril de 1986 papá y Marta dieron una conferencia de prensa en Buenos Aires Building porque el gobierno había anunciado la detención de un supuesto grupo de delincuentes que había extorsionado a la familia. Dijeron que los detenidos no eran criminales comunes, sino agentes de inteligencia que operaban en el Ministerio de Defensa y que supuestamente habían trabajado para resolver el caso. Que los ministros Roque Carranza y Germán López sabían que la familia les había pagado 300.000 dólares. Que el propio partido de gobierno había aportado 30.000 dólares. Que el comisario Di Vietri había admitido en privado que había declarado a la prensa que se iba a poner al frente de la investigación para calmar a la

opinión pública.

Después de la conferencia de prensa, la oposición pidió la interpelación de los ministros del Interior y de Defensa. Roberto Digón, diputado peronista y dirigente sindical del tabaco, tuvo un papel central. Una noche papá me hizo pasar al escritorio para que yo entrevistara a Digón. Grabamos el diálogo en el equipo de cinta abierta. Recuerdo una pregunta: «¿Qué opina de Fidel Castro?», y una respuesta muy elogiosa para llevar música a los oídos de papá.

Digón preparó con la familia y sus abogados el cuestionario de unas treinta preguntas para el ministro Tróccoli.

La interpelación nocturna en el Congreso se convirtió en un acontecimiento de enormes proporciones. En un principio el funcionario comenzó por admitir errores y desprolijidades, que intentó poner en el contexto del estado de sitio que se había aplicado para defender la democracia durante dos meses, tras una serie de atentados y amenazas.

Cuando habló del Caso Sivak dijo que la familia había pasado por encima de las autoridades policiales para negociar con los secuestradores. También negó que existiera un grupo criminal dentro de Defensa.

Digón sorprendió al ministro: hizo que se escuchara la grabación de una charla entre Tróccoli y Marta. La difusión de la cinta, que formaba parte del expediente, constituía un hecho inédito en la historia del Congreso.

—*Usted sabe que nosotros no queremos perjudicar al gobierno* —le había aclarado la esposa de Osvaldo.

—*Sí* —había respondido el ministro.

—*Pero ya en una oportunidad le dije que no nos obliguen a salir a desmentirlos. Usted sabe que estos individuos no son delincuentes comunes.*

—*No, claro.*

—*Usted sabe también que nosotros les hemos entregado el dinero a ellos con su conocimiento, del ministro de Defensa, con conocimiento del señor Guillermo Alfonsín [hermano y secretario privado del presidente].*

—*Sí. El dinero que entregaron fue contra la opinión nuestra, señora.*

—*Ustedes incluso hicieron un aporte. Lo sabe bien.*

—*Exacto. Por eso preferíamos hacer nosotros un esfuerzo a los efectos de evitar que ocurra eso. De cualquier manera, no hace a la cuestión de fondo.*

—*Sí, hace a la cuestión de fondo, porque las reuniones eran en el*

Ministerio de Defensa, a pasos del despacho del ministro. Usted sabe que hablé varias veces con el ministro. Es decir, quieren hacer pasar a la familia en todo esto, realmente, como estúpidos.

Cuando terminó la cinta, Tróccoli estaba muy irritado. Se defendió con una nueva mentira.

—La Policía Federal está en condiciones tácticas y de inteligencia como para resolver estas cuestiones. En ningún momento se le encomendó ninguna investigación, ni en forma deliberada ni en forma elíptica, a ningún grupo de personas que estuviera fuera del esquema de la Policía Federal. Dije también que la propia familia, aconsejada por amigos...

Un grito lo hizo callar.

Papá, sentado en el palco próximo al estrado, junto al resto de la familia, se había parado, había tomado aire y había exclamado:

—¡No mienta! ¡No mienta!

Se sentó y rebotó en la silla:

—¡No mienta, no mienta! ¡¡Deje de jugar con la vida de mi hermano!!

La cinta de la televisión muestra su cara roja, las venas agrandadas por la cólera, el brazo derecho agitado y el cuerpo apretado en su traje gris con chaleco.

Cuando se sentó, su abogado le recordó que había violado un artículo del Código Penal. Las cámaras tomaron su sonrisa provocada por ese comentario y el rictus que corresponde a la impotencia. No fue espontáneo: si el ministro mentía, planeaba contestarle.

La sesión se suspendió.

A la mañana siguiente los diarios publicaron en sus tapas lo que consideraron, casi unánimes, un escándalo. El ministro de Defensa presentó su renuncia, que se hizo pública pocos días más tarde. Antonio di Vietri, comisario general de la Policía, también dejó su cargo, dos semanas después de la interpelación. Por último, Tróccoli debió irse del Gabinete.

Si en público papá era hiperactivo, batallador y con sentido del humor visible, en casa empecé a notar cierta angustia. El cigarrillo se convirtió en una prolongación de su cuerpo, su sexto dedo de la mano. La tos, y a veces los esputos, en una prolongación de su risa de fumador. Tres atados de cigarrillos por día, ya lo dije: no lo puedo olvidar.

Aunque tomaba medicación para dominar el insomnio, solía levantarse entre las 2 y las 7 de la mañana. Fumaba y comía: podía empezar y terminar

un frasco de mermelada o de dulce de leche en cuestión de un par de horas. Creyó que si la etiqueta de algo decía «bajas calorías» le daba inmunidad. Una vez desapareció un frasco de mermelada de frutillas dietética, y negó la responsabilidad. Hubo un careo extenso, pero no reconoció el atracón.

Vi llorar a papá por primera vez un viernes nublado. El 6 de noviembre de 1987. El día después que apareciera el cuerpo de Osvaldo.

Yo venía de un campamento que el colegio había organizado en El Palmar, Entre Ríos. El micro hizo una parada en un puesto de la ruta y vi la tapa de los diarios colgados con broches de ropa sobre sogas blancas. *Clarín* daba la noticia en letras grandes y como título principal:

Hallan el cadáver del empresario Sivak.

Esta vez no habían podido incautar los diarios, y supe lo que había sucedido. La verdad estaba, seguía el ritmo del viento.

Nunca había contemplado la posibilidad de ese final. Papá tampoco lo había insinuado siquiera, jamás. Cada día de esos años de incertidumbre pensé que todo terminaría con la liberación del tío.

Treinta años después de su secuestro, a veces sueño con su regreso. En esos sueños vuelve caminando mansamente, casi siempre en sus pantalones de corderoy.

Después de ver la tapa de los diarios di una vuelta por la parada rutera. Me mojé la cara en un baño de azulejos celestes del tamaño de una estampilla.

El resto del viaje pensé en mis primas. ¿Cómo serían sus vidas ahora, sin su papá? Me costaba imaginarlo.

Papá esperaba el micro dentro del auto de mamá, un Peugeot 505 Rural, en la larga barranca de la calle Laprida en Vicente López. No sabía que yo sabía. Quería darme la noticia, como me había anunciado el secuestro.

Mamá nos abrazó y entramos al auto. Lloré mucho sobre la panza de papá y cuando levanté la vista vi lo que nunca pensé que podía ver: unas lágrimas enormes en los ojos de papá, gotas gruesas que le corrían por las mejillas hasta perderse en la barba. Se secó porque había dos cámaras de televisión en la puerta de casa. Le preguntaron algo y pidió que respetaran el dolor de la familia. Dijo «de la familia».

En mi recuerdo, durante el entierro de Osvaldo, papá se esforzó por aparecer estoico.

Al regresar a casa pedimos pizza. Él tenía una especie de euforia, aun en

la situación de duelo: dijo que iba a encontrar a quienes habían matado a su hermano. «A los peces gordos», aclaró.

Sin embargo, sólo cayeron policías de poca monta: perejiles. Buletti, el jefe de la banda operativa, y José Lorea, el que disparó y cubrió a sus compañeros desde una seccional cuando se produjo el secuestro, por lo que recibió 30.000 dólares. Salvo los dos que se suicidaron —Mario Bivorlasky cuando lo cercaron; Rubén Caeta, ahorcado con una venda elástica en una celda—, todos fueron juzgados y condenados.

Un mes después del entierro de Osvaldo, papá recibió un nuevo golpe.

Esta vez lo propinó la propia familia: Marta Oyhanarte, ya una figura pública, publicó el libro *Tu ausencia, tu presencia*.

OCHO. LA ESCALERA DE MARTA

Dos días después del funeral de su esposo Marta decidió publicar los borradores de su diario íntimo como un primer tomo.

Para la escritura final recibió una sugerencia del filósofo Santiago Kovadloff, también editor, corrector y asesor: que dejara el vocabulario de abogada y escuchara, como inspiración, el «Bolero» de Maurice Ravel. Le regaló la mejor versión en casete.

Un mes más tarde, en diciembre de 1987, *Tu ausencia, tu presencia* se publicó con el sello independiente El Aleph. Ernesto Sabato escribió una frase para la contratapa: «Este libro servirá al país al revelar el temple, el coraje, el amor y la tenacidad con que una mujer es capaz de luchar por su hombre». En el prólogo, Kovadloff describió a Marta como «un paradigma de la Argentina atormentada de nuestro tiempo» y la comparó con las Madres de Plaza de Mayo. «[El libro es] el más bello fruto expresivo que ha producido la literatura de derechos humanos del país».

En ese primer tomo Marta le contaba a Osvaldo su cotidianeidad desde el día del secuestro, el 29 de julio de 1985, hasta el 10 de noviembre de ese año. Es un diario con entradas dirigidas a él. El segundo tomo nunca se publicó.

A papá le resultó muy dolorosa la lectura de *Tu ausencia, tu presencia*. Se vio descripto como un divagador ineficaz que no se ocupaba de la empresa familiar. El responsable de un error tras otro durante la búsqueda de su hermano. Un desaliñado cuya desprolijidad puso en riesgo las gestiones ante las máximas autoridades del país. En síntesis: un culpable, no otra víctima.

En casa escondieron el libro para que mi hermano y yo no lo leyéramos.

Marta no nos llamó cuando papá murió. No la vimos por más de diez años.

Hasta que a fines de marzo de 2000 usó el nombre de papá como parte de la campaña a jefe de gobierno de Domingo Cavallo, de la que participaba como primera candidata a legisladora de la ciudad de Buenos Aires.

Aníbal Ibarra, el rival a vencer, lanzó un spot de campaña en el que pretendía hacer alarde de presuntas dotes ejecutivas al enumerar los casos que había resuelto durante su paso por la justicia como fiscal. En la lista incluyó el caso de Osvaldo.

«Ibarra miente», tituló Marta la carta abierta en la que le contestó. Desacreditó la participación del ex fiscal en el caso. En busca de contundencia transcribió la sentencia del juez Martín Irurzun:

«La persistente e inquebrantable conducta asumida por la familia Sivak, encabezada por la señora Marta Oyhanarte y el señor Jorge Sivak, se tradujo en una intensa actividad desarrollada en todos los ámbitos».

En su carta abierta, motivada por la competencia electoral, Marta hacía la reivindicación de papá que había faltado en las 386 páginas de *Tu ausencia, tu presencia* y en las numerosas intervenciones en las que ignoró el papel que él cumplió.

El texto de «Ibarra miente» me enfureció.

Después de despreciar y vituperar a papá, Marta lo resucitaba para sumarse votos, aunque, en realidad, papá no les sumaba votos a ella ni a Cavallo. Esa mención confirmaba que ella podía torcer la historia según las necesidades de la hora.

La llamé a su despacho de legisladora porteña.

—Cuando la secretaria me dijo que eras vos me emocioné.

No imaginaba la razón de mi llamada. Le pedí una reunión.

Antes de encontrarme con ella leí sus memorias por segunda vez.

Lo leí por tercera vez para este libro. Entre capítulo y capítulo escuché la versión del «Bolero» de Ravel ejecutado por la Sinfónica de Londres. No pretendía encontrar inspiración.

En las primeras ciento noventa páginas de *Tu ausencia, tu presencia* todas las referencias a papá son críticas.

El día después del secuestro él cometió, según Marta, el primer error. Ante los rumores, declaró a la prensa que su hermano estaba en Francia y «agregó detalles absurdos». A los pocos días le pidió que le avisara a Horacio lo que había pasado. «*El ocultamiento, la mentira, son malas formas de entender la fraternidad*». El 13 de agosto de 1985 le repitió a papá que debía llamar al hermano menor. Un día después insistió con un argumento adicional: podría acompañar a Samuel en su soledad. «*Abandono el tema: hablamos, pensamos en distintas frecuencias*».

Marta omitió que en la carta de Osvaldo —enviada como prueba de vida antes del pago del rescate— expresamente había pedido que no le dijeran nada a Horacio.

Todos quisimos acompañar a Marta, y sobre todo a mis primas, durante esos primeros días, que serían meses y luego años. En su libro Marta mencionó un almuerzo, poco después del secuestro, en el que yo me quedé con mis primas y con ella. Quiso saber qué había pasado en mi colegio con el secuestro de Osvaldo. Qué me preguntaron mis compañeros, qué contesté yo. «*Martín [...] nos relata que se agarró a piñas con un chico de séptimo porque este lo llamó secuestrador*».

Marta no siempre se sintió cómoda con ese acompañamiento, en especial si papá estaba presente. Criticó un encuentro con él y mamá, en el que intentaron distraerla: «*No soporto las risas*».

El jueves 22 de agosto registró un nuevo enojo. El general Ricardo Flouret le había contado a papá que el experto en temas militares Rosendo Fraga supuestamente había dicho que conocía la identidad de los secuestradores. Marta le pidió que lo averiguara. Papá no estaba convencido: «*Empieza a divagar. A elaborar teorías sobre los militares, que piensa realizar una investigación de Onganía a Malvinas. Me levanto y subo con las nenas*». En otra entrada, dos días más tarde, subrayó que papá seguía sin llamar a Flouret, como si en esa falta estuviera perdiendo una pista vital para llegar a los secuestradores.

A los pocos días, detalló Marta, papá se quedó dormido en un encuentro del equipo. Más adelante mencionó que se sorprendió cuando ella le informó que se realizaría una reunión del directorio de la empresa familiar para tratar su composición: «*Le digo que eso sucede porque siempre ha estado muy poco interiorizado*».

También se despachó contra Horacio, recién llegado de París. «*Le hablo de tu responsabilidad en todas las tareas de Building, en el campo, en la atención de tu papá. Que es injusto que tanto él como Jorge se desentiendan [...] Le reprocho que tanto él como su esposa no me llamaron después de que se enteraron del secuestro*». Le pidió que viajara a controlar el campo; ante la respuesta de mi tío —que no sabía qué controlar— escribió: «Le recuerdo que el campo es tan de él como tuyo o de Jorge». Marta volvía a esos temas: las propiedades, la empresa y la mala administración de sus cuñados.

En las entradas de los días siguientes citó comentarios de otras personas, también descalificatorios sobre papá y Horacio. Su hermano Mario habló de una actitud de clan que mostraban Horacio y papá, agravada desde la llegada del menor. También citó a Fernando —un abogado despojado de su apellido—, quien había respondido a un cuestionamiento de Horacio con su renuncia y un reclamo de honorarios. Los hermanos, había dicho Fernando, eran «necios, soberbios».

Si en la primera mitad del libro papá era un fastidio —un divagador que no cumplía con lo que decía, que le ocultaba la noticia a Horacio aunque luego formaba un clan con él, que no se ocupaba de su padre, que desconocía los asuntos de la empresa y se ponía a la par de quien se definía como la víctima principal—, en la segunda mitad empeora todavía más.

Empezó con una denuncia: Jorge y Horacio seguían sin conseguir una sola firma para una carta pública que se publicaría en los diarios. Cuando al día siguiente discutieron el texto, Horacio sugirió que se agregara una línea sobre la condición judía de los secuestrados. «*No le doy pelota*», apuntó Marta en su diario. Cuando papá propuso que se incluyera una referencia al nuevo programa económico del gobierno —por la falta de contexto, el comentario se presentó como un delirio— Marta repitió: «*No le doy pelota*».

Al día siguiente, papá le contó sobre un encuentro con su primo Carlos: le había contado que un amigo de él había estado secuestrado durante más de dos meses. Marta le pidió que lo contactara.

—No tengo su teléfono —le contestó—. Podemos buscarlo en la guía.
—¡Pero acabás de verlo!

A la noche, Marta recibió la visita de dos amigas. «*Converso sobre la ineficacia de tus hermanos. Necesito descargar mi bronca*».

Al día siguiente papá le pidió que cambiara el texto de la solicitada por otro «más fuerte». Marta escribió que lo consideró un disparate, pero se contuvo. No contó que papá quería subir el tono de las críticas al gobierno de Alfonsín por los errores en la investigación; como radical y ex asesora del diputado Hipólito Solari Yrigoyen, ella prefería esperar.

El día del cumpleaños de papá, el 18 de octubre, lo notó especialmente angustiado y locuaz: «*Habla mucho sobre su infancia, y sobre su bronca contra Julio [Goyret, un empleado jerárquico del banco y con quien pagó el rescate del secuestro]. Lo escucho sin opinar*». En cambio no dejó constancia de las broncas de Goyret contra papá.

En una ocasión, dado que se superponían dos compromisos, Marta le pidió a Julio que se reuniera con el entonces muy influyente periodista Bernardo Neustadt en su nombre. «*Jorge se ofrece a ir pero su aspecto es tan deplorable que difícilmente pueda causar buena impresión a alguien*».

El aspecto físico de papá se convirtió en un tema recurrente en los tramos finales del libro. Escribió sobre una cita que ella, papá y Horacio habían tenido con Alfonsín: «*Ayer les he sugerido a ambos que vayan bien entrazados. Mirándolos, comprendo que el intento ha sido bastante inútil*».

Papá le preguntó por su aspecto físico:

—¿Es malo?

—*Peor que eso, horrible. Mirate. Tenés el pelo pegoteado, largo y despeinado. Usás el mismo traje desde hace dos meses, que está arrugado, descosido y sucio; a la camisa le falta un botón y se te ve la panza y, por si eso fuera poco, se te han despegado los dientes y calmás tu ansiedad sacándotelos y poniéndotelos. ¡Oswaldo sería el primero en pedirte que compongas tu apariencia!*

El jueves 24 de octubre papá llegó vestido con jogging y zapatillas. Había ido al dentista para que le arreglase la prótesis. Había pensado hacer todos los mandados esa mañana, le dijo a Marta, pero sólo había tenido tiempo de reparar la dentadura. «*Me exaspera*», escribió ella.

Pasaron un rato por nuestra casa para que papá se cambiara. Transcribo:

12:15 hs. Aparece estirándose con las manos el pelo mojado:

—Ya estoy arreglado.

Su aspecto es desastroso. El mismo traje sucio, los zapatos sin lustrar, el ombligo al aire.

Partimos hacia Olivos. Mientras esperamos que nos atienda el Presidente, le digo que no haré ningún trámite más con él si no cambia su apariencia, que me importa un pito lo que haga en otras circunstancias pero esto se lo pido por vos. Le sugiero, además, que cuando estemos con alguien no divague y se concentre en nuestro objetivo: vos. Porque en algunas entrevistas mezcla anécdotas de su vida de estudiante, da «consejos políticos» o repasa momentos de la historia argentina.

Al salir de la audiencia, continuó: «Le reitero tu soledad en el manejo de la empresa, su falta de responsabilidad, tu angustia».

Al día siguiente, el viernes 25, anotó: «Aparece Jorge. Pelo, traje y ombligo, tal cual». Papá le explicó que no le había llegado un traje que esperaba para asistir a la nueva audiencia con Alfonsín, esta vez en la Casa Rosada.

11:45 hs.: La ropa nueva no aparece. Jorge protesta porque no le han cumplido. Le digo que es absurdo que proyecte sus culpas en otros.

El fin de semana Marta sumó una nueva incomodidad: el jardín de nuestra casa. «Me parece un espacio demasiado grande, demasiado abierto. Imagino a nosotros seis en un lugar más pequeño, más acogedor». Había venido a un almuerzo «largo y aburrido». En la última mención a papá en el libro, contó la historia de otra comida. «Las nenas no quieren ir y, de verdad, me tranquiliza esa negativa. Yo tampoco tengo ganas».

En 386 páginas no hizo un solo reconocimiento a su cuñado. Marta sólo podía registrar su dolor. En su libro ignoró, o desconoció, el de papá y el de tantos otros.

Eso aumentó los reproches de papá contra sí mismo. Muchísimas veces había sufrido la culpa del sobreviviente —«¿Por qué Osvaldo y yo no? ¿Por qué Osvaldo dos veces, y yo no?»— y el diario íntimo de Marta sólo agregó intensidad a esa angustia. Al escribir críticas despiadadas sobre su manejo de la empresa y del secuestro, dejó caer sobre él cargas imaginarias que él ya padecía: por su fracaso empresarial, Osvaldo había asumido la responsabilidad, y se había convertido en blanco de los secuestradores; por sus gestiones durante el secuestro, Osvaldo estaba muerto.

El uso de la segunda persona en el libro amplificó la voz cargada de recriminaciones. El «vos» al que se dirigía, Osvaldo, escuchaba desde el más allá detalles sobre la torpeza, los errores y las desatenciones de papá.

Papá nunca le contestó, a pesar de los pedidos y sugerencias de muchos de sus amigos y de mamá. No se hubiese permitido denostar públicamente a la esposa de su hermano. Hasta el verano de su muerte, papá intentó que mantuviésemos alguna relación con nuestras primas, pero los encuentros, siempre promovidos por él, se hicieron cada vez más esporádicos, hasta que dejamos de vernos por muchos años.

Papá tampoco permitió que trascendieran los manejos de Marta que en nada se parecían a la imagen de cruzada de la ética pública y la transparencia que intentaría construir los años siguientes con la creación de la ONG Poder Ciudadano.

En una entrevista ella ventiló un conflicto inexacto: «La familia Sivak me desamparó económicamente». De ese modo hizo presión para que papá le comprase la parte de la empresa que le correspondía a Osvaldo. Y lo hizo antes de que apareciera su cuerpo. Amenazó con publicar anónimos sobre la mala situación de Building: el diario *Ámbito Financiero* solía divulgar las malas noticias de la empresa. Un amigo muy cercano de Marta conocía a uno de sus editores principales.

El tiempo demostró que la familia no la desamparó económicamente. Cobró una cifra muy inflada por el tercio de Building y eso incrementó los problemas de la empresa; administró la herencia de Samuel Sivak y en 2014 recibió una indemnización millonaria del Estado por el secuestro y el asesinato de Osvaldo.

La entronización pública de Marta no terminó con el entierro ni con su libro. Como el Caso Sivak alimentó los titulares durante la detención y la condena de los responsables materiales, la atención de la prensa se concentró en ella.

Neustadt ejerció una suerte de padrinzgo. Hizo constar esa tutela de Marta en sus memorias, *No me dejen solo*. En su carrera pública posterior, ella cultivó y trabajó el vínculo con Neustadt para maximizar los beneficios. También participó en homenajes en vida y celebraciones sobre la trayectoria profesional de Bernardo, signada por la masividad pero también por prácticas profesionales irreconciliables con el discurso que Marta pregonaba.

Ya a mediados de 1985 Neustadt había notado que cuando abandonaba

los temas de alta política y se concentraba en los que —en sus palabras— «le interesaban a la gente», su audiencia se duplicaba. El discurso antipolítico empezaba a permear. El Caso Sivak, como el del entrenador Héctor «Bambino» Veira, que abusó de un menor, o el boxeador Carlos Monzón, que asesinó a su esposa, se contaba entre esos temas populares. Pero no sólo se trataba de *rating*. El caso era uno de los flancos débiles del gobierno de Alfonsín.

Antes de su última participación en el programa de Neustadt, en pleno secuestro de su hermano, papá estaba nervioso: temía que le preguntara sobre el conflicto con Marta. Recuerdo con nitidez que mamá caminaba por la galería, fumaba y pensaba, silenciosa. De pronto se acercó a papá y le dijo:

—Ya sé lo que tenés que responder.

Papá arqueó las cejas.

—Le decís: «Mire, Neustadt, en situaciones como las que vivió la familia, es normal que haya distintos puntos de vista».

Pero Neustadt no preguntó sobre ese tema.

En mayo de 2002 publiqué un perfil del empresario de medios Daniel Hadad y lo comparé con Neustadt. Supe entonces que el viejo comunicador pensaba que había cumplido un papel de importancia en la búsqueda de Osvaldo. Me mandó una carta que decía:

«A Martín Sivak: El encono que usted siente contra mí, a pesar de que nunca le hice ningún favor [...], sino que ayudé a develar el misterio de Osvaldo Sivak cuando lo asesinaron brutalmente, motiva estas líneas destempladas».

Neustadt desarrollaba una larga acusación contra Hadad y terminaba así: *«Pero si usted me quiere castigar*

—asociarme a Hadad es castigarme al infierno de los infiernos— por querer un país abierto al mundo, con libertades plenas, con derechos humanos para todos, no sólo para los terroristas ni para los piqueteros, con servicios esenciales funcionando, entonces sí merezco su condena. Sr. Martín Sivak, le ruego me mande su diploma de verdugo, gracias».

A falta de diploma le envié un telegrama de una sola palabra: «Recibido».

Neustadt mandó una posdata por correo electrónico:

«Cuando termino de escribir alguien me recuerda que hace diez años Martín Sivak, ahora periodista independiente, me quiso agredir en la calle.

¿Por qué? No sé. A lo mejor desde el más allá, su abuelo me debe estar recordando por los favores que siempre le hice. Y esta vez la palabra favor es cierta, fue cuando él presidía Minera Aluminé».

Neustadt me confundía con Gabito. Mi hermano lo había confrontado en una estación de servicio de Vicente López:

—Usted pidió plata y publicidad para hablar bien de la empresa de papá.

—Yo colaboré con la familia —contestó el periodista.

—¡Sos una mierda!

Los favores permanecen en el campo de lo improbable. Minera Aluminé fue un negocio secreto de Samuel con el PC y su relación con Neustadt se dio después en el diario *El Mundo*, que compró a principios de los '60. La futura estrella de televisión era un redactor que odiaba a Jacobo Timerman —el célebre editor, que por entonces competía con Neustadt—, tanto que un día le dijo a Samuel que llevaría un arma para matarlo.

Después de dejar Poder Ciudadano, Marta empezó una carrera político-partidaria oscilante.

Volvió a la Unión Cívica Radical y tuvo cierto cartel en la fundación de la Alianza que gobernaría el país entre 1999 y 2001. Pero renunció al poco tiempo. En su carácter de legisladora de la ciudad le escribió, en junio de 1999, una carta a Fernando de la Rúa, candidato a convertirse en presidente de la república: *«El partido está enfermo, señor presidente. ¿Cómo se explica, si no, que ante cada hecho de corrupción se separe al descubierto sin indagar y mostrar responsabilidades?»*. Los días posteriores a su renuncia al partido —no a la banca, que decidió mantener— usó un verbo que encajaba perfecto en la construcción de su personaje público. Dijo que estaba de duelo. *«Fue una decisión interna muy dolorosa»*.

De la Rúa, poco proclive a la esgrima pública, le contestó: *«Hace dos o tres meses ella dijo que aspiraba a ser vicejefe de gobierno. Por lo que tan grave no veía al partido»*. Como no consiguió lo que buscaba, emigró con su comodín: la lucha contra la corrupción.

Marta se sumó a la fuerza centroderechista de Gustavo Béliz y después

de la alianza entre Béliz y Cavallo se deslizó hacia el cavallismo. Como parte de aquellos meandros políticos, hizo paradas en las tiendas de otro radical escindido, Ricardo López Murphy, y más tarde tuvo un cargo en la presidencia de Néstor Kirchner: la Subsecretaría para la Reforma Institucional y el Fortalecimiento de la Democracia.

En la elección de 2000 recurrió al crimen de Osvaldo para atacar a Aníbal Ibarra, el rival a vencer. El comando de Ibarra respondió con fotocopias en las que ella le agradecía por su actuación en el Caso Sivak. El entredicho tuvo repercusiones en la campaña.

Nos encontramos en el café La Ópera de las avenidas Callao y Corrientes una mañana calurosa de principios de abril de 2000. Desde el entierro de mi tío, en 1987, sólo nos habíamos visto una vez y de lejos: en otro funeral, el de Samuel.

Marta pidió un té con limón y yo un cortado.

Fui al punto. Le dije que podía hacer lo que quisiese con su carrera política, pero que no podía meter a papá en un campaña con Cavallo después de las cosas que había dicho en su libro.

Contestó que tenía una relación especial con papá, de complicidad de muchos años. Enumeró algunos hechos que no me constaban, y que ella tampoco había hecho constar en ningún lado. La escuché hasta que su discurso se extinguió.

Le reproché su actuación en una causa penal que llevaba adelante mi mamá por la herencia de Samuel y me dio a entender que mamá la estaba extorsionando. Volvía, una vez más, a su posición de víctima singular: esta vez, extorsionada por una parte de la familia Sivak.

Aquella mañana en La Ópera vi su capacidad para la manipulación, para moldear los hechos según le conviniera. Resultó una conversación imposible. Había imaginado ese encuentro durante años, pero nunca se me había ocurrido que ya no tendríamos el menor territorio común.

Se comprometió a no usar a papá en la campaña de Cavallo y cumplió.

Dos semanas más tarde, como yo cubría las noticias de política para la

revista en la que trabajaba, me encontré con Marta en la antesala del despacho del candidato. Nos miramos de lejos.

No me fue mejor con él. Había aceptado responder un cuestionario sobre conocimiento general de la ciudad que quería gobernar, el mismo que respondían sus contrincantes. Pero al errar la tercera respuesta —a la pregunta «¿Cuántas villas miseria hay en Buenos Aires?»— se puso de pie y comenzó a gritar:

—¡Esto es un interrogatorio! ¡Es la estrategia de mis adversarios, quieren hacer que parezca que no sé nada de la ciudad!

Así dio por concluida la entrevista.

Luego perdió la elección, a manos de Ibarra.

No me guardó rencor. Años más tarde lo encontré en el baño de la confitería Rond Point. Mientras orinábamos, separados apenas por un mingitorio, me preguntó:

—¿Cómo anda tu tía?

NUEVE. ROJOS Y VERDES

¿Cuántas veces papá habrá mirado el final de *La batalla de Moscú*? Arriesgaría sesenta veces.

Se le hacía que allí entraba entera la épica soviética, la resistencia al nazismo y el fin de la Segunda Guerra Mundial. En ningún otro texto, como en la letra y la música del epílogo de *La batalla de Moscú*, se captaba la heroicidad del Ejército Rojo.

Cuando me invitó a ver ese final por primera vez estaba acostado de bruces, con dos almohadones bajo la barriga. Sólo vestido con un boxer de tela.

Ponela de vuelta.

Otra vez.

Última vez.

Aquel verano de 1989 la Unión Soviética se desintegraba allá en Europa y Asia, pero papá la sostenía en la bonaerense Vicente López con ese VHS que había alquilado en el videoclub del supermercado Carrefour. Pagaba multas diarias con tal de no devolverlo.

Con apoyo en *La batalla de Moscú* papá criticaba a Mijail Gorbachov y la Perestroika y reivindicaba a Stalin:

—Sin Stalin y el Ejército Rojo los nazis hubiesen ganado la guerra.

Desde la presidencia del banco Buenos Aires Building exigía más socialismo y menos capitalismo para la Unión Soviética.

La compañía financiera que daba crédito para la vivienda familiar se había convertido en banco a mediados de 1986. Para el lanzamiento de uno de los productos nuevos papá organizó un cóctel en la sede de la calle Lavalle. Les dijo a sus empleados que tenía mucha confianza en el Building Plan que presentaba, pero muy poca a la resistencia del entrepiso del edificio que albergaría a los quinientos invitados.

En el tesoro de las fotos viejas encontré una en la que papá me abraza mientras hablo con el locutor Antonio Carrizo. Estaba vestido con mi ropa de gala: un equipo azul de tela de avión de Sergio Tacchini. Quizás con la modalidad clasificatoria con la que ubicaba a papá en el casillero marxista-leninista, le pregunté a Carrizo sobre su ideología. Antonio —largo, espigado, propenso a desplegar gestos corporales elocuentes— me dijo que admiraba a Winston Churchill. Que era conservador. Y citó a Borges.

La otra celebridad presente, Ricardo Enrique Bochini, era mi ídolo de la infancia. Sin falsa modestia, me consideraba uno de los bochinólogos de la Argentina: sabía de memoria sus gestas futbolísticas y muchas de sus frases que había leído en las páginas deportivas. Papá lo orientaba en algunas de sus inversiones inmobiliarias. Bochini, parco y tímido, trató de contestar cada una de mis preguntas en el cóctel.

En otra de las fotos papá habla desde un atril. Su gesticulación, la expresión que le arrugaba la cara, parece la de un parlamentario que denuncia a una multinacional: acusación, sufrimiento. Tal vez eso mismo se mezclaba en su interior mientras relanzaba una empresa en dificultades serias, provocadas por el pago del rescate de Osvaldo y los gastos derivados —*bonos* o sobornos a dirigentes políticos, policías y militares—, y por la demanda de Marta y de Horacio, que obligaron a que papá les comprara su parte de la empresa familiar. Todo eso acentuó los problemas de liquidez del banco, que en ese momento necesitaba, con urgencia, ahorristas, inversores y una diversificación de productos.

Papá imaginó que la salvación vendría del Este: negocios con la Unión Soviética y sus países satélites. Ex miembro del PC y banquero, se propuso concretar uno, dos, muchos negocios enormes que le permitirían salvar la empresa y salvar el socialismo.

Me anunció el primer plan con cierta solemnidad:

—Voy a exportar Pumper Nic a Polonia.

—¡Pero, pa! ¡Las hamburguesas de Pumper Nic son horribles! —lo contrarié.

Me llevó a un local de aquella versión argentina de McDonald's, cuyo isotipo se parecía tanto al de Burger King que cuando la cadena llegó a Buenos Aires debió cambiarlo y reducir el nombre a Pumper. Con un Mobur en la mano le ratifiqué mi opinión:

—Horrible.

—La mía no está mal.

Pumper Nic creció gracias a las franquicias, que llegaron a darle setenta locales en la Argentina. Ese descontrol y, sobre todo, la llegada de McDonald's y Burger King a mediados de los '80 empezaron a hundir a Pumper. Papá leía en ese conflicto una puja entre el capital nacional y el extranjero. Su exportación a Polonia haría que un país adherido al movimiento de Países No Alineados alimentase a un territorio socialista con la mejor carne del mundo: un dique de contención a la apertura de la Perestroika en forma de comida rápida.

Para concretar este negocio papá se asoció con la familia Lowenstein, propietaria de Pumper Nic y de Paty, la procesadora de carne vacuna que logró que muchos argentinos reemplazaran la palabra *hamburguesa* por *Paty*. En el verano de 1989, un Lowenstein invitó a papá a pasar un fin de semana largo en el centro de esquí Las Leñas —también de su propiedad— como parte de la camaradería entre socios potenciales. Volamos con papá, mamá y Gabito en su avioneta; al llegar, los empleados del Hotel Piscis nos esperaban con canastas de frutas y champagne. El gerente había preparado un discurso preciso: «La Leñas no es sólo esquí, también es verano. Que lo disfruten».

En la pileta de Piscis, una senadora del noroeste del país, también invitada por Lowenstein, combatía las irregularidades de su piel con cremas y masajes. Saludó a papá como dos personas que, aunque no se conocen, por su módica exposición pública se sienten compelidos a intercambiar un «Qué tal», un «¿Cómo estás?».

Papá hizo un esfuerzo estremecedor para nadar desde la parte interior de la piscina a la exterior, detrás de una pared de vidrio. El tabaco había dañado mucho sus pulmones. Cuando consiguió emerger, salió de la pileta exterior, se cubrió con dos toallas blancas y encendió un cigarrillo en un pestañeo. El

agua que chorreaba de su malla caía sobre unos diarios; su barba parecía rociada con gomina por efecto del cloro.

Le pasaron una llamada de Lowenstein, que supuestamente estaba interesado en saber qué nos parecía Las Leñas en verano. Nunca había militado en el PC ni había visto *La batalla de Moscú*. Sólo quería hablar de la compra polaca de sus Pumper y, quizá, sus patys.

Papá le aportaba sus relaciones con las embajadas del bloque del Este y de Cuba. Solía frecuentar a sus diplomáticos: recuerdo una noche de verano —1988, 1989— cuando los reunió a todos en una cena de gala en el jardín de casa. Contrató un servicio de *catering* que sirvieron mozos vestidos con uniformes. Asistieron cinco o seis embajadores eurocomunistas, dos africanos y varios funcionarios cubanos, a quienes elogiaba siempre por su discreción y ascetismo: cada vez que lo invitaban a sus casas, contaba, comían bifés y arroz en tachitos.

Papá compartía algo profundo con algunos de esos diplomáticos: habían leído los mismos libros, habían admirado a los mismos líderes, habían soñado con entrar al Capitolio montados en tanques. Pero la realidad los hizo conformarse con frases de ocasión en el jardín de casa.

Todos esperaban, además, que algún negocio resultara. Al hablar del tema, papá se ponía más prosoviético; los embajadores y funcionarios, por desconocimiento o por formalidad, le seguían la emoción. O fingían que lo hacían.

Los soviéticos nos visitaban con cierta frecuencia porque papá tenía un negocio en marcha: importar la tecnología de las intervenciones para corregir el astigmatismo e instalar en Buenos Aires una Clínica Fyodorov.

Svyatoslav Fyodorov era una eminencia mundial de la oftalmología. El primero que implantó un lente intraocular, el creador de la técnica quirúrgica para la miopía llamada queratotomía radial. Papá contactó al oftalmólogo argentino Mauricio Brodsky para que trabajara con él en el proyecto. Volaron juntos a Moscú en la clase única de Aeroflot y descubrieron que existía una clase especial: dos asientos, ocupados por una señora obesa y su caniche.

Al llegar a Moscú tuvieron el primer inconveniente: Brodsky llevaba varias revistas científicas en español y los oficiales de migración quisieron que un traductor les asegurase que no contuvieran propaganda procapitalista. Tras dos horas de espera en el aeropuerto para realizar esa verificación, el segundo problema: Brodsky había declarado menos dólares de los que en

realidad llevaba. Papá lo regañó: «Acá no se hace eso».

Fyodorov los esperaba en su clínica de veinticinco pisos. Les presentó su método para tratar a los pacientes como si se tratara de una fábrica de ensamblar autopartes. «Velocidad y precisión», les dijo. También les mostró los planos del hotel para pacientes que estaba construyendo. Papá se entusiasmó: pensó que podría hacer lo mismo en el Sanatorio Güemes de Buenos Aires que había comprado o pensaba comprar. Un poco de Moscú en Buenos Aires. Brodsky, en cambio, tenía reparos: decía que sus colegas argentinos lo defenestrarían por adoptar el método soviético.

La comitiva que les habían asignado para sus actividades recreativas los llevó a pasear un fin de semana de 20 grados bajo cero. Visitaron un bosque a unos pocos kilómetros de la capital soviética que papá creyó reconocer: les preguntó por *La batalla de Moscú*. Los soviéticos le dijeron que ese fue el punto más cerca al que habían llegado los nazis. Les cantó la canción final de la película, pero no encontró eco.

Muchos años después Brodsky me contó los detalles del viaje, sentado en un café de Buenos Aires.

Visitaron un restaurante rodeado de cipreses. A cada plato lo acompañaba un tipo de pan diferente. El brindis, obligatorio, debía ser a la memoria de un familiar. Brodsky brindó por su hijo desaparecido. Papá, por su hermano asesinado. Los soviéticos, por sus parientes muertos en la Segunda Guerra Mundial. El vodka quebró a un par.

Apenas salieron del restaurante, el frío les despejó la borrachera. Llegaron relativamente sobrios al Hotel Nacional de Moscú. Esa noche, como otras, no había agua caliente.

En el tiempo libre, papá y Brodsky fueron a la Plaza Roja, vieron la momia de Lenin y asistieron al cambio de guardia en el Kremlin. Comieron *borscht* (una sopa a base de remolacha) y *varenikes* (pasta rellena). Dos prostitutas se les acercaron y les ofrecieron «la mejor noche rusa». «Pero no quisimos», me aclaró Brodsky.

Papá no volvió más prosoviético de ese viaje. Creo que ocultaba cierta desilusión por lo que había visto, pero eludió el tema.

La importación del método Fyodorov nunca se produjo.

Tampoco se concretaron sus demás proyectos con la Unión Soviética y otros países del eurocomunismo.

La importación de tela denim para hacer jeans en la Argentina: no.

La explotación de una mina de carbón en Río Turbio, por un consorcio de empresas de Rumania y Alemania del Este: no.

La exportación de durmientes a Yugoslavia: no.

Un negocio con Cuba del que no llegué a conocer detalles: no.

La exportación de Pumper Nic a Polonia: tampoco.

El único negocio que resultó, la exportación de naranjas a Checoslovaquia, rindió ganancias mínimas. Uno de los socios en el proyecto le hizo descubrir una máquina que llamó «del futuro» y crucial para exportar naranjas: el fax. Papá se jactaba de haber sido uno de los primeros argentinos en comprar faxes y hornos microondas. No sabía cómo hacerlos funcionar.

Aunque con menos empeño, intentó comerciar dentro del mundo capitalista. Un histórico del peronismo, Juan Manuel Abal Medina, trajo un negocio de México: exportar café. Pero el grano argentino daba un líquido que no encajaba con el paladar mexicano.

El Sanatorio Güemes causó otra de las sangrías del banco. Papá se propuso convertirlo en un negocio rentable a pesar de sus severos problemas financieros. Decía que quería hacer buena medicina. También consultaba a la Embajada cubana y a un amigo médico sobre cómo prestar servicios de calidad y traer un poco de socialismo a la Argentina.

A valores actuales destinaba 50.000 dólares por mes en el Güemes. El negocio, inicialmente pensado como una inversión inmobiliaria, lo había traído un tal Willamovsky. Papá le decía «*Vi La Mosky*», uno de los escasos usos que hacía del lunfardo: *mosca* era dinero.

Como si fuera un imán para los negocios inviables, nunca decía que no a los que le llevaban; pensaba que podría controlarlos. Tenía mejor olfato para las operaciones inmobiliarias. Muchas estaban fuera de su alcance, como la compra del Mercado del Abasto para reciclarlo (un negocio que hizo George Soros años más tarde). Me llevó varias veces al Abasto; me preguntaba qué me gustaría hacer en el lugar. Propuse canchas de césped sintético.

Por fortuna no tuvo ocasión de probarme en el asunto, a diferencia de otros parientes como Daniel López —Danielito o Lopecito—, un primo hermano de mamá a quien nunca se le conoció, antes o después de que papá lo pusiera a cargo de la concesionaria Auveco, un trabajo o una fuente de ingresos legítima. En la compañía, Lopecito montó un negocio paralelo de compra y venta de autos, pasaba viáticos por viajes que hacía con amigovias y trataba de sacar ventaja hasta de la provisión de bidones de agua. Lo

denunció otro empleado de la concesionaria: el hijo de un primo hermano de papá.

La aceitera Ibarra fue otra de las apuestas delirantes de papá. Le entregó la dirección a Enrique «Quique» Guglialmelli, un mayor carapintada, hijo del general desarrollista Juan Guglialmelli, que había acusado públicamente a varios militares por el secuestro de Osvaldo de 1979 y había tratado de ayudar en la investigación del de 1985. Así se había ganado la simpatía de papá, que lo nombró responsable de la fábrica apenas la compró. Guglialmelli la convirtió en un cuartel versión bajas calorías: cuando descubrió a un empleado en el acto de robar unas latas, lo encerró. «Quique, no podés hacer eso», le explicó papá. También tuvo que pararlo cuando intentó llevar a la provincia de Buenos Aires una cadena francesa de supermercados, en un negocio del que participaba un asesor del gobernador. El aliado en el poder se quedó con una propina —hizo poco o pidió y no hizo nada, o alguna otra combinación— y Quique le dio una trompada en el ojo. El asesor denunció desprendimiento de retina. Papá se enfureció con Quique. Por fin lo apartó del asunto.

También en el negocio de Ibarra había un contacto en las altas esferas: participaba Carlos Spadone, asesor presidencial de Carlos Menem. Spadone ayudó a conseguir las máquinas para la producción y garantizó que el Estado la comprase. Pero a último momento su mano derecha, Néstor Lorenzo (preso hasta 2011 en la causa de los llamados *medicamentos truchos*), se quedó con los equipos. Acaso haya sido lo mejor, ya que la incursión de Spadone en el rubro alimentario se recuerda por el escándalo: hizo que el Ministerio de Salud Pública y Acción Social comprara 1.960 toneladas de leche en polvo, de las cuales 47 resultaron no ser aptas para su consumo. Debió renunciar a su cargo y fue procesado.

Mamá me contó, con cierto orgullo, que papá recibió una propuesta inesperada: dirigir el diario *Página/12*. Habrá sido en 1988.

Papá no era periodista, no sabía siquiera cómo titular una nota, ni sacar adelante una redacción. Y no era Bartolomé Mitre.

El diario llevaba pocos años en la calle y necesitaba más fondos: el *boom* inicial de lectores y prestigio no se había traducido comercialmente por los límites del mercado argentino y los problemas históricos de los diarios de izquierda para conseguir anunciantes privados. Papá lo leía los domingos.

Un mediodía de fin de semana uno de los dueños de *Página/12* vino a

almorzar a casa. Su editor responsable. Le pregunté a Gabito si no se parecía a un perro San Bernardo por sus ojeras, su poca expresividad, su tristeza. En realidad Fernando Sokolowicz no le estaba ofreciendo un cargo artístico a papá: lo estaba invitando a invertir en el diario. Hubiese sido coherente con sus inversiones que no le generaban ningún rédito económico. En este caso sí le hubiese reportado la ilusión de la influencia, la posibilidad de pavonearse entre periodistas y escritores, la admiración de sus amigos de izquierda. Una hipótesis es que no aceptó porque, quizá, para entonces, ya se le había acabado el dinero.

Con el banco en crisis, papá contrató a dos jóvenes gerentes: José Luis Greco, de veintinueve años, y Claudia Piñeiro, de veintiséis. Ambos habían sido auditores de Arthur Andersen en Building. Nunca antes habían trabajado en el sistema financiero.

Los nuevos gerentes debían lidiar con uno de los mayores problemas: los préstamos a los malos socios. El más importante, Néstor Lamédica, era el prestanombres del jefe de diputados peronistas José Luis Manzano, también receptor directo de fondos durante el secuestro de Osvaldo. El banco se había transformado en un tenedor libre de la dupla Lamédica-Manzano.

Lamédica se especializó en pedir dinero para innumerables negocios que jamás funcionaron, como el de exportar durmientes a Yugoslavia.

Era de la provincia de Mendoza, como Manzano, y hablaba de vinos con amor parejo por todos los varietales. Papá imitaba muy bien a Lamédica:

«*Jorrrge —y seguía con la erre arrastrada—, tenemos que navegarr y tomarr un rrosado*».

Un verano viajamos en su avioneta y paseamos por la costa mansa de Punta del Este en su velero; o quizá no fueran suyos, porque en eso consistía el arte de Néstor.

Manzano se mostraba poco en el banco, pero dejaba su marca.

—Mandame a Claudia [Piñeiro] para que vea si soy judío o no —le dijo a papá para desmentir los rumores sobre sus ancestros.

Papá ni siquiera le contó a Claudia la grosería de Manzano.

Al principio los gerentes jóvenes de Building no objetaron la inconveniencia de tener interlocutores como Willamovsky y el dueto Lamédica-Manzano. Trataban de ordenar la empresa y lanzaban planes, pequeños y previsibles, como una tarjeta de crédito, que salían más o menos bien pero que no mejoraban significativamente el cuadro general.

Papá los impresionaba con su estilo. Los llevaba a comer fideos con tuco y pesto a Pipo, un restaurante popular del centro de la ciudad, como una suerte de provocación. Les preguntaba qué pasaría si el presidente del Banco Central viese una reunión del *board* de Building en una mesa con mantel de papel. En 1966, sobre esos mismos papeles, había garabateado el primer gabinete leninista de la Argentina. Les hablaba de marxismo, de sus años en la cárcel, se burlaba de los colegas banqueros y también de los interlocutores que se llevaban plata.

«Hay que llenar la bañadera», le decía a su equipo cuando vislumbraba dificultades. Había tomado esa expresión de su madre, que la usaba ante la inminencia de un golpe de Estado y la necesidad de tener reservas de agua. Les decía «...y buenas noches, Bariloche» cuando quería resolver un tema con rapidez. En caso de dudas, recurría a una pregunta muy transitada: «¿Y eso es bueno o malo para el pueblo judío?».

Hacia fines de 1988 papá decidió pasar los recursos de la mesa de dinero al circuito legal. La mesa era una actividad no permitida pero muy habitual en buena parte de los bancos argentinos. En el caso de Building financiaba negocios, pagaba una parte de los sueldos y solventaba otros gastos en tiempos de regulaciones bancarias laxas. En pocos meses se intentó blanquear el dinero en negro para que el Banco Central garantizara los depósitos. Si el banco quebraba y el ahorrista no tenía el dinero documentado perdía todo. Si salía del negro, no recibía un interés alto, pero tenía al menos un respaldo estatal. Cuando en Building empezaron a faltar fondos por los negocios irrealizables de la empresa se inventaron carpetas de créditos para blanquear esos gastos. Ahí estaba el delito.

Piñeiro renunció por esa razón: pensó que podía terminar en la cárcel. Antes de irse le dijo a uno de los abogados que la única salida para un banco tan inviable era vender. Cuando en esos días finales Claudia le contó al jefe de seguridad que un hombre la llamaba por teléfono para molestarla, el comisario Nelson Corgo le preguntó: «¿Querés que le ajustemos los zapatos?». Piñeiro empezó a cambiar de oficio: se dedicaría a la escritura. Su primer cuento, aún inédito, es sobre papá: «La verdadera historia del banquero que no quiso serlo».

En 2002 me llamó un funcionario ruso que había intentado ayudar a papá en los negocios con Moscú. Me contó que lo primero que había hecho al llegar a Buenos Aires fue visitar la tumba en el Jardín de Paz. Hablaba con un

cariño desmedido por alguien muerto hacía doce años, a quien apenas había tratado unos meses.

—A tu papá le interesaba más el destino de la Unión Soviética que hacer dinero. Eso está bien para un dirigente del PCUS, pero no para un banquero.

Trabajaba entonces en un gobierno anticomunista como el de Vladímir Putin, pero añoraba algunas cosas de la Unión Soviética. «Las de Lenin y las de Marx —dijo, en ese orden— siguen siendo las mejores ideas. ¿Por qué abandonarlas?».

Me propuso que hiciéramos algo juntos, como él había hecho con mi padre.

—¿Algo como qué? —le pregunté.

—Trabajar juntos por un mundo multipolar. ¿No quieres un mundo multipolar?

Le pedí tiempo para pensarlo.

DIEZ. VERDES

Una mañana de enero de 1989 papá me llamó a su escritorio por un tema de Estado: había un golpe militar que parar. Me creí preparado para intervenir. El mes anterior había terminado, con notas aceptables, la escuela primaria.

Mientras leíamos en los diarios detalles y rumores sobre el levantamiento militar, comíamos cerezas heladas y decidíamos qué íbamos a hacer. Un ventilador reemplazaba el aire acondicionado averiado por su uso excesivo.

Papá creía que el presidente Alfonsín se equivocaba en la concepción misma de su política hacia las Fuerzas Armadas. Aun así, nos había llevado a la Plaza de Mayo el domingo de la Semana Santa de 1987 para integrarnos a la multitud que defendía al gobierno y a la democracia del primer levantamiento carapintada. Durante la búsqueda de su hermano se relacionó con varios oficiales carapintadas que se habían mostrado dispuestos a colaborar con la familia porque creían que la resolución del caso contribuiría a una supuesta depuración de las Fuerzas Armadas: a dos de ellos los contrató como empleados de Building. Papá cuestionaba la dicotomía entre militares democráticos y carapintadas; prefería —infiero hoy— dividirlos en

nacionalistas y entreguistas. Los carapintadas, a quienes criticaba por muchas cosas, quedaban en el primer grupo.

Aquel día del verano de 1989 nos reunimos con el supuesto líder del golpe: el coronel Mohamed Alí Seineldín, ex héroe de Malvinas, fundamentalista autoproclamado. Sin custodia, salimos en un Fiat Super Europa —una versión mejorada del 148— y no paramos hasta la quinta de la familia Sivak en la localidad bonaerense de Ingeniero Maschwitz. Papá se la había prestado a Bernardo Grinspun, el ex ministro de Economía de Alfonsín, para que veraneara. Grinspun, asesor de Building, nos convidó una limonada en la galería que daba al jardín y la piscina. Ya no gravitaba en el gobierno, pero hizo algunos llamados para averiguar algo de la situación. «No es tan grave», nos dijo.

Papá me pidió que no le contara a Grinspun —que no le contara a nadie, en realidad— que nos reuniríamos con Seineldín. Nos esperaba en otra quinta de la provincia de Buenos Aires: la política y hasta los alzamientos militares se tejían, tanto más que ahora, en casaquintas.

No sabíamos la dirección exacta; nos habían citado en una estación de servicio. Allí nos encontramos con dos jóvenes oficiales que nos guiaron hasta la casa. Cuando llegamos, Seineldín dormía la siesta. No se lo podía interrumpir hasta las 5. Demasiado reposo para un golpe de Estado.

Para hacer tiempo, visitamos el vecino country Los Cardales donde los Balaciano —aquellos amigos de Punta del Este de papá— pasaban sus fines de semana. Un grupo jugaba a la generala por dinero. Horacio, el anfitrión, estaba dulce: había hecho dos generalas de 5. Se obsesionó con un gran forúnculo que papá llevaba sobre el hombro. Apretó y apretó, pero no lo pudo abrir.

Volvimos a la quinta carapintada. Seineldín bajó recién bañado con un jogging azul de tela de avión y una camiseta celeste. Saludó fríamente a papá. Se habían visto una vez en un asado de presentación y se trataban de usted.

Conmigo como único testigo empezaron por José de San Martín. Discutieron amablemente. En el último año escolar había tomado un curso de historia argentina con el profesor Eduardo Murgia donde había escuchado todo lo que decían papá y Seineldín; usaba como referencia mental esas clases y el manual Kapelusz. Me costaba seguir el detalle del debate. Parecían tener interpretaciones diferentes sobre la relación de San Martín con España. Siguieron con otros temas laterales. Seineldín, para tratar de despejar dudas

sobre su supuesto antisemitismo, le sacó el tema del pueblo hebreo: tampoco se pusieron de acuerdo. Le recomendó que leyera *Ser judío* de León Rozitchner. El coronel anotó la referencia bibliográfica con una birrome.

Papá introdujo el tema que le importaba: el supuesto levantamiento. Seineldín tomaba mate.

—No vamos a dar ningún golpe. No hay que dar ningún golpe. Pero Alfonsín tiene que cambiar su política hacia las Fuerzas Armadas.

Cuando subimos al auto le pregunté a papá si eso había sido todo. Me repitió que la reunión quedara entre nosotros, que no le contara a ningún amigo.

De camino a casa buscamos al mayor Guglielmelli. Pasábamos unos letreros grandes en la ruta Panamericana cuando se quejó de la tibieza de Seineldín:

—Yo sacaré los tanques ahora.

—Quique, estás en pedo —le respondió papá.

—Quique, ¿quieres ser presidente? —le pregunté.

—No, quiero ser jefe del Ejército. Tu viejo tiene que ser presidente.

—Qué chupamedias, Quique —le dije.

En el ejército de marginales que rodeaba a papá, Quique se destacaba: se decía estalinista y a la vez carapintada, y su aspecto combinaba el estilo militar de su corte de pelo siempre al ras con el cuerpo de boxeador retirado, entre rotundo y flácido. En el verano usaba mocasines negros sin medias.

Una noche llegó a casa de improvisto, con una angustia indisimulable. Supe luego que había golpeado a su hermano. Mientras jugábamos al ajedrez vi las gotitas de sangre que, como rombos, adornaban su corbata.

Después de la muerte de papá, Guglielmelli se quedó con una propiedad chica en el sur del país, que se había registrado a su nombre porque cumplió funciones de testaferro o algo por el estilo. No tengo demasiados detalles. Sintió culpa de robarla y prometió mandar una mensualidad en alimentos para mi hermano y para mí. «¡Hijo de recontramilputas!», le gritó mamá en la escribanía donde se confirmó que no iba a transferir la titularidad. Hubo que darle un calmante.

Unos diez años después, en 2000, me llamó al semanario en el que trabajaba.

—Tengo algo que contarte.

—Quique, no quiero hablar con vos.

—Déjame explicarte.

—¿Qué querés?

—Contarte que yo recibí la coima que [Eduardo] Duhalde le pagó a [Aldo] Rico. (5)

—¿Y para qué querés contarme eso?

—Para que lo publiques.

Nos encontramos en el bar Queen Bess, una suerte de whiskería antigua, con algunas escorts y un pianista igualmente viejos, que quedaba sobre la avenida Santa Fe, casi al llegar a Suipacha. Se había separado de su esposa Delfina y se había casado con una rusa —ex soviética— con la que tuvo dos hijas.

No habló en los términos que había prometido. El artículo empezaba así:

«El mayor retirado Juan Enrique Gugliarmelli es hijo de un general, se crió con militares y ha conspirado con militares por décadas, pero una vez probó suerte con el periodismo alternativo: en el último levantamiento carapintada —el 3 de diciembre de 1990— interfirió la onda de Canal Dos de La Plata con Radio Betún. Mandaba partes meteorológicos: “Tiempo inestable, desmejorando”. Con la derrota carapintada, Gugliarmelli se acercó a Aldo Rico, a quien admira por su valentía y teme por sus dotes de boxeador. Dice que su diferencia central con Rico era el Movimiento por la Dignidad Nacional (Modín). A fines de 1994, participó en la negociación entre Rico y Eduardo Duhalde, que permitió al gobernador conseguir su reelección y al carapintada, crecer en metálico —como gustan llamar al dinero los militares— y en su carrera política. “Se pagaron 12 millones. Aparte hubo una lista de cargos, concesiones, para conformar las necesidades vitales de los dos grupos”, dice. Cinco años después del pacto en el que asegura no haber cobrado un peso, Gugliarmelli se decidió a hablar porque en un video revelado por el programa Día D se mencionó a su hermano y a su cuñado como partícipes de la transacción. Lo que sigue es un resumen de la extensa entrevista, donde habló del Modín, del motín y del botín.»

Repetimos la entrevista, pero para el programa de televisión *Día D*, que conducía Jorge Lanata. Gugliarmelli me llamó enojado un par de días después.

—No me gustó cómo Lanata se burló de mí. Que no me tome el pelo el gordo puto ese. Puto y pelotudo. Decile eso. Que es un gordo puto.

Murió al poco tiempo.

En el verano de 2002, Seineldín me recibió en la prisión de Campo de Mayo donde cumplía condena por el levantamiento militar de diciembre de 1990. Para él, yo era el hijo de Sivak y no el redactor de un semanario.

Leyó con voz grave y sostenida, frente al pollo al horno con remolachas que él mismo había preparado, un texto que luego me entregó:

«Señor, te damos gracias por tu infinita misericordia; te pedimos que nos bendigas y bendigas también a nuestros seres queridos. Especialmente, queremos encomendarte a quien hoy nos acompaña, el Señor Periodista Don Martín SIVAK —responsable nada menos que de propagar la verdad en este difícil mundo—, para que la [sic] protejas junto a su familia y le concedas la gracia de la Paz y la Alegría. Bendice estos alimentos; que no falte el pan en la mesa de los pobres y que no falte hambre y sed de Justicia. Amén. POR DIOS Y LA PATRIA. Mohamed Alí Seineldín. Prisión militar de Campo de Mayo, martes 5 de febrero de 2002, en el día de Santa Ágata; quien entre muchas cosas expresa: “En el sufrimiento ganamos experiencia, crecimiento y maduración”».

Me hice el listo para hacer reír al público de la revista de Lanata.

—Te voy a aconsejar —me dijo Seineldín—: a vos te falta una casa. Vos sos ateo, te sentamos en la mesa, pero te falta una casa. Irte de acá te vas a ir, pero necesitás una casa: la judía, la hindú. Alguna.

Anunció una invasión china a la Argentina. Trajo mapas y correspondencia que no quiso develar.

—Si uno da vuelta el mapamundi vamos a ver que toda esta zona [señaló el sur de la Argentina] está excéntrica [sic] de la isla del mundo. A partir del paralelo 40 están las riquezas que abastecerían al mundo. Están las cinco Argentinas: la marítima, la patagónica, la antártica, la insular y la espacial. Si empieza un conflicto nuclear, se puede ver el valor geopolítico. Se rompen las repúblicas y nacen los bloques de naciones. El bloque tres es China y el sudeste asiático. Estados Unidos quiere el ALCA y como no tenemos nada quieren que se entregue el patrimonio de la deuda a cambio.

—¿Qué elementos concretos tiene?

—Hay un juego diplomático y un juego de guerra que hablan de esta expansión. No te olvides que nuestros indígenas venían de China. Nosotros estudiamos.

—Supongo que China, si le interesase la Argentina, buscaría negocios rentables. No la invadiría.

—Nos pueden invadir en medio de un conflicto. ¡Ya la han invadido con chinos por todos lados!

—...

—Van entrando poco a poco con la comida china.

—¿La comida china?

—Una invasión tarda veinte años. La invasión pacífica utiliza la comida. Invaden culturalmente y luego militarmente.

Terminó hablando de lo que definió como *defectos sexuales*.

—Son los travestis y los homosexuales. Esos son defectos sexuales, porque el órgano de la mujer y el órgano del hombre son para reproducir. No se puede usar un ano, que es para expedir excrementos, para satisfacer... Vamos a hablar con franqueza. Por ejemplo, vos tenés el agujero de la boca para comer, un ano para excrementos y un órgano reproductor —dibujó un falo, un redondel y algo parecido a unos labios—. Yo no puedo hacer que esto sirva para otra cosa. Entonces hay que respetar, se dice que a la naturaleza se la domina respetándola. Ahora, si ese hombre está defectuoso, yo lo debo respetar, pero debo ayudarlo. Son enfermos.

A continuación trazó esquemas para explicar la historia de la humanidad y las tres fases del poder, la puja entre el corazón, que es noble, y el ombligo, que tiene las pulsiones del deseo, las casitas del hombre (hogar, patria y cielo) y los rasgos de los centauros, el órgano reproductor del hombre y el defecto sexual del ano y el trasero siliconado de los travestis. Cada idea quedó plasmada en un pizarrón que llenó de verdes, rojos y verdes.

A las 6 de la tarde, María Teresa, una colaboradora de Seineldín, anunció que daría un discurso para terminar la entrevista. Leyó de pie: «*Los profetas del 2000. Los coroneles conforman una paloma blanca. El cuerpo lo conforma el coronel Seineldín y las dos alas el coronel Luis Baraldini y Oscar Vega (y miles de oficiales y suboficiales). Soy rebelde con causa y efecto*».

A la salida, Seineldín me regaló el libro de su autoría *Malvinas, un*

sentimiento con una dedicatoria:

«Con el recuerdo imborrable de su querido padre, tengo el gusto de dedicar este libro al joven don Martín Sivak, con mis ruegos a Dios y María de la Merced para que lo protejan junto a su familia. Por Dios y la Patria. M. Alí Seineldín. Prisión Militar de Campo de Mayo, 5 de febrero de 2002».

Se supone que los periodistas escribimos sobre temas de interés general —en este caso, un ex líder golpista— pero, en realidad, muchas veces lidiamos con las continuaciones públicas de nuestras conversaciones privadas. Lo percibí en ese segundo encuentro con Seineldín y unos años antes, cuando conversé por primera vez en la cárcel con el ex jefe guerrillero Enrique Gorriarán Merlo. También él aparecía en la historia de papá.

Cofundador del ERP, partícipe de la Revolución Sandinista de 1979, responsable del asesinato de Anastasio Somoza en Asunción del Paraguay, Gorriarán había liderado la fallida toma del cuartel de La Tablada el 23 de enero de 1989, en la que murieron 42 personas (32 de su organización) y donde hubo torturas y desapariciones realizadas por el Ejército.

El 17 de mayo de 1995 Gorriarán dio una entrevista televisiva desde la clandestinidad.

—*¿Por qué La Tablada?* —le preguntó el entrevistador.

—*Lo que quise hacer (no yo, sino todos los compañeros que participamos ahí) fue frenar las presiones militares a las cuales el gobierno [de Alfonsín] estaba cediendo permanentemente. Nosotros sabíamos que los carapintadas preparaban una sublevación. Los propósitos eran: exigir la renuncia de Alfonsín, lograr la libertad de los comandantes [de la última dictadura: Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera y Orlando Ramón Agosti, en ese momento presos en el penal militar de Magdalena], ganar el control del Ejército, y ubicarse ellos como principal factor de poder.*

—*¿Quién les dio la información?*

—*A través de diversas relaciones, por un lado con políticos, tanto radicales como peronistas, y también de actividades que desarrollaba gente ligada al grupo de los carapintadas. Una de las cosas que puedo nombrar es*

la actividad que desarrollaba el empresario Jorge Sivak, quien gestionaba reuniones con políticos, periodistas y economistas, en nombre del proyecto de Seineldín, nosotros teníamos, a través de gente que participaba de esas reuniones, un conocimiento bastante acabado de los propósitos de este. [...] Sivak se suicidó un día después del último levantamiento carapintada.

Mamá y yo mirábamos el programa cuando dijo eso.

Fue tal el impacto de escuchar el nombre de papá y ver su foto en la pantalla que llamamos a algunos amigos para confirmar lo que creíamos haber presenciado.

Horas más tarde *Ámbito Financiero* la consideró la principal revelación de la entrevista:

Gorriarán acusó a Jorge Sivak de financiar a carapintadas.

Una declaración sorprendente si se tiene en cuenta que se acusó a los Sivak como banqueros de la izquierda. ¿Una venganza quizás?

Por vez primera y única, mamá habló de papá en público: en una entrevista para el programa de radio de Pepe Eliashev, evocó valores democráticos, que, en rigor, no eran los que habían marcado su vida ni muchas de sus elecciones.

Un año después visité a Gorriarán en la cárcel de Villa Devoto. Había sido detenido, en un operativo conjunto de los servicios de inteligencia argentinos y la policía mexicana, en un pueblo a 90 kilómetros del Distrito Federal, y trasladado a Buenos Aires después de un cuarto de siglo prófugo o clandestino de la justicia de su país. El primer viernes de agosto de 1996 lo entrevisté para el semanario *Brecha* de Montevideo.

En pleno invierno, la celda se calentaba con una estufa a querosén. Faltaba luz. Gorriarán se había mimetizado con ese ambiente gris, calmo y triste en el que vivía. Le pregunté por qué había metido a papá en el golpe. «Es la información que teníamos», contestó. Le dije que era falso. No le mencioné el encuentro con Seineldín: lo hubiera considerado la prueba de su acusación.

Dijo que en los '70 le había tenido aprecio a mi papá y que él se había portado muy bien con el ERP y los había ayudado con algunas cosas. No le pregunté, estúpidamente, con cuáles.

—*Yo estoy escribiendo mis memorias y te prometo que no voy a hablar de tu viejo en ellas. Lamento el daño que causé por lo que dije.*

—*Enrique, si tiene las pruebas o si está tan seguro de que mi papá*

financiaba el golpe de Seineldín, hágalo.

En enero de 1999, cuando se cumplieron diez años del ataque, volví a entrevistarlo para el semanario de Lanata. Llegó a una sala de Devoto con un chaleco antibalas y acompañado por el jefe de prensa del Servicio Penitenciario Federal, que intervino cuando hablaba con pudor de su vida amorosa: «Acá tiene visitas higiénicas». Gorriarán contaba sus días en la cárcel como un lugar de encuentro o reencuentro con personas. En treinta años había visto a su madre tres veces. Nunca había caminado por la peatonal Florida. Una de las pocas licencias que se tomó fue haber entrado a un cine de Flores a ver *Gatica*, de Leonardo Favio.

La entrevista empezó muy mal: objeté que hubiera existido consenso para el presunto golpe que el grupo había ido a detener y le pregunté:

—*¿Por qué usted quedó afuera del copamiento?*

—*De la parte operativa no voy a hablar.*

—*Pero ahora a la distancia, ¿hubiese preferido entrar o eso es un tema secundario?*

—*¿Pero qué me querés decir?, ¿que yo soy un cobarde, un cagón? No ofendas. Si querés hablar, hablemos seriamente o tiremos esto a la mierda [hizo un gesto hacia el grabador]. Yo estoy hace cuarenta años en la lucha. He estado en la guerra de Nicaragua que ninguno de los seudorrevolucionarios de este país estuvo. Que un pendejo como vos... Se terminó la entrevista: me preguntaste cinco veces —dijo y agarró el grabador.*

—*No fueron cinco veces: fueron dos. Se puede decir muchas cosas de usted, pero no que es un cagón.*

—*Entendeme —se calmó— el tema me sensibiliza.*

Hablamos durante tres horas. Al final me dijo: «*Ya que me pediste una autocrítica voy hacer la mía por el exabrupto del grabador*». Y terminé la nota con una impiedad innecesaria de la que me arrepentí: «*Y vuelve al fondo de la cárcel, a esperar que le permitan irse*».

Gorriarán fue indultado, junto con Seineldín, el último día de la Presidencia Duhalde, en mayo de 2003.

A los pocos meses salieron sus *Memorias*, subtituladas *De los Setenta a La Tablada*, un libro de 600 páginas. No habló de papá explícitamente: matizó las palabras de aquella entrevista televisiva: «*Desde hacía meses participábamos —a través de informes secretos— de reuniones del grupo*

Seineldín, lo cual nos permitía conocer tanto los planes como los lugares donde desarrollaban sus encuentros con determinadas personas del ambiente político, empresarial, periodístico y otros, que compartían el proyecto o a los cuales los seineldinistas pretendían integrar».

Gorriarán murió en 2006 y Seineldín en 2009.

5- Para conseguir su reelección en 1995, el entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires necesitaba los votos del partido del ex jefe carapintada.

ONCE. ROJOS

Me costó mucho encontrar la voz de papá.

No la reconocía en las entrevistas que dio durante el secuestro de su hermano, ni en las palabras de sus amigos durante las primeras conversaciones que tuve para intentar recobrarla.

Encontré algo de ella —al menos del modo en que yo la recordaba— en la transcripción de un encuentro del grupo de estudio sobre Karl Marx que compartía con viejos militantes y que dirigía Raúl Sciarretta, epistemólogo y maestro de generaciones en el estudio de Marx, Jacques Lacan y Louis Althusser.

En el invierno de 1989 papá anunció a sus secretarias del Banco Buenos Aires Building que partía a una reunión y a los quince minutos entraba al estudio de Sciarretta en la calle Cangallo, que aún no se llamaba Perón. Diversas razones lo llevaban hasta esa puerta: quería entender a Marx, buscar explicaciones a la crisis del socialismo real, saber en qué se habían equivocado y acaso empezar de nuevo. También había motivos menos político-teóricos: quería reencontrarse con ex compañeros con quienes podía discutir temas más afines que los redescuentos bancarios. No descarto que, además, quisiera tapar hasta el último vacío de su agenda.

En la reunión transcrita papá fue, después de Sciarretta, el que más habló. Extendió las introducciones a sus preguntas. Y usaba una expresión muy suya que había olvidado: «*Carajito*», en lugar del menos elegante *carajo*. Papá era respetuoso en exceso frente al dueño del saber. Al comenzar la reunión afirmaba su condición de aprendiz: «¿*La conciencia en qué se diferencia del idealismo subjetivo?*».

Papá tenía una comprensión panorámica de la literatura marxiana y marxista, pero no la sofisticación del estudioso. Y se vio forzado varias veces a reconocer sus deudas con la biblioteca: contó que no leyó a Lacan, que paseó poco por Althusser y que no completó los tres tomos de *El capital*.

La primera parte fue casi un diálogo entre Sciarretta y papá.

Casete 1. Lado A

Jorge Sivak: En la famosa cita de la Contribución [a la crítica de la economía política] se dice que los hombres establecen relaciones entre sí independientemente de su conciencia. Es decir, ¿ahí vos no tenés una de las claves como para no caer en el idealismo?

Raúl Sciarretta: Sí, yo creo que sí. Y no caer en el conciencialismo. Nada más engañoso que la conciencia, nada más engañoso, que se juega desde la posición de un yo que dice «yo creo», «yo pienso», «a mí me parece» y hasta dice «y yo me juego», como una lucha.

JS: Perdoname, este párrafo de la Contribución...

RS: Desdice eso.

JS: Claro, desdice eso, pero es una base casi epistemológica como para decir «Bueno, el conocimiento lo voy a hacer a partir de esta base». Lo que ocurre es que, engañosa o no, nosotros armábamos bien la trampa [...] porque existía la conciencia en sí y la conciencia para sí. Que, a su vez, eso nos permitía entender el fenómeno peronista como el fenómeno de reflejo en la conciencia de la clase obrera de lo ascendente en aquel momento que era el nacionalismo burgués. Ahora lo que ocurre es que, a su vez, yo creo que en la medida en que nosotros partíamos de una base de que el materialismo histórico es un descubrimiento de Marx, científico, en el cual él, a través de operar con determinadas leyes, las somete a una experiencia como criterio de verdad, que es la experiencia. Entonces la historia, que parecía como una serie de hechos encadenados, casuales, fatales, predeterminados...

RS: ...o sobredeterminados.

JS: ...o sobredeterminados, ahora estábamos en condiciones de

preverla y de dominarla a través del descubrimiento científico de Marx. Y recordando épocas althusserianas, te acordás lo que decía Althusser, que el mayor escándalo teórico es que esa nueva ciencia había sido aprendida no por la intelectualidad burguesa sino por la clase obrera. Yo te pongo un ejemplo, que es el siguiente.

Releo la transcripción, asombrado: ¡papá daba ejemplos!

JS: Aunque los griegos lo pudieran haber trabajado, digamos que la física científica empieza con Galileo. Entonces vos tenés el sistema de fuerzas y a partir de entender tus postulados físicos, los confrontás a través de un dinamómetro, de algún aparato... te digo lo poco que me acuerdo...

RS: Te da la regla de equilibrio.

JS: Te da la regla de equilibrio. Entonces, a partir de eso, hay determinadas leyes de la física que estás en condiciones de explicarte y pensás en base a eso. Partiendo de la base de que el proceso histórico era un motor que no se entendía, aparece un tipo que explica: «Este motor funciona». Y con esto me remito a algo que yo no leí totalmente, que es El capital, que es en realidad un estudio del modo de producción capitalista. Entonces te dice: «Bueno, acá el carburador arma la mezcla, y aire más nafta más encendido, está el motor en marcha». Ahora sabemos cómo funciona el motor, y de lo que se trata es de [...] hacia dónde manejar o cómo dirigirnos, porque sabemos, acumulando la experiencia, etcétera, etcétera, cómo opera el modo de producción capitalista. Entonces, eso generaba un proceso de comprensión en la conciencia porque, ¿qué pasa? Cuando tenés —yo no lo doy por válido, pero esta era nuestra explicación—, cuando tenías conciencia de clase en sí, vos veías funcionar el motor pero el motor te llevaba. Pero nosotros, los iluminados, que sabíamos bien cómo funcionaba el motor, íbamos hacia donde queríamos. O sea que la conciencia aparecía como un reflejo de lo que nosotros creíamos que era el conocimiento.

Ahí terminaba el lado A.

En el grupo de estudio también participaban Mario Estrin, Carlos Tobal y Mirta Fabris.

Papá llamaba «Lombilla» a Mario, en referencia a Cipriano Lombilla, un comisario acusado de torturador en los tiempos del primer peronismo. Mario, ex miembro del PC, se ganó el apodo por un hecho mucho menor: haber protestado por la pérdida de su paraguas durante toda una marcha lluviosa de

finés de los '60. Su estilo quejoso y reiterativo se debía incluir en la definición de tortura. Mario se reencontró con papá después del secuestro de Osvaldo y solía participar de reuniones en las que se discutía el caso. Todos los domingos nos acompañaba a la cancha: era tan menottista en el fútbol como crítico de Patricio Echegaray en la conducción del comunismo argentino.

A mediados de la década de 1960 Tobal fue cooptado por papá en la Facultad de Derecho. Lo llamaba «Charles» (pronunciaba la e). Compartieron la militancia en el Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria, el Partido Comunista Revolucionario (PCR), las FAL y en la Gremial de Abogados (donde se agrupaban los defensores de presos políticos), y estuvieron detenidos en Devoto. Charles se dedicaría a escribir —publicó una novela con papá como uno de los protagonistas— y a la compra y venta de propiedades.

Mirta Fabris había conocido a papá en Derecho cuando ella viajaba del PC hacia la izquierda del peronismo. Integrante de la Gremial de Abogados, lo defendió cuando estuvo preso en Trelew. Mirta se exilió en Suecia y México, volvió a la Argentina en 1985 y se sumó al gobierno peronista que ganó en 1989. El grupo de estudio se reunía con la música de fondo de la declinación del socialismo real y la llegada a la presidencia de Menem.

Casete 1. Lado B.

JS: Entonces, ¿sabés lo que ocurre? Yo creo que nosotros sabemos cómo funciona el motor de un Ford T. Pero en realidad cómo funcionan las leyes del capitalismo postindustrial o tecnocrático o como se lo quiera llamar, creo que no lo sabemos acabadamente. Entonces la pregunta que te quería hacer es la siguiente. Acá vos tenés dos posiciones. O decís me pongo a estudiar el nuevo motor o el problema es cómo no incurrir en errores anteriores y es que en nuestra conciencia como reflejo de la realidad está la llave del conocimiento y de para dónde ir. ¿Me entendés lo que te pregunto?

A papá le interesaba la teoría. Pero parecía esforzado en transformar un curso de filosofía política en una convocatoria, por momentos torpe, de pasar a la práctica. Y su práctica, en ese entonces, estaba en la presidencia de Buenos Aires Building.

JS: Te quiero hacer una pregunta —le dijo a Sciarretta— porque para mí lo difícil es discriminar cuándo vos estás obrando por actos y cuándo estás obrando por conciencia...

RS: Seguro que es difícil.

JS: Lo que yo me pregunto es lo siguiente: por un lado, si en esta pista me muevo por el acto, entonces, ¿qué es lo que privilegio? Desde el punto de vista de una transformación social, las relaciones de producción. Y además, ¿cómo eso va a influir en el hombre concreto que ahí aparece? Porque me acuerdo de que hace muchos años te dedicó Rozitchner un ataque que decía «la izquierda sin sujeto», porque el sujeto no aparecía por ningún lado. Es decir, lo que te pregunto, ¿esa es la pista? Y en segundo lugar...

En esas palabras encontré, completa e inconfundible, la voz de papá. Y a papá. Su forma de provocar. Introducía las diferencias de Sciarretta con el filósofo y también maestro de generaciones de marxistas León Rozitchner, aquel cuyo libro *Ser judío* recomendó al coronel Seineldín. Papá había estudiado con Rozitchner en la década de 1960 y conocía sus diferencias con Sciarretta. Le gustaba explotarlas, más para divertirse que para entenderlas. Y Sciarretta entró en el juego y demolió a Rozitchner con lo que creía más eficaz: acusarlo de hegeliano.

RS: Pero Rozitchner no decía el sujeto del inconsciente. Todavía creo que el marxismo de Rozitchner es hegeliano, o sea, es una especie de extraña confluencia con el absolutismo burgués. A pesar de que él es militante y...

JS: Te digo como anécdota, yo hacía un curso con León, que es bastante paranoico, y cada vez que había una discusión, yo decía «Tiene razón Sciarretta», pero se lo decía para joderlo, «vos sos hegeliano...». Pero lo que yo te decía es, en lo concreto, si yo digo «Bueno, yo me he basado en la conciencia y en base a eso hago un manifiesto», porque en definitiva toda esta forma del conocimiento, en definitiva termina con mediatizaciones, que es la política, en la cual yo digo «Bueno, luchemos por construir un frente democrático antiimperialista y antioligárquico», uniendo a la clase obrera, a las capas medias y a los sectores de la burguesía nacional. Entonces nosotros operamos en base a esa... no conciencia, sino una voluntad que va para adelante.

RS: Pero es voluntad consciente.

JS: Voluntad consciente...Vamos a un hecho concreto que, salvo ustedes tres, hay cuatro que lo conocemos bien. Nos quemaron el Quetzal, el Centro de Estudiantes de Derecho, que era nuestro reducto. Los fascistas cada seis meses venían y lo quemaban, ¿no es cierto? Entonces el volante decía: «Una vez más se ha consumado un acto bárbaro contra el movimiento estudiantil y

popular. Las bandas fascistas quemaron nuestro centro». ¿Era más o menos así el volante?

Charles Tobal: ¿Quién lo escribía? ¿Vos? ¿O el Colorado?

JS: Y... a veces uno, a veces otro. Eran siempre del mismo tenor. En realidad cometíamos el error de que no hubiera un modelo hecho para después llenarlo.

Mirta Fabris: Hoy tendríamos una computadora.

JS: Ahora decime cómo lo decís, porque nosotros operábamos sobre una realidad. Era una facultad de burgueses redomados, ¿no es cierto?, con un sector más agresivo, que eran los fachos, y después, ¿cuántos locos éramos del otro lado? Éramos veinte, treinta. ¿Es así? Entonces ¿de qué carajito de deseo podías hablar ahí? Porque interpretando —escuchame, yo te digo una cosa—, mi mejor momento —yo estuve ahí— fue una vez que agarramos con treinta compañeros treinta palos... Y entonces había una cosa que ocurría siempre: vos hablabas en la biblioteca y te decían «Bolches, a Moscú», etc. ¿Sabés cómo interpretamos el deseo? Agarramos un palo y al primer tipo que jodiera le dábamos un palazo.

RS: Ahí está el deseo.

JS: Era el deseo nuestro, no el de ellos.

Papá entró a Derecho como miembro de la FJC, la Fede. No le interesaban el Derecho ni su utilidad social tan mentada por su padre, que lo impulsó a elegir esa carrera. Le gustaban, en cambio, la política, la militancia y la formación que podía tener en la Fede. En mi recuerdo, cada vez que hablaba de Derecho evocaba el Centro de Estudiantes, las peleas con la derecha, las marchas, las detenciones y los profesores aliados o los *contreras*. Rara vez aparecía un comentario sobre un profesor, una materia o un libro.

Papá ganó la elección del Centro de Estudiantes en 1963 como candidato del Movimiento Universitario Reformista (MUR): sacó 2.025 votos contra 1.719 de los del Movimiento Universitario del Centro (MUC). En el MUR confluían la Fede, el Partido Socialista de Vanguardia (PSV), Palabra Obrera, Movimiento Social Progresista (MSP), el Movimiento de Liberación

Nacional (MLN), la Lista Estudiantil Reformista (LER), el Movimiento Pro Congreso Extraordinario del PC, y sectores de izquierda independiente. A los miembros del MUC, integrado por derechistas, conservadores y liberales que pedían que el Centro dejara la política y se abocara a prestar servicios, los llamaban «los fachos». Papá asumió la presidencia del centro con veintiún años: fue el primer y único cargo electivo que tuvo en su vida.

Como la gran mayoría de los miembros de la Fede, se volvió crítico del PC: le cuestionaba la falta de apertura y la posición crítica frente a Cuba. Algunos dirigentes empinados, como Fernando Nadra, la veían como una forma de aventurerismo que había salido bien. Papá y sus compañeros querían que la Revolución se expandiera por América Latina. Y que la primera ocurriera en la Argentina.

Había visitado la isla en 1961 en un viaje iniciático con su hermano Osvaldo. Gracias a un contacto familiar, se reunió con el *Che* Guevara. Cuando se presentó como estudiante, Guevara le tomó el pelo: «Ustedes... los universitarios».

La fallida experiencia del foco en el oriente boliviano, paradójicamente, lo guevarizó más, al igual que a la mayoría de la Fede. En enero de 1968 se constituyó el Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria de la Argentina, que un año después se transformaría, formalmente, en el PCR. Algunos estiman que 2.000 y otros que 4.000 miembros de la Fede pasaron al PCR. Papá fue uno de ellos. También, Jorge Teste, el *Colorado*, quien se convertiría en su amigo del alma, su tercer hermano. Provenía de una familia de marinos y había estudiado en el Liceo Naval, pero se había negado a jurar como abanderado: «Esta bandera está manchada con la sangre de los obreros y de los estudiantes».

Era estalinista, especialista en teoría de la guerra y obsesivo estudioso del Ejército Rojo antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. No estaba tan seguro de la fractura con el PC. Mantenía un respeto mayúsculo por los intelectuales del partido, en especial por Héctor Agosti, a quien llamaba «Capitán Pelaya»: los embarcó a todos en el PCR, pero se quedó en la playa.

El grupo del Colorado y papá de Derecho cayó preso en el invierno de 1969. Participaban de un acto en un salón, a escasos metros de la esquina de Pueyrredón y Santa Fe, en el elegante barrio de Recoleta; el Colorado se disponía a disertar sobre *El Estado y la Revolución* de Lenin. Después del

«Buenas noches, compañeros, gracias por venir», la Policía Federal los detuvo. Los que tenían antecedentes permanecieron en Villa Devoto durante meses.

Los compañeros de Derecho dormían en un pabellón amplio, regado de cuchetas angostas. Comían los guisos que cocinaban y las tortas que llevaba la familia de un paisano de la Juventud Peronista (JP). Cada grupo tenía su propia ranchada, como se llama a la reunión de los presos a la hora de comer; la de ellos era considerada la más intelectual. Discutían teoría marxista con la voz descollante del Colorado, quien también cantaba y tocaba la guitarra. Una imagen de papá prevalece entre las que aún viven: se acomodaba el pantalón del jogging, que le quedaba grande. El intento, no siempre exitoso, de pasar del desarreglo a la elegancia.

En el rancho había dos presos que no eran *del palo*. Eduardo, a quien papá llamaba «Don Eduardo», y «el Gringo». Eduardo Saguier, quien había demostrado su valentía física en varios enfrentamientos con la policía —e incluso entre sus correligionarios—, era historiador, militante de la Juventud Radical y parte de la familia propietaria del diario *La Nación*. El Gringo, miembro de los Tupamaros, era un peludo del campo uruguayo, de Paysandú, más próximo al bandolerismo social de Pancho Villa que a los jóvenes comunistas de clase media o clase acomodada con quienes convivía en el penal. Pobre y sin instrucción, disparó y le dispararon. Se había mantenido distante del grupo hasta que lo vieron llorar cuando escuchaba en la radio que los Tupamaros habían tenido varias bajas durante la toma de la ciudad de Pando: se acercaron a él, y se dejó acompañar. Pero en general su conducta le valió que papá lo apodara «el Salvaje». Encaró a un presunto delator del pabellón contiguo: «La próxima vez te parto el espinazo». Cuando Charles intentó una trampa en el truco —dijo *quierno*, en lugar de *quiero*— el Gringo le avisó que en su tierra esas avivadas se resolvían a cuchillazos.

En Villa Devoto prevalecían los peronistas. Se destacaba José Pedraza, cuando era un humilde e insobornable dirigente ferroviario (en 2013 fue condenado a quince años de cárcel como instigador del crimen del militante del Partido Obrero Mariano Ferreyra): tenía las obras completas del nacionalista José María Rosa y no las prestaba a los extraños.

Papá ideó un plan para confundir a los peronistas: mandarles cartas apócrifas y contradictorias del general Perón. A los vandoristas, más conciliadores con el Onganiato, los instaba a empezar una huelga general por

tiempo indeterminado para exigir su retorno. A los más combativos, les repitió una frase conciliatoria de 1966: «Desensillar hasta que aclare». Apenas podían contener la risa cuando veían a los peronistas perplejos por los mensajes cruzados del falso general.

El chiste se extinguió con la llegada del dirigente conservador y nacionalista Marcelo Sánchez Sorondo. El grupo lo miraba con recelo y le cantaba canciones de la República Española —«Gallo rojo», «No pasarán»— para ahuyentarlo. Le preguntaron a Saguier por qué saludaba a quien consideraban un fascista: «Es mi tío», les contó. Sánchez Sorondo pidió cambio de pabellón: «No aguanto las canciones que no son de mi tierra». En sus memorias, publicadas en 2001, recordaría al grupo de marxistas que lo hostigaban violando los códigos carcelarios: *«Decididamente no me podían soportar [...] Se reunían entre ellos con cierta autosuficiencia un tanto patotera. Eran gente con hábitos de niños bien adinerados: recibían abundantes y costosas provisiones para remediar la parvedad de las meriendas penitenciarias; se soleaban plácidamente en el patio»*.

Papá me hablaba con un entusiasmo desmedido sobre su primera estadía en la cárcel. Evocaba historias de partidos de fútbol entre internacionalistas y nacionalistas (el eufemismo de comunistas contra peronistas), partidas de ajedrez, aprendizaje de la comunicación por señas y ruidos, entrenamiento físico con especial énfasis en la flexión de brazos, grupos de discusión, surgimiento de personajes luego folclorizados como el Gringo.

No fue el único que idealizó la prisión. El 6 de noviembre de 1969 Mónica, la esposa del Colorado, le mandó una carta a Devoto para darle ánimo:

«Querido Jorge: [...] Realmente la vida en libertad es una mierda. No hay como estar en cana, sin ningún problema y sin ninguna responsabilidad. [...] Yo como de costumbre me quejo. Cuando estaba adentro porque no podía irme y cuando estoy afuera porque no estoy adentro. [...] Cuando salí estaba como un idiota sin saber qué hacer. Me mareaba la gente, el ruido, todo. Pero después te acostumbrás y empezás la rutina de siempre. Tribunales, lo de Julio, ejecuciones, prendas, en fin toda la podredumbre de siempre. ¡Ay, qué vida tan aburrida! Pensá que uno adentro se sentía superado, y de repente, de la noche a la mañana pasás a ser uno más del montón».

Mónica y el Colorado desaparecieron en la primavera de 1976.

En 1988, en un *apart hotel* de las Bahamas, papá dijo que nos prepararía su especialidad en la cárcel. Fue la única vez en su vida que lo vi trabajar en una cocina. El resultado consistió en un modesto omelet de arvejas acompañado por café instantáneo. Así consiguió unir el rancho de Devoto con las palmeras de Nassau, último destino de una delirante vacación familiar: Nueva York, esquí en Andorra, París, Amsterdam, Orlando (Disney World y Epcot Center) y las playas de Bahamas.

A fines de 1969, después de salir en libertad, papá se dedicó al estudio de abogados que fundó con el Colorado. La Ciencia Jurídica, abreviado entre ellos como La Ciencia, se integraba a la red de la Gremial de Abogados. Muchos de sus visitantes habían estado detenidos.

En algún momento difícil de determinar —acaso 1969, 1970— papá se sumó a las FAL, grupo secundario en la vasta literatura sobre las organizaciones armadas. Había empezado a operar en los '60 con una estrategia sin tiempo, concentrado en la acumulación financiera y de armas, y en la realización de acciones de propaganda. Entre ellas se destacan dos: el robo de armas del Instituto Geográfico Militar, en 1962, y una incursión a Campo de Mayo para apropiarse de armas del Regimiento 1, en 1969. El primer hecho que reivindicaron con su nombre fue el secuestro del cónsul paraguayo Joaquín Waldemar Sánchez, a quien quisieron canjear por dos guerrilleros presos. No consiguieron el objetivo porque uno de ellos había sido desaparecido (el primero de la lucha armada). Esa acción supuestamente inspiró a Graham Greene a escribir *El cónsul honorario*. La novela (publicada en 1973 después de dos visitas del autor a la Argentina y dedicada a la fundadora del sello Sur, Victoria Ocampo) se distanció de los hechos libremente. Cuenta la historia de unos guerrilleros paraguayos que quisieron secuestrar al embajador de los Estados Unidos pero cometieron un error y capturaron al cónsul británico de Corrientes, un alcohólico que no entraba en la consideración del servicio exterior del reino.

En algunas acciones menores en las que participó, papá usó uno de los autos de su padre; para ocultar la propiedad tapó con barro los números de la patente. El objetivo de aquel hecho, en el que también participó Tobal, era detonar un lanzacohetes en un cuartel donde Juan Carlos Onganía pasaría revista a las tropas: expelería al aire impresos que al caer envolverían a los militares como una lluvia. En un aniversario de la muerte de Guevara, el panfleto reivindicaba su vida y convocaba al ejército argentino a no reprimir

al pueblo. Después de colocar el lanzacohetes, fueron a una estación de trenes desde donde podrían ver la detonación. Pero cuando el tercer miembro del grupo se bajó del auto y fue detenido, papá ignoró el silbato de los policías y salió haciendo chillar las llantas. Nunca supieron si el objetivo se cumplió.

En su edición del 17 de octubre de 1972 el diario *Crónica* consignó la segunda detención de papá: «Investigan vinculación de dos abogados con episodios de corte extremista». En el artículo se les adjudicaba a las FAL —y a los defendidos por papá y el Colorado— un plan para asesinar al director de Institutos Militares del Ejército Argentino, general Rudecindo Pascual Nadal.

No era cierto.

El Colorado había visitado a un defendido, Luis María «Tato» Aguirre, uno de los jefes de las FAL que, como ellos, había militado en la universidad, en la Fede y en el PCR. Aguirre le dio un papelito dentro de un cigarrillo: explicaba por qué había que fusilar a un miembro de la organización que los había delatado y permanecía en custodia. El guardiacárcel se dio cuenta:

—Doctor Teste, usted no fuma.

Lo interrogaron durante siete horas; argumentó que no sabía qué le daba Aguirre, que creía que era para la esposa y lo había aceptado por razones humanitarias. Llamativamente, lo liberaron. Mirta Fabris, la abogada del Colorado y papá, sugirió que renunciaran a la defensa por abuso de confianza, pero se negaron. Mirta infirió lo que comprobaría más tarde: que también ellos pertenecían a las FAL. A partir del hallazgo del papelito, la Policía Federal encontró al delator y detuvo a los miembros del grupo que lo tenían bajo custodia.

A los pocos días la Cámara Federal allanó el estudio La Ciencia y citó a declarar a papá. Lo puso a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, a cargo del general Lanusse, y volvió a la cárcel. Acababa de cumplir treinta años.

Pasó los primeros meses en Devoto y después fue trasladado al penal de Rawson, en Chubut. El clima era tenso: no habían pasado cinco meses desde los fusilamientos de Trelew y los presos políticos —considerados de máxima seguridad— habían comenzado una huelga de hambre. Vestían un uniforme azul, una especie de overol. Vivían aislados de modo que casi no podían interactuar; también el contacto con el exterior era limitado. Cada vez que Mirta lo visitaba había dos rejas y un guardiacárcel de por medio. No podía recibir a familiares. Adelgazó unos quince kilos.

Mirta viajó a Rawson primero sola y después con mamá y Victoria, la

mamá de papá: primera generación de universitarias y comunista hormonal. Sentía una mezcla de miedo y de orgullo: su hijo hacía cosas importantes con miras a un cambio social. En el viaje que compartió con mi madre impugnó a Samuel, su marido:

—Norita —así la llamaba a mamá—, vos no ves a tu esposo por temas importantes, yo no lo veo porque se va a jugar al dominó.

Se instalaron en un hotel de Rawson. Como no lo podían ver, le escribían cartas que Mirta le entregaba durante las visitas. Victoria le escribió a mano una carta con instrucciones sobre cómo usar un remedio y le prometía un equipo de ropa de fútbol. «Si no sales especialista en Derecho Penal, ¡quién sabe! [...] Un beso grandote. Hasta pronto, Mami».

La campaña electoral para las presidenciales de marzo de 1973 empezó a distender la situación del penal. Papá, que nunca fue enjuiciado, salió antes del indulto que otorgó Héctor J. Cámpora a todos los presos políticos el mismo día de su asunción, el 25 de mayo. Papá me contó que esa vez había votado al candidato peronista.

Al salir de la cárcel eligió una vida distinta. Dejó el Derecho y empezó a trabajar en la empresa familiar; le brindaba mayor protección y mayores ingresos que La Ciencia Jurídica. Mientras las FAL se disolvían y varios de sus miembros optaban por las organizaciones armadas que actuaron durante los tres años del gobierno de Cámpora, Perón e Isabel Perón, él prefirió no participar ya de más orgas. No obstante, desde 1973 hasta su muerte nunca dejó de hacer política, o de creer que la hacía.

Su continuación del estudio de Marx en 1989 —allí donde quedó registrada su voz— constituyó una vuelta a los principios.

Final del lado B:

JS: Lo sentía un poco por el rechazo que me producía una foto del Che, que circuló como una estampita por todo el mundo y que no era el Che. Es una foto que le tomaron en los días que hundieron un barco y que estaba muy caliente el Che. Pero yo intuía que había una nueva ética en el Che. Entonces lo confronto con nuestra moral o moralina. El otro día me lo decía un compañero, que cuando éramos menos viejos, por no decir que éramos jóvenes, estaba prohibido tener dos novias porque había que tener la relación con la compañera, etc. Y esa era nuestra moralina. Y entonces si vos decías hoy «Voy a comer a un restaurante que me gusta», estoy incurriendo en un acto burgués. Esto lo sentíamos como pequeños burgueses o burgueses

y etc., etc., y esta era nuestra moralina, que hizo estragos...

Luego de su muerte, tres de sus compañeros del grupo escribieron sobre papá.

Mario publicó un libro sobre el derrumbe de la Unión Soviética, en el cual defendía el ideario de Marx y Engels y responsabilizaba al Partido Comunista. Se lo dedicó, junto a su familia:

A la memoria de Jorge Sivak.

A mi mujer y mis dos hijos.

Mario escribió un obituario de papá. *«Temía, no sin ningún motivo, que la posible quiebra de su banco se convirtiera en un escarnio para él y sobre todo para su familia y amigos. Y tomó la decisión final no contra nadie en particular, sino debido a una sociedad, que como un monstruo mitológico, se solaza en tragarse a sus hijos más talentosos y más valiosos. “Obstáculo eterno los mediocres, aparecen siempre en el camino”. De sortearlos permanentemente se encargó Jorge Sivak y esa es su herencia de vida...».*

Me lo entregó, tambaleante, dos semanas después del suicidio. Y lloró desconsoladamente en mi hombro. Me dijo que yo debería hacerme cargo de la familia y seguir el legado de papá. A los pocos días me llamó: «Algunos amigos de tu viejo me dijeron que soy un pelotudo por eso que te dije. Pero es lo que pienso». Murió pocos años después.

Tobal publicó una novela, *Morir en París*, en la que papá es el personaje del gordo, y otros dos textos sobre papá: «Borges, Sivak y el sueño del rostro manchado» y «El sobreviviente». Se lee en uno de ellos:

«Practicaba una lógica que yo entendía. Como si al mirarlo a los ojos, celestes, inyectados con una línea roja por lo bajo, con esa manera que usaba de observarte desde abajo, yo supiera lo que mascullaba en silencio. Aunque no fuera, siempre empezaba a hablar por el medio de un pensamiento, descontando un sobreentendido. Y era cierto. Existía una relación entre el peso que sentía sobre los hombros y la forma de apoyar los codos en la mesa. Las manos quedaban algo colgadas, pero no se despegaban por mucho tiempo del apoyo. Cuando se rascaba la cabeza, iba a empezar a hablar. Entonces los dedos largos de uñas sucias gesticulaban anclados: los mismos movimientos para argumentar que para tocar el piano. Creo que eso influía en la sensación de firmeza o erudición de sus fundamentos. Nosotros, los compañeros, pensábamos que él siempre sabía».

En *Morir en París* Charles citó una carta de su ex mujer, Ana Riguetti, a

quien papá había conchabado en el Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria y el PCR. Ana se exilió en París y cada vez que pasaba por Buenos Aires nos visitaba. Papá me pedía que contara la cantidad de malas palabras que ella decía por hora: llegué a diecisiete en una comida.

Ana escribió:

«El exilio produce una fractura y uno no siempre sabe unir los pedazos... en pleno equilibrio inestable mi amigo se tira por la ventana... No sé cómo lo habrás vivido. Yo pasaba de la angustia a la tristeza, al odio, a la ternura, al rencor. No viví su final. Pero sí intuía un malestar profundo, personajes incomprensibles o inexplicables, exteriorización de un poder que nunca se sabía si era real o ficticio, ¡y cómo le gustaba alimentar la ambigüedad! Pero venía de él, entonces todo se justificaba. En una parte de mi cabeza sigue siendo el fuerte, el que destruía la tensión más aguda con un “¿A qué hora tomamos el poder?”. Por eso me invade la bronca, y me irrito con un muerto con tanta fuerza como buscando despertarlo. “No, Gordo hijo de puta, no me hagas esto. Decime que no es verdad.”»

DOCE. Y OTROS ROJOS (LOS DE AVELLANEDA)

Llegamos a Independiente por un malentendido: la asociación entre los colores de la camiseta del club y los republicanos de la Guerra Civil española.

Un tío comunista de papá leyó en un diario vespertino un titular estremecedor:

«Ganaron los rojos.»

Pudo haber sido en 1936, 1937 o 1938. Pensó en la derrota de los falangistas: gritó algo que ya nadie recuerda.

¿Habría dicho «¡Vamos!»?

¿Habría alzado su puño?

No importa.

Cuando ese tío reparó en que se trataba de un tema de deportes, la victoria del Club Atlético Independiente, no se enojó: se convirtió en hincha de esos rojos, los de Avellaneda. Extendió al fútbol el amor por los rojos. La pelota como continuación de la política.

Ese tío cuyo nombre desconozco inauguró un linaje en la familia.

Papá se hizo de Independiente para seguirlo, para congraciarse con él, para confirmar su propia condición de comunista. O porque el tío consiguió

convencerlo.

En mi caso, fue una indicación: Independiente sería mi club.

Un peluche con la fisonomía de Bochini se convirtió en mi juguete de infancia. En 1988, con trece años recién cumplidos, papá me regaló la remera de mi ídolo deportivo autografiada: el modelo oficial de la marca Topper con la publicidad de Mita (eficaces fotocopiadoras japonesas) estampada en la parte de adelante. Así premiaba mi graduación de la primaria, una proeza limitada para tamaña recompensa. Fue el regalo más importante que me dio y —creo— el único que conservo. Heredé sus libros, algunos vinilos y compactos, sacos que ya no uso y objetos como relojes o pipas que ni siquiera toco. Pero el único regalo de papá, genuinamente de papá, es esa remera. La usé muy pocas veces de adulto: la recuerdo bajo el suéter la tarde espantosa en la que Independiente descendió al Nacional B.

Papá me llevó a ver a Independiente por primera vez en un partido contra Huracán de visitante. Pudo haber sido en abril de 1981 con gol de Claudio García, o en julio de 1982 con gol de Rubén Carrá. Tengo imágenes borrosas y las estadísticas *on line* del fútbol argentino.

Cuando volvimos a vivir a Buenos Aires, en 1983, papá y el tío Osvaldo cumplieron su promesa de ir con todos los primos a la cancha de Independiente.

Como muchos hinchas, papá la llamaba la Doble Visera. En las hagiografías del club se destacan algunas vanidades: una de ellas es haber construido en 1928 el primer estadio de hormigón armado de la Argentina y uno de los primeros del mundo. Si papá unía política y fútbol gracias al color de la camiseta, podía unir también fútbol y desarrollo inmobiliario.

Con mis primas y nuestros padres vimos un Independiente-Racing de Córdoba del campeonato nacional, un cuarto de final que se jugó en abril de 1983. Por razones imprecisas hubo corridas y la policía lanzó gases lacrimógenos. Nos refugiamos en una zona de la popular visitante. Ahí el tío nos contó un secreto de familia: durante muchos años papá fue hincha de River Plate. Las lagunas de la historia oral y la falta de referencias actuales me privaron de otros detalles.

El partido contra Racing de Córdoba terminó 1 a 1. Independiente ganó en la definición por penales.

Veintiséis meses más tarde papá pagó el secuestro de su hermano a pocos metros de la cancha de Independiente. Un domingo de agosto de 1985

en el que Independiente perdió con Argentinos Juniors.

Sólo volvimos al estadio en julio de 1986. La memoria infantil parece menos frágil cuando se trata de fútbol. Recuerdo la previa: un almuerzo en el restaurante Caruso o El Gran Caruso, con Samuel, y una partida muy demorada al estadio. Papá era increíblemente impuntual. Esa tarde llegamos a los 30 minutos del primer tiempo. Nos sentamos en la platea baja del lado de la Doble Visera de cemento. Independiente le ganó 2 a 1 a Platense.

Así encontramos un punto de fuga. Un lugar en el que papá y yo, ambos en jogging, pasábamos cuatro o cinco horas juntos y solos: sin guardaespaldas. Los 105 del partido y el entretiempo, más el tiempo de descuento, más los traslados. Ocurrió pocas veces porque empezó a sumar a otra gente en esas salidas.

Una noche de agosto de 1986, por la gestión de un coronel que era su amigo, fui sin papá, aunque con dos custodios, a ver a Independiente ganarle 5 a 1 a Gimnasia y Esgrima de La Plata. Era el palco 14. En realidad, pequeñas cabinas de prensa para ocho personas. Su dueño se llamaba Miguel Arcángel D'Amato y era comisario de profesión. Cuando el partido terminó nos llevó a un segundo espectáculo: el vestuario.

Vi a mis ídolos desnudos, apenas calzados con sus Adidas Adilettes. Bochini, Claudio Marangoni, Néstor Clausen. Caminaban con las rengueras leves posteriores al trajín de una noche de barro, con las toallas al hombro y los sachets de shampoo y acondicionador. Antes de que entraran en las duchas los escuché comentar el partido que habían protagonizado y que yo había visto; los guardaespaldas me señalaron que los directivos repartían cheques porque el equipo había ganado los dos puntos.

—¡Qué patada me dieron! —le dijo el arquero Luis Islas a un amigo.

—Sí, un patadón —ratifiqué yo en voz alta, para comprobar que había ingresado a la familia de Independiente.

Esa noche me costó dormir.

Un domingo papá invitó al embajador soviético, su número dos y sus esposas para que vieran en la Doble Visera el enfrentamiento clásico de rivales: Independiente *versus* Racing. El comisario D'Amato, quien había dejado abierta una invitación para que fuéramos a su palco cuando lo deseáramos, acaso hubiera preferido que le pidiéramos permiso para usarlo, pero llegamos sin avisar y lo copamos. Un gesto muy de papá.

¿Sobre qué podrán hablar un comisario de la Policía Federal con dos

funcionarios comunistas y el dueño de un banco? Del frío en Moscú, del asado y de los cantitos de las hinchadas. «¿Tienen equipo para el Mundial de Italia?», preguntó D'Amato. «¿Cómo comen la carne allá?».

En el entretiem po intenté con éxito relativo explicar unos versos de la hinchada local:

*«Aunque nos lleven la contra
todos los cuadros demás
será siempre Independiente
el orgullo nacional.»*

Fue un 2 a 2 con uno de los mejores goles de Bochini: de emboquillada desde la medialuna del área.

Casi todos los domingos desde 1986 a 1990 acompañamos a Independiente. Íbamos a la cancha con papá y José Luis Greco, uno de los gerentes del banco; con ellos también viajamos a La Plata, Rosario, Córdoba y Montevideo, entre otros destinos.

En uno de esos viajes papá se sintió mal. Creyó que se moría. Fue el 29 de abril de 1989, establecí gracias a historiadeindependienteblogspot.com.

Bernardo Grinspun y sus hijos habían conseguido una avioneta para que fuéramos a la ciudad de Córdoba. El viaje debía durar un poco más de una hora; por el viento en contra se extendió a dos horas de movimientos inquietantes. Desde que se acabaron el agua y la limonada papá me pidió que le diera las gotitas del café que caían de la máquina: necesitaba algún líquido. Se puso pálido y parecía que no podía hablar. Cuando aterrizamos recuperó los colores.

Llegamos en el entretiem po. Era un partido cerrado y demasiado parejo a pesar de la diferencia en la tabla: Independiente punteaba el campeonato y jugaba contra Instituto, que ocupaba el último lugar de la tabla. Marcelo Reggiardo, una revelación goleadora de ese año, metió un cabezazo a los 40 minutos del segundo tiempo.

A la salida, con papá ya recuperado, tuvimos otro incidente: un hincha de Instituto increpó a Bernardo.

—A ustedes ya se les acaba el curro.

Faltaban dos semanas para la elección presidencial que ganaría Menem: la inflación de ese mes había superado el 30 por ciento y llegaría casi al 200 por ciento en julio.

—Animate a decirme eso de nuevo —le dijo Bernardo, poco proclive a

asimilar el descontento social. Se sacó los anteojos y lo invitó a pelear a pesar de que el provocador le sacaba dos cabezas y tenía unos veinticinco años menos. El honor y la calentura de un radical.

Los Grinspun volvieron en la avioneta. Papá y yo, en el vuelo de Aerolíneas Argentinas con los jugadores de nuestro club.

En la Doble Visera sacamos nuestro propio palco: el 13, pegado al que usaba el periodista Víctor Hugo Morales cuando relataba y al del comisario amigo. Por ese espacio reducido, nuestras dos baldosas, pasó la misma fauna que iba a nuestra casa: el cantor de izquierda Daniel Viglietti y generales del Ejército (mi memoria los une, pero papá nunca los hubiese puesto en el mismo lugar); el músico brasileño Chico Buarque, una miríada de dirigentes políticos, varios diplomáticos, policías y los compañeros de escuela de Gabito y míos.

También aparecían personajes del fútbol, relativamente marginales. Un cronista uruguayo, por ejemplo, hacía en vivo un relato bastante chapucero: le costaba acertar con los nombres de los jugadores.

Durante un semestre nos acompañó Alberto «Toscano» Rendo, vieja gloria de Huracán y de San Lorenzo. En el equipo de la Selección Argentina había hecho un gol contra Perú comparable al de Diego Maradona contra los ingleses en 1986. Fue durante una tarde fatídica: la que Argentina quedó afuera del Mundial de México 1970. Rendo nos trajo el VHS de su gol y lo vimos hasta aprendernos la coreografía de memoria.

Siempre llegaba con una caja de alfajores Guaymallén, una segunda marca. Pero en este caso parecían recién horneados, como si se tratara de unos Guaymallén *Premium*. Pergeñaba un negocio misterioso con papá; en un momento pensé que exportarían los Guaymallén al bloque socialista. Una golosina argentina en los comedores infantiles moscovitas: hubiese sido un hito para la familia.

El Toscano nos mostraba el laboratorio del fútbol. Nos repetía muchas de sus anécdotas; ensalzaba la práctica: «Cuando estoy bien entrenado no me duelen ni los pelotazos en los testículos». Era amigo del «Bambino» Veira, aquel director técnico que pasó detenido varios años por la violación de un menor. «Al Bambino le hicieron una cama», lo defendió. Debí explicarme qué quería decir «hacer una cama». De todo se aprendía con el Toscano.

Papá afrontó en el fútbol el mayor desafío a su autoridad. En 1985 Gabito, influido por un amigo de seis años y por el juego de Enzo

Francescoli, se volvió hincha de River para siempre. Con paciencia, papá insistía en llevarlo a la cancha de Independiente. Pero mi hermano no volvió al club de la familia.

Al cabo de un año Papá debió rendirse ante esa rebelión. Nos llevó al último entrenamiento de River antes de que el equipo viajara a Tokio en 1986 para jugar la final de la Copa Intercontinental. Aceptó la invitación de Rendo, nos pasó a buscar por el colegio y nos dio la sorpresa. Esa tarde, Norberto «Beto» Alonso le regaló a Gabito su remera azul de entrenamiento; mi hermano la atesoró como la memoria viva de aquel River ilustre. Mucho más simpático que Alonso nos resultó el delantero Juan Gilberto Funes, «el Búfalo»: cuando pateaba al arco emitía un sonido similar a un gemido.

Papá aprovechaba hasta la menor oportunidad de hablar con las celebridades del fútbol nacional. Las encaraba sin timidez. En el entretiempo de la final de la Supercopa 1988 entre Boca e Independiente se acercó al director técnico de la Selección. Carlos Salvador Bilardo comía una hamburguesa y tomaba una Coca-Cola cuando papá le preguntó qué opinaba del partido. Quería saber qué observaba Bilardo cuando miraba como espectador. «Está rápido el *field*, eso es lindo para jugar», le contestó. Papá usaría esa frase para argumentar sobre la pobreza de estilo y las limitaciones del entrenador campeón del mundo 1986 y subcampeón 1990.

Compartíamos la lectura casi religiosa de *El Gráfico*. Era nuestro *Das Kapital*.

La revista reunió a los hinchas supuestamente conocidos de Independiente para una foto a doble página en la que se los veía en el acto de cantar y tirar papелitos al aire. Celebraban el campeonato de 1989. El único famoso que recuerdo es César «Banana» Pueyrredón, cantautor del aventajado corredor norte. Entre los apenas conocidos estaba papá, expuesto en la prensa por la muerte de su hermano. Se lo ve bastante contento, con una expresión que mezcla el hecho trágico que lo llevó hasta la producción fotográfica y el festejo futbolístico del club querido.

El de 1989 fue el último gran Independiente que vio papá y, tristemente, el último gran Independiente de los años que siguieron: como si su muerte hubiese secado, también, la historia del Rey de Copas.

Fue la campaña a la que más nos dedicamos. Encuaderné todos los *Gráficos* de los últimos ocho partidos. Podría recitar los títulos de tapa de esa saga triunfante.

Como parte de mi formación futbolística también pasaba mucho tiempo releyendo *Gráficos* viejos.

Soñaba que jugaría en primera división y no faltaría el periodista que me hiciera la pregunta en las entrevistas de cuestionario fijo que solían infligir a las jóvenes promesas:

—¿Una persona (que admires)?

—Mi papá.

Nunca llegué a primera división. Llegué a la novena de Platense porque papá era amigo del presidente del club, pero en realidad no jugué: me probaba, practicaba con el grupo, entrené todos los martes y jueves durante medio año. Era un volante imperceptible por la derecha; mis virtudes escasas incluían el ida y vuelta y un manejo criterioso de la pelota. Pasaba mucho más de lo que gambeteaba.

En algunos amistosos me senté en el banco. Entré veinte minutos contra Racing: el punto más alto de mi carrera. Hice cuatro o cinco pases, un lateral apurado y un *foul*; no llegué a patear al arco.

Iba a los entrenamientos con un guardaespaldas: eran los años en los que vivimos con seguridad privada. Uno de mis compañeros me preguntó una tarde si papá se divertía en las prácticas, porque se quedaba a mirarnos. Me molestaba que lo confundieran, pero no supe qué decir y mentí: le dije que era mi tío. A la semana siguiente me llevó otro custodio y mi compañero me preguntó cuántos tíos tenía. Le dije que muchos. Que éramos una familia numerosa.

El contraste con algunos de mis compañeros era notorio. A un marcador de punta izquierdo que llegaría a primera los directivos le pagaban los botines, porque trabajaba de albañil ayudante y no tenía dinero para comprar la ropa que necesitaba. El hijo de un banquero y un obrero en las divisiones inferiores de Platense.

Una tarde de diciembre de 1989 me dijeron que no pasaría a la octava división. Fue un golpe tremendo saberme fuera de los planes del entrenador, Marcelino «Cacho» Espina, el padre de quien resultaría un gran valor de Platense, Marcelo Espina. La historia le dio la razón a Cacho.

Creo que Bochini fue la persona sobre la que más hablamos con papá. Yo sabía de memoria fechas claves de su vida y su cumpleaños. Un 25 de enero de 1987 o de 1988 se produjo un milagro: volvíamos en auto por Libertador, del centro a Vicente López, y lo vimos a Bochini en un 505. Bajé la ventanilla y le grité: «¡Feliz cumple, maestro!». Se armó una conversación de Peugeot a Peugeot.

Papá lo conocía. El Bocha había invertido en Building y había pedido consejo financiero. Comimos varias veces con él. Me consoló en el hotel de Montevideo, una noche horrenda de Copa Libertadores que perdimos 3 a 0 y los montevideanos gritaban: «Opa opa opa, / el Bocha no la toca». Para mí era la peor de las cobardías: ¡meterse con el Bocha! Y esa noche, en el hotel, el 10 me dijo que no me preocupara: que había que ganar los dos partidos que seguían, y listo. Lo logró con uno: Independiente dio vuelta un 0-1 a River la noche que Funes perdió un gol con el arco libre. Con el otro, no: 2-4 con Peñarol.

Yo, que solía llorar mucho en la cancha, esa noche lloré como nunca antes. Papá me abrazó con fuerza. Como mamá, era muy cariñoso con nosotros.

Cuatro meses antes de su muerte dejamos de ir a ver a Independiente. Por la inminente quiebra del banco él pensaba que lo podían detener en un lugar público y que su foto esposado se imprimiría en la prensa. No quería que fuese en la Doble Visera.

El rito de compartir la cancha, que nos mantuvo unidos por años, se suspendió por su depresión final. Aunque nunca me ayudó a preparar exámenes ni firmó mi boletín de calificaciones ni me llevó a comprar ropa, papá mantuvo esa ceremonia. Para mí, consistía en ver cómo se mordía los dedos mientras manejaba; observar su andar, con las piernas muy separadas en la caminata al estadio, y su cariño por los príncipes en desgracia, como Luis Fabián —«el Luifa»— Artime después de errar un penal definitivo en la final de la Supercopa 1988.

La elección de un club —acaso el lugar común más inevitable de la paternidad— era nuestro patrimonio. Un patrimonio irracional hecho de una serie de logros deportivos, un panteón de nombres propios, un estadio de hormigón y un color.

Dejamos de ir a la cancha en septiembre de 1990. Al renunciar al rito, papá parecía decir también que renunciaba a la paternidad.

Septiembre.

Octubre.

Noviembre.

El primer miércoles de diciembre se tiró por una ventana.

TRECE. EL MUNDO DE ZACH

Camilo nació en mayo de 2010, mientras yo cursaba un doctorado en Historia de América Latina en la Universidad de Nueva York. Desde entonces, todos mis momentos libres fueron para este libro. Hasta que llegaron las vacaciones y me propuse interrumpir la escritura y dejar de leer memorias sobre padres —ya habían pasado Ackerley, Amis, Carver, Faciolince, Gosse, Kureishi, Roth, Trillin, entre otros— y sobre suicidios de padres. Sería un ejercicio de diez días, en julio.

Lo decidí de pronto, mientras armaba el bolso para viajar con una lectura programada: *The Suicide Index. Putting My Father's Death in Order*, de Joan Wickersham. Lo último que leí fue este párrafo:

«Eso es lo que hizo mi padre. Se levantó, se bañó, se afeitó y se vistió para trabajar. Bajó a la planta inferior y preparó un jarro de café, y mientras se hacía salió y caminó la extensa entrada para autos y recogió el periódico. Dejó el diario doblado en la cocina, sirvió una taza de café, la llevó a la planta alta y la dejó en la mesa de noche de mi madre. Ella todavía estaba en la cama, durmiendo. Entonces él fue a su estudio, cerró la puerta y se pegó un tiro.»

Sin ese libro nos instalamos con Maxine y Camilo en una casa de campo

en Monkton, en las afueras de la ciudad de Baltimore, a una hora y media en auto de la Casa Blanca. En las cuatro hectáreas verdes y onduladas de terreno de los abuelos maternos de Camilo funcionan el taller de Mary, la dueña y pintora, y el de Josh, su marido ebanista. La propiedad tiene, también, pileta con agua salada, una huerta orgánica y dos establos para caballos: en uno duermen y comen y en otro trotan los días de lluvia o nieve.

Unas veinticinco personas convivimos en la casa durante esos diez días: cuatro grupos familiares.

Para el primer sábado, 10 de julio, Josh compró fuegos artificiales: un festejo tardío del 4 de julio para los niños, y sobre todo un recurso eficaz para entretenerlos y confinarlos a tres metros cuadrados. El espectáculo duró una hora y costó cien hamburguesas.

El sábado es uno de los dos días de la semana en los que Josh no asiste a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Llama al grupo por sus siglas, AA, *ei ei*, en inglés. Cree que dejar de tomar y empezar a asistir a *ei ei* fue de las mejores cosas que le pasaron en su vida. Josh tomó su último vaso de vodka —puro y sin hielo— la noche del primero de abril de 2000.

En su condición de ex adicto senior, Josh apoya y aconseja a los más jóvenes. Uno de ellos estaba en la casa como una especie de refugiado: Zach, diminutivo de Zacharias, un muchacho de veintitrés años, heroinómano desde los catorce, que había sido abusado por su padre en la infancia. Zach acompañaba a Josh a las reuniones de *ei ei* para apuntalar su recuperación.

En la casa, Zach se esforzaba en crear rutinas para permanecer sobrio. Se duchaba con agua fría tres veces al día, trataba de conseguir alojamiento en una residencia de ex adictos y llenaba solicitudes para trabajos de baja calificación. Entre una crisis y otra, asistió a una escuela de cocina que le dio un diploma de chef y trabajó durante tres años en una cantina de italianos en Nueva York.

Una noche llegó de la reunión de *ei ei* cuando tomábamos mojitos. Josh me pidió que les preparara dos, sin ron. «*No sabía que existía este trago, pero entiendo que debe funcionar bien con ron*», dijo con su mojito virgen en la mano.

Jugué al ajedrez con Zach cada noche. Luego de la primera partida le propuse una revancha. Reparé en que había empleado una palabra en inglés, *revenge*, que significa venganza. Le pedí un término más preciso.

—*Re-match*—dijo.

Tuvimos varios *re-matches*. Cuando él movía las piezas no podía evitar mirar las marcas de los pinchazos en sus brazos tatuados como los lomos de las cebras.

Cuando le propuse un último *re-match*, aceptó con palabras dolorosas:

—*Of course. I do not have anything but time.*

Claro. Lo único que tengo es tiempo, dijo.

El viernes 16 de julio a las 8 de la noche, mientras todos en la casa comíamos croquetas de cangrejo (*crab-cakes*, un plato típico de la zona) y hablábamos de los cazadores de ciervos del lugar, Zach mandó un mensaje de texto a Josh desde un bosque cercano:

«Necesito ayuda. Me llevé tu arma y estoy tomando vino.»

El tiempo, aquella única posesión de Zach, de pronto, parecía llegar a su minuto final.

Josh le escribió: «Dejá el arma».

Zach mandó un último mensaje —«Las cosas no funcionan así»— y cortó toda comunicación.

Los niños subieron a las habitaciones del primer piso y los adultos deliberamos en asamblea. Mi voz era, para los otros, la del experto en suicidios. Los hijos de los suicidados no pudimos o no supimos evitar el hecho, pero de alguna manera nos adorna el *expertise*. Planteamos escenarios, damos diagnósticos e, inclusive, sugerimos soluciones.

Propuse que contactásemos al terapeuta de Zach. Un local exigió una llamada al 911, el de las emergencias. Para conciliar las tradiciones se marcaron ambos números: el terapeuta no atendió (se le dejó un mensaje de voz) y dos oficiales de la policía llegaron a los quince minutos.

Acaso la situación les parecía insignificante en un estado con índices de delito altos; nos pidieron un identikit que armamos con dificultad:

Nariz de loro.

Medio pelirrojo.

Flaco.

Tatuado.

Piercing en la oreja derecha.

Siempre vestido con bermudas y remera.

Mirada triste.

No.

Mirada triste y a veces alegre.

Estatura mediana. Zapatillas negras.

Una de las madres quería que la policía se quedara en la casa; ante el desdén de un oficial de gordura maciza —«No es más que un joven con problemas»— comenzó a buscar hoteles en la zona: «No quiero que mis hijos lo vean con un tiro en la cabeza». El miedo mayor no se podía enunciar: que Zach entrara a la casa y disparara a cualquiera o a todos, como en las masacres escolares.

Entre todos cerramos las puertas y las ventanas que, desde que llegamos, habían permanecido abiertas.

Cuando el mismo oficial informó la situación, sus jefes evaluaron hipótesis perturbadoras: por su adicción podía intentar un robo; estaba armado y podía tomar rehenes, o matar. Todos titulares evitables de *The Baltimore Sun*. Montaron un operativo estilo SWAT, con un centenar de personas, un helicóptero, cinco perros, quince patrullas, cuatro grupos comando y dos ambulancias. En la entrada de la casa instalaron una suerte de cantina: café, huevos revueltos, sándwiches, hamburguesas, en canilla libre.

Parecía que habían pasado años desde la tarde, cuando los chicos habían jugado al fútbol con remeras de la Selección argentina y luego a una simulación de rehenes con pistolas y escopetas de fantasía. El idílico campo que nos proveía de senderos donde caminar y correr, de zorros y ciervos y caballos para mirar y de pequeños oasis de agua, de pronto se convirtió en una zona de guerra urbana con el ruido de patrullas, hélices y walkie-talkies. En la casa, despiertos y alertas, recibíamos los partes de noticias.

El helicóptero vio a Zach y lo perdió; al rato aparecieron su teléfono y su mochila. A las 3 de la mañana abrieron la puerta de nuestro dormitorio al grito de «*Baltimore Police!*»: dos linternas revelaron que yo estaba en calzoncillos y que Camilo tomaba un tentempié ayudado por Maxine, vestido con un kimono y rodeado por tres ventiladores.

Revisaron el placard y se disculparon por los modales. Como el especialista en rehenes manifestó su pesimismo —Zach había escapado de su internación anterior con un pacto suicida con su novia, que logró cumplir su parte—, hubo una segunda asamblea. Volví a hablar como *suicidólogo* y compartí su escepticismo. Volvimos a dormir con el sentimiento de que nos despertaría el tiro del final.

A las 6 de la mañana nos informaron que Zach estaba detenido. Lo habían encontrado en un establo vecino.

—¿Intentó matarse? —pregunté.

—No fue necesario darle asistencia médica —contestó un oficial en idioma policial.

Zach había sido derivado a un hospital psiquiátrico, donde lo evaluaron; pocas horas después ingresó como paciente a un instituto de rehabilitación.

A la mañana siguiente entré a la habitación de Zach para hurgar entre sus papeles: listas de empleos que solicitó, de ayuda en mostrador a limpieza general. En la computadora que todos usábamos encontré borradores de correos electrónicos para su padre abusador, con el que se había peleado antes de refugiarse con Josh. Sin su permiso los leí:

Mi comportamiento de la semana pasada no fue apropiado. Me gustaría disculparme por la falta de respeto. No hay manera de mejorar una relación cuando las partes actúan de esa manera. Me gustaría dar una explicación. No se si esto fue percibido como que yo quería evitar la situación o salir corriendo. Esa noche dije un par de veces que no estaba en condiciones de tener una conversación. El haberla continuado es mi propia responsabilidad y no debería haberlo hecho. Esto...

Después de escribir ese párrafo buscó la 38 en los cajones de Josh.

Quise ir a una reunión de AA para imaginar cómo los alcohólicos *senior* habrían tratado a Zach. Josh me presentó a sus amigos. Todos de más de sesenta, todos con cafés o sodas o agua en sus manos para conseguir esa sensación del líquido en su poder. Pero Josh estableció la diferencia: «Él es Martín, no es uno de los nuestros. Quiere saber cómo es AA». A los quince minutos estaba tomado de sus manos en la ronda.

En ese mundo de los doce pasos, las invocaciones divinas, los lamentos, las historias de supervivencia, todo relato comenzaba con las mismas palabras: «Hola, soy Mengano y soy un alcohólico». Nunca logré imaginar a Zach contándoles a esas personas cómo lo había violado su padre. Me fui pensando en eso, sin hablar con Josh, mientras atravesábamos los campos de Maryland en la oscuridad.

Meses más tarde recibí un parte breve: Zach había vuelto a vivir con su padre y un sábado a la noche se había ahorcado en el establo.

Sin dejar siquiera una nota.

Mientras tomaba un respiro de este libro, el azar me había hecho ver, desde lejos, la carrera de un suicida en su recta final.

Ese dolor actuó como eco del otro.

Zach había hecho anuncios previos. No fue el caso de papá: no adelantó a nadie que consideraba matarse.

Coincidieron en el epílogo. Sin cartas ni palabras. En la casa de sus papás.

CATORCE. FINAL (REPLAY)

Un día de septiembre de 1990 los custodios cesaron sus funciones y se marcharon por el portón verde de la entrada de Alsina 1071, nuestra casa de Vicente López. Por ese mismo portón entraron los acompañantes terapéuticos, los psiquiatras, los psicoanalistas, los terapeutas de familia. Los dos grupos se saludaron en el living como dos ejércitos recelosos. Unos con carteritas de mano donde guardaban sus armas reglamentarias y los otros con bolsos de carteros para llevar libros —como los seminarios de Lacan editados por Paidós— o cuadernos para contener las palabras de sus pacientes. O ambos.

Los polis partían satisfechos por haber cumplido con su objetivo central: evitar otro secuestro o un ataque contra el doctor y su familia. Los expertos en salud mental tendrían una misión menor sólo en apariencia: tratar la depresión de papá, a quien tuteaban y llamaban Jorge.

Percibí la agudización de su angustia a fines de agosto de 1990. Durante un partido de fútbol tuve una doble fractura de tibia y peroné, pero me enyesaron como si sólo uno de los dos huesos se hubiese quebrado. Como el dolor no cedía, papá me llevó a ver a mi primer médico, el traumatólogo Jorge Groiso, que había tratado mi andar chueco cuando empecé a caminar.

Para arreglar la doble fractura Groiso me operó con anestesia total durante seis horas y colocó dos clavos que aún tengo en el tobillo izquierdo.

Papá no se movió del sanatorio de la avenida Córdoba. Cuando me despabilé de la anestesia, dijo algo demasiado grave para una operación de tobillo:

—Papá —usó la tercera persona— está con algunos problemas en el banco, pero durante la operación se dio cuenta de que lo más importante son sus dos gurises.

No recuerdo qué contesté.

Dos semanas después, inesperadamente pidió que no fuéramos a ver un Independiente-River por la Copa Libertadores, la misma noche de mi cumpleaños número quince.

El tercer lunes de septiembre mamá nos pasó a buscar por el colegio y nos llevó a almorzar a la sede de Vicente López del restaurante El rey del Panqueque. Tenía que darnos una noticia y, también, demorar el regreso a casa.

—Papá se quedó en casa porque está preocupado por Building —explicó.

—Pero si está preocupado, ¿no sería mejor que fuera a trabajar a Building? —preguntó Gabito.

—No se siente bien como para ir.

A la salida del turno tarde, cuando volvimos a casa, nos enfrentamos con su derrumbe.

Esa mañana se había despertado, se había vestido con un traje y zapatos formales y había comprendido que no podía salir. Se desnudó y se puso una bata blanca de Dior, pero se dejó el calzado. Así caminaba por la casa.

Se sentó con mi hermano y conmigo en el living. Resumió todo en una frase simplificadora:

—Tengo que conseguir un comprador para Building y que el Banco Central autorice la venta.

Nos contó que ninguno de los negocios que había intentado en los últimos años, como la exportación de Pumper Nic a Polonia, había funcionado. Sólo quedaba vender el banco.

A partir de entonces solía pedirnos que lo abrazáramos. Mientras lo apretujábamos papá lloraba, y trataba de disimularlo cuando nos despegábamos. Si antes nunca lo había visto llorar, excepto cuando apareció

el cadáver de su hermano, ahora no pasaba un día sin que tuviera que enfrentar sus lágrimas. En sus momentos más optimistas nos contaba que tomaría, como fuente de energía, agua del Riachuelo en honor al rudo zaguero de Independiente Pedro Damián Monzón que una vez nos contó el secreto para mejorar su rendimiento deportivo.

De madrugada escuchaba los pasos de papá: supe luego que caminaba contra la medicación sedante. Una mañana me disponía a ir al colegio cuando lo encontré desorientado. No podía recordar cómo se llegaba a su dormitorio. Lo llevé de la mano.

Los acompañantes terapéuticos convivían con nosotros desde el desayuno hasta la cena. Alejandro, el que pasaba más horas en casa, tenía pelo largo, barba candado y un dejo de D'Artagnan. Olvidé su apellido.

En su primer día de trabajo nos reunió en el escritorio de papá; él estaba ahí también, pero ausente de algún modo. Escuchaba, con los ojos enrojecidos por la medicación, cómo hablábamos de su angustia.

Alejandro me preguntó a qué le tenía miedo.

—A que papá se muera.

Como lo dije delante de él, desafié su autoridad, su condición de invencible. Sentí los ojos de papá sobre mí; traté de mantener mi mirada en la de Alejandro. Mamá parecía más entera que papá: fumaba y escuchaba.

Les dije las tres formas de muerte que me imaginaba: una a cada par de ojos.

A Alejandro:

—Tengo miedo de que lo secuestren y lo maten.

A papá:

—Tengo miedo de que te dé un paro cardíaco de tanto fumar.

—¿Por qué me va a dar un paro? —preguntó.

—Porque a las personas que fuman mucho les falla el corazón.

A mamá:

—Tengo miedo de que un auto lo atropelle cuando cruza la calle, porque anda mareado por las pastillas.

Mamá y papá intentaron demostrarme que nada de eso sucedería.

Descartaron el secuestro. Papá prometió que se iba a cuidar más: reduciría a la mitad la ingesta de cigarrillos y, como le habían diagnosticado una diabetes Tipo 2, cortaría los dulces. Alejandro argumentó que nada le pasaría al cruzar la calle porque él lo acompañaría siempre.

Después de esa reunión salí a caminar con Alejandro con mi paso lento por el yeso. Era como un nuevo custodio pero de nuestra salud mental y *lookeado* como los policías de pelo largo que intervienen en las operaciones encubiertas. Me contó que planeaba vivir en España y que tenía una novia que estudiaba Psicología.

Los acompañantes no sólo hablaban o escuchaban sobre los problemas de papá o los nuestros. También tenían que llenar el aire con otros temas, como en un programa de radio. Muchas veces sobreactuaban: decían que les gustaba mucho el fútbol o hablaban del árbol genealógico de los Sivak y sus patologías desde los padres fundadores.

En comparación con los custodios parecían más afines a nosotros: hasta los chicos podíamos decir «Sigmund Freud piensa que» porque mamá nos había recomendado *La interpretación de los sueños* el verano anterior. Lo leímos como cuentos con moraleja; lo comentábamos salvajemente y lo frivolizamos con lecturas más o menos idiotas de nuestros sueños. Esa atmósfera se extendía hasta el colegio: la profesora Barbé nos había dicho que si uno soñaba que volaba significaba que sentía excitación sexual.

Gabito y yo repetíamos y mezclábamos todo. Los acompañantes terapéuticos nos hablaban de Freud pero también de Julio Cortázar, de la Teoría de la Relatividad, de la Universidad de Buenos Aires, de películas y de obras de teatro. Mientras intentaban tratar a papá, completaban nuestra educación.

Con Gabito y mamá tuvimos una sesión de terapia de familia que no funcionó porque no pudimos hablar mucho y en algún momento nos enojamos. Los recuerdos que tengo son borrosos. Las sesiones de los amigos de la familia resultaron, al parecer, más productivas. Me animaban los comentarios de los asistentes: *A papá le hizo bien, lo ayudó.*

También consultaba a un psiquiatra prestigioso y a un especialista en depresión. Tomaba una droga que perdió reputación por la cantidad de suicidados entre sus consumidores.

De los profesionales dedicados a su cabeza sólo faltaron Hugo Bianchi, su analista, y Gianni, su peluquero: uno estaba postrado por una fractura, el otro se había tomado un sabático.

También a mí me tocó ir a un psicólogo, por una cuestión específica: debía mejorar mi rendimiento en matemática, francés y física, tres materias que corría el riesgo de reprobar. Me recetó Flores de Bach: dos veces al día

tragaba esa agua bendita. No obstante tuve que empezar a tomar clases de esas materias con profesores particulares. Las flores no alcanzaban.

Ya tenía un maestro de inglés, Diego Luzuriaga, quien logró que en lo peor de su desánimo papá se despertara con un enojo feroz: me habló de los campos de concentración de Stalin. Por entonces yo actuaba un papel de precoz interesado en la política y la historia, y mirábamos documentales de la BBC. A raíz de uno le dije que papá pensaba que Stalin había salvado al mundo del nazismo al derrotarlo en el campo militar. Luzuriaga argumentó en contra. Cuando llegué a casa y le conté a papá, desestimó los comentarios que consideraba un lavado de cerebro. Medicado, deprimido, inclusive destruido, no lo iba a permitir. «¿Estudió en serio la Segunda Guerra Mundial ese chico?», preguntó con desdén.

Todas las tardes desfilaban por la casa los abogados de papá, que tenía el miedo enorme de ir a la cárcel por una quiebra fraudulenta de su empresa. Sus tiempos de preso político le daban cierto orgullo.

León Smoliansky hizo un par de simulacros de juicio oral para tranquilizarlo. Smolk —así lo llamaba papá— actuaba como fiscal inquisidor, con su hablar afectado y sus expresiones repetidas: «carajito», «ya lo creo». Escuché que en uno de los simulacros papá usaba la defensa de la «buena fe». Había actuado de buena fe, insistía.

Con generosidad, Smolk le propuso a papá que una vez que terminara el *affaire* Building se integrara a su estudio de abogados. Al mismo tiempo, con mezquindad le reclamó —y cobró— una deuda pendiente por su trabajo en el Caso Sivak. Conocía el cuadro de situación. Hasta entonces a papá le gustaba señalarle su complicada relación con el dinero: viajaba en colectivo (algo que papá nunca hizo de grande) y cuando traía helado elegía una de las casas más baratas de la avenida Maipú.

La familia de papá ayudó menos que Smoliansky. Su hermano Horacio viajó a Buenos Aires para ver qué podía hacer. Después de varios días dijo que no sabía de qué manera podía ayudar. Mamá le indicó que había cuestiones prácticas que resolver, como pagar las cuotas del colegio. O negociar una de las nuevas deudas: los honorarios que reclamaba Groiso por la operación de mi tobillo. Mi tío me ayudó a rendir bien física y matemáticas en los recuperatorios de noviembre.

Antes de volver a París, Horacio comió en casa. Fue la última vez que se vieron. Papá lo despidió desde el balcón del tercer piso.

En las semanas previas a la quiebra, varios amigos de papá propusieron opciones de toda laya: por ejemplo, que nos mudáramos a Israel porque no tenía tratado de extradición con la Argentina. Mamá nos anunció la novedad con cierta solemnidad:

—Chicos, hay una posibilidad de que vayamos a vivir a Tel Aviv.

Habíamos sido criados en una familia agnóstica. No festejábamos Rosh Hashaná, ni habíamos respetado un Shabat en la vida, ni siquiera usábamos Pesaj o Purim para faltar a clases. En cambio, festejábamos la Navidad y recibíamos regalos. Papá no pudo aceptarlo.

Las hubo más delirantes: le sugirieron que llevara dinero a Suiza.

—No tengo un mango —les contestó.

—Del banco, Jorge, del banco. Sacá de ahí un par de palos. Necesitás un respaldo, no sabés qué puede pasar. Pensá en los chicos.

Los chicos estábamos ahí. Escuchábamos y entendíamos.

Tampoco aceptó esa sugerencia. Se reconocía como un administrador desprolijo y hasta malo, pero no un ladrón que iba a perjudicar a los ahorristas. Nos dejaría la casa resguardada en su título de propiedad como un bien de familia, inalienable.

Para mejorar la situación del banco o para conseguir que se aprobara la venta, papá había hecho pagos a funcionarios del gobierno de Carlos Menem y a un director del Banco Central. Quince años después, por mi trabajo de periodista traté con cierta frecuencia a uno de los coimeados, convertido en poderoso secretario de Estado. Nunca dijo una palabra de su relación con papá. Yo tampoco.

Uno de los socios del consorcio comprador del banco le prestaba su nombre (o acaso era su socio, o las dos cosas) a José Luis Manzano, que había recibido bastante dinero de papá para una campaña electoral y otros emprendimientos. Era aquel hombre con el que habíamos viajado en avioneta a Punta del Este, en cuyo velero habíamos navegado: Néstor Lamédica. Además de psiquiatras, psicólogos y acompañantes terapéuticos teníamos a Lamédica, una ironía en medio de la angustia. A él le tocaría sanar la empresa.

En aquellos años el gran amigo de papá en el gobierno era el ministro del Interior, Julio Mera Figueroa. Se habían conocido en los '70, en la política; se reencontraron en Punta del Este. Mamá recordaba que Mera tenía problemas de liquidez: papá llegó a pagar su cuenta de gas.

Julio nos visitó en casa durante la segunda mitad de los '80. Era un discípulo del caudillo Vicente Saadi que actuó como interventor del Partido Justicialista (PJ) en la provincia de Buenos Aires y luego como jefe de la campaña de Menem. Tenía tanta confianza con papá que lo escuchó advertirle: «Julio, cuidado que por ahí dicen que sos *pichicatero*». Mera se rió; estaba relajado por el vino que había tomado y le importaba más cantar unos tangos para seducir a una amiga de mamá. Logró sacarla a bailar: un espectáculo casi lujurioso para los estándares de la casa.

El domingo antes de la elección que ganó Menem, Julio se sinceró en el quincho de casa.

—Mirá que «el Turco» va a arreglar con los americanos, Jorgito. No te voy a engañar. Para que después no te arrepientas del voto.

El 14 de mayo papá votó por Menem. Esa tarde fuimos, primero, a la casa de Mera, una planta baja espaciosa en uno de los edificios caros de la Avenida del Libertador al 3100, y luego a un hotel del centro, donde se alojaban unos amigos de papá. Le escuché decir que veía en el peronismo una vitalidad y un vínculo con los sectores populares que los radicales ya no tenían ni tendrían.

Con los indultos se terminó su simpatía por Menem. Pero siguió buscando en el gobierno, entre los funcionarios amigos y los tarifados, una salvación para su empresa. Viajó —creo que a Yugoslavia— en una comitiva presidencial junto con otros empresarios. Al regreso contó que el presidente lo había tratado con simpatía, pero el canciller Cavallo con frialdad. El banco se salvaría por el lado de la política y de los funcionarios peronistas.

Sin embargo, papá no consiguió que los veedores del Banco Central tuvieran una acción positiva. O que la política los hiciera cambiar de opinión. La venta de Building a Lamédica y sus socios no se aprobó.

Mera fue el funcionario de mayor rango que asistió al velatorio. Me puso la mano en el hombro y me pidió que camináramos; sacó de en medio a un hombre que se acercó a decirme que papá le llenaba la heladera cada vez que podía.

—¿Por qué tu viejo no me pidió ayuda? —me preguntó Mera con algo de frustración.

Papá le había pedido ayuda. Desconozco los detalles.

Mera siguió con su descarga:

—Yo lo quería mucho a tu papá y lo hubiese ayudado. Martín, soy muy

amigo de mis amigos.

Entonces el ministro lloró.

Dos días antes de morir, papá me tomó un examen.

Estaba acostado en la alfombra de mi habitación: miraba la cobertura, en vivo, del último levantamiento carapintada. Su televisión se había roto hacía un mes. La declinación de un hombre o de su familia se puede observar en la parálisis frente a pequeños desperfectos domésticos. En una casa de 750 metros cuadrados mi pantalla de 14 pulgadas parecía la mejor conexión con el mundo exterior.

Recordamos aquel encuentro con Seineldín. Y me sorprendió con una pregunta: «¿Qué opinás de lo que está pasando?».

Papá nunca preguntaba así. Él opinaba y, a partir de ahí, empezaba el intercambio.

Durante años pensé que con esa pregunta quería ver si yo había aprendido todo lo que me había mostrado. Papá escuchó mi respuesta —que olvidé por completo— y no dijo nada. Como si no tuviese nada que acotar. Como si mi voz hubiese alcanzado para saber algo de mí.

El 5 de diciembre el presidente George H. W. Bush visitaba Buenos Aires, todavía en alerta por el levantamiento militar fallido que intentaba repudiar su presencia. Era un miércoles húmedo y gris; el diputado trotskista Luis Zamora lo insultó en el Congreso de la Nación.

Poco después del mediodía escuchaba discos de pasta en la Thonet cuando papá entró y se despidió. Llevaba puesto un traje que acentuaba los veinte kilos que había bajado desde que empezó su depresión final. Me dio un abrazo largo.

Papá sabía, por medio de un amigo periodista, que esa tarde el Banco Central decretaría la quiebra de Buenos Aires Building. Después de dos generaciones, la familia Sivak abandonaba su condición de propietaria de los medios de producción para volver a vender su fuerza de trabajo (la FT, como nos enseñaron en la universidad).

A las 2 de la tarde yo tenía una clase de francés, porque las Flores de

Bach no habían logrado mejorar mi desempeño y tenía que dar un examen en diciembre para aprobar. Después de la lección con la profesora Luciana, mientras caminaba de vuelta hacia casa, Pablo Torre, el padre de mi amigo Agustín, apareció en su auto: «Te estoy buscando. Tu madre quiere hablar con vos».

Mamá bajó las escaleras caracol de mármol blanco apoyada en la baranda dorada. Una amiga le sostenía el hombro. Se tragaba el llanto y lloraba a la vez.

—No, no, no. ¿El abuelo? —pregunté, con temor a lo obvio.

—No.

—¿Quién?

—Papi.

Salí corriendo del garaje al jardín y me tiré al césped con los pies para adelante como para barrer una pelota. Después, a la pileta de cabeza. Mientras braceaba bajo el agua, decía no puede ser, no puede ser, no puede ser. Veía las burbujitas como diálogos de historietas que decían «Pue-de-ser. Pue-de-ser». Las burbujitas tenían razón.

Todavía no sabía cómo había muerto.

Entré al living con las zapatillas y el jogging empapados. Al rato, cuando mi hermano llegó a casa, quise ser quien le diera la noticia. Gabito tenía once años. El jogging amarillo que llevaba puesto lo aniñaba aún más.

En ese momento, en la sede de Buenos Aires Building, el comisario Nelson Corgo, jefe de seguridad del banco, sacaba su pistola y apuntaba a la cabeza del acompañante terapéutico:

—¡Tu función era cuidarlo siempre, pelotudo! —le gritó—. ¡¿Cómo mierda lo dejaste solo?!

Papá le había dicho a Alejandro: «Esperame en el banco».

Mientras las secretarias lloraban y los teléfonos sonaban sin parar, los dos ejércitos de ocupación se volvían a encontrar, representados por Corgo y Alejandro. Corgo creía que sus custodios se habían encargado de proteger y cuidar al doctor, pero que los psicólogos lo habían dejado morir.

Diez años después me encontré con Corgo de casualidad. Caminaba por la peatonal Lavalle y antes de llegar a la avenida 9 de Julio escuché su grito:

— ¡Martincitoooooooooooo!

Vestía sobretodo marrón y una bufanda roja.

—Te vi con el gordo Lanata en la tele. Tu viejo estaría muy orgulloso de

vos. Es un capo, el gordo. Yo lo veo y a veces me hace acordar a tu viejo.

—¿Por?

—Por cómo se ríe, por cómo fuma y por la panza.

—¿Le parece, comisario?

Recordó la anécdota del acompañante terapéutico.

Corgo siguió hablando en el mismo tono neutro, como si fuese la continuación de su comparación entre papá y Lanata: Jorge y Jorge.

—Ese tipo se merecía que lo quemase. Los psicólogos no sirven para nada. Y ojo que a tu mamá yo la respeto mucho. Mandale mis cariños.

Y nos confundimos en un abrazo.

SEGUNDA PARTE

QUINCE. EXHUMACIÓN I

En agosto de 2010 volví a Buenos Aires después de vivir afuera cinco años.

Mandamos casi todas nuestras pertenencias por barco; con nosotros y nuestro hijo viajó sólo lo indispensable. En el bolso de mano cargué unas cien páginas de un borrador que no se parecía mucho a este libro. Intentaba sostenerse en lo que recordaba de papá o lo que creía recordar con la asistencia de recortes de prensa y libros y algunas conversaciones.

La única lectora hasta entonces, mi amiga Gabriela Esquivada, me dijo:

—Tal vez podrías averiguar algunas cosas, ¿no? Algo más allá de tu memoria.

Decidí hacer entrevistas, buscar documentos y fotos, visitar ciertos lugares.

Armé un listado según categorías:

Amigos

Socios

Empleados

Parientes

Conocidos

Compañeros de militancia
Compañeros ocasionales de viajes
Psicoanalista

Aunque cubriría los huecos de la línea de tiempo de la historia, también generaría un absurdo: eran los pasos a dar para hacer un reportaje sobre mi propio padre.

Me entregué a ese absurdo.

Empecé por descifrar una incógnita que se me había presentado en enero de 2008. En un intercambio de correos electrónicos entre sus ex compañeros de detención en el penal de Devoto, uno de ellos le había escrito a Charles Tobal desde España:

«Ayer en un asado con Matecito en mi casa, él me indicó que te transmitiera algo: en el primer número de la revista Lucha Armada aparece un reportaje a [Juan Carlos] Cibelli, de las FAL, donde habla del Gordo y de los hermanos e indica que el Gordo vía Buenos Aires Building le dio dinero, y con ese dinero, él compró 60 hectáreas en Brandsen. El Mate dice que esos campos comprados con dinero de Building le pertenecen a los hijos del Gordo y me pidió que te lo hiciera llegar».

El Mate, un militante de la izquierda peronista, compartió la cárcel de Devoto con el grupo de la Facultad de Derecho de la UBA y papá; se exilió en México y nunca regresó a la Argentina. Se ha movido entre el Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México y el Partido Comunista de Cuba, siempre en nombre de la revolución. La cubana, la mexicana, ¿la peronista?

Las tres.

Charles me escribió para contarme sobre el artículo de *Lucha Armada* y las 60 hectáreas. «Lo más emocionante es que tu viejo lo haya hecho y lo haya mantenido en silencio. No tiene precio, ¡grande, Gordo!».

Otro amigo de papá opinó.

«Me parece que si el Gordo entregó el terreno a alguien de las FAL habrá sido con un propósito que, tanto vos como yo sabemos, no se

logró. Las FAL se rompieron en muchos pedazos, y no sé bien quién es, quién se quedó con el campo de 60 hectáreas... Pero de una cosa estoy seguro: si existe aún [...] no debe tener otro dueño que el bepi del Gordo... Martín. El Gordo hizo una patriada, una de tantas otras [...] con la mosca de la Building [...] bastará con que averigües quién lo tiene para intentar devolvérselo a Martín... No sé... qué tiempo hay “pa’ pensar” como decís... Hay que averiguar quién lo tiene, ¡y devolvérselo al bepi ya!!! El gordo era increíble... siempre con un as bajo la manga. Es de esos tipos que, aun faltando hace tanto tiempo ya, siempre se re-escribe en alguna actitud...»

Nunca me habían llamado «bepi»: pibe al revés. Me gustó.

La pregunta sobre qué dejó papá me ha acompañado todos estos años. El patrimonio incuantificable. Leí *Patrimonio*, la memoria de Philip Roth sobre su padre, pensando en eso. Es una historia completamente diferente: la muerte lenta de un hombre de ochenta y seis años con un tumor cerebral, contada por el escritor que registra la descomposición de su cuerpo y la continuidad de su condición de padre. En esa suma de recuerdos prevalecen los de la enfermedad y la agonía —el tiempo que compartieron hacia el final— y la frase de despedida en el hospital: «Voy a tener que dejarte ir, papá». En ese adiós a su lado, desde el cual reconstruye la historia de su padre, Roth cree recuperar su patrimonio.

Los viejos camaradas de papá, en cambio, vieron en esas 60 hectáreas alguna forma de reparación: un bien personal, heredable, con valor económico. Varios de ellos me sugirieron, también, que pidiéramos algunas de las indemnizaciones que el Estado ofreció a ex presos o exiliados. Mi hermano y yo decidimos no hacerlo.

Quise conocer a Cibelli. En octubre de 2010 asistí a la presentación de *La guerrilla invisible. Historia de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL)*, el libro del periodista Ariel Hendler. A pesar de que la impronta que dejaron las FAL es leve, con pocos meses de diferencia se publicaron ese libro sobre el grupo y *Una espada sin cabeza. Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los '70*, de la historiadora Stella Grenat.

En la presentación, Cibelli habló con las cadencias de un payador. Se emocionó al final, cuando recordó a dos de sus compañeros muertos: no percibí impostaciones ni un guion. Detrás de él, en la pared de La Boutique del Libro, numerosos escritores habían sellado grandes frases sobre el arte literario y sobre la potencia de la poesía. En el público escuchaban varios

miembros de las FAL con barbas largas, con joggins Adidas como los que vestía Fidel Castro, con dentaduras postizas y una discreción llamativa. No pude imaginar a papá en esa sala.

—Sos igual a Jorge —me dijo Cibelli cuando me presenté después del evento.

Me abrazó. Un larga fila de hombres y mujeres esperaba por lo mismo.

Al día siguiente busqué la nota de *Lucha Armada*. Allí Cibelli contó que en 1974 o 1975 las FAL se reagruparon en tres células que no operaban militarmente. «Una estaba formada por los Sivak. Jorge era el que estaba más expuesto. A Horacio lo secuestraron junto a Tomatini y, si no me equivoco, el Mataco, en una emboscada montada por las fuerzas de seguridad. Pudo zafar y viajar a París. ¿Qué labor desempeñaban [los Sivak]? Ayudaban a compañeros. Manejaban fortunas. Yo iba al edificio que tenían en el centro y abrían paquetes enormes de dinero envuelto en papeles de diario. De pronto te tiraban unos fajos y te decían: contala. Increíble, gracias a ellos compramos un campo. ¿Para qué? Por decisión personal yo preferí quedarme en el país porque estaba convencido de que sufriría mucho en el exterior, además quería intentar construir algo después para más adelante [...] Para eso compramos 50 hectáreas de campo en la zona de Brandsen y me dediqué a establecer una granja que sirviera de apoyatura completa».

Primer malentendido: los amigos de papá habían agregado 10 hectáreas.

Una semana antes de la Nochebuena de 2010 Cibelli me esperó en la parada de colectivos frente a una fábrica textil, a unos 35 kilómetros de la ciudad de Buenos Aires. Vestía alpargatas de chacarero y pantalón con las bocamangas flojas.

—Qué raro —me dijo—, un Sivak que viene en el 129. Mejor así: la guita sólo ayuda a tener problemas.

Nos subimos a su Renault 12 de motor vacilante y sin manijas exteriores en las puertas. Cibelli, alias «el Ciego», tiene un ojo de vidrio y no puede manejar de noche. Me pidió que le hablara en la dirección del audífono de su oído.

En diez minutos de autopista llegamos a su barrio, El Peligro. Debe su nombre a que el monte facilitaba el asalto de carretas en el siglo XIX: los atracadores aparecían de manera inesperada. La modesta casa de Cibelli tiene dos cuartos en una planicie de tierra con algunos árboles. Su compañera de

cincuenta años nos esperaba en la mesa.

Cibelli preparó mate. Tomé apuntes en un cuaderno verde marca Gloria.

—Tu viejo venía a verme al penal de Olmos casi todos los jueves de 1969 o 1970. Según la regla de las FAL, si caías preso te daban asistencia jurídica, pero no sabías más nada de la organización. En Olmos, como yo era medio un figurón, me tenían muy vigilado. Con tu viejo apenas hablábamos de las causas en mi contra. Me contaba qué pasaba en el mundo porque yo sólo podía leer *Clarín* rural y *Clarín* económico. El resto del diario lo censuraban con pintura negra. La tesis que elaboré en la cana —y que publicamos en un librito— era que no estábamos en la etapa final del capitalismo. Había que terminar la lucha armada y volver a la política. Ni ERP ni Montoneros nos dieron bola: me acusaron de ser agente de la CIA. Quise reconstruir las FAL y armé reuniones con los tres hermanos Sivak y con otros compañeros. No planificamos ni llevamos adelante ninguna acción. La última vez que nos reunimos fue en el Parque Rivadavia en 1975. Mi sugerencia fue que todos se fueran del país.

Me convidó galletitas de la cooperativa que ayudó a fundar en 1989, cuando dejó la UCR, partido en el que militó durante el gobierno de Alfonsín. Contó que la cooperativa posee siete terrenos sobre la Ruta 2: fabrican dulces, preparan cajones de verduras y hacen pan. También tiene un aserradero en Concordia, Entre Ríos, y algo más en la provincia de Formosa, pero mi caligrafía no me permite reconstruir qué es.

En un momento de la charla Cibelli quiso contarme la historia del campo:

—En 1975 yo me llevaba mucho más con Osvaldo; tu viejo me miraba medio de lejos. Tu familia puso la mitad del dinero y yo la otra mitad. De 1976 a 1983 estuve guardado ahí con mi señora, y a veces nos ayudaba un peón. Vendíamos chorizos, lechones y pollos. Con la [Resolución] 1050 perdimos casi todo. (6) Salvamos cinco hectáreas y nos mudamos en la misma zona. No volví a tener noticias de Osvaldo hasta que lo secuestraron: sus asesinos lo enterraron muy cerca del campo. Qué horrenda casualidad.

Al día siguiente llamé a Charles para contarle mi conversación con Cibelli y para decirle que no había nada que reclamarle. Pasó rápidamente de tema:

—Esto es un milagro: hoy es la primera vez que se hará un homenaje a tu viejo y vos llamaste sin saberlo.

El acto en la Asociación de Abogados de Buenos Aires (AABA) alcanzaba a todos los miembros de la Gremial. (7) Empezó con la lectura de los nombres de los desaparecidos que habían pertenecido a la organización. Mario Landaburu, desde la testera, pidió que después de cada nombre todos repitieran una palabra: «¡Presente!». Por la longitud de la lista, el homenaje perdió efecto: se esterilizó. Después los muertos por otras causas recibieron el mismo tributo. Por las reglas del abecedario, Jorge Néstor Sivak apareció casi al final.

Varias personas lloraron a papá al verme, especialmente un tal «Bochi». Dijo que me había conocido de bebé, en Punta del Este, pero su emoción evidentemente no venía del recuerdo de un gordito rubio que hacía gracias.

Dos jóvenes académicos presentaron ponencias sobre la Gremial y después se abrió el micrófono. Hablaron varios: de la heterogeneidad de la asociación, de los conflictos, de lo que se habían divertido. Con la espontaneidad de quienes usan trajes oscuros y hablan con una mano en el bolsillo, la Gremial fue homenajeada en su tiempo y lugar. Participaron abogados conocidos como Leandro Despouy, Carli Slepoy Prada, Eduardo Jozami, el decano montonero Mario Kestelboin, Jorge Kors, Mirta Fabris, Lucy Larrandar, Pedro Galín y otros.

Al final, todo el grupo posó para una foto. Charles me propuso que me sumara en representación de papá; decliné la invitación. Desde el fondo del salón los miré mientras se acomodaban, y sin llamar la atención salí hacia la Plaza de los Tribunales.

Dos días más tarde Charles seguía emocionado:

—¡Fue tan impresionante! Todos llorando... Bueno, a vos se te veía más bien durito.

Hablamos de las FAL.

—Tu viejo participó en el secuestro del cónsul paraguayo que inspiró la novela de Graham Greene, y también interrogó a un buchón infiltrado en la organización.

Le pregunté si ese interrogatorio había sido violento.

—¿Cómo se te ocurre que tu papá pudiera torturar a alguien?

—No dije torturar.

—Lo que pasa es que vos viviste en los Estados Unidos por tu doctorado, y te dicen esas cosas. A tu viejo jamás se le hubiese ocurrido torturar.

—Estoy tratando de tomar en serio a una *orga* que quería hacer una revolución, Charles. No me escandalizaría que hubiera zamarreado a un infiltrado que entregó a sus compañeros para preguntarle qué dijo o qué dejó de decir.

Comprendí que no nos pondríamos de acuerdo, que acaso no podría ya decirme todo lo que sabía. Su versión idealizada había ocupado el lugar casi completo de la memoria. Ese desacuerdo no alteró mi gratitud por Charles, que estuvo cerca de nuestra familia, con generosidad, durante todos estos años.

Papá llamaba «*Don Eduardo*» a Eduardo Saguier. Lo retrataba como un caballero del siglo XIX. Repetía dos anécdotas de su bravura física: la noche en que embistió con su cabeza contra la infantería y el día que corrió a cadenzas a sus rivales internos del radicalismo.

Don Eduardo es un Saguier pobre y un historiador riguroso. Se doctoró en la Universidad Washington de San Luis, Missouri, con la tesis «*The Uneven Incorporation of Buenos Aires into World Trade Early in the Seventeenth Century (1602-42). The Impact of Commercial Capitalism under the Iberian Mercantilism of the Hapsburgs*». En 2007 subió a la red los cinco tomos de su monumental *Genealogía de la tragedia argentina (1600-1900)*, resultado de cuarenta años de trabajo. En el último párrafo de los agradecimientos menciona «al malogrado Jorge Sivak por haberme brindado sus desinteresados comentarios».

Entre las escasas entradas sobre papá que indexa Google, una corresponde a otro agradecimiento que Don Eduardo me hizo por haberle regalado un material que citó en su artículo «El terror internalizado en el mundo académico argentino. Sus orígenes remotos y sus fatales consecuencias». En ocasión de una mudanza invité a los amigos de papá para que se llevaran alguno de sus libros de recuerdo; Don Eduardo eligió el primer número de *Pasado y Presente* luego de la asunción de Cámpora. «Debo el ejemplar de este inhallable número de la revista *Pasado y Presente* a la generosidad de Martín Sivak, hijo de mi malogrado amigo Jorge Sivak»,

escribió.

En los dos largos encuentros en su oficina móvil —un bar desangelado a pocas cuadras del Jardín Botánico— olvidé preguntarle por esa forma de presentarlo: su *malogrado* amigo, mi *malogrado* padre.

Recordó la redada que los condujo a Devoto, en aquel local del barrio de Recoleta. Él quedó entre los detenidos porque tenía antecedentes policiales: «Si eras de la UCR podías hacer más quilombo, porque nadie pensaba que un radical podía ser guerrillero».

—Jugábamos al fútbol. En nuestra ranchada se hablaba de política y de teoría. El Gordo y el Colorado estaban bien formados. Esa era la marca del PC en tu padre. El *Colo* dominaba los clásicos del marxismo y hablaba mucho de la Segunda Guerra Mundial porque conocía bien todas las estrategias del Ejército Rojo. Tu papá era como su sombra, pero era más realista políticamente. Yo ni sabía que su familia tenía dinero y empresas.

Don Eduardo usaba una barba larga y tupida *alla* Marx-Engels. Unas gotas de salsa blanca de los canelones le colgaban de un manchón gris. Después de los recuerdos lúdicos, de la evocación de la amistad, eligió el arma de la crítica.

—En el grupo había un gran desprecio por la democracia. Había exitismo y aventurerismo pequeñoburgués. Hablaban de lucha armada, pero en esas conversaciones no me participaban. Elogiaban desmesuradamente al Che.

Eduardo reapareció en la vida de papá después del secuestro de Osvaldo. Junto con Martín Benedittini, otro amigo radical, intentó persuadir a sus correligionarios de exigir explicaciones por el Caso Sivak. Juntó firmas para una solicitada. Se enfureció al recordar a un diputado que dio la suya y luego la retiró.

Llegamos, sin querer, a los meses finales. «Creo que tu padre quería dejarle un buen recuerdo a sus hijos. Estaba obsesionado con eso».

Cada uno de esos encuentros cerró con una frase presuntamente tranquilizadora. Cuando la escuchaba en el momento, en sus breves variaciones, me tranquilizaba. Pero siete años más tarde, cuando las leo por última vez, noto que perdieron ese efecto.

Acaso el epítome del perfil del revolucionario haya sido «el Gringo». Cuando lo conocí, durante una comida en la casa de Charles, en 2004, había adquirido dimensiones legendarias.

Se llamaba César Dante Bortagaray López y formaba parte de Tupamaros. Hombre de campo y de origen humilde, una distancia social con el resto de los amigos de papá. Luego de su tiempo en la cárcel se exilió en Londres: allí vive hace cuarenta años, sin hablar una palabra de inglés, encerrado en una pequeña habitación, aún con las cinco balas en el cuerpo que le dispararon a principios de la década de 1970.

Sentado a la cabecera, dado su estatus mítico, aquella noche el Gringo habló, como los demás, de una cárcel ideal, un lugar hermoso de dicha y compañerismo. Pero superó a la media: primero, con sus críticas despiadadas a los Tupamaros, que entonces pugnaban por llegar a la presidencia del Uruguay con Pepe Mujica; luego con una suerte de exaltación del consumo en el Reino Unido. Él se privaba de todo, pero sus hijos accedían a múltiples bienes, y eso parecía gustarle más que Mujica, blanco de sus futuras reprobaciones. Algunos amagaron con criticarlo, pero se impuso su categoría de intocable. De postre comimos helado.

Seis años después de aquella cena le escribí un correo electrónico para preguntarle por los meses en Devoto y por la relación de papá con los Tupamaros. No se acordaba de nuestro encuentro.

Transcribo algunos fragmentos sin modificar su ortografía.

«Hola Martin!

Empieso por pedirte disculpas por mi mala Ortografia y puntuacion. la verdad nunca domine la Granatica ni la linguistica del castellano sevantino. Nasi muy lejos de los sentros de la Educacion formal...este asunto no me apena... Te digo Compañero Martin, producto de las viavas tengo hoy serios problemas de Memoria [...] Cuando abri tu correo y lei que nos aviamos visto una ves, no lo recordava estuve horas sentado frente a la pantalla... apague la maquina y me fui a la catrera, con la sabeca caliente como pa freir un huevo. no se si me dormi o cuchile, lo sierto que abri los ojos y ya savia cuando nos aviamos visto, fue en mi primer encuentro con el Turco en Baires y otros militantes del 60...empese a especular, y me dije Martin a tenido esito en todo lo que se a propuesto, pese a esto a yegado a un punto

que encuentra un bacios, y este vacio es la memoria de su padre. Cuando Muere un cro. o cra. escriben unas memorias que pintan al muerto, como que fue un santo baron rebo. me calientan estas cosas por que son mentiras, cuando estos compañeros Muertos vivian, todos aviamos partisipado en la lucha interna, abriendo el bentilador para tirar mierda a diestra y siniestra. pienso que este asunto es una ipocrecia... las alabansas al muerto es un claro intento, indireto de mostrar que estaban relacionados con un santo baron combatiente. me siges...? ¿...yo obcervasba el grupo y beia resaltar al gordo Sibak y el Colorao Teste. A tu viejo sele decia el gordo...y siempre andava con una parte de la camisa fuera de su lugar... ahora ya son casi las 3 de la matina y m voy a dormir. vien te contare el resto si me dices que lo que te cuento pueda servirte, sino no bale la pena emborronar cualtillas.»

A los pocos días me mandó una segunda tanda de recuerdos.

«Hoy estoy mas tranquilo, me fui a pedirle un poco de Tabaco a un vesino, y aqui estoy contigo. Empesando por la Carsel Deboto pabellones FG... Jorge Sibak y el Colorado Teste, asian relaciones publicas. fue pasando el tiempo yo escuchava y obcervava a todos y cada uno pero como no abria la boca. El gordo me ba[u]tiso: El Salvaje. algo que me entere mucho despues. Secedio la orga tupa toma la ciudad de Pando, y ami me causo mucho dolor la muerte de compañeros. el grupo seme aserco, y ahi fue que se rompio mi clandestinidad entre eyos. en los debates mostravan cer gente informada,ademas alegres en las guitarreadas. Tube creo una o dos visitas y en una resivi un caramelo del Bebe Sendic [un mensaje del jefe tupamaro] donde me decia que bolviera que me presisava... [años más tarde] no puedo recordar como fue que retome el contacto con el Gordo Sibak. pero rescuerdos dos reuniones, en la primera le plantie el asunto Infraestructura... disponiamos de algunos pesos, ho Dolares? ya traia la Solucion. Semontaria una Inmoviliaria, vien legal, que se encargaria de la compra venta de, Apartamentos, casas, tierras etc. En esta Inmoviliaria deviamos poner un Compañero/a. que devia seleccionar lo que sirviera, para nuestros fines, estos Inmueble o lo que fuera no quedaria en los Libros. etc etc presisavan un monto inicial, y me dijo un numero en dolares. Que era

mucho menos de lo que yo pensava. la gente que se iba a ser Responsable, era gente legal de negocio. lo que presumi que no eran compañeros, pero si de confianza. daban un plazo para devolver el dinero. obviamente ellos se quedarían con la Infraestructura del negocio, pero Nosotros seguiríamos con la tarea de rutina. me pareció un buen Negocio, y solo plantié a la dirección tupa de aquel Momento, y seguramente que les pase el contacto con Jorge... Recuerdo otra de Jorge. No sé en que Momento supe que Ataliva Castillo, otro Peludo [hombre de campo] del Bebe Sendic, habían tenido que rajarse del cantón... recuerdo que llegamos al barrio de 11. Aquí el gordo alojó a Ataliva. ...como podrás darte cuenta Jorge estuvo muy ligado a los tupas...»

Cerró su correo con un comentario mucho más personal.

«Lo cierto es que yo vivo con los Muertos Hombres y Mujeres. siento los ojos y los beo como una larga columna, los veo como en una película en blanco y Negro, los veo jóvenes y siempre sonrientes, no recuerdo sus nombres Yutos (Documentos falsos) ni sus Seudónimos. y me a pasado, que algunos de estos los he buuelto a ver en Montevideo o en mis andares por el norte cañero. están vivos pero muy viejos, y yo también ya pasé los 70. soy del año 39. Por el asunto de la memo fui al Psiquiatra. después de muchas sesiones, me dijo que tenía un bloqueo. que seguramente cuando yo me sintiera tranquilo, seguramente me desbloquearía. Martín, querido Hermano. a veces no es fácil comprender... La vida de lucha es muy complicada Hermano. te cuento, últimamente cuando participaba en un Operativo, sin desconfiar a nadie separaba una Munición, Para mi tranquilidad así mucho que me había propuesto, no entregarme ni Erido. creo que esto es la primera vez que lo cuento. Si vuelvo y voy a Baires te lo voy a contar. Abrazos. Dante.....»

Como parte del city tour de amigos de papá, me reuní también con Mirta

Fabris. Antes de despedirnos, en la puerta del Café de los Angelitos, le agradecí por su tiempo. «No es mi tiempo: es mi vida», me contestó conmovida. Ya habían pasado dos horas desde que se había sentado y me había contado que en la Universidad de Lanús trabajaba con los estudiantes que no pueden terminar lo que ella no pudo terminar en la década de 1980: su tesis doctoral.

Además de haber sido compañera de papá en la Gremial y de haber actuado como su abogada cuando estuvo preso en Trelew, tuvo un papel involuntario en la familia: los presentó a Osvaldo y a su socia en el estudio, Marta Oyhanarte. Quedó en el medio de lo que llamó la pelea «feroz y terrible» entre Marta y papá. Al hablar de eso se le nublaron los ojos. «Intenté mediar: tu papá fue receptivo; Marta fue irreductible».

Según su interpretación, Marta quería terminar con el funcionamiento de clan de la familia: sin Osvaldo no había razón para que participara de esa dinámica.

—¿Cómo era lo del clan? —le pregunté.

—Yo lo percibí cuando era abogada de tu papá. Una vez le pregunté a tu abuela Victoria por qué tenían tres hijos y dos autos: podían tener un auto para cada uno, o uno solo para todos. Me dijo que tener dos los obligaba a ser interdependientes.

A mediados de los '80 papá le mostró el nuevo microcentro, desconocido para ella después de diez años en Suecia y México. Los cables de las cuevas financieras formaban parte del nuevo paisaje urbano. Mirta notó más distancia entre los hermanos, quizás producto de las ideas diferentes que tenían sobre el banco y sobre la empresa familiar. A los pocos meses, después del secuestro de Osvaldo, se instaló en El Bolsón por cuatro años. En 1989, con la vuelta del peronismo al gobierno, se reinsertó política y laboralmente: llegó a directora nacional en el Ministerio de Educación.

Mirta terminó por definir a papá como un romántico. «Un romántico como yo». Dijo cien veces que era muy querido por todos, y muy querible. Habló de sus imperfecciones. De su humor. De su vitalidad. Aventuró que papá se suicidó para salvarnos a nosotros. Que en su locura intuyó que, si él se iba, con eso borraba todo, y nosotros podríamos salvarnos.

El procedimiento se hizo rutina. Llegaba a un bar o café, me encontraba con un amigo o amiga de papá y le preguntaba por él. En general, yo hablaba poco y escuchaba, como si el objeto de estudio fuera ajeno. A veces anotaba en un cuaderno.

León Pomer, el historiador y autor del clásico *La guerra del Paraguay*, me citó en el café Británico del Parque Lezama a las 11 de la mañana de un martes de septiembre de 2010. Caminó desde La Boca porque, explicó, era la mejor manera de llevar sus ochenta años.

Le pregunté si tenía las transcripciones de las entrevistas que le habían hecho a Lanusse, con papá, y si habían llegado a escribir algún capítulo del libro.

—Nunca planeamos escribir un libro, nunca grabamos las entrevistas. Eran reuniones políticas.

Acaso enmudecí porque León siguió hablando:

—A tu papá le interesaban los jefes militares, hablar de política con ellos. Y a los jefes militares les interesaban esos encuentros y asados.

Según Pomer, en las reuniones se hablaba muy poco del gobierno de Lanusse. Discutían sobre la coyuntura nacional e internacional. Corría 1984, 1985. Lanusse intercalaba elogios y críticas leves al gobierno de Alfonsín, pero se enfurecía al hablar de la corrupción durante la última dictadura militar. «Hay oficiales del Ejército que toman el té en vajilla robada», repetía prácticamente cada vez que lo veíamos.

—Lo más impactante —contó Pomer— era que Lanusse estaba abrumado por cuestiones personales. Principalmente se sentía en deuda con su esposa por la mala vida que le había dado. Parecía solo y necesitaba un lugar de contención y catarsis. Creo que se sentía a gusto con nosotros. Lloraba miserias por su situación económica. Algo no funcionaba en la empresa familiar, donde él tenía una oficina. Tu papá salió de garante en una operación que no recuerdo.

Al igual que a buena parte de sus amigos, papá le ofreció a Pomer un trabajo en Building, que rechazó porque no era su *métier*. También lo hizo partícipe de reuniones de negocios: compartió una cena con él y Manzano en un departamento de la avenida Santa Fe donde se habló de inversiones financieras. Eran las mezcolanzas que tanto le gustaban.

—Tu viejo era afectuoso y sabía demostrar el afecto —me dijo y se fue.

Imité a León: caminé solo desde el Parque Lezama hasta la Facultad de

Derecho, durante más de una hora. Estaba sorprendido con la módica revelación —papá no entrevistaba a Lanusse para un libro— y la puesta en escena, la cobertura: las reuniones con un historiador para darle verosimilitud.

Como autor de *La Fede: alistándose para la revolución, la Federación Juvenil Comunista (1921-2005)* y de *El oro de Moscú: historia secreta de la diplomacia, el comercio y la inteligencia soviética en la Argentina*, Isidoro Gilbert era una consulta imprescindible para mí. Papá aparece mencionado en *La Fede*; Samuel, en *El oro de Moscú*. Le escribí para tratar de entender mejor la relación de mi abuelo con el PC, pero terminamos hablando de papá en el bar de un hotel cerca de las avenidas 9 de Julio y Belgrano.

En su condición de máximo especialista en el PC, sostuvo que papá fue un *record-man*. «Es el único que yo haya conocido de los 5.000 integrantes de la Fede que se fue pero siguió colaborando financieramente con aportes para las campañas o para cualquier necesidad del partido. No eran negocios: eran aportes individuales».

Recordaba un cita con él en 1987, en una oficina de la calle Arenales. «Me presentó al coronel [Enrique] Schinelli Garay. Tu padre propiciaba una alianza entre civiles y militares, entre militares y dirigentes políticos. A mí me llamó como si yo hubiera sido un *contact-man* del PC. Pasé el mensaje. Pero no hubo recepción».

En marzo de 2004 Claudia Piñeiro lloró al recordar a papá en el bar Montecarlo, de Paraguay y Ravignani, en el barrio de Palermo. No la veía desde el velatorio.

En el historial de correos electrónicos no ha quedado registro de la génesis del encuentro. Claudia había publicado cuentos y una novela. Me

contó que también había escrito algo sobre él y me prometió que algún día me lo mostraría.

Le mandé mi breve semblanza de papá, que es el capítulo dos de este libro. Contestó días más tarde.

«Martín, leí lo que escribiste y es como si hubiera tenido a tu papá otra vez acá. Te digo en qué: en su pelo duro y opaco (no sabía que era porque no usaba champú), en su risa (me la acordé como si hubiera dejado de escucharla ayer, que terminaba irremediablemente en una tos imparable), en esa frase después de la interpelación a Tróccoli «me mandé una travesura» (acompañada seguramente por esa risita y los ojos brillosos, como si lo que más disfrutara fuera eso, la travesura inocente), en su séquito de marginales entre los que me incluyo. [...] Su vida, y sobre todo sus contradicciones, darían para una guion cinematográfico.

Un beso, Claudia.»

En la posdata contaba que, al regresar a su casa, se había enterado de que habían reconocido un cuento suyo con una mención en un concurso de la Fundación Avon. «Soy la eterna mencionada», acotó. «Siempre estoy ahí pero nunca gano». Eso cambió poco después: en 2005 ganó el Premio Clarín de Novela por *Las viudas de los jueves*, un libro que consiguió ventas extraordinarias y sobre el que se hizo una película.

La historia termina con un suicidio colectivo. Durante la crisis de 2001, tres hombres de dinero, con vidas de *country clubs*, deciden electrocutarse en una piscina para que sus familias puedan cobrar un costoso seguro de vida. Lo hicieron como una forma de salvarlas y de salvarse a sí mismos también.

En noviembre de 2010 me encontré con Claudia para hablar de su paso por el banco y de la vida de papá. En la mesa de al lado, en el café del Museo de Arte Latinoamericano, la entonces primera dama de la provincia de Buenos Aires, Karina Rabolini, conversaba sobre un emprendimiento de belleza.

—Una tarde, antes de ir al programa de Neustadt, tu papá me dijo que cuando fuera famosa debería acordarme de algo: en las entrevistas no hay que contestar las preguntas sino decir lo que uno quiere decir.

Se acordó de la sugerencia después de ganar el Premio Clarín.

Cuando Claudia entró a Building, su vida nada tenía que ver con la literatura. Se había recibido de contadora con honores y por su trabajo llegó a auditar la empresa; pronto papá le ofreció un cargo jerárquico: la número tres del banco, con un salario que consideró una fortuna.

Ingresó al mundo de papá en el momento más álgido del conflicto con Marta Oyhanarte. «Me impactó mucho el día que Marta se llevó los cuadros de la oficina. Marta presionaba mucho para que tu padre le comprara su parte y le terminó pagando mucho más de lo que valía. Esa operación hizo aún más inviable la empresa».

En mi recuerdo, papá elogiaba mucho a Claudia: le parecía inteligente, trabajadora y buena persona. Decidió entregarle su confianza. «Un día —me contó ella— lloró sobre mis hombros: estaba muy afectado por algo del secuestro de su hermano. Me quedé dura y no pude tener ningún gesto: en ese mundo tan machista en el que estaba, trataba de poner distancia». Esas dificultades la hicieron arrepentirse de haber perdido el contacto con papá después de su salida del banco.

Nos encontramos por tercera vez en La Biela, de la Recoleta. Tomaba una Coca Light y contestaba preguntas por teléfono sobre el premio Sor Juana Inés de la Cruz que le acababan de dar. Me entregó, con cierto pudor, el texto sobre papá que había escrito en 1991, el año que dejó de ser contadora. «Es la historia de un hombre que se suicida contra su padre».

El cuento es un retrato de papá con una especulación final: las alucinaciones que tuvo y las ideas que pensó el día que se quitó la vida. Una voz de papá. Copio algunas frases:

«Si el banco quiebra no voy a poder pagar el rescate de mi hermano... Si el banco quiebra voy a ir preso otra vez, pero el Viejo no me va a sacar, está totalmente decepcionado de mí.»

«Pobres Nora y los chicos, no les va a gustar lo que voy a hacer.»

«¿El Colorado y mi hermano estarán en la misma tumba?»

El cuento termina con la descripción de Samuel en el velatorio:

«Estaba sentado rígido en una silla, ayudándose con el bastón. No derramó una lágrima. Sólo lo escuché dirigirse a uno de sus empleados. “A ver si lo convence al juez para que me deje entrar. No sé qué tanto lío hace, con mi otro hijo era distinto, a él lo asesinaron, pero esto es un suicidio. ¿Qué más vuelta quiere darle? Presiónelo, dígame que todas mis medicinas

quedaron adentro y si no las tomo puede ocurrir una desgracia”.»

Hablamos sobre el funeral, pero no mencionó a mi abuelo. «“Tu papá — te dije— era muy buena persona.” “Eso ya lo sé”, me contestaste».

El contador José Luis Greco trabajaba con Claudia en Arthur Andersen. Como ella, pasó de auditor de Building a empleado jerárquico: llegó a gerente general y se quedó hasta el final. Reconoció el cuerpo de papá antes de que se lo llevara la ambulancia y le dio la noticia de la muerte a mamá. Tenía treinta y dos años.

Nos encontramos en El Galeón, de Gurruchaga y Santa Fe, en Palermo, cuatro días antes del vigésimo aniversario de la muerte de papá. Más canoso y más pelado, conservaba algo de aquel joven pulcro que había conocido: se levantaba el cuello de la camisa para que pareciera recién planchada. Lo reconocí en ese gesto. Había seguido su carrera: pasó por el Citibank, el HSBC y el Banco Provincia.

Empezó la charla armado y locuaz.

Defendió el banco como quien defiende su obra: aseguró que era viable, que tenía buena cartera de crédito y sucursales; que algunas iniciativas habían salido bien, como la tarjeta de crédito Argencard y la línea de préstamos Building Plan. «Estaba desfinanciado por algunos malos negocios y por los malos interlocutores que traía tu papá. Tenía un estilo que no acompañaba. Era demasiado buen tipo para ser banquero. La gente abusaba de eso. En el fondo, lo que él más buscaba era la afinidad con las personas. Conmigo la encontró en el fútbol».

Con él y papá habíamos seguido a Independiente. En aquellos años, cuando el club era todo para mí, presumía que también lo era para José Luis. Papá llamaba a su casa los domingos para arreglar horario y lugar de encuentro. Si atendía la esposa, la saludaba y luego le pedía por el marido: «¿Me pasás con el indolente?». En la cancha abandonaba esa indolencia.

En nuestro encuentro de diciembre de 2010 hablamos de Independiente, que jugaba esa semana la final de la Copa Sudamericana, el primer evento copero relevante después de años de campañas magras. Supe así que, mientras yo abandoné la cancha por dieciséis años, él siguió yendo. Días después, por separado, vimos en el estadio la final de la Copa Sudamericana en la que Independiente le ganó por penales al poderoso Goiás.

Y de pronto, de la nada, cuando volvimos a hablar del banco, José Luis se derrumbó.

—Tu papá volvió muy mal después de tu operación de tobillo. Siento que en ese momento lo perdimos —dijo, y empezó a llorar.

No tenía pañuelos. Usaba servilletas pequeñas y casi impermeables del bar donde Jorge Asís escribió su *Cuaderno del acostado*. Cuando se recompuso, agregó:

—La situación del banco se podía pelear. Pero él tenía que estar bien.

—José Luis, el banco no tenía salvación.

—Puede ser. Pero la caída fue ordenada.

Le gustó la frase: la repitió.

—La caída fue ordenada. La caída fue ordenada.

Él había administrado esa caída. A pesar de que papá le retiró la confianza mientras la ordenaba.

—Empezó a tener miedo y a desconfiar de nosotros. Me preguntaba por cosas que habíamos hecho juntos como si no supiera cómo habían pasado. No me di cuenta de que estaba tan mal... No me di cuenta hasta que lo vi muerto...

Y volvió a llorar, desconsoladamente.

Yo conocía las razones de la desconfianza de papá: creía que tanto él como Guillermo Lizaso —otro jerárquico de la empresa— se habían llevado dinero del banco. Le propuse a José Luis (que seguía en contacto con Lizaso) que nos encontrásemos los tres.

Un par de noches antes de la Navidad me citaron en La Posta de los Galanes, a pocas cuadras de la cancha de River. Lizaso llegó media hora tarde. Vestía una camisa blanca con bastones rosados; de su cuello colgaba una cadena de oro y junto al reloj tenía una cinta amarilla, al estilo de los hoteles *all inclusive*.

El hombre pelado y barrigón que apareció era una versión desmejorada del joven entusiasta que había visto por última vez en una cena para diplomáticos en los jardines de casa. Para divertirse, para probarme y porque desconfiaba un poco, papá me había pedido que le contara qué cosas hablaba Lizaso con el embajador de Yugoslavia. Así debuté como fisgón a los catorce años.

Contó Lizaso que en las dos décadas que pasaron entre las dos comidas había formado una familia, había tenido un cargo técnico en el gobierno de Menem y había asesorado al gobernador Horacio Massaccesi en el Banco de Río Negro. Luego se había independizado, había creado su propia consultora.

En la lotería de Google encontré referencias anónimas a esa firma:

«La empresa IDN Global, cuyo “presidente” es Guillermo Lizaso, no nos ha cancelado el respectivo salario de los últimos 6 meses. son unos chantas ladrones, empezando por Lizaso.

Anónimo dijo...

Lizaso es un chanta que empieza una empresa y en tres meses la funde, y a los tres meses empieza otra. Algunos lo involucran con una constructora que no existe y otros con un hospital, pero es una vergüenza argentina más que este ladrón ande suelto.»

Un tic de Lizaso puntuó la conversación: empezó y terminó la mayoría de sus frases del mismo modo. «Yo te voy a explicar», abría; y remataba «¿me entendés?».

Así:

«Tu papá era un tipo de un código que nunca volví a ver. Una de sus reglas era no pisarle la cabeza al que está mal. Pasó con [el banquero] “Jackie” Finkelstein. No lo ejecutó y le perdonó la vida. ¿Me entendés?»

—Yo te voy a explicar algo de tu papá: era un tipo muy noble. Tenía dos problemas: pensaba negocios muy grandes y pagaba de más los favores. Cuando empezaba con los negocios de 10 millones le decía que había que empezar con uno de 7 y que para llegar al de 7 había que arrancar con uno de 4 y llegábamos hasta lo que yo quería: negocios de 150.000 dólares para llegar a los 10 millones. Y si estábamos en un café me pedía que le pagara porque había salido sin plata. En su escritorio de Vicente López una vez hablábamos de un negocio de, ponele, 15 palos. Cuando levantó los pies vi que tenía cuatro papas [agujeros] en las medias. ¿Me entendés?

—¿Por qué pagaba de más los favores? —le pregunté.

—Muy fácil, yo te voy a explicar: a Lamédica se le hicieron muchas cosas, por ser el tipo de Manzano, pero en realidad tu papá ya le había devuelto los favores a Manzano. Le pagó de más a Manzano.

Cuando empezó a trabajar en el banco, Lizaso no sabía que su padre había sido uno de los socios de Samuel, Marcos Bedzrodnik. Era hijo de madre soltera y sólo lo había visto a su padre cinco veces en su vida. La historia familiar de Lizaso. «Sos idéntico a Don Marcos», le decía papá antes de saber quién era su padre. La madre de Lizaso le contó que Marcos se peleó con Samuel. «Lo cagó, me dijo», evocó Lizaso en la cena. Marcos terminó en la pobreza. Lizaso dijo que él, en cambio, empezó en la pobreza:

—Yo, en 1973, vivía en un conventillo y estudié gracias a las Becas Manrique. Tanto él —miró a Greco— como yo venimos de los sectores más bajos.

Esa noche José Luis no lloró; en cambio, sudó sin parar. Un par de veces se le enrojecieron los ojos; los controló mejor que sus poros. Acaso por el pudor que le hubiera provocado lagrimear frente a Lizaso.

Les pregunté en qué se habían equivocado ellos.

—Nosotros no supimos parar a tu papá —contestó José Luis—. Al principio, ni se nos pasaba por la cabeza porque éramos muy pichis.

—Cuando lo enfrentábamos, tu viejo se rajaba —siguió Lizaso—. Faltó un tesorero firme que dijera que no a los negocios absurdos.

Esperé, con nervios, el momento adecuado para sacar el tema más complicado: las razones de la desconfianza de papá, por las cuales congeló su relación con Greco en los últimos meses de su vida.

—Ustedes saben que papá se molestó por el fondo de reserva que llevaba José Luis, ¿no? Porque ustedes dos lo manejaban discrecionalmente.

Ese dinero no declarado estaba destinado a algunos negocios, pagar parte de los sueldos en negro, aumentar los patrimonios individuales y, en caso de quiebra y juicios, financiar abogados y meses de desempleo.

Se hizo un silencio que nos alertó sobre lo que sucedía a nuestro alrededor. Eran los días previos a la Nochevieja, y algunas mesas reproducían el clima festivo general, con rondas de chistes de compañeros de trabajo.

—Yo tengo la conciencia tranquila —Greco fue el primero en rehacerse—. Escuché eso, sí; sé que muchos me miraron. Pero usé el fondo para pagar los sueldos en negro, incluido el de tu papá en el último tiempo, y la parte de la seguridad del banco que se pagaba en negro. Reconozco que yo disponía de fondos de los que tu papá no estaba al tanto, pero él nunca me hizo un reproche.

—Mirá, yo te voy a explicar —siguió Lizaso—. José Luis se portó tan bien que, cuando le dije a tu papá que otros se la estaban llevando con pala y nosotros nada, y que íbamos a tener que aguantar la que se viniera, él no me dio bola.

—Yo no me quedé con plata —insistió José Luis—. Todos seguimos siendo empleados y ninguno se hizo millonario. En esos años crecí económicamente, pero después crecí por mi trabajo en el Citi y el HSBC. Yo pude haberme hecho millonario con... ¡Los riesgos que corrí por hacer

algunas cosas! Viví al filo de la navaja. Era más inconsciente. Tenía, pensá, treinta y dos años y hoy estoy seguro que no lo haría. Pero a la vez fueron los años más interesantes de mi carrera.

Lizaso acotó que él no tomó las decisiones en los peores negocios del banco. José Luis aludió a los insidiosos que «le llenaron la cabeza» a papá. Lo contradije:

—El que desconfiaba de vos *era* papá. Y, como sabés, él no era de desconfiar.

El tema se desvió a los problemas legales que debieron afrontar después de la caída del banco. Ambos estuvieron procesados durante años por una causa derivada de la mesa de dinero: se los acusó de formar una asociación ilícita.

En el momento en que José Luis empezó a contar cómo le explicó a mamá que papá se había suicidado, el mozo llegó con tres copas de champagne para un brindis de fin de año.

En el silencio incómodo que se hizo, pensé en la lealtad, en su uso plástico. Si nueve veces se actúa con lealtad y una con deslealtad, ¿cómo se computa? ¿Existe la lealtad impura, la lealtad del 90 por ciento? ¿Era ese el número que le correspondía a José Luis?

Durante un cuarto de siglo tuve sentimientos contradictorios con él. En la comida, al verlo a Lizaso en todo su esplendor, me aferré a la hipótesis benevolente de papá: que Lizaso era una mala influencia para José Luis.

Esa noche pagaron mi parte de la cena a medias.

Años más tarde José Luis vino a la presentación de un libro mío en la Universidad Torcuato Di Tella. Se sentó al fondo. No lo reconocí hasta que se acercó a la testera con un regalo: la entrada a la despedida de Bochini que sucedió un año después de la muerte de papá. Habíamos ido juntos. Me pasó el teléfono de su celular. Su estado de WhatsApp permanece inalterable: «Siempre adelante».

En la primavera de 2010 el psicoanalista de papá, Hugo Bianchi, me atendió por teléfono con la compostura fría de un especialista en salud

mental. Aceptó mi pedido de cita. Me dio su dirección. Horas más tarde la perdí. Debí llamarlo para admitir mi problema. Mis problemas.

Llegué puntual al mismo edificio de la Recoleta que papá visitó entre 1984 y 1990. Cuando Bianchi abrió la puerta de su consultorio, no lo reconocí. Sólo lo había visto el día del suicidio: vino a darnos el pésame.

Pasamos dos tardes hablando de papá. Me impresionaron la precisión y el detalle de sus recuerdos después de veinte años. «Era una persona especial», me dijo. A lo largo de toda su carrera fue el único paciente que se quitó la vida.

Bianchi grabó la conversación para una ponencia o para un texto académico que planeaba escribir. Al pasar la cinta, me incomodó escuchar la voz de un desconocido hablando con un conocimiento tan minucioso de papá. Suponía que los hijos teníamos el monopolio de su drama.

Papá empezó el tratamiento en 1984 cuando volvimos a vivir en Buenos Aires.

—Uno de los primeros temas que trajo, porque lo angustiaba mucho, fue el conflicto de la Minera Luminé. Decía que la familia había puesto en marcha esa empresa, financiada por el PC, pero que era muy difícil de manejar, que había que poner el cuerpo. Dijo que las acciones habían quedado en garantía en las oficinas del PC y que se las robaron y nunca las devolvieron. La que seguía muy ligada al partido, o mejor dicho al comunismo, a pesar de esto, era la mamá. Era, para él, la pureza y la fuerza ideológica. Lo vimos muy claramente cuando años después lloró en la sesión el día que sacaron la hoz y el martillo de uno de los países del bloque soviético. La hoz y el martillo era la madre. El interés por la plata —y los negocios con el PC— era el padre.

Desconocía por completo esa distinción, pero me resultaba totalmente verosímil: Victoria, la hoz y el martillo; Samuel, los negocios. Dos de las grandes encrucijadas en la vida de papá.

En esa conversación con Bianchi supe de algunos conflictos con mi tío antes del secuestro.

—Me parecía que Osvaldo lo tenía cagando en Building: se quejaba de las cosas que Jorge hacía. Y Jorge decía que Osvaldo no tenía visión de futuro. Ese año, 1985, habían tenido discusiones fuertes. Una de ellas fue porque tu padre quiso que tuvieran custodia y otra por unas vacaciones. Él se sentía culpable porque no lo habían secuestrado a él, pero también por la

mala relación en el último tiempo.

—¿Era una culpa parecida a la de haber sobrevivido a su mejor amigo desaparecido?

—Tenía otra intensidad, pero había algo en común: en los dos casos apareció *Barrabás*. Hablamos mucho sobre esa novela.

La novela de Pär Lagerkvist se basa en la narración bíblica. Comienza con la salvación de Barrabás, mientras Jesús muere a su lado. La crucifixión del otro lo persigue y lo llena de culpa; por último, termina por ahorcarse.

—¿Comentaron el final?

—No. Hablábamos sobre la situación de mucha angustia que él tenía. Además, veía el secuestro como el inicio de una serie de ataques contra la familia.

Bianchi también me contó detalles que ignoraba, que ni siquiera me imaginaba.

Papá no hablaba con Bianchi del dinero que ganaba, ni de la manera en que lo ganaba. Tampoco del uso que le daba. Bianchi se sorprendió al conocer nuestra casa: nada tenía que ver con la propiedad discreta a la que hacía referencia en las sesiones.

Le pregunté por las razones del suicidio.

—Tenía un miedo visceral a la cárcel. Pero nunca habló del suicidio. Nunca. Jorge tenía una tendencia maníaca. A acelerarse.

Bianchi cree que, además de ese temor, se sintió abandonado por su papá y su hermano.

—Estaba muy enojado con Samuel por su alianza con Marta Oyhanarte. Pero nunca lo pudo confrontar.

Para Bianchi, el lugar del suicidio —la habitación del hermano menor en el departamento del padre— fue su mensaje final. «Dijo todo al tirarse por esa ventana. Fue como una última nota».

—No me queda claro qué nos dijo a sus hijos.

—Según los especialistas, el suicida, en realidad, no se está matando, está matando algo con lo que está muy enemistado de él mismo. La idea de que el resto sobrevive. Tengo la sensación de que pudo haber como intencionalidad de salvarlos.

—...

—Quedaba como el gran culpable... La confusión de él era muy grande, un grado casi neurológico de desorganización. Durante las sesiones se

levantaba y caminaba por el consultorio. Una tarde, sin querer, rompió una escultura y se puso muy mal. No sé si él pensó o no en ustedes cuando se mató, porque puede ser muy confuso. Como no podía salvar todo quería que se salvaran ustedes... Jorge tenía la sensación de que la familia era lo mejor de su vida.

Le propuse el juego —poco recomendable— de hacer historia contrafáctica:

—¿Qué lo hubiese salvado?

Pensó un momento.

—Una salvación posible hubiese sido irse de Building o vender Building. Building era el gran problema.

Encontré en un baúl de la vieja casa familiar una carta de una pareja de chilenos que habían sido los caseros de la quinta familiar de Ingeniero Maschwitz. Después del secuestro de Osvaldo casi nadie la usaba. Vagamente recuerdo que alguna vez habían tenido una pelea feroz entre ellos y papá ofició de mediador.

La carta está dirigida a mamá como «Vda. de Sivak».

«Su distinguido señor esposo fue para nosotros uno de los seres humanos más respetables y buenos que hemos conocido en nuestra vida. Él tenía algo especial que a veces es muy difícil de definir, ese algo que hace que el ser humano traspase las barreras sociales, del dinero, de la posición para ponerse en el lugar del otro, para ayudar o para consolar. Ese tipo de ser humano fue su esposo, para nosotros, por tantas situaciones emocionales que vivimos junto a él, en que se manifestó su bondad y deseos de ayudar, que a pesar de nuestros errores lo pudieron afectar en algún momento, siempre se mostró llano a conversar a compartir nuestros pensamientos y nuestras dudas de personas... Siempre pensamos que si alguna vez volvíamos a Buenos Aires, lo primero que íbamos a hacer era ir a saludarlo y decirle que ahora sí que era verdad que estábamos muy bien y que él de alguna manera en su momento contribuyó para que eso sucediera».

Invitado por papá, en esa quinta pasó sus vacaciones el subcomisario

Carlos Alberto Moreschi, uno de los policías a cargo de la investigación del Caso Sivak. Siguió líneas que molestaban a su fuerza y al Ejército, dio testimonio en sede judicial e hizo declaraciones públicas. Papá lo elogiaba. Contaba que la Policía Federal le había aprobado un presupuesto que equivalía a cinco cenas. La familia le dio fondos para costear su trabajo.

El subcomisario venía muy seguido a casa. Papá lo llamaba «Carlitos». Usaba la camisa siempre en el pantalón, el bigote tupido, los mocasines con un detalle de metal plateado. Sus únicos ornamentos eran el rosario de perlas blancas que se asomaba en su pecho y su arma. Fumaba. Era muy religioso y tenía siete hijos. Simpatizaba con los carapintadas y se decía amigo de Seineldín. Le decía «el Turco».

Una noche Moreschi se desmoronó en el living de casa. Yo no estaba presente. Les contó a papá y a mamá que estaba en tratamiento psiquiátrico, que tomaba pastillas para dormir. Oficialmente, había participado en el Operativo Independencia en el monte tucumano.

Mamá no me contó si dio más detalles. Pero Moreschi empezó a compartir esa angustia, la angustia del que mató o del que vio matar y del que torturó o vio torturar. No hay certezas sobre eso. Por su *performance* en el caso Sivak había quedado en el imaginario mundo del bien. Pero no lo estaba.

Cuando papá le prestó la quinta lo fuimos a visitar. Eso suponía una proximidad: habíamos saltado el muro del trato profesional para sumar a Carlitos al universo de las amistades de papá.

Intento entender el dilema. Papá creía que no podía perder al único subcomisario predispuesto a avanzar en serio con la investigación del secuestro de su hermano. Pero podía evitar esa intimidad. O que nosotros la tuviéramos.

Lo crucé una sola vez después de la muerte de papá. Guardé pocos recuerdos de aquel encuentro. Me habló de una hija que, creo, pensaba en hacerse monja.

Cuando en 1995 el ex capitán Alfredo Scilingo le contó a Horacio Verbitsky sobre los llamados «vuelos de la muerte» creí ver a Moreschi. Su parecido físico, el sentimiento de culpa.

En su perfil de Facebook no quedaron rastros de aquel desasosiego que compartió en el living de casa. Decidió reivindicar su obra en el monte tucumano.

Con mayúsculas, como gritos, escribió en el invierno de 2014:

ESE MES DE JULIO [de 1974], EL DIA 2, COLOCARON UN ARTEFACTO INFERNAL, EN EL COMEDOR DE LA SUPERINTENDENCIA DE SEGURIDAD FEDERAL.-MURIO PERSONAL DE TODAS LAS JERARQUIAS, CIVILES E INVITADOS.-MUCHOS QUEDARON MUTILADOS, CIEGOS, CON TERRIBLES QUEMADURAS.-NOSOTROS ESTABAMOS TRABAJANDO EN EL MONTE DEL ACONQUIJA.-SOLO CUANDO BAJAMOS A NUESTRO ACANTONAMIENTO, EL RI [Regimiento de Infantería] 19, RECIBIMOS LA NOTICIA, FUE MUY DURA PERO RETEMPLO NUESTROS ESPIRITUS PARA ACABAR CON EL TERRORISMO.- ESE MISMO AÑO, DEJO DE EXISTIR LA COMPAÑIA DE MONTE «RAMON ROSA GIMENES», COMO TIEMPO ANTES HICIERAMOS CON LA ORGANIZACION MONTONEROS, QUE ACTUABA EN LA ZONA DEL DIQUE EL CADILLAL.- SUBCOMISARIO PFA [Policía Federal Argentina], VETERANO DE LA GUERRA CONTRARREVOLUCIONARIA.

Había creado un cargo por fuera de su institución, «veterano de la guerra contrarrevolucionaria». Subió fotos suyas en el monte tucumano y escaneó el poster del grupo de la Policía Federal con el que actuó: Los Pumas. Los seudónimos de algunos podían inspirar miedo —Cuchillo, Coyote— y los de otros, todo lo contrario: Palomo, Mosca. El suyo era fácil de reconocer: Carlitos.

En su página se pueden leer textos de autoayuda, contemplar paisajes cuyanos, leer o releer algunas definiciones sobre el amor, conocer su religiosidad y, cada tanto, sus puntos de vista sobre la lucha contrainsurgente.

En febrero de 2015, con la muerte del fiscal Alberto Nisman en la agenda pública, sumó una advertencia: la posibilidad de volver a empuñar las armas.

25 de febrero de 2015:

QUE NADIE TEMA UNA RESISTENCIA ARMADA, EN LA RETIRADA DEL KIRCHNERISMO.- PARA USAR UN ARMA HAY QUE ESTAR ALTAMENTE INSTRUIDO, ADEMÁS TENER MOTIVACIONES PROFUNDAS PARA ARRIESGAR LA VIDA, Y LOS DE LA CAMPORA Y LOS DE MILAGRO SALA, SON ASALARIADOS BURGUESES.- MAS VALE QUE ELLOS NOS TEMAN A NOSOTROS, SOMOS MILES DE VETERANOS.- SUBCOMISARIO PFA. VETERANO DE LA GUERRA CONTRARREVOLUCIONARIA.

Instalado en el campo de Mendoza, exhibía varias fotos de la bandera argentina en su propiedad:

SIEMPRE ONDEA EN NUESTRA CASA, VERLA Y QUE SE ME ERICE LA PIEL ES MUCHO.- SON LOS CAMARADAS QUE CAYERON POR ELLA, LOS MUTILADOS, LOS AFECTADOS PSICOLOGICAMENTE, LOS SUICIDADOS.- ELLOS DESDE EL CIELO DE LOS VALIENTES, DESDE SU PADECIMIENTO, DESDE LAS PRISIONES, LOS QUE LOGRARON QUE NO SE CAMBIE SUS SUBLIMES COLORES POR UN SUCIO TRAPO ROJO.- SUBCOMISARIO PFA. VETERANO DE LA GUERRA CONTRARREVOLUCIONARIA.

Moreschi murió en 2015. En unas de las fotos sobre la bandera había imaginado su entierro:

REALMENTE NO PUEDO VIVIR SIN ELLA.- SOY FELIZ, PORQUE EL DIA QUE DEJE ESTE MUNDO, POR REGLAMENTO ME ENVOLVERAN EN ELLA, CON MI SABLE Y GORRA.

De manera casual encontré a otra persona que había conocido a papá. Entrevistaba a Jorge Asís sobre su novela *Diario de la Argentina*. Me habló de *Clarín*, de sus años en la Redacción. Contó que allá por 1984 había tratado a papá —«una gran fuente de información»— cuando trabajaba para la revista *Libre*. Entonces mencionó a uno de sus compañeros de desayunos: «Martín Benedittini, «el Pica». Dice que tu padre era como su hermano».

Volvimos a hablar de *Clarín* para mi libro sobre el diario.

Y entonces, como si lo hubiéramos invitado al hablar de él, el Pica se materializó en el café del shopping Patio Bullrich donde conversábamos.

Llevaba un jean, una camisa y un sobretodo, todas prendas de primerísima marca. Recordé su versión juvenil: un muchacho de San Nicolás, ciudad del norte de la provincia de Buenos Aires, que tenía un Renault rojo [número 4 o número 6] y un aire al Che Guevara por su pelo largo. Lo había visto en la portada de una revista del corazón como novio de la modelo y ex corredora de automovilismo Delfina Frers. Papá solía repetir una de las frases de cabecera de Martín, que nos hacía reír a los dos: «Los chorros y los

delincuentes en la Argentina son bien criollitos». Decía de nuevo «bien criollitos» y nos doblábamos por las carcajadas.

Martín se sentó a la mesa con Asís y conmigo. Me dijo que había hecho fortunas como representante de empresas de Brasil; que se reunía con «el Bizco» [el presidente Néstor Kirchner] una vez al mes; que el país estaba «hecho mierda». Hablaba mucho: sin parar, sin escuchar. En eso no lo reconocí.

—Le acabo de comprar la casa en Tortuguitas a Susana Giménez. ¡Todos los ladrones de este país están en ese *country*! Les rompí el orto en la reunión de socios: les dije que los *chorean* porque les pagan 1.000 mangos a los empleados. Si serán brutos que no lo entendían...

Sin que algo mediara, cambió de tema:

—A tu viejo le robaron veinte palos. Un ministro de Menem se llevó cinco millones del banco. Tu viejo era bondadoso. Antes de tirarse pasó por el Hotel Plaza, y le dije: «Vos te vas a matar».

Eso fue dos horas antes de su suicidio, establecí mentalmente.

Martín pidió agua con gas. Elogié su estado atlético.

—Cojo mucho.

—Tiene la oficina en el Palacio Duhau —intervino Asís—. Hace fortunas. ¡Mirale la billetera, llena de plata!

Pica volvió a la evocación de papá: que había aprendido mucho de él, que era generoso como él. «Pero me cansé de ser un operador gratarola —distinguí—. Todo lo que opero, lo cobro. ¡Y me rompo el culo! Quiero dejarle algo a mi hija, a mi familia... Viene un brasileño y me dice que le arregle los quilombos y yo se los arreglo».

Era una máquina de producir títulos estridentes:

—El Bizco no era tanto de coimas, él compraba regiones petroleras —siguió—, estaba en la cosa grande...

Salimos del Patio Bullrich los dos solos. Continuó:

—Al que querían boletear era a tu papá, no a Osvaldo.

Nos detuvimos a doscientos metros de donde se había tirado papá. Martín volvió a contar el diálogo antes del suicidio: su afirmación.

—Vos te vas a matar.

Era la tercera vez que lo hacía en una hora y media: una vez cada treinta minutos.

Nos despedimos. Martín giró hacia la izquierda, hacia el departamento

de Posadas. Yo caminé en la dirección contraria.

6- En enero de 1980, el Banco Central estableció un tipo de préstamo en el que las deudas se indexaban por la tasa de interés vigente; cuando esos intereses crecieron exponencialmente, las deudas superaron el valor de las viviendas.

7- Fundada a mediados de 1971, la Gremial se propuso reunir a profesionales en una entidad que desarrollara una actividad defensiva y que denunciara la política ilegal de la dictadura militar, señaló Mauricio Chama en «Compromiso político y práctica profesional a principios de los setenta: el caso de la Asociación Gremial de Abogados». Participaron abogados ligados a las organizaciones armadas y el peronismo de izquierda; también algunos vinculados al comunismo, el socialismo y el radicalismo.

DIECISÉIS. JARDÍN DE PAZ

Cada lunes, al llegar a la redacción del semanario que dirigía Jorge Lanata, donde trabajé entre 1998 y 2002, me esperaban —como a todos los redactores de política— faxes, correos y mensajes con denuncias de corrupción. La incorporación de los beepers sólo hizo que los mensajes adoptaran el estilo del aviso clasificado: «Mira bol. oficial pag 14. Pedí detalles empresa AQUABANE. Tenés una TAPA».

Esas primeras planas podían arruinar, o al menos magullar, muchas veces con muy poco, carreras de décadas.

También estropeábamos veraneos. En 2001 le tocó a Héctor Lombardo, ministro de Salud del presidente Fernando de la Rúa.

Lombardo era un blanco fácil y recurrente. En una entrevista en su despacho, en la cual le pedí explicaciones por los sobrepagos en una compra de medicamentos, el ministro empezó a cambiar de colores; cuando sus mejillas viraban ya hacia el morado pensé que podría sufrir un episodio cardíaco. La fotógrafa de la revista me criticó al salir del despacho: «¿Y si aflojás con la picana?».

Pocas semanas más tarde un asesor de Lombardo me dijo que el ministro estaba de vacaciones en Buzios, contra la indicación *pour la galerie*

del presidente, que había pedido públicamente que su gabinete adhiriera a la campaña «Mejor Argentina» y veranease en el país.

Contacté a un fotógrafo que lo tomó con un teleobjetivo mientras flotaba en el mar.

La nota abrió con una foto a doble página donde se ve a un señor mayor boca arriba en la superficie, que se deja mecer por las olas suaves, junto al título: «Adivine quién está haciendo la planchita en Buzios». A continuación se publicaban otras imágenes del ministro sonriente, engañado por el fotógrafo que le dijo que trabajaba para una revista del balneario. Cuando la conversación reveló la verdad, Lombardo intentó disimular el problema: «Brasil es el Mercosur, no es el exterior».

«¡Sos un canalla!», me gritó por teléfono al otro día. «Sos un canalla.»

A la semana siguiente, cuando llegué al semanario recibí un mensaje que asocié a nuevas denuncias contra Lombardo: que me comunicara de inmediato con el cementerio Jardín de Paz.

Pero Lombardo no tenía que ver con el asunto. Ni siquiera me imaginé hasta qué punto me había equivocado.

—Señor Sivak, usted le debe a Jardín de Paz 5.000 pesos.

Eran 5.000 dólares de aquel momento.

Quedé pasmado. Le pedí al abogado una semana para ponerme al tanto de la situación. Mamá ya tenía cáncer y yo trataba de no compartir con ella las malas noticias. Le pregunté al pasar, como si fuera sólo una curiosidad. «Eso se pagó una vez y yo ya no lo pagué más. Era una sola cuota.»

En su segundo llamado el abogado intensificó el tono.

—Como la revista en la que usted trabaja se preocupa por la situación de los morosos, quiero darle la posibilidad de que deje de serlo.

Era una frase punzante y pensada.

—¿Usted me está apretando? —le pregunté enfurecido.

—Sé que es un tema difícil, no se altere.

—Me altero todo lo que quiero. No me llame nunca más.

Y corté.

Mamá nunca había pagado las expensas de Jardín de Paz. En efecto, había pasado a la cartera de morosos.

No volví a atender los llamados del cobrador ni a pensar en el cementerio hasta que ella murió, el 18 de septiembre de 2002. Su cáncer se había declarado un año y medio antes; con mi hermano nunca consideramos

que habría que pensar dónde enterrarla. Esa noche decidimos que sería junto a papá, en Jardín de Paz.

Entonces la deuda llegaba casi a 8.000 pesos (unos 2.200 dólares). Un amigo de la familia se ofreció a pagarla, pero no acepté. Mamá terminó en el cementerio municipal de la Chacarita.

Durante los años que siguieron, cada tanto pensaba en esa deuda. Aunque nunca me habían enviado una carta-documento, quería saber la cifra exacta que se debía. Como si buscara la cotización desconocida, imposible, de la muerte de papá.

Cuando empecé a escribir este libro, en 2009, llamé a Jardín de Paz para conocer la cifra actualizada de la deuda.

Me derivaron a un estudio jurídico que llevaba las cuentas impagas: Contrato Garantido, me dijeron que se llamaba, sin ironía.

Llamé a Contrato Garantido siete veces durante 37 días. Anoté cada llamada en la última página de un libro. En distintos libros y cuadernos anoté todo detalle relacionado con Jardín de Paz.

A Macarena Fernández, que me atendió cinco de esas siete veces, le expliqué que, como la cuenta estaba a nombre de mamá, y ella había muerto, la deuda había dejado de existir. Le dije algo que mamá repetía: «Las deudas no se heredan». Y cada vez le dije que tenía una sola pregunta para que me respondieran: cuánto costaría la exhumación de papá, que era lo único que pagaríamos mi hermano y yo.

La falta de respuesta limó mi paciencia, y a cada llamada me enojaba más. Presionada por mi insistencia, la empleada de Contrato Garantido arrojó una cifra: la exhumación rondaría los 2.000 pesos. Pero no logró darme precisiones; sus excusas incluyeron la Gripe A, que había tumbado a todos los empleados del Departamento Legal del cementerio.

El último viernes de julio de 2009 exploté. «En 37 días no han podido darme una respuesta concreta: una cifra». Macarena me aseguró que esa misma tarde enviaría un nuevo correo a Jardín de...

—Quiero hablar con su jefe —la interrumpí.

—Le ruego que se tranquilice.

—Este maltrato no es involuntario. Es una forma estudiada de mediar el estado emocional del cliente. Quiero hablar con su jefe —repetí.

Por fin, Horacio López Álvarez —el abogado, el superior— tomó mi llamada.

—El estudio respondió uno de sus siete pedidos y le informamos que no teníamos respuesta.

Abrí un documento en el procesador de palabras y comencé a tipear en tiempo real la conversación, como si se tratara de una entrevista.

—Esa no es una respuesta. ¿La única forma de comunicación que tienen con Jardín de Paz es el correo electrónico?

—No, en este momento estamos llamando a Jardín de Paz.

—Mire, acá había una deuda que ustedes no iban a cobrar nunca y yo les estoy proponiendo algo que conviene a todos: la exhumación. Jardín de Paz se queda con más espacio, vende la bóveda o lo que fuera.

—El más interesado es usted, señor Sivak. Ustedes deben 14.000 pesos [3.680 dólares].

—Nosotros no debemos nada. Mi mamá debía y usted no le va a poder cobrar esa deuda. Además, en estos 37 días hicieron algo inmoral e ilegal: la primera vez que llamé al estudio me dijeron que la titular era mi madre y la tercera vez nos agregaron a mi hermano y a mí para ver si yo aceptaba eso y poder cobrarnos la deuda. Cuando le dije a una de sus empleadas que en el momento del entierro de papá teníamos once y quince años y no podíamos ser titulares, por lo cual era evidente que eso lo acababan de cambiar, empezó a balbucear.

—Mire, a Macarena le acaban de pasar de Jardín de Paz el detalle de la exhumación.

—Entonces era cuestión de enojarme.

—Anote, por favor. Apertura, 759 pesos; movimiento, 1.104; impuesto municipal, 85; [incomprensible] 519; urna, 221. El total es, incluido el 20 por ciento del estudio, 3.346 pesos.

Pretendían que a esa cifra se sumaran los 14.000 pesos que insistían en cobrarnos.

—Sólo pagaremos por la exhumación. El lunes mi abogado se comunicará con ustedes.

Mi énfasis intentaba disimular que no tenía abogado.

DIECISIETE. ABUELO DESCLASIFICADO EN WASHINGTON DC Y VILLAGUAY

Encontré a Samuel Sivak, el papá de papá, en los Archivos Nacionales de Washington DC, un día insoportable de calor de julio de 2012. Fue puro azar.

Habían pasado diecinueve años desde su muerte.

El nombre encabezaba un documento confidencial del Departamento de Estado que el gobierno de los Estados Unidos había atesorado, junto con millones de papeles, para abrirlos a la consulta del público.

La sede del College Park ofrece ventanales sobre pinos, guantes azules de consulta, carritos para llevar los hallazgos como si se trataran de tesoros egipcios, vigilantes que garantizan la eternidad de los memos, sonrientes referencistas que se esmeran para entender a los extranjeros que hablan un inglés precario, lápices, tazas y variado merchandising de los National Archives, entre impresoras que escupen sin cargo documentos irrelevantes de la CIA. En la cafetería se escuchaban conversaciones cosmopolitas: un alemán le contaba a una brasileña que llevaba seis años en la reconstrucción de una batalla de la Segunda Guerra Mundial; ella, a su turno, le explicaba que pretendía entender de qué modo la Casa Blanca interpretaba al presidente

Getúlio Vargas.

Las medidas de seguridad correspondían a las de un aeropuerto: el primer día debí sacarme los zapatos.

Mientras buscaba en los documentos las huellas de Rogelio Frigerio en *Clarín* y pistas sobre el gran diario argentino leí, inopinadamente, Samuel Sivak. Y su presentación:

«*Presidente de Minera Luminé y miembro clave del Grupo que controla el Banco de Buenos Aires y la editorial Haynes, editores del diario El Mundo*».

El memo contaba que el 13 de octubre de 1960 Samuel había almorzado con el primer secretario de la Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, Irving W. Salert. Le había contado que había visto el memorándum secreto que las Fuerzas Armadas le habían entregado al presidente Arturo Frondizi, que incluía una serie de exigencias como la remoción de funcionarios, la modificación drástica de una ley laboral y la expulsión de todos los frigeristas y comunistas del gobierno. Los planteos y presiones de las Fuerzas Armadas fueron costumbre durante la Presidencia Frondizi. Al referir el acceso a ese memorándum Samuel quería confirmar ante el funcionario su condición de hombre de poder.

Al final del almuerzo —sobre el que no hay detalles acerca del lugar o el menú— el patriarca de la familia le dijo lo que suponía que el funcionario estadounidense quería escuchar: una defensa cerrada de la inversión extranjera, una justificación de sus dudas sobre la conveniencia de desembarcar en la Argentina y un reclamo: que el Departamento de Estado contribuyera a generar un clima apto para las inversiones.

Así no pensaba un comunista. Ni siquiera un empresario comunista.

La comida coronaba una serie de encuentros previos que el periodista Jacobo Timerman había tenido con funcionarios de la Embajada en su carácter de periodista de *El Mundo* y relacionista público de Minera Luminé. Les hablaba de la empresa y les entregaba chismes e información del gobierno que conseguía gracias a su proximidad con Frigerio.

En uno de los documentos Timerman aparecía como el narrador de la historia oficial de Minera Luminé. Un cuento de hadas que leí en el contexto impensado de Washington, medio siglo más tarde, transcrito al inglés.

Para difuminar las sospechas de su relación con el gobierno, y en particular con Frigerio, Timerman aseguraba que la empresa sólo había

emprendido dos nuevos negocios desde la asunción de Frondizi: una petroquímica cuyo nombre no especificaba y el llamado proyecto de Sierra Grande sobre el que no aportaba mayores detalles. La futura leyenda del periodismo argentino agregaba que «el imperio» había comprado Editorial Heynes en 20 millones de pesos (242.000 dólares de entonces), más deudas asumidas por 100 millones (1.210.000 dólares), y que estaba interesado en sumar una refinería de azúcar tucumana que había quebrado. Una forma de disimular el capitalismo de amigos.

Timerman usaba la primera persona del plural:

—Ahora que estamos haciendo dinero, nuestros críticos nos acusan de ser comunistas... Es solamente el trabajo duro lo que nos permite asumir empresas quebradas y volverlas a una situación de pago.

Faltaba a la verdad: el PC argentino era socio de Minera Luminé. Dos paisanos argentinos, dos buscavidas, le inventaban una historia a medida a un diplomático gringo.

Hasta ese momento no había podido escribir sobre mi abuelo, piedra fundamental del imperio Sivak. Ni siquiera podía encontrar respuestas posibles a la pregunta central: ¿cómo aquel hombre pobre, hijo de inmigrantes, había logrado construir un *holding* familiar —minera, radio, diario, banco, financiera— gracias a su relación con el PC y su habilidad para los negocios?

Entre esos papeles encontré un hilo para ordenar la historia.

De los pocos datos sueltos que tenía hasta entonces, recordaba con frecuencia su año de nacimiento. Fue la clave de mi tarjeta de débito mientras escribía este libro: 1908. Conocía su doble vida afectiva y también su desprecio por la doble vida de los demás: se negó a comer con un amigo de papá y su otra mujer. «Los padres de Samuel fueron Michelú Sivak y Carlota Brunstein», me había escrito mi prima Analía en un correo electrónico. «Carlota —me contaron— era una mujer muy complicada». Y sabía que Samuel había nacido en Entre Ríos, donde Michelú y Carlota, estos gauchos judíos, polacos o rusos, se habían instalado. En la única foto que se les conoce parecen, en realidad, dos cosacos. Samuel fue apodado «el Macho» porque fue el único varón entre una cantidad de hermanas que no he podido determinar; una de ellas se suicidó.

Y eso era todo lo que conocía.

Una prima hermana de papá, Ana María Lucasovsky, le había explicado

a Analía, en otro e-mail, por qué no sabíamos casi nada de nuestra historia:

«Esta familia, tan diezmada, no tiene memoria de ancestros [...] Pero recuerdo que tu tío Jorge averiguó que mi apellido paterno, Lucasovsky, quería decir algo como campo de cebollas. Acabo de hablar con Carlos Budasoff (primo hermano de tu papi y mío), cuyo apellido materno es Sivak, como el mío, y que vivió de chico con Michelú y Carlota. Él cree que los orígenes de Sivak pueden estar en Polonia o Besarabia pero que aquellos vinieron siendo muuuy pequeños, y nadie tiene documentación fidedigna acerca de los orígenes.»

Los árboles genealógicos gozan de una excesiva valoración. Se puede vivir sin saber el país de origen de los bisabuelos, los abuelos. Así, miré con menos interés *The Sivak Name in History*, uno de los libros sobre las historias familiares que preparaba el sitio Ancestry. Cada libro apunta a un público específico: los que tienen el apellido que va en la portada y viven en los Estados Unidos. En el caso de los Sivak, en lugar de raíces hallé datos generales como que la palabra es un apodo que significa «canoso»; que en Lexington Park, Maryland, hay una calle llamada Sivak Way; que la mayoría de los Sivak que llegaron a los Estados Unidos provenía de Hungría (133) y en segundo lugar de Bohemia y Moravia (luego, Checoslovaquia: 46) y sólo 8 habían llegado desde Rusia. El Sivak original en la tierra del sueño americano se llamaba Robt; se había embarcado en Liverpool, Inglaterra. En la Primera Guerra Mundial hubo 60 reservistas Sivak, y 19 en la Segunda.

Ni siquiera un rastro de la vida o la obra de Samuel.

Mis primas guardaban un dato central para la construcción del mito familiar: cuando el abuelo había empezado a trabajar tenía una sola camisa, que su madre le planchaba todos los días para que llegara prolijo a su oficina.

Papá no hablaba de Samuel con cariño. Ni siquiera en sus evocaciones de infancia aparecía como un padre afectuoso, o siquiera presente. En dos de sus recuerdos traumáticos siempre vi, sin evidencia, la marca de mi abuelo.

Uno: en los veraneos en Mar del Plata lo obligaban a entrar al mar cuando caía el sol. De grande nunca se metía en el mar o en la pileta. Decía que se le congelaban los huesos.

Dos: camino al balneario, un verano vio en un puesto al costado de la ruta cómo mataban pollos. Desde entonces era lo único que no comía.

Me encontré de casualidad en una fiesta con Jorge Kors, amigo de papá

de Derecho, un mes después de haber encontrado el documento en Washington. Hablamos de Samuel.

—Tu viejo lo admiraba mucho en aquella época. O eso parecía —me dijo.

—Con el tiempo creo que perdió esa admiración —le contesté.

En la facultad, algunos conocían la relación de la familia Sivak con la empresa familiar: me contó que le decían «Minera Aloiminé», una parodia de la pronunciación de algunos de los judíos europeos que llegaron hablando yiddish.

Kors vio a Samuel algunas veces en el antiguo departamento de la familia, en Callao y Vicente López: estudiaba con papá cuando mi abuelo llegaba para almorzar. En ocasiones lo acompañaban militares, como el general Luis Leguizamón Martínez que, según me había enterado por el documento desclasificado, era miembro del directorio de la mirena. «Samuel andaba siempre muy bien acicalado», recordó. «Pero la que aportaba la armonía, la componedora, parecía ser tu abuela Victoria.»

Antes había conocido algo de su relación comercial con el PC por el libro de Gilbert *El oro de Moscú*. Allí consta además que Samuel fue socio de José Ber Gelbard, el dirigente de los empresarios nacionales medianos y el último ministro de Economía del gobierno que Juan Perón dejó en 1974, cuando murió en el poder. Samuel acompañó a Gelbard en varios viajes; en uno, camino a comprar papel para *El Mundo* en Finlandia, hicieron una escala en Moscú. Al llegar a tierra soviética, contó Samuel, Gelbard besó el suelo.

En enero de 2011, sentados a una mesa de café en el Hotel Gran Boulevard, Isidoro me dio detalles de la relación entre el PC y los empresarios locales. Me dijo, por ejemplo, que varios —Samuel entre ellos— trataron de independizarlo de Moscú. Se llamaban «El Directorio», y a pesar de su afinidad o su sociedad con el partido tuvo una composición variable por razones de seguridad: los miembros cambiaban y debido a la compartimentación no se conocían entre sí. Ernesto Paenza, padre del periodista y matemático, era su cerebro, y llegó a controlar la filial local de la Coca-Cola. Samuel no era miembro permanente, pero integró ese Directorio, aseguró Gilbert. Además de haber militado en el comunismo argentino y creer en el partido, tenían en común su condición de judíos, inmigrantes y discretos.

Por último, supe de otro lazo: Felipe «Pío» Bedzrodnik, el número uno del aparato financiero del PC —era tesorero, administrador de recursos y supervisor de las campañas financieras de recaudación de fondos—, era hermano de Marcos Bedzrodnik, quien durante años fue socio de Samuel y un *tapado* del comunismo.

Escribió Gilbert: «Más tarde, no pocos empresarios —los Sivak por ejemplo— se desvincularon del comunismo, y los que sobrevivieron del aparato económico financiero fieles al PCA sostienen que en varios casos los lazos se quebraron por profundas deslealtades sobre el patrimonio común. Divergencias internas en la Minera Aluminé y, por extensión, de algunas empresas vinculadas la dejaron fuera del control directo de la dirección del PCA. El grupo terminó en la quiebra años más tarde».

Samuel tiene un lugar estelar en *El libro rojo de Rogelio Frigerio*, un libelo con los tonos y los giros de las agencias de inteligencia, cuyo nacionalismo denunciaba la infiltración comunista en el país y ventilaba un antisemitismo rampante. Lo firmaba S. H. Ortiz y se publicó en 1962, a pocos meses de otro pasquín contra el ideólogo desarrollista y mano derecha de Frondizi: *Frigerio, esquema para un prontuario*.

En *El libro rojo* Samuel aparece como uno de los hombres «claves» de Frigerio, en un capítulo dedicado a su círculo áulico:

«La embajada de Checoslovaquia lo tiene entre sus visitantes. Hay algo que llama la atención en SIVAK [las mayúsculas son del autor]: su gran capacidad de infiltración, ayudada, claro está, por la gran ingenuidad de muchos empresarios. Esto justifica que la editorial HAYNES tenga entre sus directivos a SAMUEL SIVAK. Digamos que Haynes es, prácticamente, un órgano infiltrado de comunistas, que controlan un diario y muchas revistas. SIVAK también sabe hacer las cosas y entra en el BANCO BUENOS AIRES que es, sin duda alguna, el centro de crédito para la infiltración comunista. ROGELIO FRIGERIO está detrás. SIVAK llega a tener tanto poder económico que sin ningún inconveniente puede copar, una tras otra, distintas sociedades anónimas. Dicen que el capital es frío. En este caso se puede demostrar que es también idiota útil». (8)

No sé si Samuel hablaba de política; no conservo muchos recuerdos. En la elección de 1989 —la que llevó a Menem a la presidencia— me dijo que votaría a Izquierda Unida. Me llamó la atención porque no tenía un discurso de hombre de izquierda. Como si fuese un comunista secreto.

Era impávido y reservado; tanto que a veces parecía ausente. Recuerdo una situación que lo hacía reír: cuando se sentaba en el asiento del acompañante en el auto, desde atrás mis primas y yo le tocábamos la cabeza calva. «¿Quién fue?», decía, y se daba vuelta para mirarnos, contento.

Con los nietos mantuvo una política de regalos consistentes: alfajores Havanna con regularidad semanal, y cosas más importantes para cumpleaños y navidades. Para mis trece años me dio un televisor de catorce pulgadas, que poco después cambié por un bandoneón Doble A.

A su modo, trató de acortar la distancia conmigo: encontrábamos un terreno común en la rivalidad Independiente-Boca (su equipo) y en el tenis. Con la formalidad de dos adultos, conversábamos sobre Gabriela Sabatini y vimos juntos —creo que fue la única actividad que compartimos solos— un partido de Chris Evert Lloyd contra la argentina en la edición de 1985 de Roland Garros.

Su chofer, un hombre simpático al que llamábamos por su apellido, Díaz, vivía en Ramos Mejía. Viajábamos con él en el Ford Falcon de Samuel; una vez clavó los frenos y por el golpe me hice una herida en la frente.

En su casa de Punta del Este, en la Parada 10 de La Mansa, Samuel pasaba las tardes en un sillón verde con vivos blancos. Leía los diarios argentinos. En los intervalos se paraba para matar moscas con un artefacto parecido a una pala de plástico.

El festejo de sus ochenta años fue un *spaghetti party* que papá organizó en el quincho de la casa. Matarazzo aportó la pasta, los manteles rojos y blancos y los cocineros y mozos. En algún momento habló uno de los amigos de Samuel, el escritor Raúl Larra.

Intento recuperar más imágenes, o algún dato más sustancioso, pero casi nada aparece. Lo veo caminar con un bastón. Lo veo pedir un whisky antes del asado del domingo, al que venía con regularidad; la botella le pertenecía, porque papá y mamá no tomaban whisky. Era nacional y estándar: Criadores.

La severidad de Samuel con papá se hizo más evidente todavía luego del secuestro de Osvaldo, su hijo favorito y el elegido para seguir con la empresa familiar. Hubo una excepción. En una entrevista le preguntaron a papá por los supuestos orígenes oscuros del dinero de Samuel. Contestó que él estaba muy orgulloso de su papá. Samuel le agradeció, y ambos se emocionaron. Le pregunté a papá: se sorprendió de que supiera y se le iluminó la cara. «El abuelo me dio un *chuck*», se jactó: era la onomatopeya con que reemplazaba

la palabra beso. Era una de las muestras del enorme poder que aún ejercía sobre su hijo que buscaba un reconocimiento.

Papá nunca confrontó a Samuel. Se guardó su ira y, desde luego, su amor.

Pensé en todo eso, mientras leía la *Carta al padre* de Kafka. En particular la capacidad de Kafka para decir lo que papá calló.

Empieza así:

«Mi querido padre:

Hace poco me preguntaste por qué afirmo que te tengo miedo. Como de costumbre, no supe qué contestarte, en parte, porque para fundamentar ese miedo se requieren demasiados detalles...»

Subrayé esta frase:

«Adquiriste para mí el tinte de enigmático que tienen todos los tiranos cuya razón se basa en su persona, no en el pensamiento. Por lo menos, así me parecía».

El padre de Kafka nunca la leyó: no recibió la carta, el hijo no pudo mandarla. Papá ni siquiera consiguió redactarla.

En los meses finales, Samuel ni siquiera mostró interés por ayudar a su hijo en las cuestiones prácticas del derrumbe de la empresa o en las más profundas de su derrumbe personal. Supongo que lo consideraba el responsable de todo.

Durante el velatorio de papá le dio hambre: pidió un sándwich de jamón y queso en pan pebete. Los amigos de papá se indignaron cuando poco después pidió un segundo sándwich. A mí no me pareció tan grave.

En uno de sus libros sobre el caso Sivak, el periodista Carlos Juvenal citó una frase de Samuel que no se parece al Samuel del entierro ni a ninguno de los Samueles que conocí: «Ahora tengo seis nietos huérfanos».

Dos semanas después del velatorio de papá pedí una reunión con él y con Horacio. Mamá también participó.

Como Samuel no podía subir las escaleras, nos encontramos en el cuarto de juegos de la planta baja, la ex oficina de los custodios. Allí se veían muestras del lento deterioro que había empezado en la casa por la falta de recursos para mantenerla. Pronto viviríamos entre el pasto crecido, las humedades cada vez más evidentes, un par de inodoros con el sistema de

desagüe roto.

Samuel vestía un traje gris. Sin prólogos le recriminé su falta de ayuda en los meses finales de la vida de papá —finanzas, acompañamiento—, pero él se sacudió el reproche. «¡Algo! ¡Algo aunque sea!». Le grité mucho, también a Horacio; mamá también les gritó. La conversación no tenía otro destino que el llanto, la catarsis, casi la locura. Cuando Horacio desdeñó mis palabras porque sólo tenía quince años, me indigné más.

—¡No los quiero ver nunca más! ¡No los quiero ver nunca más! —les dije mientras corría hacia las escaleras, que subí, resuelto, tras haber mostrado mi orgullo ante los Sivak adultos. Mamá dejó la habitación en términos parecidos.

Samuel tomó en serio que no lo quería ver más. Nunca volvió a llamar a casa, ni siquiera a mi hermano, que no había renunciado a su condición de nieto. Supongo que para él habrá sido un alivio: un tema menos que atender. Mantuvo, hasta el final de su vida, la relación con Marta Oyhanarte y mis primas. Ellas cuidaron de él.

En 1999 viajé a París para ver a Horacio. Le habían diagnosticado un cáncer terminal. Le quedaban pocos meses de vida y habíamos pasado nueve años sin hablarnos. Yo había cumplido veinticuatro.

Del aeropuerto fui directamente al hospital donde él recibía la primera sesión de quimioterapia. Sería —entendimos— nuestra despedida.

Hablamos dos días más tarde, en su departamento. Cuando comenzó con las palabras de un mea culpa, lo interrumpí.

—No vine para eso.

—No estaría mal si lo hubieras hecho.

La conversación se desvió por meandros. En un momento comenzó a hablar mal de Marta Oyhanarte. Me ofreció cintas de conversaciones en las que proponía acciones conjuntas para conseguir que papá les comprara sus partes del banco a mejor precio.

—¿Por qué la grabaste?

—Me dieron mucha repugnancia las cosas que decía de tu papá.

Quise evitar esa repugnancia; ni siquiera escuché esas cintas.

Hablamos de las razones de la muerte de papá, un tema sobre el que él había pensado mucho. Responsabilizó a los psiquiatras y a los psicoanalistas; criticó la medicación que le dieron. Su suicidio, para él, un científico, había sido una derrota de la ciencia.

No hablamos de Samuel ni sobre su muerte, que había ocurrido seis años atrás, en 1993.

Samuel murió, como papá, un día gris y pesado de diciembre. Aunque llevaba tres años sin verlo ni saber de él, asistí al entierro en el Jardín de Paz. El milagro de la representación: creía, como un comedido, que representaba a papá.

Me puse el uniforme del colegio —aunque ya las clases de quinto año habían terminado— y unas botas Converse de cuero negras: lo más parecido a un traje de adulto que tenía.

Se escenificó allí la división de la familia. En uno de los costados del ataúd estaban Marta Oyhanarte y mis primas, a quienes no veía desde hacía bastante tiempo; en otro, Horacio, que había llegado esa mañana desde París; en un tercero, Lita, la mujer de Samuel; y en otro estábamos mi mamá y yo (Gabito prefirió no ir).

En el recuerdo, el viento movía las prendas y el pelo de todos.

No conté los asistentes, pero se me hace que fueron pocos: como murió sin que yo lo quisiera, pensé que nadie podía quererlo. Samuel tenía pocos amigos —sólo podría mencionar a Larra—, carecía del reconocimiento de sus contemporáneos y jamás despertó la simpatía de los jóvenes que lo rodeaban. La que más lloraba a ese hombre alto y frío era Lita.

Al lado del lugar que desde ese momento ocuparía mi abuelo estaban las lápidas de sus hijos Jorge y Osvaldo. Nos quedamos viéndolas un rato, como si en realidad papá se hubiese vuelto a morir o como si hubiésemos ido a la ceremonia para despedir a otros muertos, nuestros muertos más queridos.

De ese modo, casi sin ruido, terminó la historia del imperito que Samuel había iniciado con su única camisa blanca.

En el invierno de 2013 recibí una invitación a presentar el libro sobre *Clarín* en Concepción del Uruguay, en la provincia de Entre Ríos. Pensé que podía, de paso, conocer el pueblo de Samuel. Y como era la primera vez que hablaba en público del trabajo por el cual había llegado al memo en Washington DC, pensé que era tiempo de que ambos temas se reunieran.

La noche del evento me consagré a la demagogia: simulé una historia compartida con el público que se había reunido en un salón a metros del mausoleo de Justo José de Urquiza. Cincuenta personas de un pueblo de 50.000: al 0,1 por ciento de Concepción le dije que yo venía de ahí, que mi abuelo era de esa zona. A cien años del nacimiento de Samuel reclamaba mi lugar en la historia provincial y llamaba «mi abuelo» por primera vez al papá de papá.

Luego de la presentación, durante una comida, el subsecretario de Turismo, Cultura y Deportes de Concepción del Uruguay me preguntó por Samuel Sivak como si hubiese sido el tema del encuentro.

—Si vos sos de esta tierra, tenés que ser jurado del concurso Miss Playa 2014 —me dijo Jorge Alberto Gay.

—¿Es...?

—Es una propuesta formal. El 12 de enero volvés para ser jurado.

Así como Samuel había elegido olvidar esas raíces, yo elegía convertirme en un hombre de esa tierra. Mi primera tarea como flamante entrerriano consistiría en votar en el Miss Playa 2014.

Al día siguiente me levanté a las 5 de la mañana para ir a Villaguay y averiguar más sobre el origen confuso de nuestra familia. Fanny Sivak, maestra jubilada, me contó que hubo tres Samueles, y que eran primos. Todos habían muerto ya. Ella era la hija del Samuel Sivak del pueblo de Maciá.

—¿Nos encontramos en la empresa familiar? —me había citado—. Gomerías Sivak, con el nombre entre comillas. La vas a encontrar sin problemas.

Había sido el negocio y la marca familiar de Villaguay desde su fundación en 1969: Gomerías «Sivak», pude ver el cartel.

Fanny me dijo que siempre le había reprochado a mi abuelo que nuestro apellido nunca hubiera estado en ninguna de sus empresas: Minera Luminé, *El Mundo*, Buenos Aires Building.

—Para nosotros, él era el Samuel con plata. Y seguro que para él mi padre era el Samuel pobre —ironizó.

Samuel Sivak, el pobre, había trabajado treinta y ocho años en una ferretería de Maciá. No le alcanzaba el salario para mantener a sus cinco hijos: vendía, además, colchones y chucherías.

Entonces Fanny quiso también saber sobre los familiares de Buenos Aires: hablamos de nuestras biografías mientras tomábamos mate con

bizcochitos. Por fin encontré un hueco para colar una pregunta sobre la casa en la que Samuel había vivido en Villaguay.

—Noooo... Que yo sepa, tu abuelo nunca vivió en Villaguay. ¿De dónde sacaste eso vos?

Me quedé sin habla: había ido a buscar a Samuel —a su espectro: algo, aunque fuera casi insignificante— al pueblo equivocado. No, no tenía idea de dónde había sacado el dato.

Un sobrino de Fanny me llevó en su Torino a dar una vueltas aunque ya sabía que no era el pueblo de Samuel. Encontré un solo café, muchas panaderías, la plaza, la feria de ropa, el hotel modernizado, el Jockey Club, casinos y bingos y un par de prostíbulos.

Al volver me quedé un rato largo mirando el cartel de Gomerías «Sivak», un servicio que ahora atendía el nieto de uno de los Samueles.

La casa de Fanny y su hermana Rebeca no tenía gas; en aquel momento el tendido de las líneas proveedoras habían llegado hasta 200 metros de la casa. Cocinaron las empanadas en un horno alimentado por una garrafa.

Mientras las comíamos, me contaron que el apellido es un factor fundamental en el negocio: en un mercado que se volvió competitivo Gomerías «Sivak» ostentaba el peso de la tradición. En Villaguay, Sivak no se asocia al secuestro y el asesinato de Osvaldo, ni al suicidio de papá, ni a la carrera de Samuel. Sivak se asocia solamente a esa gomería, que a lo largo de su existencia ha brindado servicios sobresalientes.

Antes de regresar a Buenos Aires entré a un cybercafé del pueblo e intercambié correos con mi prima Analía. Le conté que estaba en el pueblo equivocado. Pronto me contestó: «Por lo que sé, el abuelo Samuel había estado viviendo en Basavilbaso, una de las colonias del Barón Hirsch. Alguna vez me dijeron que sus padres vinieron en el vapor Weser, pero busqué el apellido en la lista de pasajeros y, en principio, no aparece».

Me había equivocado por 64 kilómetros: Basavilbaso, el pueblo de las termas. El primero con inmigrantes judíos de Rusia, Ucrania y Besarabia.

En el viaje decidí que no quería volver a Entre Ríos. Ni al Miss Playa, ni a Basavilbaso. Nada iba a cambiar si conseguía tres datos más sobre Samuel. La historia no tenía que ver con la información.

Vi de pronto lo que se me había escapado hasta ese momento: la caída de Samuel en el baño de su departamento de la calle Posadas. El dolor y el miedo que crecían, la muerte que se acomodaba en su cuerpo a medida que

pasaba el tiempo y nadie llegaba para ayudarlo. Por fin lo encontraron y lo llevaron al sanatorio pero fue inútil.

Me horrorizó pensar que había merecido ese final horrible, ese desamparo último. Era mi bronca, la bronca de todos estos años, que era también la bronca de su abandono. «Viejo de mierda», le dije, sin gritarle, a su fantasma. Faltaban seis de las ocho horas hasta Buenos Aires.

Empecé a pensar en como renunciar a mi puesto de jurado de Miss Playa sin sonar descortés. Seguía en el limbo de la duda, sin saber si habíamos llegado desde Rusia o desde Polonia (aunque creía que tenía que acostumbrarme a la idea de que éramos rusos), pero sabía que nada tenía que ver con el pueblo. También había llevado, en vano, *Los gauchos judíos* de Alberto Gerchunoff en búsqueda de una inspiración, de un espejo con la infancia de Samuel.

El documento que encontré por casualidad en Washington y la precaria reconstrucción de su vida habían ayudado en algo, de cualquier forma. Pude establecer una línea de tiempo: el evento más importante de la carrera empresarial de Samuel, la compra de Minera Luminé con el PC, fue en 1942, el año de nacimiento de papá. El día del suicidio de papá se terminó de desplomar su imperio, como lo llamó el documento del gobierno de los Estados Unidos. Ese día se decretó la quiebra del banco.

El tiempo de vida de su hijo fue, exactamente, la extensión de su imperito.

Guardé una foto del viaje a Villaguay. Muestra el cartel:
GOMERÍAS «SIVAK».

DIECIOCHO. EXHUMACIÓN II

En la primera materia que cursé en la carrera de Sociología —Sociología General, a cargo de Ricardo Sidicaro— leí *El suicidio*, el clásico de Émile Durkheim. Mis estudios universitarios empezaban con un tratado sobre la tragedia familiar.

Una idea central de Durkheim me acompañó los siguientes años: el suicidio no es un mero acto individual, sino el reflejo de la sociedad que lo produce. Parecía tranquilizador. Diluía, en algún punto, la responsabilidad de papá.

Veinte años más tarde, cuando escribía estas páginas, encontré una anotación detrás del pliego de la segunda solapa de mi ejemplar.

«Papi 15, 259», acompañado de un ojo con pestañas tan prominentes que parece un sol.

Transcribo un párrafo de cada página:

«La intención es una cosa demasiado íntima para que pueda ser apreciada desde afuera y por aproximaciones groseras».

«La cifra social de los suicidios no se explica más que sociológicamente. Es la constitución moral de la sociedad la que fija en cada instante el contingente de las muertes voluntarias». (9)

Gabito, mi hermano, desde París, su ciudad de residencia y la ciudad de residencia y muerte de Durkheim, empezó su propia pesquisa sobre el suicidio. Repentinamente llamó a personas como el psicoanalista de papá y Daniela, la empleada doméstica de Samuel. Yo no lograba decidir si quería contactarlos. En el caso de Hugo Bianchi, me animé a imitarlo. En el de Daniela, la última persona que vio con vida a papá, no pude.

Me pasó las notas de su conversación con ella. Daniela contó que papá llegó a Posadas un poco antes de las 2 de la tarde del miércoles 5 de diciembre de 1990. Pudo haber usado llaves propias o pudo haber tocado el timbre, dijo. Pero papá no tenía llavero ni llaves de ningún lugar: le abrían las puertas de casa y las de su oficina.

La mujer había tenido más trato con Osvaldo y Horacio. En su recuerdo, papá siempre estaba ansioso. Ese día lo notó más ansioso de lo habitual.

En el palier papá le preguntó por su embarazo de seis meses. Todo iba bien, le dijo ella y le ofreció el almuerzo. Retuvo su respuesta.

—No, gracias. Vengo a buscar unos papeles de papá y enseguida me voy. Vaya a descansar.

Le insistió con el segundo punto: no quería que diera vueltas por la casa.

Pasadas las 2 de la tarde Daniela se acostó en su habitación y papá se dirigió a la del padre. Una suite más bien pequeña en la que había fotos entre un par de escritorios y el vidrio que las protegían, y medicamentos a la vista. Muy posiblemente papá usó el teléfono —el otro aparato de la casa estaba en el hall de entrada— para hacer sus dos llamadas finales. Daniela no escuchó por la distancia entre las habitaciones.

Primero llamó al banco y habló con una de las secretarias. Después marcó el número de casa y habló con Magui, la empleada. Cometió un lapsus. Le deseó buen viaje dos días antes de su partida a Santiago del Estero. Así anticipó, supongo que sin quererlo, que esa noche él ya no regresaría.

Daniela seguía despierta cuando papá volvió a la cocina. Se llevó una botella de Coca-Cola abierta y un vaso Durex ámbar. Dejó la puerta de la cocina entrecerrada, entró a la habitación de Horacio y cerró con llave.

Entonces Daniela se quedó dormida.

Al despertar pensó —le explicó a mi hermano— que papá se había ido: no había ruidos en la casa. Minutos más tarde el portero tocó el timbre. Estaba agitado. Alguien se había tirado por una de las ventanas del edificio y quería saber si era del piso 16 o 17. Cuando advirtieron que la puerta de la

habitación de Horacio estaba cerrada con llave llamaron a la policía. Un oficial forzó la cerradura. Encontraron colillas de cigarrillos, la botella de Coca-Cola, el vaso y algo pegajoso en el suelo que podía ser la gaseosa derramada o un vómito.

La ventana estaba abierta.

En el otoño de 2012 Gabito y yo grabamos una conversación. Durante años habíamos hablado una y mil veces de papá, de mamá: de lo que había pasado. Siempre se había mostrado más enojado con papá que yo. Pensé mucho sobre mi falta de bronca. Pero pensar en ella no consiguió convocarla.

Nuestros tonos resultaron distintos: era material para este libro. «¿Vas a hablar de...»: Gabito me preguntó por las cosas que irían y las que no; me hizo recordar episodios y personajes y pensar por qué había olvidado. Armamos una microfísica del detalle.

Hace diecisiete años que vivimos en distintos países. En agosto de 2000 él se marchó a Barcelona con 400 euros para dedicarse profesionalmente a la música.

Había empezado a estudiar piano a los seis o siete años; durante la adolescencia había tocado el bajo en bandas de rock y de pop. En España comenzó con un dúo de piano y chelo; cuando se mudó a Francia cambió a formaciones de tango y música contemporánea. Después de estudiar en Lyon y en La Sorbona eligió enfocarse en la composición y los arreglos. Sacó varios discos y vive en París desde 2004.

En el invierno de 2016 se presentó con Toquinho en el Gran Rex de la ciudad de Buenos Aires. Después de que el brasileño lo presentara muy elogiosamente, se acercó al micrófono:

—¡Cómo ruge la leonera!

En ese momento y en esa frase percibí una marca de papá, un giro en la nada, una forma de salida. Gabito evocaba el saludo de José María Gatica a Juan Perón, cuando el general presidente se acercó al ring en una pelea con el rival clásico, Alfredo Prada, para saludar al boxeador que creía que ser peronista consistía en no meterse en política.

Nuestra conversación grabada nos llevó a la solemnidad de la pregunta-respuesta. Lo que dijéramos, de repente, quedaría registrado.

—¿Cuál es el primer recuerdo que tenés de papá?

—empecé.

—De chico, en Uruguay, esas historias que contaba del Capitán Nemo y un caballo que se llamaba Rompevientos. Y la del futbolista Comeuñas. Me acuerdo del bosque frente a casa en Punta del Este. Escuchábamos los sonidos que venían de ese bosque. Y los del mar. Nos quería enseñar a escuchar.

—¿Como una especie de educación musical?

—En Uruguay no tengo el recuerdo de haber escuchado música. En la casa de Vicente López, sí. Cuando volvía a casa y ponía discos, esos viejos de pasta, de Bartók, Mendelssohn, Tchaikovsky.

—¿Ya tomabas clases de piano?

—Todavía no. Le pedía siempre que me consiguiera un profesor de piano y él se olvidaba. Le insistí durante un año o dos. Él me quería poner en contacto con su profesora. Estaba desbordado por el tema secuestro y por el banco: siempre se olvidaba.

—Cuando empezaste, ¿te hacía comentarios de cómo tocabas?

—A veces me decía que tocaba demasiado fuerte, que aporreaba un poco el piano, pero se ponía contento. No tenía el nivel de la gente con la que estudié o con la que trabajo, pero, para un amateur, tenía una buena cultura. Se compraba muchos discos porque realmente le gustaban. No quería volverse un erudito.

—Su repertorio, como pianista, era acotado, ¿no? «Para Elisa», «Taquito militar», la «Polonesa», «Sur».

—Un vals en Si menor de Chopin, que yo después toqué mucho. Tocaba la marcha «Alla turca», de Mozart; «Sur». Él siempre decía que era fundamental tener una buena base clásica en el piano para después tocar cualquier otro género. Y ahora estoy de acuerdo con eso.

—¿Cómo tocaba?

—Si lo escucho hoy, te diría que como un aficionado. Creo que la música que uno hace o toca es el reflejo de lo que uno es. Es indisoluble de su personalidad. Y él era muy desprolijo, debía haber algo de improvisación y de desprolijidad. Pero a la vez tomaba riesgos. Eso es común en gente que no es cuidadosa con sus horarios, con el orden. Me acuerdo de que en una

época quise ordenar los discos. Una tarde él estaba en el living con un invitado y yo en el escritorio, desde donde le gritaba: «¿Este es clásico o popular?». Le decía el título y él me contestaba también a los gritos: «¡Clásico!», «¡Popular!».

—En tu recuerdo, ¿qué cambió después del secuestro del tío Osvaldo?

—Cambió mucho. Mis recuerdos son medio nebulosos. Él tenía una tendencia a escaparse de casa, y con lo de Osvaldo se acentuó. Me acuerdo de un cumpleaños al que él no pudo venir y yo me puse muy mal, lloraba en un sillón. Venían los chicos a preguntarme y mami decía: «Déjennos que estamos hablando». Pero en dos o tres cumpleaños asumió el papel de animador y tenía mucho carisma. Les caía muy bien a mis amigos. Me daba la sensación de que no organizaba el tiempo como para estar más con nosotros. Una vez le pregunté qué podía hacer yo para ayudar en el caso del secuestro. Le dije si podía ir de expedición por nuestra casa con unos amigos para ver si encontrábamos pistas. Él estaba en una reunión, nos dijo: «Vayan, vayan». Usamos unas linternas con Cristian Ortino y Hernán Montoro, mis mejores amigos de esa época, para inspeccionar donde se secaba la ropa. Era una caldera un poco tenebrosa. Fuimos para ver si encontrábamos al menos alguna pista. Esa caldera me daba un cagazo bárbaro.

Mi hermano continuó con el recuerdo de una pintada que con uno de sus amigos habían hecho en el paredón del jardín de la casa: «Basta de barras bravas».

—Era la época en la que habían matado a un hincha de Racing.

—¿Usaron los aerosoles que habían quedado de «Todos podemos ser Sivak»?

—Sí. Y otra cosa, nada que ver.

—¿Qué?

—Había una pintada que decía «Sivak es puto», o «Sivak puto». Cuando la vimos, un domingo, papá dijo, para que no pensara que se refería a la familia, que Sivak era un grupo político, una organización. Y yo no le creí. Una vez un compañero me llamó «Caso Sivak» y yo me puse muy mal. Papá me preguntó: «¿Cómo puede ser que te ponga tan mal?». Me sorprendió que a él le sorprendiera. Después del entierro de Osvaldo le pregunté a papi por qué no había llorado y me respondió que no quería darles el gusto a los que sacaban fotos y esperaban las lágrimas de los familiares. Esa noche llamaron a la casa y dijeron «Cuiden a don Samuel». Vos atendiste. Yo estaba a tu lado

y me acuerdo como si fuese ayer. Nos asustamos mucho.

—Me había olvidado por completo.

—Durante mucho tiempo no nos dejaron atender el teléfono.

Pasamos al derrumbe, a los últimos meses de papá.

—La primera vez que lo vi llorando, en septiembre de 1990, estaba mirando la tele. Me abrazó y me dijo: «Papá no se va a morir», y se le cayó una lágrima.

—¿Venía a propósito de algo?

—Yo sentí un cambio en ese momento. Lo sentí mucho más apagado, más introvertido. Menos eufórico. Una vez volvíamos de la cancha y venían colectivos con hinchas que cantaban. Frenamos en un semáforo y quedamos cara a cara y uno le gritó: «Gordo, tenés la barba de [Enrique] Hrabina [marcador de punta izquierdo de Boca Juniors], sos un bostero». Y a partir de ese momento sentí que se deprimió, aunque, claro, no era por eso. Me acuerdo de algunos delirios. Estaba en el living de la casa de los Torre (nuestros amigos y amigos suyos) y papi vio la moto de un policía: pensó que iba a detenerlo. Tuvo que venir un vecino psicoanalista, al que papá llamaba «Zorba»: le dio un valium para calmarlo.

—¿Te acordás de otros delirios?

—Me contó mami que una vez se quería tirar como los chicos por la escalera, por la baranda. Y los acompañantes terapéuticos le decían que era muy peligroso. Le contó a una prima que a la noche no podía dormir porque pensaba en el ruido de las sirenas de la policía cuando viniera a detenerlo. Rompió fotos de nosotros por miedo a que se dieran cuenta de que teníamos cosas de valor, como algún cuadro o el piano. Querían llevar el piano a la casa de los Torre y eso me daba bronca.

—¿Cómo es la historia de los zapatos?

—En diciembre de 1990, en un acto, yo debía actuar de Martin Lutero. Estaba vestido todo de negro y usé los zapatos que tenía puesto el día que se tiró. Yo los había usado unos días antes y eso me había pegado mucho.

—Vos tenías once años, ¿calzabas...?

—Ya tenía el pie grande, igual me quedaban un poco grandes: me puse dos pares de medias. Nunca pensé que iba a tomar una decisión así, pero sí me acuerdo de que en el momento en que se tiró, sentí algo premonitorio: estaba en clase de inglés e imaginé que se podía morir. La noche que se mató no me podía dormir. Hacía un calor impresionante. Y soñé que bajaba del

cielo. Me decía algo como: «Ya voy a venir».

Años después de esa conversación Gabito leyó un borrador de este libro. Me mandó varios correos electrónicos con observaciones muy valiosas, correcciones, referencias. Me recordó que papá hacía mucho ruido cuando tomaba sopa. Eso, también, lo había olvidado: los ruidos, los olores y las voces se pierden primero.

Gabito quiso sumar un comentario final:

Querido hermano,

Como pasaron muchos años desde esa conversación grabada, voy a permitirme agregar algunas cosas. Once para ser exactos. Una por cada año de los 11 que tuvimos junto a papi.

1) A pesar de lo absorto que estaba por la búsqueda del tío Osvaldo primero, y luego por la situación de Building, siempre fue un padre generoso, cariñoso y sensible con nosotros. Esto no quita que incontadas veces me ha faltado. Acaso sea el origen de la bronca que describís en tu relato.

2) Con mis amigos era carismático y entrador. En cuarto grado habíamos fundado «La patota del siglo» en honor a «La carnicería del siglo» de Vicente López. A él le gustaba mucho ese nombre que habíamos elegido. Todos lo recuerdan con cariño.

3) Una vez consiguió que Mario Siperman, el tecladista de los Fabulosos Cadillacs, viniera a darnos consejos cuando preparábamos un concierto en el que tocaríamos temas de Los Beatles. Fue la primera vez que toqué en vivo y la única que él me escuchó. Lo vi desde el escenario: fumaba en la última butaca del Teatro de la Cova, en San Isidro. Después me dijo, riéndose, que nos peleábamos demasiado por ver quién era el centro.

4) Una tarde me hizo descubrir a Béla Bartók en el escritorio de la casa de Vicente López: debo admitir que no me gustó. Algo parecido pasó con Piazzolla. Veinte años más tarde se transformaron en músicos de referencia en algo, la composición, que es a lo que dedico mi vida.

5) Juntos vimos muchas veces la película Canción inolvidable, la biografía de Chopin. Nos encantaba la parte en que, exiliado de los zares, emigraba llevándose un pedacito de tierra polaca en una cajita a París. El día que hice el camino inverso, de París a Cracovia, lloré

recordando esa escena mientras entrábamos a la ciudad en un bus de segunda categoría.

6) Nos enseñaba historia mientras comíamos. A nosotros y a nuestros amigos nos examinaba. Mitad en broma y mitad en serio. Quería evaluar nuestra cultura general. Aprendimos mucho ahí: especialmente a «desarrollar nuestras inquietudes», como él decía.

7) Cada vez que podía me llevaba a la cancha a ver a River, nos presentaba jugadores. Él fue de River hasta los 15: iba a la cancha con el escritor Raúl Larra y le molestaban los plateístas que amenazaban con romper el carnet. Nos contaba anécdotas y jugadas memorables. Nunca volví a encontrar una persona con esa generosidad auténtica y hasta ingenua de papi. Nunca.

8) Su búsqueda del tío Osvaldo fue un gran modelo de coraje y tenacidad que me sirvió para enfrentar la adversidad.

9) Él buscaba que la gente lo quisiera, pero él no se quería a sí mismo. Ese fue tal vez uno de sus pecados. Supongo que la gente sentía eso y se aprovechaba. Pero creo que su peor debilidad fue no haber mandado a cagar al abuelo y haber hecho su propio camino.

10) Su traumático final, olvidar ese maldito día, se volvió, sin temor a exagerar, una lucha cotidiana desde 1990. Las secuelas fueron de todos los matices y colores. Llegué a sentir mucha bronca, pero ahora prefiero pensarlo no como una decisión de él sino de su enfermedad.

11) Ahora leo y releo todos estos personajes que vos contás y son como salidos de una tira de otra época, de otro tiempo y hasta casi de otra vida. A los que nos han currado, ninguneado o abandonado, quisiera hacerles un último comentario. A los muertos y a los vivos. Yo sé que lo que voy a decir puede sonar pedante, que no es tu estilo, Martín, pero es lo que profundamente pienso:

En todos estos años gané ocho premios internacionales por mi música, me han grabado y tocado las mejores orquestas, solistas, ensambles y coros de este bendito país (Francia), viajé por todo el mundo tocando el piano, algunas veces en teatros de primera y con grandes músicos. Hace poco compuse una canción con Toquinho, uno de mis ídolos, y Paulo Cesar Pinheiro. Sin Buenos Aires Building, sin nepotismos, sin ayuda de nadie. De nadie. Mi hija y mi novia me quieren, tengo la cuenta del gas al día y la conciencia en paz.

Déjenme a cada uno de ustedes agradecerles por algo: sin querer nos hicieron el favor más grande. Nos despojaron de todo el estiércol que rodea al poder y la gente que lo aspira. Nos dejaron sin un duro y nos hicieron conocer el pavimento, la vida sin artificios, nos sacudieron de la modorra del confort y la vida supuestamente asegurada. A ninguno, prometo, le obsequiaré mi rencor.

Gabriel Gabito Sivak

Tardé veintidós años en volver a Punta del Este.

Regresé por este libro, en agosto de 2015, y por primera vez en mi vida perdí un vuelo. Llegué con el tiempo exacto, pero el muchacho del mostrador de Aerolíneas Argentinas dictaminó que había llegado tarde y corregir mi nombre en la reserva —estaba mal escrito: Zivak— haría imposible mi check-in. Durante los pocos segundos de shock, cuando una noticia negativa adquiere las dimensiones de un tornado, me dio taquicardia. Luego me calmé —el problema se reducía a la mala voluntad del agente— y lo único que percibí fue el olor típico de los aeropuertos.

El balneario aún podía evocar una infancia relativamente normal. Una rutina, una chimenea, una casa pequeña en comparación con la que tendríamos luego y dos padres cerca, disponibles, llevándonos a recoger piñas y a escuchar la sinfonía del bosque.

Descubrí que aquel bosque ya no existía: lo habían reemplazado dos palacitos. En uno de ellos un Buda recibía en la puerta, antes de la piscina mitad cubierta y mitad abierta.

Espié nuestra casa, La Costa, desde el jardín, mientras la cámara de seguridad miraba: mi cuarto con una persiana blanca, el estudio de papá también cerrado, la novedad del garaje ampliado y la calle de piedra asfaltada.

El casino de San Rafael, la referencia edilicia de la zona, se había reducido a ruinas: las tejas de los techos rotas, la falta general de

mantenimiento a la vista. Ofrecía un contraste notable con los edificios blancos, erguidos y florecientes con sus sums y sus balcones sobre el mar bravo.

La Punta —el centro, al que llamamos «Gorlero» por el nombre de su avenida principal— había perdido su centralidad. Los locales lo denigraban: «Es para brasileños o para los pasajeros de los grandes cruceros».

En su antigua milla dorada ya no estaban la inmobiliaria de papá, el espacio de juegos Play Center, la confitería de tortas *premium* King Sao (mudada al Puerto) o el kiosko de golosinas importadas Dante. Ni siquiera el monito que se sacaba la foto con los turistas y nosotros, los locales, había sobrevivido a la aplanadora del tiempo. Quedaban los edificios clásicos de Punta del Este: El Torreón —donde vi una carrera de autos que durante décadas presenté como de Fórmula 1, pero resultó una categoría menor—, el Santos Dumont.

El casino de la Punta era un desierto de tragamonedas, derrotado por el del Hotel Conrad, en la Parada 5 de La Mansa.

Me cayeron encima dos recuerdos de adolescencia.

Con una novia marplatense intercambiamos nuestros nombres en collares hechos con hilos negros gruesos y metálicos que se fabricaban en la llamada Plaza Hippy. Un año más tarde —tendríamos catorce o quince— intenté una reconquista que falló, dado que —aunque nunca me lo dijo— tenía un novio. Se casó con él, viven en Miami Beach. Su imagen en Facebook es una bandera del Estado de Israel.

Aquel verano habíamos *gorlereado* casi todas las noches, mientras charlábamos de cosas de chicos ricos de Punta del Este: la playa, la familia, los amigos, el colegio. Una vez nos sentamos en las escaleras de una de las varietés: los Churros de Manolo. Distinguí a papá —bermudas y camisa azules, zapatillas— que abrazaba a mamá —suéter blanco y amarillo— y fumaba mientras caminaban. No atiné a pararme ni a saludarlos, mucho menos a presentarles a mi novia, porque aún me daba vergüenza que me vieran con una chica. Como si gorlrear fuera algo inusual, me resultó extraña esa instantánea de ellos.

El otro recuerdo fue una gran pelea con papá en la playa. Como no le gustaba la arena ni se metía al mar, caminaba cuando caía el sol. Una tarde me preguntó si quería que lo acompañara. Le dije que no, pero diez minutos más tarde me arrepentí y salí a buscarlo. En la dirección incorrecta. Me

entretuve con un partido de paddle en el que jugaba el mayor ídolo del rugby argentino, Hugo Porta, y cuya espectadora principal era la entonces vedette Graciela Alfano, que lo miraba embelesada.

Cuando volví a nuestro parador papá estaba fuera de sí. Pensó que me había pasado algo en la caminata. O en el mar: que me había muerto ahogado. Me gritó como pocas veces. Me gritó y no me habló por un par de días.

En los veinte años que pasé sin visitarlo, el balneario había cambiado tanto que apenas reconocí intactos el campus donde aprendí a nadar —cerca de la municipalidad, remodelada— y una cancha donde papá fue detenido por una riña pública: se peleó con un señor que protestaba porque le tapábamos el campo visual, o quizá nosotros protestamos porque él nos lo tapaba. Las imágenes son difusas; sólo recuerdo con claridad el Volvo blanco en que llegamos a la comisaría y que fuimos a comprarle la cena a una rotisería.

El Hotel Conrad se había convertido en el nuevo centro social. Pasé horas mirando a los jugadores: los que se repartían entre dos mesas de ruleta a la vez, los que jugaban al blackjack como si fueran cuatro jugadores en uno. Reparé en un brasileño pulcro, de cincuentas muy bien llevados, fino de cintura, con campera náutica. Lo vi ganar y perder sin emoción ni gestos. Descubrí ese *voyeurismo*: el de mirar a los que juegan mientras ya no podía imaginar siquiera cómo jugaría papá. Se anunciaba la presencia de Mike Tyson para la semana siguiente.

A pocas cuadras del Conrad, la casa de Samuel —Parada 10, la llamábamos por extensión— se había convertido en un edificio de cuatro plantas. Sin gracia, pero con vista al mar de La Mansa.

Esa misma tarde del último sábado de agosto de 2015, troté durante una hora por Santa Mónica, cerca de José Ignacio. Vi pescadores en familia, con la sombrilla, las reposeras y el frío. Y, sobre todo, no vi nada.

Me propuse bañarme: la hazaña del mar en invierno. El agua de mi infancia. El tamaño de mi ridiculez. Me metí para cerrar este libro, que no se dejaba cerrar. Me sumergí, salí y nada. No había final.

Seguí corriendo mojado, con las picaduras de desconocidos mosquitos invernales hasta llegar a la huerta de Marina Marré, una compañera de la primaria y secundaria de Buenos Aires que vivía en Punta del Este todo el año. Muy sabiamente me explicó cómo arrancar las raíces de los yuyos. «Cortar de raíz, se dice», me dijo. Como entonces todo me sonaba a símbolos

obvios, me propuse: «Así, entonces. De raíz».

Pasado el entusiasmo del instante, lo pensé dos veces.

No, no era un final para el libro.

Ese tampoco.

Viajé por segunda vez al balneario en junio de 2016 para escribir un par de artículos sobre los negocios de Donald Trump cuando era un candidato con aparentes pocas chances de ganar la elección presidencial de los Estados Unidos. Debía escribir sobre sus bienes raíces de Punta del Este: una nueva visita a las fronteras entre las historias de otros y las de papá.

Me alojé en el Conrad para mimetizarme en el territorio Las Vegas del paisito y vivir *The Trump Experience*. En uno de sus bares, Joselo, ex empleado de la inmobiliaria Building-Punta del Este y único sobreviviente del mundo de papá en el balneario, me hizo un mapa y una historia del negocio inmobiliario para el artículo sobre la Torre Trump. Le pedí que reservásemos un mediodía para papá, para este libro.

Fuimos a comer al puerto. Nos sentamos junto a una ventana frente al mar, un día de viento. Me contó que se acababa de retirar del negocio de bienes raíces, después de haber tenido tres buenas décadas, especialmente por haber sido uno de los impulsores de la expansión de Punta del Este de La Barra a José Ignacio. Parecía satisfecho y tranquilo.

Antes de que llegaran las rabas fritas, Joselo puso en duda una de las pocas certezas sobre la carrera empresarial de papá: que le había ido mal con los negocios, pero había sido competente en la compra y venta de propiedades. Building-Punta del Este había sido también un fracaso.

Según contó Joselo, papá abrió la inmobiliaria en 1977 y en la primera etapa sus empleados se llevaban trozos extras del pastel. Eran los tiempos de la *plata dulce*: Punta del Este se ofrecía como marca de estatus para los argentinos. Pero Building no logró capitalizarlo.

Joselo y sus compañeros entraron en 1981: recibían la mitad de lo que entraba por el negocio. En su versión, ordenaron y levantaron la empresa pero no alcanzaron a hacerla rentable porque habían regresado los años malos

de la economía argentina. El balneario y sus veinte inmobiliarias de entonces bailaban el minué de los potentados de Buenos Aires.

—A tu papá no le gustaban los negocios. Llegaba tarde a las citas. A veces yo le tenía que decir: «Jorge, ese jogging tiene un agujero».

—¿Por qué no le gustaban los negocios?

—No tenía algo que hay que tener: el deseo de hacerlos. Tu papá sabía que los anteriores empleados le robaban, pero no hizo nada. Tu papá tenía rechazo a ser un hombre de negocios. Le gustaba ir a King Sao y hablar de política. Y ayudaba a algunas organizaciones políticas de Uruguay. Alguna vez me dejó sobres con dinero para un muchacho que nada tenía que ver con los bienes raíces. A tu papá le gustaba la gente, hablar con la gente. Como nunca cagó a nadie, era querido. Mi impresión es que Osvaldo no estaba de acuerdo con esa sucursal y quería cerrarla. Cuando nos independizamos nos dejó los muebles y una máquina de escribir.

Le pregunté por el cartel gigantesco de Building. Parecía de bronce y era como el ancla de la familia.

—Fue a parar al garaje de Parada 10, la casa de Samuel. Ahí habrá muerto. ¿Sabés que la derrumbaron e hicieron un edificio?

Esa tarde visité la torre Trump en la Parada 9.5 de La Brava. En el frente, una foto de Donald con estridente corbata naranja y una leyenda: «*Ultra Exclusive Residences*». Entre el sexto y séptimo piso las letras enormes, doradas, componían: TRUMP. Un amigo de papá, el arquitecto Berardo Dujovne, había diseñado el anteproyecto de la torre.

Mientras 145 obreros trabajaban en la obra, en el *showroom* construido en su entrada, a 100 metros del océano Atlántico, los potenciales compradores escuchaban la posibilidad de un ingreso mágico al suelo uruguayo. En la última planta del edificio un oficial de Aduana y otro de Migraciones le darían la bienvenida al país cuando el propietario llegase en helicóptero desde Buenos Aires o algún otro destino internacional. El Estado quedaría representado por dos funcionarios a 70 metros de altura y sobre los tres pisos de *pent-houses* que coronarían un edificio de 157 departamentos.

En el *showroom* de la entrada, mientras le sacaba fotos al helipuerto en miniatura, se presentó el arquitecto a cargo de la obra. «Soy Alejandro Hazan. Fuimos compañeros de jardín de infantes. ¿Te acuerdas?».

Lo vi con nitidez, a sus cinco años, en una escena con Marcela Goldarasena. Él seguía hablando:

—Esta mañana confirmé con el grupo de WhatsApp del colegio que eras vos.

Aquel niño alto y grandote se había convertido en el arquitecto de Trump. Un hacedor. Todos los días se envolvía la cabeza con una bufanda y se exponía al frío y viento de La Brava. Me mostró la obra. Habló sobre las armonías y las tensiones con los sindicatos involucrados en la construcción. Desmintió una nota de *El País* de Montevideo: que los obreros habían hecho huelga por la desaparición de once chorizos. «Se pusieron de acuerdo para resolverlo sin tomar medidas de fuerza», contó. Los once chorizos aparecieron.

Trump en persona había hecho sugerencias sobre los espacios comunes. Además del helipuerto, el edificio tendría una piscina de 800 metros cuadrados, una cava individual para cada propietario, una cancha de tenis cubierta diseñada por Martín Jaite (presentado en la folletería como *Top 10* en el ranking de la Asociación del Tenis Profesional de 1990), salón para fumar puros y —un poco de color local— espacios parrilleros donde asar animales muertos.

Le conté que mi casa quedaba en la Parada 14, a cinco paradas y media. El futuro presidente de los Estados Unidos nos había copado el vecindario.

A la mañana siguiente tomé un bus COT rumbo a Montevideo para concretar la que, creía, sería la última entrevista para este libro: Daniel Viglietti. Como un azar, o como un homenaje al mundo bifronte de papá, concretamos el encuentro después de mi visita a la Punta del Este de Trump. Fue un pasaje sin transiciones de un artículo sobre un magnate estadounidense y sus negocios a una visita a un cantante de izquierda del Río de la Plata.

Papá y Daniel se habían conocido en uno de sus recitales, en 1972 o 1973, que terminó o empezó con una pelea en la que se rompieron los vidrios del teatro. Cuando conversaron por primera vez, en una quinta de la provincia de Buenos Aires, papá le regaló un disco de Osvaldo Pugliese. Con los años lo contó entre sus mejores amigos.

Desde 1984 papá representó a Viglietti, de manera informal, en Buenos Aires: lo ayudaba con los recitales y los contratos con las discográficas. Daniel se quedaba en casa cada vez que visitaba la ciudad: dormía en la habitación de Gabito. Percibíamos su tensión antes de tocar en vivo: casi no hablaba para cuidar la voz. En el concierto le gritábamos temas que

queríamos escuchar. Si se vendían muchas entradas, decíamos: «¡Vaaaamos!».

Cuando entré al Highlands mis compañeros de tercer grado me preguntaron por mi cantante preferido. Eran los tiempos del mágico primer Michael Jackson, pero yo contesté:

—Daniel Viglietti.

—¿Y quién es? —se quedaron asombrados.

—Es un cantante uruguayo.

—¿Viene a ser un Michael Jackson uruguayo?

—Daniel es un cantante de propuesta, no de protesta —contesté, repitiendo como loro una de las máximas del propio Viglietti.

En septiembre de 1984 Daniel regresó a su país después de once años de exilio en Francia y la Argentina. Lo acompañamos. Al bajar, mientras caminábamos con él por la pista de aterrizaje del Aeropuerto de Carrasco, advertimos a miles de personas en la terraza y los balcones: lo habían ido a esperar. Gabito tenía poco más de cinco años y se sintió un poco celoso:

—Si yo también soy uruguayo, ¿por qué nadie me viene a buscar? —preguntó.

Papá nos indicó que debíamos dejar a Daniel con su gente. Desde las ventanas del hotel Carrasco vimos la caravana que agitaba banderas del Uruguay. La noche siguiente Daniel dio un recital en el Estadio de Defensores. Aprendimos entonces que los grandes —él incluido— podían llorar.

En enero de 1985 veraneamos en la costa uruguaya con Daniel, su compañera de entonces, Annie Morvan, y la hija de ambos, Trilce. Annie traducía al francés, en los tiempos libres, *El amor en los tiempos del cólera* en una máquina de escribir eléctrica.

Las dos familias salimos de Punta del Este en dirección al departamento de Rocha. Daniel se sobresaltaba ante el nombre y la vista de cada laguna y arroyito al costado de la ruta. «¡Mirá qué lindo que es este!», decía, aunque se tratase de un charquito.

A papá le gustaba hacerle bromas con Zitarrosa por una supuesta rivalidad entre ambos. En Vicente López había instalado un sistema por el cual la música del escritorio se podía escuchar en otros lugares de la casa. Un día me pidió que, cuando entrase con Daniel al quincho, hiciera sonar allí «El violín de Becho». Pero el equipo falló.

Después de la muerte de papá, Daniel se mantuvo presente por más de veinticinco años. Me invitó a cada uno de sus shows porteños y a su casa; en el verano de 1996 compartimos una habitación en el único hotel de Cabo Polonio que ofrecía electricidad. A fines de 2005 nos sorprendió la tarde del casamiento de mi hermano, cuando apareció en la *banlieu* parisina y dio un recital para quince. Lloré, como muchas de las veces que lo escucho cantar: ha sido un karma de todos estos años.

Cuando en 2008 Daniel presentó en Montevideo mi libro sobre Evo Morales, *Jefazo*, tuvo una delicadeza: no dijo una palabra sobre papá. Después de que cantara en el evento —una de las veces que logré no llorar— lo recordé yo: conté que había sido uno de los grandes amigos de papá y que para mi grupo de la escuela primaria era el Michael Jackson del Uruguay.

Dos años más tarde, cuando nació Camilo, tomé una decisión musical que fue, en los hechos, una ceremonia. Que escuchara, como primera canción, la que Daniel solía cantar para abrir sus recitales: «Gurisito».

«Niño, mi niño, vendrás en primavera, te traeré. Gurisito mío, lugar de madreSelva te daré». Y aunque no le di lugar de madreSelva —llegó en la primavera de Manhattan—, Camilo la escuchó en una hamaca a pila para recién nacidos. La volvió a escuchar seis años después, cuando yo terminaba este libro: «No me gusta», dictaminó. Prefería un tema tropical de Los Bukis: «Tu cárcel».

Demoré mucho una conversación con Daniel para este libro. En los e-mails me anticipó el almuerzo dominical en su departamento de la calle Andes de Montevideo:

«¿Te gustan los ravioles, de verdura o de ricota, con fileto o Caruso? ¿O preferís otra cosa? La casa está muy desordenada por inundaciones que tuvimos con los vecinos. Vení con salvavidas y brújula. Aunque la amistad es el mejor norte.»

Puso en la mesa del almuerzo un Etiqueta Negra que guardaba para ciertas ocasiones. Tomamos los primeros sorbos junto a la radio: empezaba su programa grabado y Daniel quería corroborar que todo estuviera en orden. No parecía incómodo al escuchar su voz: la experiencia del que se grabó y se escuchó mucho.

En una primera parte, la conversación giró en torno a datos precisos. Tecleaba en un documento que abrí en la computadora:

—En el '73 comienzo mi exilio en Buenos Aires y tu padre me presta un

departamento de una gente amiga en el centro.

Toda la conversación fue en tiempo presente, mezclado a veces con el pasado.

«En 1984 recibo una llamada de Jorge en Ivri, el barrio en el que vivía en París. Él estaba en uno de esos días de humor tierno. Me propuso que tocara en Buenos Aires y toqué un par de veces en el Luna Park. Ahí ustedes nos invitan a su casa y se desarrolla la amistad más profunda. Con tu padre compartimos la pasión por la música. Tenía cultura musical, un piano, una discoteca muy variada. Por separado, los dos tuvimos programas en Radio Belgrano. En el suyo se hace llamar César Soto. Usé los equipos de tu padre para preparar algunos de los míos.»

«Soy testigo de una búsqueda desesperada de tu viejo: su gran angustia por la desaparición de su hermano.»

«Sí, recuerdo la última conversación. Me encerré en la biblioteca con él. Nunca lo había visto así. Me dijo: “Yo hice todo un gran esfuerzo por volver al país, lo hice por los gurises. Quise que vivan en su país”. Le dije: “Andate a España, Gordo. Tenés que irte ya”.»

Le recordé que después de esa despedida él le había escrito a papá una postal de KLM desde un avión. Lo había olvidado. Como tenía la transcripción en mi computadora, la leí en voz alta:

«Entre Montevideo y Estocolmo, llegando a Amsterdam, estas líneas apuradas, para darte ánimo en esta etapa dura que te anda tocando. Difícil ubicarse en contradicciones, historias, afectividades y —sin duda— lo que hay de alienante en la vida de un banquero. Creo que vos nunca tuviste vocación de banquero, estoy seguro que tus próximos piensan así. Cómo liberarse de esa máquina sin demasiadas cicatrices es tu payada con el diablo —Carlos Molina dixit. Tenés fuerza, coraje, una mujer que te quiere y te apoya y un par de hijos que me dejaron boquiabierto en el último encuentro. Bárbaros los gurises. Hay que darles ejemplo de lo que se hace y no de lo que se tiene, aunque ello sea una casa y un modo de vida. Dale, gordi, con confianza, dale. Quisiera tener noticias tuyas, pues salí con tu crisis y el chequeo de tu viejo. A vos, a todos, un abrazo chueco.»

Lloramos.

Yo al leerla. Él al escucharla.

Esa postal tenía un valor adicional: es el único registro que encontré de alguien que le planteara a papá tan crudamente su payada con el diablo. O

que lo confrontara sobre qué ejemplo debía darles a sus hijos. Y ahora esa postal es, también, una hoja de ruta sobre la paternidad.

«Tu viejo estaba quebrado por el dolor y la desesperación», dijo Daniel, y comenzamos a recomponernos. Seguimos la charla hasta que me acompañó, con Lourdes, su compañera, al Puerto. Cuando nos despedimos me dieron diez Ricarditos —un merengue bañado en chocolate— para Camilo.

El libro de papá ocupaba todavía los tiempos libres; sólo alguna semana, como durante la gira Punta del Este-Montevideo, se convirtió en la tarea central. Escribí rápido todo a medida que sucedía; luego dejé de escribir varias semanas. Entre las clases que daba y —sobre todo— la tesis doctoral y los libros sobre la historia de *Clarín* que debía entregar, se me pasaba el tiempo. Así se fueron meses y años.

Estaba por terminar el segundo de la saga —*Clarín, la era Magnetto*, que salió en 2015— cuando advertí que había dos personas a las que podía entrevistar para hablar del diario y de papá: el banquero —y ex deudor incobrable de Building— Jacobo Jackie Finkelstein y el empresario —ex deudor de Building y ex funcionario— José Luis Manzano.

—La última vez que hablamos fue un domingo, no sé si de 1989 o de 1990, pero sí sé que era un domingo porque era el día de la semana en que llamabas a casa —le dije a Jackie.

No aludí a otra cosa porque no sabía cómo había administrado su historia: el domingo era el día que se les permitía a los detenidos discar en el teléfono público de la cárcel. Jackie había sido condenado por fraude y estafa; el faltante de su banco había llegado a los 38 millones de dólares.

—Eras un niño gordito, y mirá ahora: ni una cosa ni la otra.

Lo repitió dos o tres veces en la hora y media que siguió, hasta que entendí que debía agradecerle o devolverle la gentileza: elogiarle, por caso, que se mantenía bien, ponderarle el pelo —escaso pero fijado en un buen peinado—, admirarle las manos grandes, demasiado grandes para un financista. O comentar la elegancia del uniforme del banquero poscorbata:

camisa blanca, pantalón gris, blazer.

Jackie sintetizó su vida en cifras. Levantó 52 edificios, 4 en Nueva York. En uno de ellos, en la Avenida 3 y la Calle 54, había invertido 120 millones de dólares: un gran negocio, ya que se vendió en 800 millones. Dijo que había sido muy exitoso y que, cuando perdió todo, perdió 60 millones, incluido un penthouse valuado en 7 millones.

Le pregunté si extrañaba esa adrenalina de los millones, de los bancos y de la construcción. Contestó que sí. Que es como coger.

Estábamos en su oficina: un piso veinticuatro a pocas cuadras de la esquina de las avenidas Santa Fe y Callao, desde cuyos ventanales veíamos el río. Cuando salió para atender una llamada, noté que en los ambientes aledaños había muchos cuadros descolgados, plegados unos con otros y apoyados contra las paredes. Algunos tenían módico valor; otros eran afiches, tapas de *The New Yorker* de gran tamaño. Parecían piezas de su Manhattan que habían quedado sin acomodar. Las fotos de su despacho rendían tributo a la década de 1980, la *perdida* para los hombres de negocios. Se lo veía con Pelé, con el presidente Alfonsín; también colgaba una foto de Nelson Mandela.

Le pedí que habláramos sobre dos temas. Para el libro sobre *Clarín* quería preguntarle por la revista que le había financiado a Dante Caputo cuando ocupaba el cargo de canciller de Alfonsín. Y para este libro, quería conversar sobre papá.

Empezó por sus llamadas dominicales, con una expresión que, aunque conocía, me sorprendió: «Llamaba desde la *cana de New York*». Citó una frase del presidente uruguayo Mujica sobre la muerte y la eternidad, y las mentes que permanecen libres aunque los cuerpos estén en una cárcel. Un banquero paisano mentaba a un ex tupamaro que pasó diez años en un aljibe por querer una revolución en Uruguay para mimetizarse en la experiencia carcelaria. La foto de Mandela pretendía reforzar ese remedo.

Me contó que papá lo había acompañado al aeropuerto de Ezeiza el día que se embarcó a Nueva York para entregarse a la justicia federal de los Estados Unidos: estaba condenado y quiso dar explicaciones y cumplir la pena. Muchos habían querido ayudarlo a pasar ese momento pero él había elegido a papá. Y que papá lo dejó en la escalerilla del avión, como si hubiera sido posible.

Los ojos le brillaron la primera vez que lo contó. Hice el esfuerzo de no

emocionarme.

Le pregunté si el vínculo con papá era tan fuerte como para llevarlo hasta la imaginaria puerta de la cárcel. Contestó que no. Que papá había sido una persona esencialmente buena y generosa. «Cuando estaba preso muchos de mis amigos se hicieron los distraídos, pero tu viejo estuvo». Y no le había ejecutado la deuda, contra lo que le habían aconsejado sus asesores. No lo mencionó ni se lo mencioné.

Cuando le pregunté por los negocios con papá contestó que Building financió Corrientes y Esmeralda, esquina que alude, supongo, a un edificio familiar, y que él se quiso hacer cargo de Ibarra, la fabrica de aceite, en la que papá había puesto al carapintada Guglialmelli.

Mientras escuchaba a Jackie pensé en un espejo que refleja cosas distintas.

Un año antes de suicidarse, papá había llevado al aeropuerto a un hombre que iría preso por un fraude bancario; él, en cambio, que no se quedó con un peso, no pudo tolerar el oprobio de la cárcel. Al cumplir la condena Jackie había salido con una foto de Mandela; papá se había ahorrado esa escena.

Le pregunté, entonces, con completo descaro:

—¿Alguna vez consideraste la posibilidad de suicidarte?

—No —respondió sin pensar.

Agregó que a él lo habían estafado, que había perdido millones de dólares, que quería decir su verdad sin delatar a nadie. «Muchos creyeron que yo no toleraría la cárcel porque era muy arrogante, muy avasallador. Un empresario exitoso».

No anoté la frase de Mujica que citó a continuación, porque esas dos últimas palabras —empresario exitoso— reverberaban gracias al énfasis de su tono.

Cuando volví a prestarle atención me estaba aclarando que no había permanecido en una celda, sino en un cuarto.

Jackie se entusiasmó con las definiciones sobre papá. Dijo que era un «*failed entrepreneur*» (emprendedor fallido); que era «idealista, afectuoso, un buen ser humano, pero demasiado puro: un puro en un medio que no es para puros». Vi a papá representado en un cigarro.

Bajé los veinticuatro pisos por las escaleras. Caminé dos cuadras hasta un café en el que me prometí, una vez más, que ahí se terminaban los testigos

y los entrevistados. Que no aguantaba más. Que debía terminar el libro.

Tal vez por eso llegué a la conversación con Manzano decidido a que no le preguntaría sobre papá.

El ex ministro me recibió en un departamento de la calle Pellegrini, una tarde de 38.5 grados del verano de 2015. Desde que había pedido la entrevista por primera vez, un año antes, había rebotado entre un relacionista público y un secretario privado con nombre de casting: Devito, pronunciado *débito*. El hombre que condensó en una frase la corrupción entre altos funcionarios y privados en la década de la Presidencia Menem —«Robo para la Corona», se le atribuye— tenía un secretario llamado como la tarjeta que sirve para sacar dinero. El secretario Jorge Devito encontró un espacio en la agenda estresante del empresario.

Manzano me recibió en un living donde una ventana me permitió una vista perfecta del edificio desde el cual papá se había suicidado veinticinco años antes. Si yo hubiese estado el 5 de diciembre de 1990 en el lugar donde me sentó ese hombre de pelo largo peinado a la gomina, lo hubiese visto caer. Manzano no lo sabía.

Vestía unos jeans holgados, mocasines, una camisa rosada por fuera del pantalón. No pude entender si el departamento era su casa o su oficina, o siquiera una oficina. Una mujer con uniforme de personal doméstico ofreció café y agua con gas.

Él abrió el diálogo: me preguntó si era hijo de Osvaldo o de Jorge.

—Ya me parecía... Devito me dijo mal. Yo hablaba mucho con tu papá.

Quedó establecida su versión de los hechos. José Luis —así lo empecé a llamar, impudicamente— me trataba como si yo nada supiera. Como si el vínculo entre ellos se hubiese limitado al placer de la conversación.

No quise hablar de papá. Quise hablar de Magonetto.

—Si me cuidás, yo te cuento todo. Pero cuidame.

Al cabo de la entrevista me propuso que la continuáramos en su casa del Tigre, donde tendría más tiempo y estaría más relajado. Ese encuentro suponía una intimidad. Estar en su casa de fin de semana, ver cómo trata a sus hijos, cómo mira a su esposa.

—Con tu papá nos encontrábamos mucho a comer y a conversar — insistió en tratarme de idiota.

Yo recordaba una comida, en nuestra casa de Vicente López, en la que papá me lo había presentado.

Devito no llamó para arreglar el encuentro en el Delta del Paraná. En cambio, me citó para el miércoles previo al de Semana Santa en una casa de Barrio Parque. A pocas cuadras de donde habían vivido el tío Osvaldo y su familia y a metros de la propiedad del periodista Mariano Grondona.

Había juguetes, pelotas de cuero y de plástico; él hablaba en la sala con otra persona.

Se disculpó por la visita suspendida a Tigre:

—Unos brasileños se quedaron esos días.

Antes de pasar a Magnetto, me contó de su interés por la educación universitaria —es médico de formación— y de su universidad cuyana. Había poco tiempo: un avión lo llevaría a sus vacaciones en Mendoza.

Después de terminar la conversación sobre *Clarín* y Magnetto, mientras caminábamos de la sala a su camioneta, en la que lo esperaba un chofer, me palmeó el hombro:

—Que no seas un loco me alivia. Tu papá y yo éramos dos locos. Que vos no seas un loco me da esperanza con mis hijos. Tal vez no sean locos.

Y con eso dio por cerrada la historia.

Manzano se había llevado mucho dinero de Building a través de su testaferro Lamédica y por aportes de papá. Algunos amigos hablaron de un millón de dólares; otro, cuatro veces más. No creo en la exactitud de esas cifras. Y en los hechos importa poco.

Me consta —y es suficiente— que su prestanombres Lamédica fue el principal deudor del banco y quien intentó comprarlo cuando su caída parecía imparable. Leído en perspectiva de la carrera política-empresarial de José Luis, todo su vínculo con Building y papá fue un *workshop*, su Ciclo Básico Común, un precalentamiento, un ensayo para emprender negocios muchísimo más grandes.

Qué mágico que hayan empezado con aquellas conversaciones entre él y papá.

Ricardo Bochini se retiró del fútbol —y de Independiente, el único club en el que jugó— en 1991. Ya tenía treinta y siete años: su pérdida me resultó

más esperada.

La noche de su despedida fue de las más tristes en la Doble Visera de cemento. Hasta la canción que los hinchas crearon para celebrarlo sonaba a derrota:

*«Y dale, Bocha,
Dale, Bocha, dale, Bocha.
Porque te quiero te vengo a ver
Aunque esta noche sea la última vez.»*

El Bocha, que siempre había tenido una relación complicada con el dinero —familiares que se lo quitaban, cierto interés por los juegos de azar—, se quejó públicamente por el saldo de esa noche. Hubo 40.000 o 45.000 personas pero los dirigentes le dijeron que sólo 15.000 habían pagado. Le debían dos años de contrato y el dinero de la despedida, se suponía, iba a compensar ese faltante.

En aquella época tenía dieciséis años y cursaba un taller de periodismo para chicos en el diario *Página/12*: en la revista donde publicábamos nuestras hazañas de cronistas le rendí mi homenaje al Bocha.

Empezaba así:

«Te conocí en forma de muñeco apolillado, con tu prominente calvicie y el penetrante rojo de tu camiseta descosida [...]».

Y terminaba así:

«El jueves, una multitud agradecida te rendirá una merecida ovación. En ese preciso instante con tu andar cansino llegarás hasta la Doble Visera de cemento por última vez. No veré nada por un par de segundos y te buscaré en forma de muñeco, como te conocí».

La noche de la despedida no lo busqué en forma de muñeco ni de nada: la tristeza era demasiado grande.

Las pérdidas sucesivas de papá y un año más tarde, de Bochini, me alejaron de Independiente en 1991. Dejé de seguir sus campañas hasta que, con cierto oportunismo, volví a hacerlo en la final de la Copa Sudamericana de 2010. La sequía había sido brutal: en esos veinte años el club había ganado sólo dos torneos locales y dos supercopas.

Nicolás, un amigo, consiguió dos entradas para ver esa final: resignó el palco con sus compañeros del diario *Clarín* para verlo juntos —y mal— en la popular visitante. Durante la definición por penales, en completa desesperación, le rogué a papá que nos ayudara. Si el fútbol nos convierte,

más que nada, en un compendio de lugares comunes, creo que honré todos esa noche. No estaba solo en el drama: muchos lloraban cuando Eduardo Tuzzio metió el último penal.

Como un gesto digno, o masoquista, o ambas cosas a la vez, volví realmente a ser hinchta de Independiente el año que el equipo descendió a la segunda categoría del fútbol argentino por primera y única vez en su historia.

Durante todos esos meses de zozobra futbolística —mientras escribía, además, este libro— regresé a la infancia: Independiente en el centro de la escena.

También retomé una serie de cábalas: corría antes de los partidos; me ubicaba en un rincón de la cama; si miraba un partido por televisión acomodaba sobre mi falda la toalla azul que nos había alumbrado el milagroso 1-0 contra Vélez con un jugador menos. Durante un viaje de punta a punta en el recorrido del Subte D me encontré pensando en la psicología del apático volante Hernán Fredes. En un avión rumbo a Carolina del Norte redacté los dieciocho escenarios posibles para ese junio de 2013 que acababa de empezar.

Llegué a influir a mi hijo, Camilo, que a los dos años tomó dos determinaciones: llamarse Farías, un homenaje en vida a su ídolo Ernesto Tecla Farías, goleador fallido del equipo, y hacer que leía el *Olé* cada mañana. Aprendió los nombres de los jugadores de Independiente y sus rivales. Por las noches le contaba, como cuentos, partidos del club, con leves licencias: los fideos de Artime para patear penales, el peluquero de Bochini que le tapaba la calvicie para que pudiera cabecear con más seguridad. Maxine, nacida en Pensilvania y sin equipo de cabecera en los Estados Unidos, también se hizo de Independiente.

Camilo decía «Orge» cuando se refería a papá, a quien conoció en mis relatos como un abnegado hinchta de Independiente. Una noche cometí la torpeza de decirle que el abuelo Jorge había muerto. Fue una de las tantas veces que administré mal su muerte.

Independiente descendió el 15 de junio de 2013. Cayó sábado.

Una amiga, Mónica Villamizar, corresponsal de guerra y colaboradora de Al Jazeera, me invitó a ver el partido del descenso y dar testimonio para su informe sobre fútbol y violencia. Protagonizamos un desencuentro cultural: a la cadena árabe le interesaban los barrabravos mientras que mi drama —el drama colectivo de Independiente— era la división para determinar el

promedio del descenso.

No pudimos entrar al estadio porque las cámaras de Al Jazeera no tenían autorización para grabar. Nos instalamos en un bar sobre la avenida Mitre, una pizzería-cafetería decorada con madera y helechos, junto a otros hinchas de Independiente pegados a los tres televisores de plasma. Por insistencia de mi amiga me había puesto la remera de Bochini que papá me había regalado, hasta entonces un trofeo con poquísimo uso.

Para evitar el descenso, Independiente debía ganarle a San Lorenzo y sus rivales directos debían perder. Cuando empezó el segundo tiempo de nuestro partido, uno de los rivales ganaba 2-0. Y cuando, hacia la mitad del segundo tiempo, San Lorenzo hizo un gol, la suerte quedó echada: a mi alrededor los hinchas lloraban, algunos con la desesperación asombrada de quien recibe una noticia mala que no hubiera esperado.

Faltaban seis minutos para el final del partido. Como en un mal sueño, me puse a hablarle a la cámara en inglés.

—*Probably we died a little bit today* [Probablemente hoy morimos un poco] —dije tras contar que un hincha de Racing cumpliría su promesa de enviar a mi casa una corona fúnebre.

No evité el ridículo pero logré contener las lágrimas. Me hubiera resultado insoportable regalarle mi dolor al jeque de Qatar y a sus millones de televidentes. Tres minutos exactos antes del final del partido caminé con calma hacia los baños, en el primer piso, y me encerré en un cubículo. Cuando salí, ya desahogado, vi a un muchacho de unos veinte años que no podía controlar el llanto. «Ya vamos a volver», le dije. Pensé que tal vez papá me hubiera dicho algo parecido. Creo que hubiese aceptado ese suplicio; se habría sentido tocado por la despedida, la tragedia agrandada por la televisación de hinchas y jugadores acongojados. Rolfi Montenegro, un referente de entonces, declaró que no lloró porque sus hijos estaban viéndolo.

Cuando regresé a la mesa de Al Jazeera pensaba todavía en papá. Traté de imaginarlo en esa situación: en el día más triste de la frondosa historia de Independiente. Vi a un hombre mayor, deteriorado por la gordura, el cigarrillo, el estrés, alejándose lentamente por Pavón, hablando de los tiempos de gloria del club, como cuando evocaba a la Unión Soviética.

Caminábamos con el equipo de Al Jazeera por la calle Alsina, a contramano de los hinchas, cuando un grupito de tres o cuatro le pegó al camarógrafo:

—¡Hijos de puta, quieren vernos llorar! —gritó uno.

Otro, más conspirativo, nos acusó de trabajar para un canal argentino:

—¡Ustedes de C5N quieren destrozarnos a la barra!

El labio del camarógrafo sangraba.

Empecé a gritar:

—¡Esperen, viejo! Aquí no estamos filmando, ni somos de ese canal. ¡Paren! ¡Yo soy de Independiente! ¡Todos somos del Rojo! —y les mostré la remera de Bochini.

Papá nunca imaginó al regalármela que alguna vez tendría un uso tan práctico como evitar ataques a la salida de los estadios.

Como cábala había fallado ese día, y volvió a fallar un año más tarde. Esa tela que papá me había legado para que me protegiera como una anticriptonita en el mundo de los adultos no funcionó el domingo de junio de 2014, cuando pudimos haber ascendido en un partido accesible contra el entrerriano Patronato.

Por ese empate ingrato, después de un año ingrato en el nacional B, tocó el desempate contra Huracán en La Plata.

«Dramática definición»: el título principal en la tapa de *Clarín* del lunes me pareció natural. No se me ocurría que hubiera gente ocupada en otro tema.

Camilo no quiso ver conmigo el partido del desempate: mis gritos lo asustaban. Entraba y salía del cuarto de la televisión. Maxine le avisó del gol del crespense Martín Zapata. La resignación me ayudó a hacerme una promesa: podría ver el partido tranquilo.

Durante un rato lo miré con calma: sabía de las pocas chances, del mejor juego de Huracán, del mazazo que ya había representado el partido contra Patronato. Pero pronto empecé a perder la calma: podíamos volver a primera.

Cuando faltaban cinco minutos Francisco Pizzini —joven, chueco, rapado, raquítrico— prepeó al arquero, se llevó la pelota con algo de suerte y anotó el gol del ascenso.

El orden regresaba al mundo.

Para mí, el equívoco de aquel tío comunista que se había hecho hinch de Independiente al confundir un titular deportivo con la resolución de la Guerra Civil española, ya formaba parte del mobiliario familiar. Pero poco después de cumplir cuatro años Camilo anunció que era de River como su amigo Santiaguito. Todavía aprendo a resignarme.

Al menos Bochini volvió. Como memoria.

En mayo de 2016 Planeta lanzó *Yo, el Bocha: mi autobiografía*. Ignacio Iraola, el editor de ese libro, le pidió que me firmara un ejemplar:

«Para Martín Sivak, fana del Rojo y a quien conocí de chico. Con todo cariño.»

Diego Maradona escribió el prólogo: «Bochini fue la joya más grande que vi en una cancha. La más grande».

El libro incluye muchas dedicatorias; una de ellas dice:

«A mis viejos, que me dieron la libertad para estar todo el día jugando a la pelota.»

Los padres del Bocha nunca lo vieron jugar en primera división. *«Una sola vez vinieron mi mamá y papá a verme y se suspendió el partido, por lluvia —escribió—. Fue un domingo, contra Racing. Después, cuando me hicieron el partido de la despedida vino mi mamá; mi viejo ya había fallecido.»*

También mamá sobrevivió a papá y, aunque estuvo siempre presente, me costó mucho traerla a esta despedida. Demoré mucho en regresar a Punta del Este, pero más todavía en escribir sobre ella.

En un momento creí que me había salvado un baúl que acumula la memoria familiar: encontré allí algunas de sus cartas de papá. No podía entender su letra porque es más ilegible que la mía. Parecían cartas de amor, íntimas, cuando él estaba preso. Empezaban con sus respectivos apodos, que yo desconocía. Durante meses y meses me propuse encontrar un grafólogo. Demoré la búsqueda hasta que, por fin, publiqué el pedido en Facebook y Twitter. Cuando una grafóloga me dijo que le escanease un par, me di cuenta de que las había perdido. Las busqué, me preocupé. Pero después de unas horas sentí alivio. No quería husmear en su intimidad.

Mamá hablaba mucho de papá. En vida. Después de su muerte.

Estaba pendiente de su peso, de su cansancio, de la cantidad de cigarrillos que fumaba. Se preocupaba por la búsqueda de su hermano, de su vida de banquero y por el poco tiempo que pasábamos los cuatro.

En el torbellino de los años posteriores al secuestro del tío Osvaldo, mamá vivió la vida de papá. O era esa una vida de a dos, como si se hubieran condensado en uno. Formaban una nube de nicotina, de ansiedad, de estrés y de mucho cariño. Se abrazaban. Pero nunca se besaban en la boca, como si eso fuese algo exhibicionista.

Nunca los escuché pelear en voz alta.

Sólo recuerdo dos veces que mamá perdió la paciencia con papá. Un verano, enojada por algún descuido en Punta del Este, anunció que tomaría un café con Alejandro Peruaní o algo así. Un psicoanalista. Fue como una advertencia: un hombre la había invitado a tomar un café. A salir. Era una escena de celos.

Una tarde papá se entusiasmó con la idea de reunir a su suegra y sus hermanas para que hablaran o lo que sucediera. Quería presenciar ese debate, como si se tratara de una obra de teatro. Encargó a los custodios que las buscaran por Parque Patricios, Moreno y Chacarita. Mamá estalló: le había reclamado que pasara más tiempo con ella, ¿y cuando tenía una tarde libre la usaba para reírse de su familia política? Esa única vez no lo llamó «Gordo» ni «Pa»: lo llamó por su nombre.

El secuestro de Osvaldo demoró el regreso a su profesión. Quedó en un segundo plano. Muchas tardes mi hermano y yo nos quedábamos en el auto con los custodios mientras ella atendía a sus pacientes.

Un día conseguimos que nos sintetizara las angustias de la gente que iba a su consultorio.

Uno tenía problemas con la esposa.

Otro tenía problemas en el trabajo.

A partir de ahí le pedimos actualizaciones de sus estados. Siempre nos aclaraba que no podía decir sus nombres ni darnos ningún detalle más.

Hasta que cumplió cincuenta, seguía presentándose como dos o cuatro años menor que papá. Pero tuvo la mala fortuna de decirnos qué edad tenía cuando terminó la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces no pudo quitárselos más. Para ese cumpleaños le regalamos una versión de «Sur» para piano y bandoneón. Gabito disimuló mis pifies, mi falta de ritmo y, sobre todo, mis nervios. Fue el día en que la vi más plena y radiante desde el suicidio de papá.

Debió encontrar una manera de ganarse la vida. Primero vendió propiedades en una inmobiliaria; luego volvió lentamente a su profesión.

Atendía a pacientes privados y a desocupadas en la Asociación Permanente de Derechos Humanos (APDH), donde también había encontrado un lugar de pertenencia. Aunque había dejado de fumar los dos atados diarios poco después de la muerte de papá, un cáncer de pulmón detectado en el verano de 2002 acortó su vida.

Sabino Araujo, su padre andaluz que nunca volvió a España por la tiranía de Francisco Franco, repetía que en un país como la Argentina, donde la Iglesia y el Ejército eran tan poderosos, debía tener doble pasaporte. Ella tardó casi medio siglo en darle la razón. La última vez que salió del país para visitar a Gabito debió esperar meses hasta que un juez la autorizara porque tenía dos causas —ajenas y absurdas— vinculadas a la quiebra del banco Building. Murió enojada con la Argentina y uno de sus últimos deseos fue radicarse en España.

Nos reíamos porque pronunciaba mal casi todos los apellidos y se peleaba hasta con el diariero por las cuentas; nos encantaba esconderle los chocolates, estirarle los dedos de los pies, amenazarla con quitarle la peluca que usaba por la quimioterapia e imitar sus conversaciones con sus amigas analistas.

Tuvimos nuestra última conversación en la terapia intensiva del Policlínico Bancario, la obra social de un gremio al que ni ella ni papá habían pertenecido. El médico de guardia me dijo que moriría en las siguientes horas.

No hablamos de papá, pero sí de las cosas lindas de nosotros tres. Se le cayeron unas lágrimas minúsculas. Ella me dijo que nos quería —a mí y a mi hermano Gabito— tanto como una gran montaña. Casi sin respirar, alzó los brazos y con ellos dibujó una montaña.

Martín Benedittini, aquel amigo de papá que me dijo que la mañana de su suicidio se lo anticipó, me llamó un día del invierno de 2016. Quería escribir sus memorias.

Nos vimos en su lugar en el mundo: el Palacio Duhau. Repitió su dinámica de comunicación: se asoció a nombres llamativos, monologó. Habló de su encuentro con Mauricio Macri y Juliana (Awada, la primera dama) y de otro con el gobernador de Salta y su futura esposa; habló de su mano a mano de tres horas con Mario Vargas Llosa. Contó que trabajaba para unos

brasileños: elogió que invirtieran dinero y que fueran «mucho mejor que los argentinos».

Cuando fue al baño lo *googleé*. Lo primero que apareció fue un supuesto romance con la modelo y primera actriz Luciana Salazar. Cenaron, como se puede advertir en las imágenes de *tevé*, en el restaurante del Duhau. Lo presentan como un empresario de sesenta y un años.

Fuimos a Marcelo —que se pronuncia *mar-ché-lo*, acaso para aludir al menú—, un restaurante de la avenida Callao que se convirtió en punto de referencia para el elenco gobernante.

Entraron dos comentaristas deportivos: Julio Ricardo primero, luego Fernando Niembro, también fallido candidato oficialista. Más tarde llegó el presidente de la Cámara de Diputados, Emilio Monzó. Se abrazaron. Me presentó como «el mejor periodista del país». Monzó, de traje gris y con ojos rojos por la traspase parlamentaria, me preguntó en qué medio trabajo:

—En ninguno —le contesté.

Y Martín se quedó sin su mejor periodista del país.

Habló de papá. Del día de su muerte: la anécdota repetida. Después lo citó, como se cita a Norberto Bobbio o a Max Weber. En un momento se emocionó al recordarlo. Sentí que practicábamos un hábito consolidado: ver a mi papá mediante sus amigos que, a veinticinco años de su muerte, lo lloraban todavía. Le serví agua.

Martín me contó su historia, salteada. Que decían que había sido guerrillero, que lo habían acusado de vender drogas, que Isabel Perón lo había metido preso. Quería contar todo lo que sabía de la política argentina en su condición de operador: los grandes negocios, los dirigentes que les ofrecían sus mujeres a los presidentes de la democracia.

Siempre se puede estar peor se llamarían sus memorias.

Quería armar equipos.

Cuando hizo una pausa, intervine:

—Sólo necesitás un buen *ghostwriter*.

Dos meses más tarde, en agosto de 2016, nos encontramos en el Duhau con el *ghostwriter* que le sugerí. Cita de trabajo. El azar hizo que la mesa de al lado la ocupara el funcionario del Banco Central que recibía retornos de Building para otorgar los redescuentos. Martín lo reconoció: se saludaron y le pagó su cena para dos con costoso espumante. El funcionario, ahora a sueldo de Gregorio Pérez Compagnon, no me miró.

Martín nos guió hasta un restaurante, en otro hotel, sobre la avenida Quintana.

En el camino dijo que el país siempre estaba peor. Que el gobierno no llegaba a fin de año, que Macri estaba de vacaciones perpetuas. Que él había estado encerrado cuatro días con el rey de Qatar que había venido con una delegación de 400 personas. «Néstor [Kirchner] les hubiese hecho poner 30.000 *palos* y Macri no les sacó nada». La asociación lo llevó a las noticias sobre Brasil, donde acababan de procesar al ex presidente Luiz Inácio *Lula da Silva*: «Yo les dije a Lula y a Néstor que iban a terminar presos».

Hasta en la intimidad de un accidente doméstico Martín tenía una celebridad a mano: «Yo también», dijo cuando el *ghostwriter* mencionó que tenía una rodilla inflamada. «El otro día me estaba matando por teléfono con (el ex presidente Adolfo) Rodríguez Saá y me hice mierda la pierna en la pileta».

Cuando nos sentamos a la mesa en el restaurante de la familia Catena, Martín saludó a los mozos y a la única pareja que se encontraba en el salón además de nosotros. Cuando se fueron, comentó: «Él es uno de los tipos más ricos del país».

Nos pidió que lo llamásemos «el Pica».

—Me dicen así por picante.

Por primera vez no evocó la conversación con papá antes del suicidio. Dijo otras cosas:

—No te ofendas, Martín, te voy a decir algo que nunca te dije: tu papá era mejor que vos.

¿Cómo no quererlo?

Esa noche, por la presencia del *ghostwriter* y el proyecto de sus memorias en ciernes, se inclinó por contar historias de *lobby*, dinero, arreglos con empresarios y políticos. Explicó de qué vivía: se describió como una suerte de intermediario capaz de administrar conflictos entre poderosos.

—Un tipo le reclama tres millones a Franco Macri; yo lo bajo a 1.200 millones y le cobro 120.000 a Franco.

Dio otros ejemplos, todos de primera línea. Pero aclaró que hace gratis el 70 por ciento de sus gestiones.

—Les cobro a los que tienen. A tu papá, además, nunca le cobré porque eran cosas de militante político. Y porque tu papá era un hermano para mí. Fuimos al frente como locos en el caso de tu tío: nos la jugamos y me las

jugué. Como radical yo no podía permitir que el gobierno de Alfonsín actuara de esa manera.

Pedimos pulpo, pescado, dos botellas de vino. Casi no tocó su risotto, pero comió dos porciones de helado. Estábamos relajados cuando me advirtió:

—Te voy a decir algo que nunca te dije. No sé si estás preparado para escucharlo.

—A ver, ¿qué más me vas a tirar, Pica?

—Lo mejor que te pasó en la vida es no ser hijo de rico. Esa gente es la que está más cagada de toda. Pocas familias están más hechas mierda que la tuya, pero no sos hijo de rico. Sos un seco, pero zafaste.

Saltó a un libro del periodista Hugo Alconada Mon donde se le atribuye una relación con Madonna, que él llevó al plano sentimental. (10)

—¿De verdad?

—¡Claro!

El Pica contó la escena. Él salía con una ex pareja del presidente Macri. Fueron a comer a una parrilla donde Madonna probaba asado con jugo de pomelo. Él se acercó a corregir el sacrilegio con una botella de malbec. Los custodios quisieron pararlo, pero la cantante los paró a ellos. Martín le enseñó a tomar vino. A los pocos días intimaron. Luego se vieron en Londres y en Nigeria.

Envalentonado, abrió la caja de Pandora de sus asuntos amorosos: nombres conocidos y jóvenes desconocidas.

—¿Y qué es lo que más te gustaba de Madonna? —le pregunté.

—La generosidad. Como tu viejo, Madonna es muy generosa.

Papá había llegado a un lugar más inesperado aún: ser sujeto de una comparación con Madonna. Alguien alguna vez dijo: «Como tu viejo, Madonna es muy generosa».

9- Émile Durkheim, *El suicidio*, Diálogo Abierto, México, 1994, pp. 15, 259.

10- En *Bodou, Ciccone y la máquina de hacer billetes*, Alconada Mon cuenta que Pica se acercó a la mesa de Madonna. Asegura que es el único argentino que cenó y charló dos horas con ella. «Cuatro años y medio después, cuando la reina del pop volvió al país, lo llamó a Pica. Amistades que perduran».

DIECINUEVE. BOXEADOR EN MOSCÚ

Desde que le grité al representante de Jardín de Paz que al lunes siguiente mi abogado se comunicaría con él hasta que busqué un abogado pasaron dos años y medio. Cuando la encontré, en 2011, resultó abogada. María fijó como estrategia inicial que pidiéramos la exhumación al cementerio: «Es un derecho constitucional».

Mandé la carta documento:

Me dirijo a usted en mi carácter de hijo de Jorge Néstor Sivak, quien fue enterrado en vuestro cementerio, y a los fines de comunicarle mi deseo de exhumar sus restos. A dicho fin, le solicito me indique día y hora para practicar la exhumación.

Jardín de Paz mandó el presupuesto: «Apertura grande, \$ 1.494; Movimiento de ataúd, \$ 2.016; Tasa municipal de retiro de ataúd, \$ 100; en caso de realizar Cremación, \$ 902; Urna *standard*, \$ 367».

Cuando los funcionarios del cementerio vieron el caso, el sistema informático detectó una deuda de 19.000 pesos, unos 4.500 dólares a valores de aquel final de 2011.

María nos envió un correo electrónico a mi hermano y a mí con el resumen de una charla que había tenido con Valeria Salcito, representante de

Jardín de Paz. Ante el recordatorio de nuestra urgencia por exhumar, la mujer le había preguntado si queríamos vender la parcela o renunciar a su propiedad.

Nos pidió que averiguásemos el valor de reventa de la parcela («tal vez convenga venderla y pelear las deudas prescriptas») y que decidiéramos qué queríamos hacer con los restos de papá.

Llamé a Jardín de Paz como pariente de un señor Pérez que agonizaba en una terapia intensiva. El vendedor, José María, me informó distintos precios de parcelas. Las más baratas —cercanas al estacionamiento— costaban 30.200 pesos (7.100 dólares), aunque el pago en efectivo ameritaba un 20 por ciento de descuento. Pregunté por otra zona: cerca de la parcela 21419, la de Samuel. Era el único número de referencia que disponía.

El vendedor me dijo que no quedaban parcelas disponibles en esa zona, llamada Violetas, pero la más cercana se cotizaba en 41.700 pesos. El canon de mantenimiento semestral —aquello que había originado la deuda de mamá— se fijaba en 747 pesos. Con la abogada calculamos que podríamos exigir la exhumación sin costo alguno: la parcela cotizaba más que la deuda.

El teléfono sonó de nuevo media hora más tarde:

—Tengo una buena noticia: le encontré una parcela por 79.500 pesos. Le podemos hacer el descuento más una atención especial, si es que usted tiene, como me dijo, parientes enterrados acá.

A la mañana siguiente el vendedor volvió a llamar con otra oferta: 55.650 pesos al contado. Como le había dicho que mi Pérez agonizaba, me sugirió que contuviera a la familia y le diera la certeza de la parcela garantizada. José María hacía muy bien su trabajo.

Empezó a llamarme casi todos los días hasta que le pedí que por favor no lo hiciera más. Mi pariente Pérez milagrosamente se estaba recuperando y los médicos confiaban en que sobreviviría. Me deseó mucho suerte.

La abogada nos insistió con la posibilidad de vender la parcela.

De repente, el cuerpo de papá, tan elusivo, tomaba forma de oportunidad comercial. El pedazo de tierra donde se había descompuesto durante veintiún años era un negocio, un eco de la que quizá fue su única destreza como empresario: la compra y la venta de propiedades.

Su tumba valía 20.000 dólares, y mi hermano y yo pasábamos de deudores morosos a felices propietarios en la zona Violetas, una de las más cotizadas, cerca de la capilla donde las parcelas podían llegar —me había

dicho el vendedor— a un cuarto de millón de dólares de entonces.

No tuvimos paciencia para buscar un comprador; en Mercado Libre se ofrecían cientos de parcelas. Jardín de Paz mejoró su oferta, pero sin reconocer el valor real: condonaría todas las deudas a cambio de la propiedad; sólo tendríamos que pagar la cremación. Para hacerla debíamos presentar una declaración jurada, la libreta de matrimonio donde figurase nuestra inscripción como hijos y nuestros respectivos documentos.

Demoramos el trámite. Nos ganó la desidia y, supongo, el miedo a esa despedida final.

Pasaron dos años hasta que reactivamos el tema. Gabito tenía que mandar documentación de Francia y yo debía buscar la libreta de matrimonio.

Esa tardanza en exhumar el cuerpo hizo que, en paralelo, se aplazara el final de este libro, que tenía como título *La exhumación*. Había reemplazado a la opción inicial:

Pa

Era infantil: así lo llamé a mi papá desde los tres hasta los quince años.

El psicoanalista Blas de Santos le cambió algo del sentido a la idea de la exhumación. Me dijo que, en realidad, lo que yo quería hacer se llamaba *reducción*. Que la exhumación se aplicaba a los casos en los que había que trabajar literalmente sobre el cuerpo: por ejemplo, establecer si el muerto había sido envenenado. Lo que yo buscaba era una reducción. Encontré en páginas de internet sobre tanatología el detalle de lo que me correspondía hacer: «Acción y efecto de reducir el cuerpo de un fallecido. Pasado el tiempo (cinco años en tierra, treinta y uno en un nicho) el proceso natural de descomposición deja huesos, cartílagos, restos de piel y ropa». Todo, parece, cabe en un contenedor más pequeño: una urna.

El tercer título parecía inapelable:

La reducción

Lo deseché sin pensarlo. Sonaba a reducción de malbec.

Siempre supe que quería, como imagen para la tapa, esta foto de papá: en pose de boxeador, frente al Hotel Nacional de Moscú. No practicó el deporte, pero conocía la posición en la que posó. Y una sola vez visitó la ex capital soviética.

En 2014, el día del aniversario de su muerte, la publiqué en Facebook. Advertí que no podía precisar si había visitado Moscú en 1988 o 1989. En todo caso, nada cambiaba si era una fecha o la otra; en cambio, una vez más

se imponía el significado de esas lagunas que impedían trazar una pretendida línea de tiempo de su vida. Mejor no inventar ni poner *circa* 1989.

Aunque siempre he escrito sobre los otros y me parecía exhibicionista hablar de mí, nunca se me ocurrió que este libro podía ser una novela porque no podría crear, imaginar, inventar, ficcionalizar. No quería, tampoco, cambiar nombres o mentir.

El día que pensaba todas esas cosas inconexas, el 26 de septiembre de 2015, escuché a un muchacho de unos cuarenta y cinco años tocar un tema de Pappo en el subte. Lo miré, me miró y entre tema y tema comentó que había pasajeros que tenían mala onda, que preferían el silencio. Me sentí aludido.

Salí del subte y al cruzar la avenida Juan B. Justo a la altura de Santa Fe, me quedé mirando un cartel de Colchones Simmons. ¡El malogrado Leonardo Simons!, asocié. El conductor de televisión también se había arrojado por una ventana.

Un boxeador en Moscú, pensé.

Mejor sin el artículo y con un subtítulo:

Boxeador en Moscú

Una memoria sobre papá

Imprimí el título y apunté una pregunta al costado, sólo dos palabras, casi un ruego: «¿Falta menos?». El pensamiento mágico no tuvo efecto. *Boxeador en Moscú* fue reemplazado más tarde en una tormenta de ideas.

Mientras se demoraba el trámite de la reducción en Jardín de Paz, continuábamos con las especulaciones. Se repetía una pregunta: ¿dónde esparciríamos las cenizas?

Sus amigos politizados sugirieron el Río de La Plata, como una forma de permitir que se uniera a sus compañeros de armas desaparecidos. Un amigo de la cancha sugirió el césped de Independiente. Gabito, el mar de Punta del Este.

Pedí que fuese un lugar que yo nunca frecuentara, que no tuviera épica ni importancia. Pensé en el puerto de Buenos Aires. Le propuse a Gabito que la ceremonia fuera sin público, evocaciones, ni discursos.

Imaginé una escena final. No sabía, ya, si era la escena final de la reducción o de este libro. En todo caso, la escribí:

Imagino que tomo el colectivo 152, uno de los primeros medios de transportes públicos que usé cuando me pude desmarcar de los custodios para visitar a una novia. El 152, y sobre todo el 29 y el 60, me llevaron al mundo adulto del centro. Ahora me veo en la última fila con un bolso deportivo que contiene las cenizas de papá. Atravieso la ciudad como si fuera un vendedor a domicilio, un arbolito en una corrida o un futbolista amateur. Y al llegar ahí, al lugar elegido, arrojo las cenizas y ya.

Sin el impacto de esa caída de dieciséis pisos que me atormenta desde los quince años. Como si fuera un procedimiento de rutina: desprenderse de un cuerpo que ya no es un cuerpo, sino cenizas, para saber que una vez más papá conocería una última transformación: las cenizas se diluirían en las aguas del río, y luego del océano Atlántico.

Sugerí una parte del puerto, en La Boca, a una cuadras del centro de arte Fundación Proa, donde termina el recorrido del 152. No quería pasar regularmente por el destino final de papá.

Pensé en la parte operativa. Con mi hermano nos concentraríamos en el viento: que las cenizas volaran al lugar correcto y que las pudiéramos dejar ir.

Después cruzaríamos la avenida y nos sentaríamos a la mesa de un bar y pediríamos sándwiches de jamón y queso en pan francés y café con leche. Luego miraríamos por la ventana hasta que en la avenida se extinguiera la luz natural. Un taxi nos llevaría de regreso al centro de la ciudad.

Un plan perfecto.

Un plan perfecto que falló.

La reducción se estancó. Jardín de Paz se negó a respetar el acuerdo de 2011: no habría canje de parcela por deuda. Mandó por e-mail la nueva propuesta a María, la abogada:

«Deuda canon semestral al día de hoy: \$ 45.893,47, le hacemos una bonificación por lo que pasarían a pagar: \$ 24.457. Gastos servicio de parque por exhumación y cremación \$ 18.509, más [sic] la

bonificación que les hacemos, pasarían a pagar: \$ 11.957. Total a pagar: \$ 36.414».

La cifra equivalía a 2.510 dólares.

Una semana después la abogada renunció al caso.

No habría reducción, cenizas, ceremonia o especulaciones sobre la ceremonia.

VEINTE. TODO SOBRE AQUEL

Al fin admití lo evidente: no podía terminar este libro.

No tenía fecha límite, ni siquiera presiones para que lo mandara a la editorial por un plazo de entrega largamente vencido.

Se me ocurrió que podía forzarme a un cierre si lo hacía coincidir con algún aniversario: los veinte años de su muerte, en 2010; sus setenta, en 2012; veinticinco desde su muerte en 2015. Pero también se me escaparon los números redondos.

¿Y si demoraba más, digamos hasta 2020, cuando se cumplirían treinta años de su muerte? Podría ir al Mundial de Rusia en 2018 a hurgar un poco sobre los Sivak originarios.

No. Por favor, no.

Había escrito buena parte de este texto por espasmos. Búsquedas frenéticas de algunas semanas, una larga escritura en los meses posteriores al nacimiento de mi hijo, y luego postergaciones y postergaciones. Había tratado este libro como una actividad de fin de semana: papá convertido en partido de *paddle*.

En marzo de 2016 estaba en Barcelona por trabajo cuando una noche sentí una angustia extraña y, con algún pretexto, me tomé el día siguiente

libre y fui a Sant Pol, en la Costa Brava. Sentado en un café leí el borrador en tres horas. El problema, concluí, era que no sabía como terminar.

¿O ya no podía escribir más?

Nunca vi en la escritura un ritual sagrado, o reparador. Puedo vivir sin escribir y sin que me afecte. Tampoco encuentro gran gozo en la práctica del oficio. Me concentro y escribo de la mayúscula al punto final para cumplir con un trabajo.

El problema, evidentemente, no estaba en mi capacidad para llenar cuartillas. Y sin embargo, temía que iba a pasar el resto de la vida retocando los archivos de Word en la carpeta llamada Pa.

Siempre seguiría sintiendo cosas vinculadas con él, con su muerte; siempre me resultaría difícil escribir sobre eso.

Suponía que la gran pregunta infantil, «¿Por qué nos abandonó?», había sido reemplazada por algo distinto: el intento de comprender por qué se había suicidado y cómo había sido su vida. Pero la pregunta infantil me rondaba, reaparecía a veces cuando la tristeza asediaba, y otras veces de la mismísima nada: «¿Por qué papá se tiró por la ventana y nos dejó huérfanos?».

No sólo eso. Nos dejó sin tantas respuestas. Nos dejó sin la alegría de hacer cosas juntos los domingos. Nos dejó una estela de desorden que se adhirió a sus fotos ya viejas para siempre, a sus objetos nunca desgastados por el uso y reemplazados, a su ser y hasta a su nombre, que es mi nombre y el de mi hermano, su hija Héloïse, y el de mi hijo.

Empecé este libro con la pretensión candorosa de creer que así cerraría su historia; en realidad, apenas pude continuar nuestras historias de otra manera. Al cabo de estas páginas no veo más que algunas cosas que me digo a mí mismo, y que impudicamente decidí publicar.

El ejercicio consistió en saturar el suicidio, las evocaciones de otros; saturarlo hasta que la pantalla estallase con los puntos blancos, negros y grises y el *shhhhhhhhh* con que se cortaba la transmisión de los canales de aire en el pasado. Decirlo, repetirlo, repetirlo. Hablar de la convivencia de un cuarto de siglo con ese salto.

Todo sobre aquel salto de papá.

Si no hubiera saltado, contaría cosas de viejos y ya le hubiese ganado varias discusiones: le hubiese refregado que leyó mal tal cosa, le hubiese enrostrado la condición de empresario marxista y le hubiese encontrado más puntos débiles; le hubiese facturado ausencias y muchas otras cosas.

Todos estos años —todas estas palabras— fueron un intento de aceptar la tragedia, o dejarlo ir, o soltarlo con un abrazo largo y final. E intentar salir con el pecho hacia delante, el cuerpo erguido, pensando en la indicación de los entrenadores sobre cómo poner el cuerpo en la barrera: no pensar en el golpe sino en la jugada siguiente.

Para no caer en el dramón que podía ser este libro, debía trascender la vida de papá. Podía ser una historia del país a través de un *ene ene*, una historia de la izquierda con plata, una historia de los judíos errantes que no practicaron la religión, una historia de un raro, papá. Pero en primer lugar es —no pude evitar que fuera— el texto del hijo que ha extendido el duelo durante un cuarto de siglo.

Un grandulón de cuarenta años que aún escribe sobre su papá.

Al prolongar la escritura me resistía a desprenderme de los recuerdos: llevaba siempre conmigo, en la laptop, algo de papá. Y la misma pregunta, en distintas variaciones: cómo habrían sido las cosas si su muerte hubiera sido más amable —¿pero hay muertes amables?—, más anunciada, más normal.

Papá eligió una muerte extrema. No le bastó con las particularidades incontables de su vida.

En la foto de la tapa de este libro papá le propone pelea al capitalismo frente al Hotel Nacional de Moscú, mientras una camarada limpia las ventanas. Lleva su gamulán, aquel que usé de grande, para ser un poco como él, para retener las espesura de su olor, para que me cubriera en mi primer viaje a Europa de adulto. Los guantes de box son en realidad guantes que parecen de esquíador y no encajan en él: papá nunca usó bufanda, ni gorra; no quiso auxilios contra el frío. Él podía con el invierno solito.

Y estaba ahí, en el febrero moscovita, en la pose de boxeador, con la mueca del que va a pegar. Le gustaba repetir esa mueca, a veces mientras contaba historias de boxeadores. La única vez que me invitó a pelear estaba parado exactamente de ese modo. Había boxeado con mi hermano y me desafiaba a mí.

Pienso, sin obligarme, en el 4 de diciembre de 1990, la noche anterior. Miré *Detective de señoras*, una serie argentina que me gustaba; repetían un episodio en el que aparecía Mónica Guido, una vedette de entonces. Al mismo tiempo papá deambulaba por la casa, por cada cuarto, por cada hall, mientras el coctel químico de ansiolíticos se licuaba en su cabeza. ¿Pensaba en su suicidio? ¿En cómo ejecutarlo?

Más de una vez sentí culpa porque la noche anterior a su muerte no me preocupó el estado de papá como el cuerpo esplendoroso de Mónica Guido.

Esa noche pasó y no pasó y ahora vuelvo a Moscú, a metros de Mausoleo de Lenin, papá en guardia, estoico.

La pregunta es sobre los estoicos. Sobre el momento en que los estoicos —como papá, el papá de la foto— bajan esa guardia y se entregan. ¿Cómo será ese instante? ¿Habrá algo de calma?

Papá se entregó un 5 de diciembre y no dejó cartas con explicaciones. Llamó, nos llamó, no nos encontró. Quería escucharnos las voces.

VEINTIUNO. JARDÍN DE PAZ II

En septiembre de 2016, la abogada Mariela Mosnaim me preguntó para qué quería recuperar el cuerpo de papá y cremarlo. No supe qué responderle. Balbuceé por teléfono.

—Bueno... esteeee... para cerrar el litigio interminable con el cementerio, ¿no? Y porque quiero terminar el libro.

—Probablemente Jardín de Paz no se va a mover de su posición. Habría que pagar lo que piden. Pero también podés dejar todo como está —sugirió.

No sabía cómo argumentar para qué quería las cenizas. Empecé a considerar lo que nunca se me había cruzado por la cabeza en siete años de disputa y abogadas: ¿qué pasaría si dejara a papá en Jardín de Paz?

El 25 de noviembre de 2016 redacté una carta para los propietarios del cementerio. Tardé veinticinco minutos. Fue fácil encontrar un malo perfecto y tirarle un balde de mierda. Cuando me levanté para retocarla, me distrajo una noticia: su muy admirado Fidel Castro había muerto. Un buen día también para escribir la última página de este libro que tantas veces se me escapó, que me hizo llorar ríos y que guarda mi amor por papá.

26 de noviembre de 2016

Señores propietarios
de Jardín de Paz,

Son el peor cementerio de Argentina. Conozco públicos y privados. Ustedes dan un servicio deplorable, pagan sueldos bajos, maltratan a los jardineros del predio y tienen un gusto pésimo.

Hace siete años que pido la exhumación y la reducción de mi padre, Jorge N. Sivak (cédula de identidad: 4.736.895). Me corrieron con cobradores, me condonaron la deuda, me volvieron a querer cobrar. Si no me ejecutaron o me demandaron es porque no pueden. Les ahorro abogados e intermediaciones. Se pierden 2.500 dólares. Nada: eso ganan con un muerto en la zona económica.

Si tuviera coraje entraría con un tractor y me llevaría a papá por la fuerza.

Quiero ser bien claro. Quiero que me entiendan bien.

Métanse el cuerpo de mi padre en el culo.

Quédense con la parcela.

Vendan esa paz aparente. Vendan ese jardín de maqueta, ese golfito hediondo.

No necesito las cenizas de papá, ni sus restos. Ni nada.

No les debo nada. No me deben los restos. Empatados: tablas en el cementerio.

Nunca más voy a pisar Jardín de Paz.

Cada vez que escuche sobre un deceso desaconsejaré los servicios de ustedes. Ya dos de mis amigos enterraron a los suyos en la competencia. Hasta hacerles perder a doce clientes no me detendré.

Mercaderes de la muerte.

Mi papá no merece haber pasado veinticinco años ahí.

Pero ya entendí: no está en esos huesos retenidos en su cementerio, ni en ningún otro lado.

Muéranse. Y tengan cuidado: pueden enterrarlos en Jardín de Paz.

Martín E. Sivak
(DNI: 24.773.853)

AGRADECIMIENTOS

Gabriela Esquivada leyó el primer borrador y me ayudó mucho a mejorar cada uno de los siguientes; toda mi gratitud.

Cristóbal Pera, de The Wylie Agency, hizo agudas observaciones y sugerencias a las versiones finales. También los lectores Maxine Swann, Ariel Magnus, Manuel Trancón, Ariel Wilkis, Julián Troksberg. Del Grupo Planeta, agradezco Paula Perez Alonso, a Mónica Deleis, responsable de la corrección y el armado; y a Ignacio Iraola, por su generosidad de todos estos años.

El último lector fue mi hermano. Muchas gracias, Gabito. Por las dos arengas y por las cosas lindas.

Grupo Planet

¡Seguinos!

